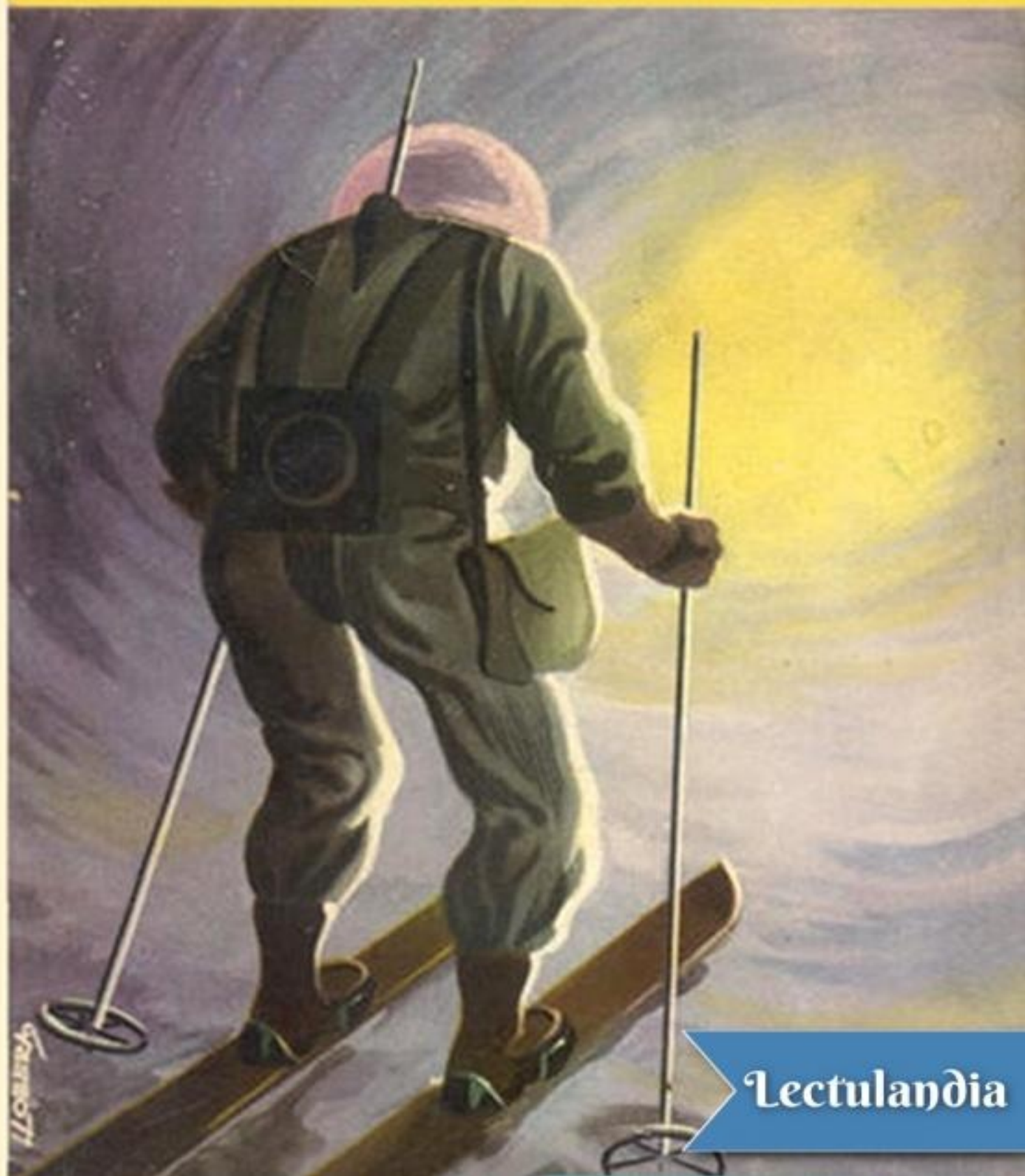




H. Chandler Elliot

EL RESCATE DEL PARAISO



Lectulandia

Pahad Tuan, profesor en una universidad de una Tierra totalmente abarrotada de billones de seres humanos, se ofrece para con su trabajo, salvar a la universidad de la normalización que la convertiría en campos de cultivo para dar de comer más gente y llenar el planeta un poco más. El deseo de las autoridades hace que saboteen su trabajo de todas las formas posibles, aunque con una consecuencia inesperada: descubre que alguien está moviendo la Tierra de su eje. Lanzado a investigar esta nueva posibilidad descubre que no todas las personas que lo rodean son de fiar, ni son lo que parecen.

Lectulandia

Harry Chandler Elliot

El rescate del Paraiso

Nebulae - Primera Época - 47

ePub r1.0

Thalassa 03.01.2019

Título original: *Reprieve From Paradise*
Harry Chandler Elliot, 1958
Traducción: Félix Monteagudo

Editor digital: Thalassa
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El rescate del Paraiso

PROLOGO

NOTA

PARTE PRIMERA NACE UN CABALLITO DEL DIABLO

Capítulo 1 EL NECIO SALTA A LA LIZA

Capítulo 2 UNA BARRA DE ACERO ENTRE LOS ENGRANAJES

Capítulo 3 AHORA VES LA LUZ Y...

Capítulo 4 CERCA DE MI CORAZÓN...

Capítulo 5 «FUE LA SUERTE», DICE EL NECIO

Capítulo 6 «NOSOTROS»: AÑO 3927

Capítulo 7 LA HEMBRA DE LA ESPECIE

PARTE SEGUNDA LA ALTA MONTAÑA

Capítulo 8 INTERMEDIO

Capítulo 9 UN DIABLO ESCARLATA

Capítulo 10 CUANDO EL DEBER SUSURRA: ¡HAZLO!...

Capítulo 11 AQUELLOS QUE NO QUIEREN APRENDER DE LA HISTORIA...

Capítulo 12 LA SENDA FLORIDA

Capítulo 13...ESTÁN CONDENADOS A REPETIRLA

Capítulo 14 TRAIIDORA A SU SEXO

Capítulo 15 DEL PRINCIPIO...

Capítulo 16 TU DIOS ES MI DIABLO

Capítulo 17... AL FIN

PARTE TERCERA BILLETE DE REGRESO

Capítulo 18 EL NECIO CABALGA DE NUEVO

Capítulo 19 ODIADO AMIGO, QUERIDO ENEMIGO

Capítulo 20 LA MALDICIÓN DE UNA PLEGARIA CONCEDIDA

Capítulo 21 LOS RATONES Y EL LEÓN

Capítulo 22 JIMHU

Capítulo 23 ZORRO SOLITARIO, Y ORGULLOSO

Capítulo 24 PEÓN DE REY A R4

Capítulo 25 EN BUSCA DE LA PERFECCIÓN

Capítulo 26 EL DÍA DEL JUICIO

PROLOGO

por
Miguel Masriera

En este volumen COLECCIÓN NEBULAE acoge en sus páginas a uno de los autores de habla inglesa más interesantes entre los cultivadores de la novela de anticipación, H. Chandler Elliot. La obra suya que presentamos hoy a nuestros lectores es EL RESCATE DEL PARAISO (en inglés «Reprieve from Paradise»), la cual tiene méritos sobrados para figurar en nuestra antología.

Quizás aunque no los tuviese podría figurar también por un solo motivo y es el de ser una obra excepcional, por lo menos en el sentido de no parecerse a las demás del género, de salirse de lo corriente. Me gustara, sin embargo, poner de manifiesto que, además, este libro, cuyo estilo podrá o no ser del gusto del lector, tiene un mérito intrínseco real.

No es una obra de lectura fácil; diríase que en ella el autor ha rehuido todos los caminos sencillos, todas las frases estereotipadas que son corrientes en esta novelística del futuro, para crear, en un camino erizado de dificultades, una obra original y sobre todo concienzudamente elaborada. El gran defecto de que adolecen la mayor parte de novelas de anticipación es el que en ellas la acción está supeditada a condiciones más o menos fantásticas que se supone se dan en tiempos a venir, pero los personajes, aunque se encuentren en un ambiente que nos parece exótico, reaccionan en cambio en él como los hombres de nuestros días; en una palabra, su psicología no ha variado. Naturalmente, esto es muy inverosímil y nunca podrá satisfacer el gusto de los exigentes; el pasado nos enseña que las cosas no suceden así, que la mentalidad de un ciudadano de Esparta no era la de un cortesano del siglo de oro, ni mucho menos la de un hombre actual, al que le son familiares la televisión y los aviones a chorro. ¿Qué duda cabe de que las condiciones del medio cambian no sólo el carácter de la gente, sino también su mentalidad y su manera de expresarse?

H. Chandler Elliot sabe todo esto muy bien y al presentarnos esta novela del futuro, un futuro muy lejano, prevé que sus personajes sean del todo distintos de los de hoy y por tanto hace que la literatura que a ellos se refiere también lo sea. Naturalmente, esto desorientará, quizás, al principio sobre todo, al lector, al que es mi deber aconsejarle aquí que no se desanime si las primeras páginas del libro le resultan algo oscuras y por lo tanto áridas. El también, para entender a los personajes, tiene que meterse en su ambiente, y es natural que para familiarizarse con él, necesite algunos capítulos.

El autor además (dando, a mi modo de ver, una muestra de buen gusto), como hemos dicho, no hace ninguna concesión y logra ser siempre original y, alcanzar, con nuevos recursos de expresión, una belleza literaria y una brillantez extraordinaria dentro de la sobriedad. Quizás por esto no será nunca un escritor demasiado popular, pero sí logrará el beneplácito de los que saben apreciar la calidad.

No se crea, sin embargo, que por ello la obra pierde en humanidad. Si bien estos hombres del remoto mañana se expresan de una manera distinta a la de otras épocas e incluso actúan de modo diferente, los motivos humanos fundamentales, subsisten como han subsistido siempre y se da en esta obra la gran paradoja de que, a pesar de lo que hemos dicho antes, sea, en el fondo, lo que podríamos llamar una obra romántica. Se imagina en ella un universo sobrepoblado y a la raza humana dirigida por hombres que sólo aspiran a la subsistencia y el mejoramiento material y al crecimiento de la especie, aunque sea en detrimento de los valores morales e intelectuales. Hay, sin embargo, como siempre, un grupo selecto que defiende a estos últimos y que sabe llevar a cabo por ellos una lucha que toma proporciones cósmicas.

Espero que el lector, no al empezar el libro sino cuando lo haya terminado, aunque para lograrlo tenga que hacer un esfuerzo de voluntad, estará de acuerdo conmigo en que la descripción de esta lucha es una obra magistral y que por esto, esta novela es de las que dignifican el género de las de fantasía científica, por desgracia desvalorizado por tantas obras mediocres.

NOTA

Los nombres de los distintos rangos dentro de las comunidades postpolinesias, no son más que compuestos del antiguo título «tuan», —«amo», o «señor»—. Aunque no representan una graduación militar y se aplican por igual a ambos sexos, pueden adecuadamente compararse a las graduaciones militares de la época Atlante, por ejemplo:

Tu y tua	clase
tuan	teniente
tuanta	capitán
tuantath	comandante
tuantatha	coronel
tuantoi-tan	general

Al igual que en su equivalente militar, los subgrados de tuantoi-tan no se expresarán en la conversación.

«Tuantoi» incluye todas las categorías —«caballeros»—. El nombre con mayúscula «Tuantoi-tan» puede compararse al de «Estado Mayor».

Cuando se desconoce la graduación, o ésta se discute, se usará la forma indefinida «tuanto».

El nombre genérico o de familia después del título sólo se usará en los mensajes oficiales o conversaciones formales. Sin embargo, se usará siempre el título, excepto entre íntimos. Su omisión, por tanto, puede ser muy significativa.

PARTE PRIMERA

NACE UN CABALLITO DEL DIABLO

Una Sociedad no es un fin en sí misma, sino los medios para alcanzar otros fines. Al igual que los organismos individuales, la Sociedad organizada puede ser buena o mala: Es mala si ha alcanzado la seguridad sólo para consumir sus bienes y repetir fórmulas de conducta fosilizadas e invariables, pues entonces ni siquiera puede disfrutar de sí misma. Es buena sólo si sus placeres forman parte de una creciente comunión con el Universo; el goce debe ser, a la vez, presente y profético. Tal es, por lo menos, mi apreciación.

J. H. Montgomery: «La biología de la Sociedad.»

Capítulo 1

EL NECIO SALTA A LA LIZA

Pahad tuan Konor, en las últimas filas de la Asamblea, cambiaba sin cesar de postura, unas veces furioso en el borde del diván y otras reclinándose en forma estudiada, con los brazos cruzados. Ahora estaba de nuevo en el borde del asiento, la garganta seca y tensa, como un gladiador dispuesto a la finta y al ataque, mientras el Enviado del Tuantoi-tan, el Consejo Continental, se adelantaba hacia el estrado. ¡Ahora!

El Consejero era un hombre arrugado, más pequeño que Cualquiera de los miembros del Consejo Universitario alineados detrás de él en un arco iris de sarongs académicos. Pero la completa seguridad de una autoridad nunca discutida y mucho menos desafiada, imponía su fuerza a la Asamblea. Entre él y Pahad, las hileras de cabezas se inclinaban ante el multiforme. Derecho de la Comunidad.

Pero Pahad sabía que el fuego de la rebelión estaba latente en la mayor parte de aquellos hombres. En Pahad, no sólo lada; ardía en sofocadas llamas. ¡Maldición sobre la Comunidad! ¡Maldición sobre los sagrados millones de Libres! ¡Maldición sobre aquel cobarde Consejo! Ellos le aplastaban, inerme, como un insecto debajo de una montaña, mientras destrozaban todo lo que él había conquistado a pesar de ellos. Pero, por lo menos, aún podía odiarles.

El Consejero hablaba con breves y secas palabras; su tono era oficial y cortante.

—Tuantoi, tengo entendido que han presentado tres razones contra la racionalización de esta Universidad. Primero, que ustedes han contribuido a la Cosecha Mundial mucho más de lo que puede ganarse con el uso práctico de los terrenos de la Universidad. Lo admitimos.

(—Lo cual —replicó Pahad en silencio— no te cuesta nada,)

—Sin embargo, no creo que ustedes esperen que tal contribución les dé derecho a una inmunidad *perpetua*. Segundo, ustedes aducen que la racionalización sólo bastaría a alimentar a su propio personal. Pero, tuantoi, ¿por qué no deben ustedes alimentar a cuantos viven aquí? El que no, lo hagan quizá sólo afecta a la cuota de Nacimientos en cuatro o cinco unidades en cada Ciudad de diez millones; pero cada una de las Parejas Libres cree que *ella* es la que sufre tal privación. El notorio parasitismo de ustedes es algo embarazoso para toda la Jerarquía.

A cada lado del estrado, las heroicas estatuas que representaban a la Pareja Universal Libre, bellas, arrogantes, Eternamente Reales, recordaban a todos y cada uno de los Jerarcas su obligación de alimentarla.

Pahad se burló mentalmente del argumento del Consejero:

(—Mi corazón sangra por la Jerarquía. ¿Es que no pueden defenderse por una vez cada diez generaciones?)

El Consejero continuó con voz suave:

—Finalmente, ustedes señalan que cuando las Universidades de Waikiki y Ulm fueron racionalizadas, dejaron de producir y se disgregaron. Pero yo acabo de inspeccionar los terrenos y me han parecido muy curiosos. ¿Es que estos extraños y arcaicos árboles son *realmente* más necesarios para el Pensamiento Creador, que nuestros tipos universales, más prácticos y *productores* de frutos? ¿Acaso esos inútiles parques son *más* estimulantes que nuestras Cosechas Decorativas que alegran las áreas residenciales de cincuenta mil millones de humanos?

Risas procedentes de la minoría del Partido Racional.

—Las Viejas Universidades no eran otra cosa que decrépitas reliquias en nuestra Comunidad y tuvieron que sucumbir a la inflexible necesidad de la racionalización. Si es que temen esa transición, tuantoi, es porque también admiten ser igualmente seniles. En cualquier caso, si el experimento no da resultado, siempre podemos revocarlo.

(—Si no podemos *conservar* nuestro santuario —rugió Pahad en su fuero interno — ¿qué esperanza podemos abrigar de que nos *devuelvan* algo? La misma que en invertir la digestión de una comida. ¿Volver a levantar los árboles una vez han sido derribados? ¿Revocar un cupo de Nacimiento una vez concedido? ¡Bah!)

—Ustedes se han mostrado muy afectados por nuestro proyecto. A pesar de todo, como colega y como Jerarca, puedo ofrecerles un trato, si es que en realidad están tan preocupados.

(—Apostaría que no será nada que te cueste dos granos de trigo.)

—El gran argumento de ustedes es su productividad. Pero este argumento queda lamentablemente desvirtuado por el hecho de que no han producido *nada* material en los últimos treinta años, desde que Vekuhwi inventó el proceso para acelerar la descomposición de los huesos de pescado. Por lo tanto: *si* pueden ofrecerme un proyecto razonable de algo que pueda satisfacer a la Comunidad, les concederemos una tregua de cinco años para completarlo. Y si tienen éxito...

»¿Puede alguno de ustedes presentar un proyecto adecuado?

Una larga pausa, impotencia en un lado, torpe satisfacción en el otro. Los informes habían sido completos y exactos.

La ira de Pahad culminó en una explosión que sorprendió a todos, hasta a él mismo, barriendo a un lado toda prudencia, si es que antes tuvo alguna, todo cálculo de probabilidades de éxito, y lo hizo ponerse en pie con un súbito impulso.

—Yo puedo hacerlo, tuantoi-tan.

Todos los rostros se volvieron hacia él, asombrados, confusos, escandalizados.

El Consejero siguió imperturbable.

—¿No creo conocerle, tuantoi?

—Soy Pahad tuan Konor, geofísico de esta Universidad.

—¿Y en qué forma puede la *geofísica* beneficiar a la Comunidad Mundial durante los próximos cinco años, tuan?

El irónico énfasis señaló la modesta categoría y oscura especialidad.

—Estoy completando los trabajos de una honorable serie de investigadores respecto a la rotación de cosechas y su zonificación Continental, tuantoi-tan.

—Es usted muy joven para completar una investigación tan importante, *tuan*. ¿Y en qué puede la zonificación afectar a la rotación de cosechas?

La voz goteaba la miel del sarcasmo.

—Creo poder probar que, durante el pasado milenio, hemos perdido hasta un uno por ciento de posibles cosechas, a causa de demoras en la rotación, tuantoi-tan.

La Asamblea murmuró, agitada. Aquella concisa afirmación era algo sensacional.

—¡Un uno por ciento! ¿Es posible? Si puede justificar sólo una décima parte de tal cifra, eso sería una muy considerable aportación. —El Consejero se encogió de hombros, cínicamente. —Le ruego que tenga su documentación preparada. Preséntela en el despacho de su Canciller cuando requiera su presencia.

Ninguna otra voz se alzó y la Asamblea se disgregó.

Una héctada más tarde, ya en pleno Verano, aún se sentía vigoroso y animado, mientras se dirigía al despacho del Canciller de la Universidad, en respuesta a su llamada.

Una breve espera en la antesala se le hizo corta recordando su triunfo sobre el Enviado del Consejo, muy cerca de allí. Su documentación era sin duda prometedora; pero nadie mejor que él sabía que cinco años era muy corto plazo para terminar sus investigaciones. Sin embargo, en eras pasadas, los hombres habían trabajado seis, ocho, hasta diez horas por día. Por lo tanto... ¿Por qué no podía hacerlo él?

Su nombre sonó en el disimulado altavoz y Pahad entró con paso ágil en el *sancta-sanctorum*.

El Canciller era un hombre de líneas finas y aspecto lúgubre. Tal como Pahad esperaba, el Canciller deseaba su informe sobre el estado de los trabajos. Igualmente recibió el optimismo del investigador con un gesto pesimista. Por último se aclaró la garganta:

—Tuan, ha aceptado una extraordinaria responsabilidad. —¿Si yo no la hubiera aceptado, quién lo habría hecho? —contestó Pahad secamente.

—Tuan, los demás no somos tan ingenuos. Nosotros sabíamos...

¿Sabían qué, tuantatha?

El Canciller lanzó un profundo suspiro.

—Que no se nos ofrecía ninguna alternativa, sólo un disimulado ultimátum. Sentimos simpatía hacia usted; admiramos su valor. Nosotros también lamentamos la muerte de nuestro hogar. Pero... usted es muy ingenuo.

—Nos ofrecieron una alternativa —insistió Pahad—. Yo la acepté. Además, puedo conseguir el éxito. Especialmente si alguien me ayuda.

El Canciller se movió, inquieto.

—Joven, ¿es que sueña que le *permitirán* terminar su trabajo, por lo menos, a tiempo? El ayudar esa locura sería poco juicioso.

—¿Qué puede detenerme?

El anciano hizo un gesto.

—Quizá el Servicio Obligatorio, tuan.

Pahad le contempló. Aquello era cierto, desde luego; aún debía un año de trabajo para ser utilizado en cualquier cosa que dictase el Tuantoi-tan. Pero replicó, obstinado:

—Sólo es un año, tuantatha. *Todavía* podré hacerlo. Deme unos cuantos subalternos para realizar el trabajo rutinario y alcanzaremos el éxito.

El Canciller se encogió de hombros.

—¿Cree que esto no es más que el primer paso? Ellos poseen recursos inagotables, y pueden fácilmente consumir sus cinco años. Tenga, esto es para usted.

—Empujó una lámina de plástico, a través de la mesa.

Pahad la recogió, incapaz de adivinar que aquel pequeño objeto podía cambiar su universo. Las delicadas ondulaciones de la grabación magnética eran legibles a la mirada entrenada en aquel fluido lenguaje: «... preséntese a Goahu tuantatha Neihu, Director de Investigaciones, en el Centro Científico de Control, en el cuarto día de la cuadragésima segunda péntada...» ¡Cómo, hoy mismo!

—¡Muy bien, tuantatha, cuanto antes, mejor!

Pero su desafío sonó a hueco en sus propios oídos.

Una vez fuera del despacho del Canciller, se detuvo un instante para reunir sus ideas. Su decisión fue característica; dando media vuelta se dirigió hacia el Hangar Sur con rápido paso. Diez minutos más tarde ya estaba en vuelo, acelerando hacia la prominencia en el horizonte que era la Torre de Control del Centro Científico III.

Tecleó el código de su firma sobre el monitor de la puerta del Director. Rápidamente, como si su llegada hubiese sido observada, una voz le ordenó entrar —una voz femenina, cuya suave entonación era tan anónima que no pudo prepararse para el encuentro.

El rostro de la mujer, sentada en un diván con estudiada negligencia, era también un producto final de idealizada vulgaridad. Pero un rostro, al contrario de una voz, es demasiado complejo para conseguir una completa sumisión a cualquier molde. Es cierto que ella mostraba el cabello estirado hacia atrás, la boca oval con una leve sonrisa de negligente superioridad; la curva de las pestañas y las altas cejas, la perfección de una porcelana. No era nada que contuviese un bello reflejo del alma interior, pero otras mujeres exclamarían con envidia: ¡Qué her-moo-sa! (Quizá deseando poseer también aquel aire de serena condescendencia.) Sin embargo, los pequeños y humanos detalles siempre traicionaban a la verdadera persona, aplastada como el pie de una niña china, detrás de la fachada de la Eterna Mujer. Pahad conocía

muy bien el rostro de esta mujer; lo había contemplado muchas veces, sin maquillar, dormido sobre una almohada, en innumerables mañanas. Era su ex esposa, Ruara tuan Behibi.

Ella sonrió con una perfecta y agrisada sonrisa, que no era posible aprisionar, como si fuese una mano de cera.

Pahad se recobró con alentadora rapidez. Una vez en su vida, Ruara le había dominado como una droga. La primera mujer que amara, ella le había doblegado con esas pequeñas tretas y estímulos con los que la hembra sujeta al individuo de la Raza. Y la mente vibrante del hombre había creído ver en ella el camino hacia un deslumbrador futuro.

Ella, por su parte, había supuesto en él una especie de super-Libre. Era de las que creían que el cero multiplicado cincuenta mil millones de veces poseía un profundo Significado. Pahad encarnaba para ella esa supernulidad.

Ambos no tardaron en comprender su error, pero no con la suficiente rapidez para escapar a un breve y venenoso matrimonio. El había escapado, libre, con la vergonzosa miseria del adicto a las drogas que se rebela contra su vicio, mientras en el fondo de su subconsciente algo repetía amargamente: ¡Ya-te-lo-dije! Pero la angustia de la recobrada libertad era infinitamente mejor que arrastrarse a los pies de ella, adorar en sus odiados altares y aceptar la recompensa en dádivas del narcótico. Su entereza varonil había triunfado. Y ahora él sabía, por propia experiencia, qué enemigos del goce humano pueden ser las hormonas. El mes de abril en la Vieja Universidad sería para siempre su única novia.

Por lo tanto, ahora, después de la primera sacudida del encuentro, Ruara sólo despertaba en él una fría repulsión y una inquieta curiosidad por la causa de su presencia en aquel lugar. Ella satisfizo esa curiosidad antes de que él hablase.

—Coahu llegará dentro de un instante. ¿Supongo que no sabías nuestro enlace?

Su mente captó una señal de peligro, como si el acero brillase entre los árboles a lo largo de la senda. Pahad se encogió de hombros:

—No tengo interés por los chismes, tuantatha.

No dio ninguna inflexión a su voz, en señal de respeto o ironía hacia su nuevo rango, conseguido a través de aquel matrimonio.

Su réplica traicionó más el despecho que la diversión que pretendía contener:

—A veces es conveniente, como te he dicho muchas veces, tuan. Pero nunca supiste aprender.

¿Y ahora iban a enseñarle? La sospecha se endureció en su pecho. Quizás aquel repentino ataque por el flanco no había sido proyectado por un remoto e indolente Consejo Mundial. Ruara siempre odió la Universidad; y la obstinada negativa de él a pedir el traslado a un «lugar normal» había sido uno de sus mayores puntos de fricción. Ahora, sin duda, ella le odiaba a él, el Hombre que Combatía la Norma. El destruir a la Universidad y a él, al mismo tiempo, sin duda haría que ella se sintiera más segura de sí misma. Y el turbio celo de ella, lanzando su astucia femenina donde

podía ejercer mayor efecto, haría girar las oxidadas ruedas de la Jerarquía. ¿Y qué mejor punto de ventaja encontraría para su cruzada, que siendo la esposa de Goahu?

Pahad volvió a encogerse de hombros y se sentó, sin que nadie se lo ofreciera.

—He aprendido lo bastante para evitar que mi vida sea saqueada.

(*Aquello* sería un dardo para su orgullo de mujer.)

—Quizá.

—Y a conservar las cosas que amo.

—Quizá.

(Tratando de ser enigmática, ella no tardaría en encontrarse en un callejón sin salida.)

—Oh, hasta ahora he conseguido bastantes éxitos.

Sin duda que aquello no era más que una vacía jactancia, pero la idea era excitar a Ruara. Ella no poseía más que una astucia rutinaria, cuando no le era posible utilizar las armas de su sexo, y era fácil alterarla con el sarcasmo.

La sonrisa de la mujer fue apenas perceptible.

—Goza de ellos mientras puedas, *tuan*. —(Mamá sabe cosas que el Niño desconoce.)

La sonrisa de él fue interior y sombría. La entrada de Goahu interrumpió la batalla, pero Pahad sabía ahora algo de vital importancia. Ella no pudo resistir la tentación de vanagloriarse de su triunfo sobre él y probablemente no se daba cuenta de que había revelado su propio juego. ¡El primer encuentro fue para Pahad! ¿Pero cuántos quedaban aún por disputar?

Goahu *tuantatha Neihu* era un hombre cultivado, de fina estampa, una débil regresión a la arrogancia de otras edades. Su suavidad era exquisita, ya que el puesto de Director de Investigaciones requería una cortesía y finura sin límites. Soñaba en desarrollar un tipo de orquídeas comestibles con las que pudiera cubrir las ramas de los bosques productivos, para alimentar a nuevos millones y por este medio pasar a la sublime inmortalidad. Jugeteaba con abstracción con un microinyectable mientras le miraba. Pero sus míseros proyectos morirían con él.

Pahad sintió un poco de lástima por el hombre. Goahu no era el tipo de varón capaz de sacudirse el dominio de la droga. Ruara le haría ascender por la escalera, sin que él se diese cuenta, no gracias a sus sueños de orquídeas comestibles —ella era lo bastante lista para darse cuenta de la futilidad de *aquello*—, sino por medio de hábiles intrigas. Goahu era una herramienta tan buena como otra cualquiera. Antes de retirarse, ella deslizó su mano por el brazo del hombre y la amorosa vanidad de él llenó la habitación, palpable como el decadente perfume de las orquídeas. De este modo la Eterna Mujer jugaba con sus cartas marcadas —y lo llamaba Misterio.

Goahu, sin embargo, se mostró lleno de simpatía hacia la misión de Pahad.

—¿Su investigación? ¡Desde luego! Se trata de un informe estúpido presentado por alguien en el Servicio Marítimo, que se refiere a un discutible cambio en el nivel

del mar. La Oficina de Programación pensó que usted sería el hombre *adecuado* para realizar esta investigación.

—Fazum o Loheia están mucho más calificados para ello.

—Es usted demasiado modesto, tuan. En cualquier *ellos* han cumplido su Servicio Obligatorio.

—Pero los cambios en el nivel del mar ocurren con frecuencia, a veces bastante considerables.

Pahad casi se mordió la lengua, cuando escuchó sus propias palabras. ¿Si se trataba de un trabajo sencillo, por qué decírselo a sus enemigos, y conseguir que le asignaran algo mucho más difícil?

—¿Es posible? Uh... setenta centímetros, cuarenta de ellos la última década.

Le entregó una lámina con la grabación de los informes.

Pahad le miró, asombrado. Luego:

—¡No es posible! ¡Eso es increíble! Es evidente que cierto número de factores se combinan para reducir el nivel; hemos de esperar poder utilizar las tierras marginales. Pero cuarenta centímetros en una década es algo fantástico.

—Ah, pero, tuan, de acuerdo con este informe, el nivel se *eleva*.

Pahad tiró la lámina encima de la mesa sin el menor respeto al augusto sello del Consejo Mundial.

Ahora comprendió la tremenda carga que le imponían. Pero esto sólo sirvió para enfurecerle más.

—En tal caso, tuantatha, lo que desean es que cribe una montaña de paja.

Goahu sonrió con languidez. De repente, colocándose al lado de Pahad:

—Mi querido amigo, si nuestros superiores nos piden que hagamos una investigación sobre algo absurdo, lo mejor es hacerlo y cumplir con nuestra obligación. Me ocuparé de que le anoten en su hoja de servicios el crédito de un año por ello.

—¿Qué hay sobre un ascenso?

Aquello era una descarada demanda, pero a veces el descarado tenía su utilidad. El ascenso sería un arma más en aquella guerra individual. Era posible que pasara por los trámites oficiales antes de que nadie se diese cuenta de ello —y la promoción era irrevocable.

—¿Tuanta? Sí. Usted resuelva este problema y yo uniré mi recomendación a su informe. De modo que manos a la obra.

¿Quizá Goahu recibiría con agrado una oportunidad de engañar a Ruara? ¡No era posible!

Capítulo 2

UNA BARRA DE ACERO ENTRE LOS ENGRANAJES

Pahad salió de allí sintiendo encontradas emociones. ¡Eso era la investigación que le confiaban! Orquídeas y una estúpida mujer que conducía al Consejo por la nariz. Ruara odiaba a la jerarquía como una carga superflua impuesta a los verdaderos intereses de la vida; Pahad también despreciaba a la Jerarquía; pero, sin embargo, aquél era el único lugar donde no se le obligaba a seguir un curso invariable desde la célula germinal hasta la Planta de Recuperación. Y ahora —rió secamente—, después de todas sus ilusiones, su Gran Oportunidad para ascender en la Jerarquía se convertía en una cuestión de aclarar el estúpido error de un excitable subalterno, todo porque Ruara deseaba verle fracasado.

Por mi momento dudó de sus propias convicciones. ¿Era posible que el nivel del mar subiera...? ¡No! El máximo ocurrió en el siglo XXIII, cuando las inundaciones de los puertos y las tierras de cultivo hicieron más intensos los Siglos de Ignorancia. Desde entonces, el mar se había ido retirando. Aquello era elemental. Mientras ascendía en el elevador, calculé con rapidez cuántos kilómetros cúbicos de agua serían necesarios para hacer subir cuarenta centímetros el nivel de los mares; los resultados eran grotescos.

Frente a la Cabina de Comunicaciones de la Torre de Control, a medio camino entre la salida del elevador y el hangar de la cúpula, Pahad se detuvo de repente. Sus impulsos y corazonadas le habían hecho ganar la reputación de ser un perfecto adolescente; pero a veces daban resultado. Miró a la lámina del informe que llevaba en su cartera de documentos, observando por primera vez el nombre y dirección de su autor: Karlohu tua Wilele, Estación Marítima de Ceilán. Pahad calculó la hora en el meridiano de Ceilán y entró en Comunicaciones.

Se dirigió a sí mismo una sonrisa de sarcasmo. Tal como funcionaba la Jerarquía, era muy posible que unas cuantas preguntas dirigidas a la fuente de información pudieran descubrir una ridícula equivocación. Si podía conseguirlo, pensó con deleite, entonces montaría un drama de incontables meses de trabajos e investigaciones, para convencer a Goahu de que ganaba su crédito de un año y mantener tranquila a Ruara.

Sentado en una de las cabinas individuales, mientras contemplaba la translúcida pantalla del comunicador, trató de imaginarse a aquel Karlohu tua. El nombre sugería una ascendencia europea, lo cual explicaría la alegre irresponsabilidad de aquel informe —a pesar de que el mismo Pahad tenía una herencia genética con mucho más de la mitad procedente de aquellas antiguas razas.

Cuando se iluminó la pantalla, Pahad pudo contemplar un rostro típicamente polinesio. Inclusive la expresión del hombre mostraba la perpetua amargura

tradicional en la más desgraciada de todas las razas mesiánicas. El desconocido dijo secamente:

—Karlohu tua Wilele.

—Oh —contestó Pahad, algo sorprendido—. Oh, ¡que puedas tener muchos hijos!, Pahad tuan Konor. Soy un geofísico y me han confiado la misión de investigar las variaciones en el nivel del mar. ¿Este informe es tuyo?

—¿Un *tuan*, eh? Sí, es mío. Y antes de que sigas, puedo decirte que he comprobado cientos de instrumentos, docenas de veces y *personalmente*. He hecho que las lecturas de los instrumentos fuesen registradas por los técnicos adecuados. He consultado todas las malditas clases de expertos existentes y todos han dicho que debe haber algún error, sólo que no han podido encontrarlo. ¿*Tienes* alguna idea nueva, *tuan*?

—Ya veremos —dijo Pahad, exasperado por los modales del hombre. (Cuando cualquiera sospechaba que poseía un solo gene Polinesio, se lanzaba a convencer al mundo con fervor misionero, dispuesto a iluminar a las Razas Ignorantes de la Tierra.) Sin embargo, la franqueza de Karlohu hacía más fácil la conversación.

—Envíame todos tus informes y registros. Ideogramas certificados.

—Ya están preparados, *tuan*, esperando que alguien los pidiera. Tú eres el primero en hacerlo.

—Bien. Despáchalos en el acto. Ahora, aparte de los informes oficiales, hablemos francamente de los hechos. Admitiendo que has realizado un trabajo exacto, ¿cómo puedes garantizar los registros anteriores?

—Me es imposible. Pero he estado en este puesto durante los últimos doce años y la mayor elevación se ha notado en este período. Aún continúa.

(¿Doce años, eh?... Eso explicaría el resentimiento del hombre.)

—¡Pero, con una elevación semejante, serían evidentes toda clase de resultados! Las tierras bajas estarían inundadas, en primer lugar.

—¡Qué me lleve el diablo! De una docena que han estudiado este asunto, incluyendo los grandes *tuantuas* más arriba de las nubes, tú eres el primero que ha pensado en eso. Todos los demás se limitaron a apuntar inteligentes teorías para demostrar que ello no era posible... Bien, *tuan*, ya que eres tan listo, contaré un gran secreto: las tierras bajas están inundadas. No puedo decir eso en mis informes, porque no soy más que un *tua* y no un agrónomo. Por otro lado, las débiles protestas de los agricultores que vienen perdiendo terreno, no llegan muy arriba. Oh, sólo un accidente local. ¡Una lástima!

—¿Estás seguro de que no se trata de eso?

—¡Cómo! ¿En cientos de estaciones a la vez en todos los continentes? ¡Olvídalo! ¡Más vale que te despiertes, *tuan*! Dentro de poco *Ellos* tendrán que unir todas las piezas y entonces los gritos llegarán al cielo. Es posible que sea muy pronto, porque mis cálculos para este año indican otros seis centímetros de elevación. Pero estamos perdiendo el tiempo, *tuan*. ¡Manos a la obra!

—Lo haré cuanto antes.

—Eso puede ayudarnos. Te volveré a llamar cuando haya estudiado tus informes.

Un mes más tarde, de pie en las grandes bóvedas de los Archivos, mientras el asistente colocaba delante de él el material solicitado para el estudio del día, con una casi perceptible y burlona sonrisa, Pahad sintió algo más.

—¿Es todo lo que deseas, tuan? —dijo el asistente, un atildado tui de irritante competencia. Sus suaves palabras querían decir en realidad: —No podrás tragar todo eso, bufón.

Pahad contempló la espalda de aquel hombre mientras se retiraba. El asistente personificaba a la Comunidad. Aun mostrándose amistosos y serviciales, contemplaban su lucha con una sonrisa desdeñosa ante sus frustrados sueños; pero las sonrisas se convertían en eficaz malicia al primer signo del éxito.

Sabía que era oficialmente vigilado; si el Tuantoi-tan parecía haberle olvidado por el momento, estaba seguro que Ruara se acordaría de él y se mantendría informada de sus movimientos. Posiblemente aquel mismo atildado asistente sería quien la informase.

Sin duda debía haber otro medio que el someterse a su juego, sistemáticamente persiguiendo una corazonada a través de montañas de deleznable paja, buscando entre enormes montones de datos sin valor. Algo en su interior había estado creciendo durante todo aquel mes; ahora se esforzaba en impotente furia contra los elásticos y sedosos hilos que le aprisionaban. Extraños pensamientos e impulsos se agitaban en aquel embrión.

A pesar de todo, él estaba ya desafiando las leyes no escritas de la Comunidad. Dado que el conocimiento era una fuerza peligrosa, la Comunidad había desmenuzado toda la sabiduría que podía en débiles briznas. Ningún Jerarca que sea respetable presumía de saber nada fuera de su propia brizna —excepto el resumen oficial de cultura general. Pahad sabía que sus vanas excursiones hacia otros campos podrían justificar nuevos castigos.

Bien podía llamarlas vanas. Ahora, por ejemplo, una vez más se sumió en la retórica que servía de instrucción al tema que estudiaba, la batigeología. Por un instante, una vez más, acarició la ilusión de que su mente libre y ansiosa de comprender podría hallar nuevas ideas donde los fosilizados especialistas no habían visto nada. Se estrelló, en un esfuerzo supremo, contra las complejas fórmulas, retorcida terminología y obscuras definiciones; sólo el asedio de toda una vida podría romper la línea levantada durante más de mil años para proteger los viejos intereses... y entonces, la mente estaría cansada y cien otras batallas quedarían por luchar.

Pero... ¿qué otra cosa podía hacer? Se agitó, impotente, dentro de su prisión. Pero aún seguía tanteando y buscando entre los laberintos de la batigeología, tratando de

encontrar una pista que le llevase a su objetivo, mientras voces burlonas susurraban a su alrededor. Por fin las voces se materializaron en la forma del atildado asistente, con su falso respeto, que preguntaba:

—¿Desea algo más, tuan? ¿Quiere estudiar algún otro subtítulo esta mañana?

—Gracias —dijo Pahad secamente, rechazando la burlona condescendencia del individuo—. Consígame los nombres de los batigeólogos de nuestro Centro Científico.

Por lo menos, ahora tenía unas cuantas preguntas que hacerles.

Lanzando una ojeada a la lista de nombres, Pahad mantuvo el rostro impasible. El único nombre de alguna importancia era el de uno al que no sentía el menor deseo de visitar. Nunca había pensado en Nada tuan Mehimehi como batigeólogo. Se sentía frente a ella como un hombre ante una mujer de la que sospecha tiene ciertos proyectos sobre él, que no son de su agrado. En dos ocasiones, unos meses atrás, ella se había mostrado especialmente atenta en las reuniones en que se encontraron. No es que Nada no fuese atractiva; todo lo contrario —joven, pero no juvenil, seductora desde la punta de su elegante peinado hasta los tacones de sus finas sandalias y mucho más humana que Ruara—. ¡Sin embargo...!

Sin embargo, con cierta perversidad, él preparó su entrevista con ella como si fuese una cita. La perspectiva de poder jugar con fuego, era como librarse por unas horas de la aplastante burla que le envolvía.

Llegó al lugar convenido antes que ella, dándose tiempo para preparar sus defensas. Estaba en una terraza-restaurant frecuentada por aquellos que sentían que un cambio ocasional de la rutina propia del Comedor Comunal compensaba el sacrificio de sus bolsillos. Sentado a la mesa acariciada por la brisa, contemplando los infinitos campos de trigo, Pahad pensó sarcástico: «Aparte de ser inmune a las mujeres en general, Nada era particularmente incompatible».

Los dos poseían personalidades vigorosas y peculiares, pero en sentidos opuestos. El era alto, de fuertes músculos, piel blanca y rostro de un sano color rojo; un arqueólogo una vez había comentado que el cónico casco de guerra de los Gales habría destacado favorablemente los rasgos de su rostro, fuertes pómulos y pálidos ojos azules; y a veces sentía que el oscuro sarong de ceremonia o la simple toga sin mangas le sentaban como un incongruente disfraz. En cambio Nada poseía el tipo clásico Polinesio. La Sociedad había casi olvidado los orígenes de los viejos tipos raciales que todavía aparecían entre la masa humana, del mismo modo que también había olvidado los orígenes de las palabras; pero estaba maliciosamente alerta cuando estas diferencias eran evidentes en una pareja. Y una de las cosas que sus antepasados bárbaros habían legado a Pahad, era un vívido desagrado del ridículo. Pobre Nada, pensó, sin duda había ya aceptado todas aquellas desventajas si es que le había escogido a él como víctima.

Sin embargo, cuando la vio acercarse con su paso ágil y flexible, elegante, delectable y delicadamente firme como una fresca flor, en un exquisito sarong del bronceado rojo que ella prefería, y escuchó sus corteses excusas por su tardanza, Pahad hizo de nuevo el involuntario inventario acostumbrado en los varones la tersura de su tez, los suaves y rojos labios y el cabello de un negro azulado que denotaban a la raza aristocrática, aunque su piel era sólo de un delicado tono bronceado. Le habría parecido más agradable sin aquellos sabios toques de maquillaje, pero no pudo evitar el sentirse lisonjeado al pensar que había tratado de mostrarse atractiva en su beneficio. Ella no era como Ruara —y él creía que su juicio era ya maduro en aquellas cuestiones; en todo caso ella no daba demasiada importancia a las Grandes Realidades... Pero el inventario, las lisonjas y su indudable atracción, no alteraron la sangre fría de Pahad.

Ella hizo pequeñas exclamaciones de alegría ante la sopa, una sintética reconstrucción de una antigua receta. Con poco cosa más que cereales, frutos secos, raíces, algas y plankton prensado para trabajar, los químicos-cocineros habían conseguido presentar una gama de sabores y variados platos que no eran exóticos sino auténticos. Pero sus palabras fueron de genuina sorpresa cuando descubrió que él le ofrecía un verdadero pescado, cola, cabeza y huesos incluidos.

—¿No le parece extraño —dijo ella con animación— el pensar en las miles de clases de animales que antes existían? Y ahora sólo quedan unos pocos peces e insectos, y los animales producidos en el laboratorio, desde luego. ¿Sabía que una vez tuve un gato en miniatura, vivo, y nacido en un laboratorio? Debe haber sido fascinante observar a los animales salvajes, viviendo en su propio ambiente.

Él asintió sobriamente. Aunque estaba orgulloso de sus ideas poco convencionales, se sentía obligado a lamentar que los demás las tuvieran; le producían una leve sensación de incomodidad. Mucho mejor. Aquella mujer era demasiado atractiva. Pero, pensó implacable, si conseguía mantenerse fuera de su alcance, aquel fuego le sería útil para hacer hervir su propia marmita. Por ejemplo, si alcanzaba el grado de tuanta, ya no se vería restringido por la regla de un solo matrimonio. Y si podía conseguir que Nada acariciase la idea de que aquello le convertía en un posible marido, quizás podría hacer que le ayudase a ganar el ascenso. Y ella tendría su merecido, si lo conseguía su propósito.

Alentadora, Nada interrumpió el silencio.

—¡Creo recordar que quería hablarme de algo!

La mayoría de los especialistas le habían escuchado con vaga curiosidad, impaciencia o cortesía. Ahora, el vivo interés en la voz de ella, le estimuló a hablar. Le explicó el problema hasta donde era prudente hacerlo.

Ella le escuchó con atención. Él no había observado antes el gesto inteligente de su rostro, la ávida vitalidad en sus ojos. Pero su primer comentario fue ácido:

—Debí suponer que sería algo *parecido*.

La suave burla sólo sirvió para endurecer su decisión de soltero. Continuó hablando, detallando sus esfuerzos y su absoluto fracaso.

Ella siguió su narración como si fuese una interesante aventura en vez de un catálogo de esperanzas frustradas. —¿Y no tiene ninguna teoría?

—Oh, una docena de teorías; pero ninguna capaz de resistir un examen..., un detenido examen por lo menos. Mire, todo se reduce a estas dos posibilidades: O bien todas las masas terrestres se hundan a la vez, lo cual es fantástico; o millones de toneladas de algo están siendo vertidas en los océanos.

—Lo cual es igualmente fantástico, ¿no es cierto?

El vaciló; ¡sin duda ella debería estar mejor enterada! Pero el sincero interés de sus ojos se había transformado en una sintética postura de femenina atención, muy parecida a la que afectaba Ruara cuando trataba de atraerle. Su probable propósito era el de intrigarle con su simpatía. Él dijo, brevemente:

—No del todo. Porque es *cierto*.

—¿Es posible?

Ella ya no era un inteligente batigeólogo examinando un problema, sino una hermosa muñeca de las Islas admirando al seco y austero científico.

—Desde luego. Ha ocurrido otras veces; en la Edad Cretácea, por ejemplo. Miles de millones de toneladas *fueron* vertidas en el mar y las llanuras y las tierras bajas se inundaron en todo el mundo.

—¡Oh! Se refiere a los *tiempos* geológicos.

Ella se inclinó sobre la mesa con ligeramente exagerado interés. (No era posible que fuese *tan* ingenua, que creyera que podía cazarlo con aquella rutinaria técnica de lisonjear su vanidad.)

—Nunca he llegado a comprender cómo ocurrió, en realidad —continuó ella—. Pensé que los continentes se hundieron. ¿Dónde pudo originarse esa inmensa masa de agua adicional?

Él la miró con ironía. ¿Qué clase de geólogo era ella? Quizás no era tan inteligente, después de todo.

—En los glaciares, amiga mía.

—¡Oh! Nunca supuse que existieran *tantos* glaciares.

Si se refiere a los glaciares comunes, no. Pero debe considerar los casquetes polares, los mares de Groenlandia, la Bahía de Baffin, Antártida, y todo lo demás. Si todos esos desiertos de hielo se derritieran, podrían elevar el nivel del mar en cincuenta metros —Pahad señaló con un gesto a la llanura cultivada, debajo de ellos—. Esas colinas serían islas y las olas romperían debajo de esta terraza.

Ella le dirigió una críptica mirada.

—¡Hummm! Podría ser algo muy interesante. El la miró con creciente desdén.

—Bien... si piensa en el colapso de la Raza como una simple diversión. —Trató de encontrar las palabras adecuadas, pero la terrible amenaza era demasiado

espantosa—. Quizás la mitad de la raza humana tendría que morir sin poder tener hijos...

Horrible. Pero no era aquello lo que él quería decir.

Sin detenerse en el reproche que contenían las palabras de Pahad, ella volvió hacia el tema de su conversación.

—Bien, oí que he oído en alguna parte que estamos entrando en un ciclo templado. ¿Quizás eso resolvería su problema?

El sonrió suavemente.

—En realidad, estamos en el principio de un ciclo mundial de temperaturas más altas. Pero los casquetes polares crecen durante una fase templada. Por lo tanto, sabemos con exactitud que los océanos deberían *descender* y, de hecho, *descendían* muy lentamente, según los datos de hace un siglo. Pero por lo visto, estábamos tan seguros, que nadie se ha molestado en comprobar con detenimiento la situación desde entonces.

Los ojos de ella sonrieron.

—Eso parece algo muy extraño, que el hielo aumente en un ciclo templado.

—En efecto, lo parece. Pero si se hace hervir una marmita en una habitación cuyas ventanas estén frías, el vapor se condensará sobre los cristales. Tiene que comprender que las temperaturas en los Polos nunca ascienden sobre el punto de fusión del hielo, y que el vapor que surge de los trópicos se condensa sobre los casquetes polares.

—Eso me hace el efecto de una de tantas teorías demasiado inteligentes para ser ciertas. Desde luego, yo no sé mucho sobre la *superficie* de la Tierra. Pero apostaría que está equivocado.

Por un instante, la idea se le apareció como una tentación: ¡Allí podía hallar su libertad! Buscar el medio de desacreditar la teoría de condensación sobre los Polos y tendría en su mano todo lo que deseaba: el rescate de la Universidad, títulos, el ascenso, mejores oportunidades para hallar la verdadera causa de la amenaza. Quizás más tarde su argumento quedaría a su vez desacreditado. Pero, entonces, sería otro el que debería preocuparse.

Pahad movió la cabeza.

—¡Mmm! Esa teoría parece tan bien fundada como las mejores. Y aunque *fuese* equivocada, necesitaría muchos años para probarse. —(Que eso sirviera para *enfriar* el entusiasmo de ella.)

—¿Y qué piensa del CO₂? —Ella lo dijo con el tranquilo aire de la mujer-que-sabe-lo-que-los-sabios-no-han-visto.

En el borde de la exasperación, él tuvo que confesar su ignorancia.

—¿Qué hay con eso?

—Tengo entendido que si la proporción de dióxido de carbono aumenta en la atmósfera, incrementa la absorción de calor procedente del Sol. Otra teoría nos dice que la inmensa vegetación del Período Carbonífero fijó todo el dióxido en los campos

de carbón, y que eso fue lo que produjo las Edades Glaciales, en una especie de reacción en cadena. Por lo tanto, si ahora tuviéramos demasiado CO₂, eso podría ser una de las causas que hacen derretirse a los viejos casquetes polares, ¿no es cierto?

—¡Mmmm! —El estaba lo bastante intrigado para contener su vanidad personal—. Creo que es posible, si asumimos que usted tiene razón y que las temperaturas más altas no hacen *aumentar* los casquetes. Lo único que nos queda por hacer es descubrir de dónde proviene el CO₂ en vez de buscar el origen de esas masas de agua adicionales.

—También puedo decírselo. —Ella era tan atractiva como Ruara se esforzaba en aparentar—. Recientemente se han notado numerosos casos de actividad volcánica, ¿no lo sabía? Y siguen en aumento. —Nada se levantó—. Es muy tarde y debo marcharme. Gracias por su *maravillosa* comida.

De espaldas, mientras se alejaba, le pareció tan atractiva como de cerca y frente a él; en realidad, parecía que se contorneaba suavemente como si estuviera satisfecha de sí misma. Podía estarlo, desde luego, si había sido capaz de presentar la primera pista para resolver su problema y al mismo tiempo confirmar la superioridad de su sexo y por lo tanto la de ella, mientras que a la vez eliminaba uno, de los obstáculos para conseguir el hombre que deseaba. Ella compartía con Ruara muchas de las reprobables estratagemas femeninas, pensó él. Pero era lo bastante humana y atractiva para ser muy peligrosa.

Su maquillaje, por ejemplo, era aplicado en tonos suaves, sin ser tatuado, como en la mayoría de las mujeres. Y su inteligencia... bien, no se trataba sólo del eterno femenino, dispuesta a demostrar su superioridad sobre el varón, como la intensa concentración de un fanático por el ajedrez, renunciando a pensar en otra cosa que en el juego. No, ella poseía algo más; con ella no se podía tener la sensación de estar seguro siempre que no se admitiese la lucha en su propio terreno. Con ella... nunca se estaba seguro.

Pahad se puso en pie ágilmente. Bien, la idea valía la pena de ser estudiada.

Capítulo 3

AHORA VES LA LUZ Y...

Tres péntadas más tarde no se sentía tan seguro. Su problema era un maldito fantasma como las luces que bailaban encima de los tanques de algas; un instante sentía tener la solución debajo de la mano y al siguiente debía seguir la pista en el otro extremo de alguna extraña especialidad. Dan le contemplaba con un aire que sugería su creencia de que la situación era ideal para burlones comentarios entre sus amigos, al mismo tiempo que otros mucho más serios en otra parte. El luchar como un fuera de la Ley contra enormes desventajas, tenía sus compensaciones para el ego; el servir de burla a un subalterno, no tenía ninguna. Cada mañana, Pahad emprendía su absurdo camino sin ningún optimismo; cada noche hallaba justificado su pesimismo.

Sin embargo, algo adquiría rigidez en su interior, la crisálida alada que se endurecía en el capullo. Las altas cúpulas y la penumbra de las salas de lectura de los Archivos le servían de matriz y Pahad adelantaba a pequeños y continuos pasos en su trabajo, y por grados paralelos en su interior. ¡Que Ruara le espíase! ¡Que siguiera Dan con sus burlas! En el embrión, la madurez de un órgano rudimentario inicia el crecimiento de otro.

Al principio de la cuarta péntada, la implacable lógica le envió por otro desconocido y extraño camino. ¡En busca de un experto en cultivos aeropónicos, nada menos! Hasta su firme determinación flaqueó ante la idea.

Pero cuando la puerta del departamento se abrió ante su llamada, comprendió que al fin tenía una oportunidad. ¡Aquella revuelta mata de cabello blanco y el tostado rostro lleno de carácter, aquella vivienda tan singular como la del mismo Pahad! No era de extrañar que el nombre del científico, Avor tuantatha Dohano, le había sorprendido. ¡Experto en cultivos aeropónicos! Oficialmente, desde luego. Pero aquel hombre era la vieja celebridad con la escandalosa reputación de ser un indomable e independiente investigador —demasiado inteligente, demasiado incómodo para la Jerarquía, con sus francas críticas del Consejo Mundial. Pahad había escuchado en el Comedor Comunal, docenas de veces, a fragmentos de los hirientes párrafos de aquel hombre mientras discutía en la mesa de los Mayores. El tenerlo ahora frente a frente era algo que casi le intimidaba. Pero la casi apagada hoguera se convirtió de repente en viva y brillante llama.

Avor le recibió con un caluroso saludo, trajo copas y una botella de polta (un híbrido compuesto entre narcótico y alimento legal) y mostró un vivo interés por el CO₂ atmosférico. Inmediatamente rechazó con un gesto la teoría volcánica.

—¿Esas pequeñas sacudidas? No podrían justificar ni una millonésima parte de un uno por ciento. Las montañas tendrían que estallar durante diez mil años para

producir una diferencia significativa. ¿Es suya esa idea?

¿Le despreciaría Avor por sus débiles conjeturas o quizá le admiraría por saber *algo* fuera del campo de su propia especialidad? Pahad sentía en su interior que aquel hombre podía despreciar a un embustero; y nunca se sabe por qué medios puede revelarse la verdad. Además, la sinceridad era más propia del carácter de Pahad.

—En realidad, me la dio Nada tuan Mehimehi.

—¿Oh? ¿Qué clase de juego llevará esa mujer entre manos? Ya llevaba en la cabeza algún complicado plan cuando vino a verme hace ocho años. No tengo confianza en esa clase de mujeres. Nunca se puede saber si se ríen de uno detrás de esos ojos inocentes.

Aunque el incendio producido por la polta se extendía desde su estómago hasta el cerebro, Pahad contuvo sus propias opiniones sobre el juego favorito de aquella mujer. Se encogió de hombros.

—Es *posible* que me diese su opinión sincera. A veces ocurre, ya sabe.

—¡Bah! Ella sabe mucho más de volcanes que todo eso. Le gusta saberlo todo... como yo.

Sonrió como un enorme ídolo y luego sus ojos brillaron de repente debajo de sus espesas cejas.

—¿Ha pensado en unirse a ella, por casualidad?

La natural obstinación de Pahad, apoyada por la polta, le hizo desafiar las leyes, como de costumbre.

—Un hombre podría hacer algo mucho peor. Ella tiene todo lo necesario... con unos cuantos extras. (No le importaba si aquel comentario llegaba a los oídos de *ella*.)

—Sí... un hombre podría hacer algo mucho peor.

Avor dejó escapar un gruñido y sonrió. Luego quedó silencioso.

El cerebro de Pahad volvía a pensar en aquel tema. Sin duda Nada sabía muchas cosas; para mostrarse tan ignorante sobre su propia especialidad, poseía amplios conocimientos de cosas que no tenían nada que ver con su pequeño y especializado campo. La teoría de los volcanes, de acuerdo... pero, ¿meteorología, reacciones en cadena, ciclos climatológicos? Y todo fácil y convincente, como el trigo Ártico bajo los primeros rayos del sol. Bien, si podía conducirla a la captura de un hombre, una Jerarca podía mostrarse inteligente sobre cualquier cosa —hasta las pobres artimañas de Ruara le habían engañado antes, cuando aún tenía los ojos cerrados.

Avor dejó de contemplar sus masivas manos apoyadas en las rodillas y dijo:

—Bien, ese es su problema. Pero quizás ella tiene razón sobre ese CO₂.

Pahad se sentía estimulado por cualquiera (Nada inclusive) que estuviera bien informado.

—Tuantatha, ¿qué nos importa el verdadero origen del problema? Comprobemos primero si hay una variación en el contenido atmosférico. Luego podré ocuparme de la causa.

—¡Bravo, muchacho! Quiere llegar al fondo de las cosas. Es cierto, muy cierto.

—Pero no puedo encontrar ningún registro, ninguna estadística.

—Estoy seguro de ello. Pero ocurre que yo soy la única persona sobre la Tierra que puede darle esos datos. ¿Muy conveniente, eh? Mi Legado Póstumo a los Archivos tratará sobre la distribución de los gases atmosféricos, su relación geográfica y su historia. Divertido, pero inútil... hasta ahora.

Pahad se sintió atraído hacia el anciano y no sólo por la esperanza que le proporcionaba. ¡Qué estímulo sería para él, si pudiera llegar a conocerle más de cerca!

—Pero... los Legados Póstumos no pueden publicarse antes de su presentación oficial.

—¡Bah! Han encerrado mi vida en esta pequeña celda. Que el diablo se los lleve, si quieren sujetarme con sus míseras normas. Todo el Universo gira alrededor de los Derechos de los Libres. ¿Qué hay de unos cuantos Derechos para *mí*? Hijo, usted es el primer hombre que he conocido, desde que murió Tartax, que tiene una cabeza y *coraje*. Sólo quisiera que pudiéramos trabajar juntos. Pero mi tiempo se acaba... Diga: ¿qué espera conseguir de eso?

—Es mi Servicio Obligatorio.

—¿Y lucha por él como un demonio? ¡Tonterías! Usted es el muchacho que se levantó en aquella repugnante Asamblea, la pasada Primavera, y le dijo a esa mohosa patata del Consejo hasta donde podía llegar. ¿Qué se propone?

Quizá fue por culpa de la polta, pero Pahad le confió al anciano mucho más de lo que soñó en decir a Nada y terminó con sorprendente candor:

—En realidad, se trata de la Universidad. La necesito para vivir mi vida, y gozar de lo que aún puede disfrutarse, en paz y seguridad.

Avor le contempló largo rato. Luego dijo:

—¿Qué clase de crisálida *aún* le retiene? ¡Dice que quiere terminar su vida en paz y seguridad! Muchacho, tiene que... Bien, no importa. Nada que me concierna, todavía. ¿Cuánto tiempo ha vivido en este fumadero de opio?

—Dejé la escuela a los dieciocho, tuantatha. Vine aquí y trabajé como ayudante bajo Chotha y su amigo Tartax durante seis años. Y he pertenecido a la Facultad desde entonces, ocho años.

—¿Catorce años, eh? Me parece un tiempo muy largo para seguir siendo una oruga. Supongo que aún debe tener su herencia Libre y que lo ha necesitado para librarse de ella. Sólo que... si algo no le pone en movimiento, puede seguir siendo una oruga toda su vida, igual que yo; almacenar energía para nada. Bien, en todos estos años debe haber reunido la suficiente para emprender cualquier cosa. No permita que le conviertan en un insecto sin alas. Haga algo, y que el diablo se lleve a lo que digan los demás.

—Hago todo lo que puedo, tuantatha.

—¡En efecto! A su modo, así es. Pero siga adelante y quizá consiga una visión más amplia del mundo.

Pahad no comprendía qué visión podía ser mayor que la de salvar a un mundo y a sus propios ideales. Murmuró una banalidad respetuosa.

Avor gruñó:

—Bien, voy a darle *mi* pequeña ayuda, y ya veremos lo que consigue.

Se dirigió a uno de los cajones metálicos de su fichero, lo abrió y rebuscó en su interior, mostrándose más y más impaciente, hasta que al fin estalló:

—¡Mil rayos! Ese es el resultado de permitir que los ayudantes se tomen toda clase de libertades con mi fichero. Lo siento mucho, tuan. Más de lo que puede creer. Pero si no encuentro los originales dentro de unos días, tengo una docena de tuas a que amargar sus horas de descanso por tener demasiadas, y entre todos prepararemos un nuevo juego de documentos partiendo de los registros originales. Venga a verme la próxima péntada.

Mientras regresaba a sus habitaciones, se sintió más animado que en mucho tiempo. ¡Qué distinta podría ser su vida en una compañía como *aquella*! Quizá también Nada... Había adelantado mucho en su labor, al conseguir la ayuda del talento de Nada y la rebelde inteligencia de Avor. ¿Y si fuese a buscar el apoyo de personas como aquéllas, en lugar de esperar a conocerlos por medio de los registros... como en aquellos dos casos?

Las péntadas se deslizaron rápidamente, consumidas en examinar sin descanso datos irrelevantes, mucho más secos ahora que sus esperanzas florecían en otro lugar. Empezó a sentirse como una rata encerrada en un laberinto, atormentada por fuerzas implacables, mientras corría de extremo a extremo de los cerrados pasadizos. Su nueva esperanza no llegaba a materializarse. Avor no estaba en casa. Avor lo lamentaba mucho... nada todavía. Sólo su ciega obstinación impedía que Pahad se rindiera, abrumado.

Por lo tanto, cuando Nada le llamó, apareciendo de nuevo en escena como llamada por un invisible director, él estaba dispuesto a aceptar cuanto le pidiera. Ella no se mostró resentida por su largo silencio, sino que sus palabras eran dulces y amables.

—Hoy le he visto en los Archivos. Ni siquiera se fijó en mí y parecía terriblemente cansado. Eso me dio una idea.

—*Estoy* cansado. Aún sigo investigando su última idea.

—Bien, ésta puede ser más atractiva. Voy a asistir a una Conferencia Intercontinental en un Centro de Descanso muy agradable, y puedo invitar a otra persona. ¿Le gustaría acompañarme? Sería un descanso para usted y encontraría gentes muy interesantes.

La opinión de Pahad de aquella clase de Conferencias era la siguiente: Gente desconocida, presentando informes sin importancia sobre aburridos temas. ¿Personas interesantes? ¡Bah! Ella quería presentarlo a sus amistades, ¿eh? A pesar de todo, Pahad aceptó, obedeciendo a un repentino impulso. El jugar con fuego le divertiría, y los comentarios de Avor sobre las llamas las hacían más intrigantes. De cualquier modo, unas pequeñas vacaciones servirían para hacer pasar el tiempo necesario para que Avor le entregase su informe.

Capítulo 4

CERCA DE MI CORAZÓN...

En la péntada siguiente, se sorprendió con frecuencia pensando en Nada. Y ahora, en el rápido aero de ella, en camino hacia el Centro de Descanso, se reprochó amargamente por haber permitido que ella le acorralase. Pero si estaba realmente dispuesta a capturarlo, ahora no utilizaba aquella ventaja. Sentada entre los almohadones de la cabina de su aero, formaba una atractiva figura; pero eso, admitió él, probablemente no era más deliberado que la forma en que se curvaban sus pestañas. Ella era hermosa y las pestañas se destacaban contra su fina mejilla con una negrura de terciopelo gemela a la de sus ojos. Apartó los suyos de la hermosa figura de la mujer, pensando que no eran otra cosa que las armas con las que planeaba subir en la Jerarquía de aquella estratificada sociedad. De un modo extraño, aquella mujer le resultaba demasiado atractiva.

Además, no hay tiempo para el amor cuando uno está sumido en una lucha a muerte.

Más del noventa por ciento de la superficie terrestre, desde los istmos hasta los campos de hielo árticos, estaba obligado a alimentar los enormes hormigueros de la Raza —el único animal significativo que sobrevivía. Cada ser humano, pero especialmente los Jerarcas, estaban en todo tiempo conscientes de los problemas de la alimentación y de la población, al igual que pasadas culturas se preocuparon por las finanzas, la ley, el pecado o las guerras. Todas las áreas posibles soportaban una masa de meta-cereal, perenne, autofertilizante, absorbiendo un fantástico porcentaje de energía solar para producir hasta una docena de cosechas por año, según la latitud. La ciencia dos veces milenaria no era capaz de extraer mayor cantidad de pábulo humano, de una cantidad dada de energía y área de suelo, natural o sintético. Toda aquella masa de alimentos era calculada cada año sobre la superficie de los continentes, con una exactitud de tantos centímetros, milímetros y micrones. Todos los trabajos e investigaciones de la Jerarquía estaban consagrados hacia el supremo objetivo de añadir otro micrón a la masa, con mayores esfuerzos que un financiero loco tratando de aumentar sus millones, o un samurai defendiendo su honor.

¿Qué ciego impulso hace alzar el vuelo a la ninfa de un caballito del diablo, sobre la húmeda masa de ruinas que fue su tumba y su cuna?

El indicador de distancias chasqueaba sin cesar en el panel de control, cada una de sus cifras cien kilómetros sobrevolados. Los ojos de Pahad se fijaron en el mapa circular que se extendía a sus pies, inmutable a pesar de la rapidez del aparato. Las ciudades Libres aparecían en el horizonte, pasaban debajo de ellos y se confundían en la distancia a sus espaldas, como las cifras de un decimal de repetición periódica. La opresiva gloria del triunfo final del hombre al sujetar toda la Tierra a sus apetitos se hacía sofocante. La Vida puede aceptar su Fin. La mente se rebela ante la idea. Pero

el decimal repetitivo representa el Fin, con la misma seguridad que la Muerte. El subyugado continente, invariable a sus pies, extendiéndose hasta la Eternidad, era una celda, un ataúd contra el cual los puños del Hombre golpeaban impotentes.

Se despertó de aquella pesadilla subconsciente por la agitación de Nada sobre los controles. Se suponía que el vuelo era completamente automático, y que ahora fuese necesario ajustarles le pareció algo tan extraño que Pahad se acercó con rapidez. Ella parecía confusa e irritada.

—No sé qué le ocurre ahora. Creo que será mejor que aterricemos y hagamos comprobar los aparatos.

—Usted es el piloto —dijo él con sardónica ironía; Nada no quiso realizar el viaje con el aero *de él* y, curiosidad, los aeros *nunca* sufrían averías.

—Vamos a ver —dijo ella—. El Manual dice que la Ciudad SE73 está a pocas millas de distancia. En *esa* Ciudad producen aeros.

Una mano helada le apretó el corazón. Pahad dijo:

—Los construyen sin la menor idea de lo que están haciendo, un millar de operaciones distintas y cada una de ellas realizada durante toda su vida por un hombre que no sabe de qué se trata, ni le importa.

—¡Eso es imposible! Se volverían locos.

—No conoce a los Libres. Envidian a los que tienen los trabajos más siempre. De cualquier modo, sólo tienen que soportarlo durante un par de horas cada día. Y en su mayoría pueden contemplar las pantallas, mientras trabajan. Para efectuar una reparación tendremos que ir a un Centro Científico.

Ella se mostró obstinada.

—Pero el Centro más cercano es el nuestro. No queremos volver atrás. Y este lugar tiene una unidad de servicio para aeros. El Manual lo *dice*.

Era posible que ella tuviese razón. El sólo trató de huir de allí, ciego. No se producían aeros en... su...

Mientras la Ciudad surgía delante de ellos, el viejo pánico hirvió en su pecho, con las mismas fuerzas de antes, a pesar de su largo sueño, abrasando sus sienes y atenazando su estómago. Era el odio, el impotente terror, la larga agonía de horror.

Nada, sin darse cuenta de su tortura, estableció contacto por radio. Y la Voz le contestó, la voz que él no había oído durante veinte años, pronunciando, como en una lección, las frases adecuadas, con la exacta e higiénica vaciedad.

El trató de contener el impulso de vomitar:

(—Eso fue hace veinte años. Eras un niño. Ahora eres un hombre, tuantoi, Pahad tuan. No te reconocerían aunque... allí... Eres un forastero, un visitante distinguido.) Sí, se podía suprimir el mareo con la suficiente fuerza de voluntad, hasta estas náuseas.

La Ciudad podía ser gemela de... aquella otra. Quizás un millar de unidades rectangulares; sus fachadas cubiertas de líneas de ventanas, como páginas impresas con la misma olvidada letra en interminable repetición. Las ventanas cubiertas por

fajas de espejos solares que giraban siguiendo el movimiento del astro como ciegos pólipos, para convertir los rayos de luz en energía; los techos cubiertos por campos hidropónicos de cultivo. Una Ciudad producía casi tanto alimento, hectárea por hectárea, como las tierras de Cosecha. Nada se movía en las ventanas; nada se movía sobre los tejados.

Pero la primera forma humana que vieron, dirigiendo su aterrizaje sobre una de las Cúpulas de vuelo era... inmutable, vestida con el mismo mono anaranjado diseñado hacía mil años. Un recuerdo largo tiempo enterrado subió a la superficie, siseando febrilmente: Cuando era niño, nunca pudo tener la seguridad si le devolvían el mismo mono en la Planta de Lavado, u otro exactamente igual. Una sombría risa le devolvió la serenidad como si fuese un trago de licor.

Cuando salieron de su aero hacia la vasta y metálica Cúpula del hangar, la pesadilla se hizo carne en la figura que se aproximaba, el buzo femenino de una pieza, con la cintura desnuda prescrita como cebo, el gesto y la Faz.

Noventa generaciones de selección convergente en busca de la Perfecta Maternidad, los Ritos del Maquillaje, las Reuniones Sociales, aún mostraban diferencias entre las mujeres si uno las observaba atentamente. *Aquella* no era su madre; los ojos eran más claros, los labios con el rojo tatuaje un poco más gruesos. Pero aquella era la Faz, que ahora recobraba el antiguo y complejo poder sobre él...

Surgiendo de su agitación primaveral, roces, estómagos satisfechos y desechos eliminados, la Faz creció. Era el símbolo universal de la seguridad, de apetitos saciados, de guía. En su propia unidad, o en la de un vecino, en la Reunión Social, corredor o refectorio, la Faz se inclinaba sobre él; una desaparecía y otra exactamente igual ocupaba su puesto. Uno llegaba a conocer la acostumbra y gradualmente distinguía al resto. Cuando las palabras y las frases tomaban forma, eran parte de la Faz: —No, querido, la Comunidad no desea que hagas eso. —Debes hacerlo de este modo, querido, o la Gente pensará que eres Diferente. Ahora, querido, es la Hora de...

Para los niños normales, la Faz crecía hasta confundirse con la Comunidad, el Plasma, los Ritos, el Ciclo: todas las Grandes Realidades. Pero, cuando él creció, luchó contra la informe Cosa que le oprimía desde todas direcciones; y por ella, aprendió a odiar a todas las Faces que la formaban, hasta llegar a odiar su propia Faz. Los niños normales eran vacuamente dóciles y satisfechos; Paliad no podía recordar cuándo sintió por primera vez la lucha de su Yo. Se sucedieron asustadas reuniones, él sombríamente apartado; no les dejaría que le comprasen con comida y caricias. No sabía el por qué...

Miró a Nada. La había llamado una muñeca de las Islas. Ahora, en comparación con la Eterna Mujer, ella era infinitamente vívida y preciosa con su singular personalidad, viva y única por toda la Eternidad, tanto si él la amaba como si no.

La mujer Libre hablaba con palabras pedantes, frases aprendidas de memoria, con esfuerzo, para poder comunicarse con los Tuantoi:

—Creo que no se-rá bueno bus-car la a-ve-rí-a. Será mejor... Pero de los labios de las cercanas figuras masculinas, amarillas, violeta, castaño, moviéndose con indolencia entre los cascos de los aeros, Pahad pudo escuchar un lenguaje más familiar. El corrupto neo-Polinesio de la clase tuantoi había sido glorificado en las Ciudades; hasta perfeccionarse en esa esencia de sencillez: las claras expresiones de la Realidad Inmediata siempre buscadas por los reformadores del lenguaje y campeones de la sencilla Humanidad. Ni siquiera se podía decir que habían simplificado la gramática o el vocabulario; habían abolido ambas cosas. Todos los sucesos posibles en la vida de un Libre fueron previstos y clasificados; y para cada uno de ellos bastaba una frase. Estas frases derivaban de grupos de palabras emitidas de una sola vez; pero sólo algún pedante tuanto se preocupaba por descubrir las raíces comunes en tales expresiones como: «Damun-platosop» y «Llamebesó», del mismo modo que un Atlante normal no distinguiría la diferencia entre «sanguíneo» y «consanguíneo». No, una frase era una frase. Eran transmitidas en rítmicas canciones y aprendidas de memoria, todo lo que un Libre podía necesitar en cualquier momento.

Los hombres también conocían unas cuantas frases para el trabajo, del mismo modo que las mujeres poseían frases hechas para los niños, la comida y los vestidos. Los hombres, libres de la responsabilidad de atender a la Próxima Generación, estaban obligados a trabajar y debían variar un poco más, tanto en lenguaje como en conducta; algunas de las peores variantes eran las Cosas-Desagradables-pero-Necesarias (y que no debían mencionarse); cosas que les alejaban del tibio círculo de la norma universal; las reparaciones, el trabajo irregular de las cosechas, las fábricas. Las mujeres mantenían todos los contactos indispensables con los Tuantoi; eran menos aptas a ser corrompidas con ideas locas. Su propio padre, por ejemplo...

La conversación de Nada con un grupo de mecánicos Libres (mucho más interesados en contemplar con la boca abierta al tuantoi que en la avería del aero) terminó con la decisión de cambiar todo el motor que funcionaba irregularmente, lo cual tardaría cosa de una hora.

—Podemos esperar en la cabina del aparato —dijo Pahad, sin importarle lo que ella pudiera pensar.

—¡No, por favor! Nunca he estado en una Ciudad. Quiero ver algo.

—Bien, ya puede empezar. Para mí, es muy aburrido. Yo la esperaré aquí, donde estaré más comfortable.

—¿Qué le ocurre, Pahad? Venga conmigo. No creo que esas personas puedan decirme muchas cosas. ¿Dónde conseguiría un guía?

A pesar de su resistencia, la repugnancia de Pahad se iba desvaneciendo, como una imagen difuminándose en el pansensor.

Se agarraba con todas sus fuerzas a los últimos restos de su voluntad, y ahora sus emociones y su razón se agrupaban alrededor de aquella fortaleza. ¡Animo! Supongamos que podía salir de allí, inmune, dueño de su pasado. Durante veinte años estuvo construyendo, pieza a pieza, una personalidad como la de Nada. ¡Que ahora se pusiera en pie y luchase, en vez de acurrucarse en un rincón! Entonces sería realmente libre como no lo había sido en todos aquellos años.

Ante la idea, la sangre corrió más limpia por su cerebro. Ahora contestó:

—Es cierto; no encontraría un guía. Aquella mujer que nos habló antes le mostrará cualquier cosa que le *pida*. Están entrenados para cooperar con los tuantoi, hasta cierto punto. Recuerde que no somos vulnerables para ellos, sólo seres aparte con ciertos privilegios. Producen aeros para nosotros, y todo lo demás, porque somos útiles y debemos tener algo que nos consuele de todas las grandes cosas que nos faltan. Ella le atenderá; pero ciertamente no hablará mucho.

—De acuerdo entonces, vamos por aquí hasta que la encontremos. Ella puede servirnos de guía... y usted explicará lo demás.

Mientras caminaban, Nada siguió hablando:

—Siempre tuve la impresión de que no eran otra cosa que una especie de sombríos y tristes robots. Pero parecen alegres en esos vestidos de varios colores.

—El primer millón puede parecerlo, si uno no les mira muy de cerca.

—Ya comprendo lo que quiere decir... ¿Por qué les llaman Libres?

—Porque son libres, para hacer exactamente lo que sus antepasados siempre desearon hacer.

Ella cambió de tema, en su habitual estilo zigzagueante de conversación.

—Naturalmente, esas son sus ropas de trabajo. Supongo que tienen sarongs y otros vestidos en sus casas.

—Mi querida amiga, un vestido extra para cada uno de ellos reduciría el Cupo de Nacimientos en dos o tres por ciento. En sus unidades, se quitan las ropas quedándose sólo en ajustadas mallas; se supone que eso seduce al compañero, y creo que será así durante la primera péntada; después, sencillamente ahorra los vestidos sin que se sientan incómodos. No, cada uno tiene cinco de esos monos de una sola pieza que se usan en rotación; se devuelve uno cada héctada para ser reducido a pulpa y le entregan otro nuevo.

—¿Hasta las *mujeres*?

El reprimió una sonrisa.

—Bien, la elegancia fue uno de los Derechos Fundamentales durante largo tiempo. Pero finalmente tuvo que sucumbir ante otras Realidades más básicas; ahora pertenece a la Historia, excepto por el maquillaje. Todo lo demás fue el supremo sacrificio de la Mujer en beneficio de las Grandes Realidades.

—¡Hum! ¿Entonces no despilfarran nada, eh?

El replicó salvajemente:

—Los Libres viven para no despilfarrar nada de modo que puedan nacer más Libres que no desperdicien nada, para que haya más Libres. El despilfarro es un crimen contra la creación de otras Vidas. Uno debe crear todas las Vidas posibles, ¿no es cierto?

—Eso hace que nuestros lujos más simples parezcan perversos —dijo ella, pensativa y luego se interrumpió—. ¡Oh, un pansensor! ¿Es que ellos...?

—¿Nunca ha estado en una Ciudad, no es cierto? Querida, un Libre tiene dos horas cada día de trabajo como Servicio Público; duerme diez —o por lo menos las pasa en la cama—, una en el refectorio y una en la Asamblea de la Tarde. ¿Qué puede hacer con las otras diez horas que le quedan que no consuma materiales o altere los Pequeños Ciclos? Una de las reglas de la Vida Real es: «Un pansensor es mucho mejor que la realidad porque no tiene Consecuencias».

Ella quedó silenciosa, mientras miraba a su alrededor, y Pahad volvió a hundirse en el pasado.

Era ya mayor: Había aprendido la importancia del incesante movimiento y agitación que se revolvía en el interior de cada unidad. Poco a poco fue despertando a una confusa comprensión de un mundo maravilloso: tierras perdidas y magníficos pueblos, hermosas y altivas mujeres y espléndidos y arrogantes varones, buscando en la aventura incomprensibles recompensas; vientos marinos hinchando las rojas velas, rápidos combates con extrañas armas, montañas que se alzaban hasta el cielo y vibrantes despegues para llegar al otro lado del mismo firmamento... Luego la abrupta y cortante interdicción que aquellas cosas eran Malas, que el Bien estaba en la sensual indulgencia de los hombres en los días primitivos, y nuestros Fundadores como el legendario Belugo, dando Todo a la Comunidad, con el triunfo de las Grandes Realidades.

Al principio se había sometido, desde luego, con el temor infantil de sentirse Diferente. Pero cuando llegó la sensación de una fase que noventa generaciones de selección genética no habían podido eliminar de su herencia humana, volvió a rebelarse, con más vigor pero también con más disimulo, El tenía razón, y eran los demás quienes eran Diferentes. El niño se abrazó a su secreto, temeroso pero alegre, como los Hombres Malos que aparecían en el pansensor. Siguió su camino, solo, embozado en su desafío invisible; no, no estaba solo, sino unido a los Hombres Malos. Si hubiera existido un culto de adoradores del diablo, él habría sido un precoz candidato.

Nada contemplaba la gran pantalla con visible asombro.

—¿Qué es este programa?

—Un partido de pelota-saro.

Las imágenes en vestidos multicolores corrían y adoptaban extrañas posturas. Cuando uno se colocaba los electrodos detrás de las orejas como una docena de obreros habían hecho en su letárgico tiempo libre, podía sentirse la balastrada de la tribuna, saborear un trago de agridulce licor, inclusive conseguir que las endocrinas recibiesen una parodia de emoción...

—¡Oh! ¿También disputan *juegos*?

—¡Mi querida Nada, no! Eso requeriría inteligencia y valiosa energía, esfuerzos. Ellos *contemplan* los juegos; o mejor dicho, contemplan la grabación de antiguos juegos. Quizás éste fue disputado hace mil años. Tienen bastantes grabaciones para que les duren tres generaciones sin repetirse. Luego vuelven a empezar por el principio. Cada uno de los Libres pasa cuatro horas al día observando el desarrollo de los Juegos. Y aún les quedan seis para los Dramas.

—¿Cómo es posible que eso les interese si no toman parte activa en los juegos? Y de cualquier modo, *deben* conocer el resultado por anticipado.

—¿Cómo? El operario cuyo deber consiste en preparar los transmisores cada día y colocar el siguiente rollo en los aparatos y retirar el de ayer, no tiene ninguna idea de lo que contienen. En realidad, no tiene medio de saberlo hasta que la proyección aparece en las pantallas.

—Bien, pero... ¿es que no *comentan* los episodios más interesantes? ¿Relatar los argumentos a sus hijos?

—*Ninguno* de ellos se siente interesado, excepto en el mismo momento de ver la proyección..., quizá ni aún eso. Si pasarán las mismas grabaciones cada año, tal vez algunos las recordarían. ¿Pero quién va a hacer perdurar el recuerdo hasta la cuarta generación? No es posible.

—Pero... ¿quizás alguien mantendrá un registro —una historia— por simple curiosidad?

—¿Un registro? ¿Con qué? Comprenda esto de una vez, Nada tuán: nada tiene el menor interés, para un Libre, que haya ocurrido antes de levantarse esta mañana o que pueda suceder después de irse a dormir esta noche; excepto, desde luego, su matrimonio si aún no está casado, o sus hijos si tiene esposa. ¿Por qué nadie conservaría materiales para escribir una Historia? ¿Y cuál sería su interés si los tuviera?

Ella suspiró, vencida.

—Bien, pero los Dramas... ¿qué significado pueden tener los antiguos Dramas para ellos?

—Es igual a las viejas religiones de la era Atlante que utilizaban símbolos y palabras mucho más antiguas. Cada uno comprendía su significado de acuerdo a su capacidad y recibiendo impresiones distintas. Yo los comprendía perfectamente.

Sí, y su comprensión dio fuerzas a su decisión de atesorar las cosas Malas y rechazar el Bien, tratando de engañar a la dulce y anónima Faz social que se inclinaba sobre él: —Pero, mamá, yo no quiero ver las Juegos. Quiero subir a mi jardín en el tejado. — (Pequeños, reales, amarillos insectos que crecían entre las plantas. Nubes que cruzaban el horizonte.) —Pahad, me asustas, ¿dónde has aprendido a decir esas cosas? Ningún niño sube al tejado en esta Hora. La Gente pensaría que eres Diferente. Ahora siéntate y mira esto; es muy gracioso. —¿Qué quiere decir «gracioso», mamá? Pero ella no lo sabía...

Nada había descubierto y llamado a la mujer encargada de su visita, y ella obedeció y se dispuso a servirles de guía, sin mostrar el menor interés.

—¿Cómo? —exclamó Nada—. ¿Es que no tienen ascensores?

La mujer se lo explicó solemnemente con frases rituales:

—La energía tendría que restarse de los Alimentos. Por esta razón nuestros edificios no son altos. Vuestras elevadas torres os unen más estrechamente para que podáis crear más Vida y con más rapidez. Pero nosotros no nos vemos obligados a mantenernos en continuo movimiento. Cada uno de nosotros disfruta de la Felicidad, en el mismo lugar donde se encuentra.

Con los ojos cerrados, Pahad hubiera podido descender las escaleras y describir el nivel residencial superior. Un corredor central se extendía hasta perderse en la lejanía, dividido con la misma exactitud de una regla graduada por las puertas de las unidades-viviendas. Se decía que era posible entrar en una Comunidad en cualquier parte del Globo y sentirse en un ambiente familiar y conocido. Pahad se sentía hundirse en una viscosa profundidad, mientras sus pulmones luchaban por aspirar el aire puro. Cuando su guía giró por un corredor lateral y abrió una puerta, sabía que aquello era la sala de distribución de alimentos del Bloque —todos los Bloques estaban contruidos exactamente iguales porque era más económico. Recordó, como si hubiera ocurrido aquella misma mañana, los cuencos y tazones, perfectamente funcionales y eficientes, que surgían de la cinta transportadora en simétricas pilas amarillas, escarlatas, azules, castañas. Ahora el turno de guardia las colocaba en larguísimas hileras para que las llenaran de comida; el trabajo manual ahorrraba Energía, economizaba Vida, y además, no tenía importancia. Luego, su trabajo terminado, salían en un interminable torrente, mirando con expresiones bovinas a los visitantes.

Pahad dijo:

—Se dirigen a la Asamblea de la Tarde. ¿Le gustaría ver eso, Nada?

—¡Oh, mucho! —dijo Nada en el acto—. No podremos quedarnos, desde luego. Pero quiero verlo. ¡Debe ser algo maravilloso!

Siguieron al río de buzos de distintos colores a lo largo de los inevitables corredores y doblando por los igualmente tristes pasadizos.

De repente, Pahad sintió que su decisión de liberarse de las cadenas del pasado se veía enfrentada al supremo y negro horror. Después que se creía ya libre, ahora volvía a sujetarle. La vieja y odiosa adoración le aspiraba hacia su seno —pero no, ahora no existía un futuro en el que poder soñar—, el futuro estaba a sus espaldas. Había huido, pero la Cosa lo atenazaba de nuevo.

Las voces de las mujeres llegaron a sus oídos como algo escuchado a través del delirio de la fiebre. La vivaz palabra de Nada:

—Igual que las células de un organismo.

Y la mujer, satisfecha.

—Si, tuanto. Puedo ver que eres realmente una cómo nosotros, una verdadera célula de nuestro cerebro. Algún día podrás dejar tu agotador trabajo y unirse a nosotros por completo. Pero el *Organismo* no es sólo un Bloque o una Ciudad; ¡es toda la Tierra!

La mente enferma de Pahad recordó retazos de lo que había sabido cuando estaba sana y vigorosa:

«Un organismo, pero no humano, sino un pólipo, digiriendo todos los Mañanas en un interminable Presente. Hasta los pólipos han evolucionado; entre sus incontables miríadas en las profundidades del océano y del tiempo, unos pocos utilizaron una rara e improbable oportunidad y escaparon de la inmóvil Perfección. Pero este Organismo es Único y posee astucia y ciega inteligencia para rechazar y destruir a sus propios mutantes...»

Entraron en la galería desde la cual aquel Nivel participaba en la Asamblea: veinte Niveles, cinco galerías. Pero algo reclamó su atención, como en una pesadilla: ¡aquel era su puesto, dos galerías más abajo, enfrente de donde se encontraba! Entonces, ¿quién era aquel desconocido, de pie en su propio sitio?

No tenía importancia. Mientras el Silencio barría las filas de los cuarenta mil seres del Bloque en Asamblea, pudo sentir la Cosa absorbiendo su mente, la horrible caricia, el avasallador deseo de poseerle por completo:

—¡Únete a mí! Yo soy la única Realidad, el Plasma. Abandona tu mísero Yo. Todo debe ceder ante la Comunidad. Pero su mísero Yo, sumergido, tembloroso, gimiendo bajo el deseo de ser poseído, aún se agarraba con engarfiados dedos a la esperanza, y respondía:

—¿Y la Comunidad? ¿Cuál es su objeto?

La Asamblea onduló físicamente hacia un ultrapansensor que empezó a tejer en su pantalla complicadas e hipnóticas líneas. Un canto sin palabras se elevó de las apretadas filas, dirigido por un latido subhumano que surgía del instrumento, para convertirse en un hipnótico, insano, ondulante ulular, sin otro significado ni belleza que un monótono deseo. Fragmentos de las tradicionales canciones «besoardientes», «vinymujer», se disolvieron como terrones de azúcar en un informe jarabe. La breve

gama de la Vida del Libre, de oral a anal, se hundía a través de vagos símbolos hasta convertirse en una pasión sintética. Los instintos de supervivencia y reproducción habían perdido el contacto con cualquier otra experiencia y descendido más allá del nivel de la ameba.

Aun sin los electrodos, la memoria de Pahad sintió el indescriptible, fantasmal, contacto como el beso de una absorbente boca sin fondo que clamaba:

—Ven a mi seno. Yo soy la Respuesta. Rinde tu mente a mi latido. Rinde tu forma a mi vacío. Deja que tu personalidad vuelva a mí, sin desear las estrellas. Ven a mí. Yo soy la Satisfacción. Vive y reproducete; todo lo demás es locura...

El avasallador mesmerismo era magnificado por cuarenta mil mentes avanzando sus tentáculos hacia la felicidad de la Sumisión. En los otros doscientos Bloques de la Ciudad, el rito estaba en marcha, en las cuatrocientas Ciudades de aquel huso horario, adelantando con cada hora, en una incesante ola sobre la Tierra, la Adoración del Plasma.

La odiada emoción se filtraba a través de canales que habían pensado, secos para siempre; una corrupta hambre cediendo a la violación espiritual. Pero mientras su voluntad se desvanecía, su más íntimo Ego consiguió abrir los ojos. (Casi podía ver la Faz inclinada sobre él: —Pahad, si te mueves, la Gente se dará cuenta. —No, no la Gente, sino la Cosa.)

Luego, en una alejada hilera, vio a una mujer, vieja y repulsiva a los ojos de la Ciudad. Y en aquel mismo instante, *comprendió*; sola y sin poder escapar, ella aún se resistía y atesoraba un ardiente rayo de personalidad. ¿Telepatía? ¿O quizá su inteligente rostro entre la masa de anónimos semblantes? Igual que el rostro de su padre...

¡Su padre! El niño desnudo, se esforzaba hacia el destello de esperanza que le indicaba la luz del día: la bronceada cabeza, amarga y solitaria, demasiado Diferente aún para un varón; la mente, un poderoso roble ahogado en una taza de tierra, pero aún lo bastante Diferente para el obscuro y solitario trabajo de ocuparse en la conservación de las instalaciones eléctricas; los clandestinos y maravillosos instantes de Comunión con el horizonte que ni siquiera la Cosa podía espiar y abolir; un destello de algo más divino que la Comunidad sin Objetivo, que los Ciclos de alimentarse, reproducirse y gozar. Un resto de aquella herencia aún atesoraba el germen de un futuro posible, como el trigo momificado en un sarcófago milenario. Su valor le animó como un solitario y espléndido toque de clarín. Había recibido un talismán que él pasaría a sus descendientes.

Su mente surgió limpia de la disolvente Cosa, rompió el ritmo de su Pulso, se convirtió en una entidad, no una solución. Volvió a ser el dueño de su Yo. El, no Nada, fue quien se dirigió primero hacia la salida.

Su guía les acompañó en un estado de semitrance. Como si aún se sintiera unida a la Cosa que dejaba atrás, recitó con fervor:

—Mucho más maravilloso que una colmena o un organismo. Nosotros tenemos Amor. Todos somos parte del Plasma. Y somos más que células. Podemos ir y venir.

(Entonces la vida había luchado y progresado, en forma increíble y heroica sólo para conseguir que los Libres pudieran oscilar desde la cama al pansensor, a la mesa, al instintivo Servicio, a su puesto en Asamblea, a excretar, al pansensor, a la cama.)

Un apresurado grupo de jóvenes, con su Supervisor, pasó por su lado. La Faz parecía preocupada. ¡Un desastre! Se había violado algún pequeño Ciclo, y privado a la Próxima Generación de su Felicidad, un precioso decimal de goce. ¡Ahora entrarían en la Asamblea siendo Diferentes!

Un hálito de odio mortal le azotó desde las movibles líneas de los vacíos y perfectos rostros de los demás niños, dejando sólo el amargo polvo de los recuerdos.

Lleno de amargura y rebelión, había concebido un crimen odioso en una criatura, oculto a todas las sospechas por su misma monstruosa improbabilidad: Quería aprender, y para ganar conocimientos, se unió a Grupos Educativos que no eran parte de su Proyecto Vital. Quizá sus padres se sentían inquietos ante sus anormales y largas ausencias; pero los Libres casi no podían concebir que ocurriese nada fuera de lo normal. Nada sucedió hasta que una mañana, mientras los demás dormían, salía de su unidad en busca de conocimientos. Se volvió para cerrar la puerta silenciosamente, y se quedó helado. Su padre le miraba desde la cama.

Era cierto que su padre le había contado muchas cosas que los dos sabían que eran pecado; astillas quemadas en un cuenco de metal para mostrarle una llama, furtivas excursiones juntos para enseñarle las máquinas eléctricas u otras maravillas semejantes. Pero esto, lo que su hijo hacía ahora, era tan Perverso, tan Diferente, que sin duda le denunciaría a los horribles Tuantoi. Pahad se sintió caer en una vorágine de terror. Luego, como una mano que le sostuviera, la sombra de una sonrisa se extendió sobre el seco rostro, y los azules ojos se cerraron lentamente...

El guía hizo una pausa.

—Esta unidad está vacante. ¿Quieren verla, tuantoi? —Hablaban con voz monótona. —Es una unidad para dos niños. Hay también unidades para un niño, y sin niños para las primeras tres héctadas del matrimonio y después del dieciseisavo año cuando los hijos se casan. Aquí tenemos una Feliz unidad para Familias Modelos que reciben permiso para tener un tercer hijo cuando disfrutaban de ventajas especiales.

Ella evitó, desde luego, el referirse a las estrechas celdas para los pobres estériles que no eran aptos ni siquiera para las Patrullas. Abrió la puerta con reverencia, y allí estaba. En cualquier Ciudad de la Tierra, la misma unidad diseñada para la perfecta Felicidad, Estudiada para la línea del menor esfuerzo que era la Vida del Libre. ¡Su propio padre podría haberle mirado desde aquella cama!

Ahora contemplaba todo aquello desde una distancia suficiente para poder pensar sin sentir náuseas: La Historia había sido el proceso de las Grandes Realidades. Movimientos inútiles y pesadas ideas, abrumadores conocimientos e inútil sabiduría, todo quedó atrás. Las Grandes Realidades: alimentarse y reproducirse, boqueantes y avasalladoras, fueron desarrolladas; las parejas cada vez tenían menos motivos de apartarse del Sensuabrazo; los niños sólo necesitaban aprender los Ciclos, el pansensor reemplazaba a los juegos y distracciones que requerían esfuerzo. Todos gozaban de estas Realidades, la herencia de un milenio de progreso. Ser Diferente era horrible. Ser Diferente era negar los Derechos de los Libres. Ser Diferente era blasfemar.

¿Pero por qué, pensó, no tendrían dormitorios comunales al igual que refectorios? ¿Por qué no pansensores comunales para ahorrar la energía de billones de aparatos individuales? Porque los edificios dejaron de evolucionar en tiempos primevales. El Hombre en su regresión al protoplasma ancestral había quedado fijado por su propia ingente masa como las células de un tumor, incapaces de degenerarse más.

Su guía les mostraba los perfeccionados muebles funcionales, en un tono de condescendiente instrucción: la cama para dormir y para procrear y para los difusos ecos de la pasión; la pequeña cama doble plegable; el lavabo e inodoro cuyas conducciones llevaban a las cámaras de redistribución.

—Y éste es el Cuadro. Cada Vida debe tener su parte de Belleza. Estos Sagrados Símbolos le prestan significado: la Abeja, la Hormiga.

Más tarde, en la escuela de la Jerarquía, Pahad se sintió fascinado al aprender lo que eran las abejas y las hormigas en realidad. Desaparecidas ahora, para los Libres no eran otra cosa que un símbolo, incomprensible y por lo tanto dos veces sagrado — el triple-888-unido, la lobulada cuña. Se permitían Diferencias entre los Cuadros, aunque todos mostraban la misma incoherencia. Todos reproducían variaciones de los símbolos-colmena, símbolos-hombre-mujer, símbolos-Maternidad, símbolos-unidad-familia, Pequeños Ciclos dentro del Gran Ciclo. Símbolos estilizados, degenerados restos de las heces de la mente y la fantasía.

No aquel cuadro, sino otro detalle que probablemente ningún Libre hubiera observado, un pequeño y luminoso triángulo de sol en la pared de aquella habitación, despertó el recuerdo de Pahad. Su corazón latió violentamente.

Tenía doce años. Había ido a visitar a una de las tres muchachas con las que se relacionaba desde que tenía once. (A los trece las reduciría a una; a los catorce —bien, posiblemente cedería como en

todo lo demás.) El, ella, los padres y el hermano de ella, un año más joven que Pahad, estaban sentados frente al pansensor, desde luego. El Drama describía cómo había sido el Amor, aun en los tiempos pasados; agitaba las emociones de quinientos millones de jóvenes que ritualmente lo contemplaban en aquella Hora.

La mente y los ojos de Pahad se apartaban de la pantalla y ahora vio otro rayo de sol que dibujaba otro triángulo sobre el Cuadro. Un extraño vértigo se apoderó de él. Había soñado contemplando aquella curiosa y amiga luz en su propia unidad familiar. Ahora comprendía que eso ocurría en todas las unidades que daban frente al Sur. Nada, ni siquiera una mancha de luz, era suyo. Se puso en pie. Dijo con un extraño impulso, aunque le costara la muerte, aunque sabía que aquello era suicidio.

—A pesar de todo, nuestro cuadro es diferente.

La muchacha y sus padres le miraron, asombrados y confusos. Sólo el otro muchacho sabía lo que quería decir; y en aquel instante, el rencor que anidaba en el pecho de los compañeros de Pahad, surgió en triunfo. El otro muchacho dijo con rapidez, como si recitara una lección aprendida de memoria:

«Nuestro cadroes igual aotroscadros encadarivell' cadabloque' cadaciudad enl'mundo ymuestra nosotrosomos una Comun'ad. Tu cadroes de cosas difrentes, navescohetes y laHermandad y tú no habla'ías sino fue'as Difente. Todomuchachosabe. No teqremos en e'mifamilia. Te envia'an alasPat'ullas.»

Después de ese incidente; las cosas ocurrieron con mucha rapidez. Se había apartado de los Grupos Educativos. Extraños hombres llegaron a la unidad de su familia, tuantoi, de los cuales se sintió asustado al principio. Su madre hablaba sin cesar, en un veloz parloteo de cómo ella sabía que esto tenía que ocurrir porque el muchacho siempre había sido Diferente, igual que su padre. Su Qridaherm'na, a quien sólo recordaba como formando parte de los muebles de su unidad y una continua molestia en la cama, le miraba con el rostro asombrado hasta que se la llevaron a la unidad de un vecino. Su padre permanecía impassible. Paliad fue examinado e interrogado y su terror de los tuantoi se transformó en desesperado deseo de llegar hasta ellos. Por fin llegó la decisión: Sería enviado, no a las Patrullas, el duro cuerpo militar de inadaptados, estériles o esterilizados y poderosamente condicionados para su misión, sino a las Escuelas de la Jerarquía.

Sintió una furiosa alegría, como el de las olas al romper un dique. ¡Por fin había hecho algo que tendría Consecuencias! Los niños y los

adultos lo miraban con mórbida curiosidad en refectorios y pasillos. Su madre casi llegó a perdonarle la miseria de ser la causa de que la Gente Hablase de ella, porque le habían concedido el permiso de tener otro hijo —no como recompensa por un hijo elevado a la categoría dé tuantoi— sino porque todos sus Trabajos fueron en Vano y ahora nunca podría Llorar en el Casamiento del hijo; una alegría convencional se mostraba en su rostro —ahora podía decir a todos que estaba gruesa de nuevo; su juventud sería renovada por otros doce años, la única Diferencia que era Buena. Su padre seguía impasible. Pero Pahad, que siempre siguió su camino, solo y en silencio, ahora caminaba solo y en abierto desafío. El único pánico que le arañaba el corazón era que sólo se tratase de otra trampa, ofreciéndole la libertad para quitársela antes de poseerla, y le volvieran a encerrar en una celda.

Pero llegó también el día en que un tuanto vino a buscarle. Su madre se abrazó a él largo rato, sollozando aunque Pahad sabía que sentía una histérica alegría de terminar con aquel horrible accidente. Pero en un breve instante, mientras el tuanto, con grandes dificultades, colocaba la huella digital de su madre en un documento, su padre le llevó a un rincón, detrás de una puerta, se arrodilló frente a él y susurró con urgencia:

—Pahad, no te preocupes por el cuadro.

(La pintura, con su símbolo que bien podía ser una cohetonave en vez de un estilizado insecto, había sido retirado, ante las histéricas quejas de su madre.)

—Nosotros, los Konors, lo hemos llevado con nosotros desde que nos encerraron en las Ciudades. Pero ahora ha cumplido su misión y me siento feliz. Llévate eso. Y recuerda siempre.

Metió dentro de la blusa del hijo una pequeña y extraña cajita. Más tarde Pahad vio que contenía un exquisito modelo de lo que Pahad suponía era un legendario cohete espacial. El rostro de su padre estaba iluminado por una expresión que Pahad nunca había visto antes en un rostro humano... la de gozosa anticipación.

(El modelo brillaba ahora sobre el pansensor de Pahad, en el semiolvido de las cosas bien conocidas. Pero gracias a qué largas estratagemas, él y el modelo pudieron sobrevivir, nunca lo sabría. Sólo sabía que era el último de una dinastía más extensa y poderosa que la de ninguno de los grandes Reyes Atlantes.)

Su padre añadió, aprovechando los últimos instantes: —Ahí fuera, podrás mantenerte apartado de las mujeres. Es a través de ellas que la Raza te domina.

Aquella frase le ayudó mucho cuando el deseo de Ruara era una hiriente y constante punzada...

...¿Cuanto tiempo hacía que estaba allí, de pie e inmóvil? La mujer que estaba con él, al parecer había terminado sus preguntas y exclamaciones y ahora se mostraba dispuesta a partir. El recuerdo del seco rostro del hombre arrodillado (pudo ser en aquella misma celda) desapareció de su mente y Pahad emprendió el regreso, al lado de las dos mujeres.

Mientras se dirigían hacia las escaleras, los años transcurridos desde aquella despedida, pasaron rápidamente para reunirse con el presente: Se abrazó al goce de poder dormir solo en sus propias habitaciones, respirando el maravilloso y profundo perfume de la soledad y de la independencia. Pensó en los hijos de los tuantoi, cada uno de ellos, con su preciosa libertad... pero mucho más increíble: los jóvenes que escogían marchar a una Ciudad Libre, y que seguían allí. (¿Por qué Ruara no lo había hecho? Su agresiva e innata astucia habría encajado perfectamente en una Ciudad, pero entonces, al buscar algo entre los Libres, no habría encontrado nada.) Recordó la dulzura del conocimiento cosechado de las grabaciones, hasta de los libros, de los maestros que no formaban parte de la Faz, atesorado en las hambrientas profundidades de su mente; todo eso parecía ahora muy poca cosa, pero entonces fue un licor embriagador. Había hecho y construido infinitas cosas, inútiles y fascinantes. Por encima de todo, volvió a vivir el momento de su libertad, tan increíble que tenía que apretar los dientes para recobrar la seguridad en si mismo, de los Ciclos, de las Realidades, el eterno manoseo físico y mental, el Plasma. Y por fin llegó a la Vieja Universidad, la gozosa camaradería que le compensaba de todo el pasado. Su corazón se elevó como una burbuja de jabón hacia la luz del sol.

Entre quizás los cincuenta Libres que habían unido sus conocimientos para conseguir el simple objeto de instalar un nuevo motor, uno había demostrado una mórbida y casi perversa curiosidad; había descubierto la causa de la avería. Se lo explicó en un excitado parloteo: una pequeña brizna de algo había obturado la boquilla del atomizador. Pahad se sintió un poco intrigado; de acuerdo con su escaso conocimiento de los aeros, aquello era imposible. Pero *había* ocurrido. De manera que... Se mantuvo silencioso, por miedo que el hombre fuese señalado para una investigación. Semejantes tipos regresivos (que-andan-hacia-atrás, los llamaban) acostumbraban terminar en las Patrullas.

Mientras contemplaba la Ciudad que se alejaba, dio gracias por aquel fortuito accidente. Por medio de él, había conseguido librarse de su pasado por segunda vez, ahora, del pasado de su subconsciente. Y vislumbrado un sublime futuro.

Nada le interrumpió.

—Pahad, ¿es que las Hermandades no son iguales a las Patrullas?

El explicó pacientemente.

—No. La Patrulla es el destino de los inadaptados —estériles, agresivos y todo lo demás— que no están calificados para ingresar en la Jerarquía; viven en Ciudades llamadas Campamentos y son condicionados para atender a todo lo que escapa de las normas, como un dique roto o un Libre herido; tienen su utilidad. Mientras que las Hermandades, esos están encerrados en las Reservas del Chimborazo y Kilimanjaro; manejan las cohetonaves que nos traen minerales necesarios de los otros planetas; y no se permite su comunicación con el resto del mundo.

—Estaba *segura* que usted lo sabría. Resulta interesante pensar cuántos grupos sociales han podido sobrevivir, ¿no es cierto?

—Entre todos, no llegan a formar un décimo de un uno por ciento, incluyendo a la Jerarquía. Sólo la Comunidad tiene importancia, literalmente.

—Sí, pero esos grupos especiales parecen ser algo *más*, de todos modos. — Luego, ella cambió de repente la conversación—. ¿No ha vuelto nunca a ver a sus padres?

El referirse al pasado personal era considerado algo descortés entre los Jerarcas, pero con Nada no le importaba.

—No está permitido —dijo brevemente—. Y no serviría de nada. Mi puesto fue ocupado por otro niño. Mi recuerdo transformado en una monstruosidad. Conozco, por otros casos, que ni siquiera me recordarían.

—¿Ni siquiera su padre? —dijo Nada.

Él la miró agudamente. Había pensado tanto en su padre, que quizás en alguna ocasión había hablado de él. Pero no lo creía, aunque la pregunta parecía muy cercana a la telepatía. Posiblemente pura coincidencia, decidió, y contestó:

—Él quizás. Pero lo más probable es que haya muerto. —Parece algo infortunado. A él le habría gustado saber hasta dónde ha llegado y cuán lejos puede aún ir.

—No más triste que contemplar un pansensor durante diez años después que yo me casara y él hubiera perdido toda otra razón para vivir. Por lo menos, él sabía que yo había escapado. Quizás tenía medios para saber algo más. Era un hombre extraño.

Ella permitió que Pahad se retirara de nuevo a sus reflexiones. El sentía la esperanza de que Mahal Konor lo *supo* —quizás aún lo sabía, moviéndose en espíritu entre la paz de los árboles, cerca del santuario de Pahad, compartiendo la vida de su hijo.

Nada habló de nuevo.

—¡Uno desearía poder hacer algo por *ellos*!

¡Maldita Nada! Apoderándose de una amplia y gloriosa visión como la que él acariciaba y reduciéndola a un simple deseo —igual que Ruara— de interferir.

—¿Hacer qué? —preguntó él con sarcasmo.

—¡Oh...!, mostrándoles otras cosas —se aventuró ella con satisfactoria vaguedad.

—¿Cómo podría hacerlo, sin amenazar sus Derechos? —Bien, podría convencerles que salieran de sus Ciudades para ver... esto. —Ella movió su mano hacia el soleado paisaje, las blancas nubes cruzando el cielo azul, las montañas de la Costa Este que se aproximaban lentamente—. Todo lo que existe para ser vivido, y para hacer... en lugar de guisarse en su propio jugo.

El rió, burlón.

—Antes preferirían presenciar una operación abdominal... mucho antes.

—Bien... supongo que usted sabe eso mejor que yo. —Pero ella mantuvo un silencio que parecía irritado.

¡Maldita Nada! Uno quedaba confundido ante la justicia y lógica de sus principios.

Pero la torsión del giro impreso en sus más íntimas fibras, desde el principio de su vida, aflojó un poco. Destruir la Vida, negar a la Vida...

Además, la ruina universal llevaría consigo el hundimiento de su amado santuario. Para salvarlo, debía salvar al mundo. Sin embargo, los femeninos deseos de Nada no tenían nada que ver con su propia y espléndida aventura.

Ella volvió a interrumpirle, irritante.

—Me pregunto qué creería su padre que usted llegaría a ser.

—No le importaría, mientras yo fuese libre. Donde yo vaya, él va conmigo.

Ella apoyó la barbilla en sus manos entrelazadas, los codos sobre los brazos de su asiento.

—Sí —dijo, soñadora—. Pero ¿hasta dónde llegará?

¡Ah! Pronto lo sabría.

Capítulo 5

«FUE LA SUERTE», DICE EL NECIO

Tres noches más tarde, Pahad estaba de pie en la terraza iluminada suavemente por la luz de las estrellas, del Centro de Descanso donde se celebraba la Conferencia Inter-Continental, completamente aburrido. Para qué Nada le había traído allí, era algo que escapaba a su comprensión. La Conferencia trataba de una especialidad matemática completamente desconocida para él —una de esas ramas de la ciencia más parecidas a una discusión metafísica que a una empresa seria—. Las «personas interesantes» lo eran en efecto; había visto otros Avors, otras Nadas; pero había intentado en vano establecer relaciones que perforasen su cortés reserva. Una vaga sensación de que él mismo era objeto de comentarios, no resultaba muy agradable. Por culpa de su reprimida impaciencia y aburrimiento, habría llegado a arriesgarse a un ligero cortejo de Nada. Pero ella, sin embargo, se mantenía simplemente alejada y fraternal.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el sonido de pasos al otro extremo de la terraza, pero su irritación desapareció al ver que el intruso era el Guardián del Centro. Ironvi tua Hoaho, alto, de cabellos blancos y marcado por su peculiar profesión como un hombre agradablemente inconvencional. De hecho, después de unos breves preliminares, mostró poseer una singular curiosidad por las estrellas.

—¿Aquella gran faja que se extiende de Norte a Sur, es el Camino de Harina, no es cierto? Mire, allí donde se hunde detrás de aquella cima de la montaña, hay una cuña de estrellas que señalan hacia abajo.

—Sí, eso es el Prahú; se parece a la vela de una canoa Polinesia, ya sabe. Los Atlantes le daban el nombre de un pájaro ya extinto.

—Muy interesante, muy interesante... Tuan, usted es un especialista en cómo se mueve la Tierra y todo eso, ¿verdad? Pues, aquí tiene una cosa curiosa. Nunca he hablado de ello con nadie porque no quiero pasar por tonto, pero usted parece un hombre agradable y creo que podrá explicarme el motivo... Cuando yo era nuevo aquí, observé muchas veces cómo la estrella inferior de esa cuña rozaba el pico más alto de la montaña; parecía una centelleante joya engarzada en la roca por un instante. La he visto muchas veces. —Hizo una pausa y continuó—. Pero ahora ya no lo hace más. Ahora pasa *detrás* de la cima, y cada año por un margen más amplio, especialmente en la última década. ¿Por qué ocurrirá eso, tuan?

Pahad le había escuchado como el que oye las fantasías de un niño. De repente escuchó la olvidada voz de la observación hablándole a través del canto hipnótico de la teoría. Su cuerpo se puso tenso:

—¿Está seguro de lo que dice, tua?

—Mire, tuan, en mi noche de bodas, mi esposa y yo vinimos a este mismo lugar y se lo mostré, como una joya en la roca, hace ya sesenta años. Mírela ahora.

Pahad quedó inmóvil, frente a las implicaciones de un solo hecho. Primero: Podía buscar media docena de razones por las cuales la estrella *pasaría* por encima de la roca. Pero que lo hiciese por *detrás*... Trató de encontrar una explicación obvia.

—Ahora deben crecer allí árboles o maleza.

—Tuan, la montaña es tan calva como la palma de mi mano. Siempre ha sido igual.

Algunos peñascos se habrán movido.

—También pensé en eso. Una vez cogí un aereo y examiné el lugar. Está formado por una sólida masa de granito que llega hasta las raíces de la montaña. No hay ni una piedra suelta.

De nuevo la vieja y desesperada convicción de que debía existir una explicación razonable... Sólo que, aquello se unía extrañamente con aquel otro problema que él había casi olvidado durante dos días; los dos extraños hechos concordaban tan exactamente con la aceleración observada durante los últimos diez años; y ambos eran igualmente improbables. Después de meses de fútiles pesquisas en los Archivos, aquello era un hecho tangible. Le obligaría a...

Se despidió de Hoaho bruscamente y fue en busca de Nada. La encontró con un grupo que contemplaba una composición de arte tuantoi en el pansensor —una secuencia de intrincados y disonantes sonidos con un armónico cambio de quebradas figuras geométricas en la pantalla—. Ella se reunió con él en el acto cuando la llamó:

—¡Nada! —Omitió el título, obligándola a la intimidad—. Necesito regresar a casa, en el acto.

—¿Cómo? ¿Qué...? ¿Por qué?

—He resuelto mi problema.

Ella le miró como si hubiera dicho algo increíblemente horrible. Quedó silenciosa.

El la arrastró a la terraza, desierta de nuevo, relató lo que había ocurrido y terminó:

—Es algo perfectamente obvio. Los casquetes polares, están derritiéndose, porque el eje de la Tierra cambia de posición.

Ella se sentó en la balaustrada, como si se sintiera terriblemente cansada.

—Pero Pahad tuan, sin duda no creerá en una cosa tan fantástica como esa, con la única base de la observación de un viejo aficionado.

—Aún no hemos explicado otro hecho aún más fantástico, pero que sigue siendo un hecho... ¿recuerda la elevación en el nivel del mar? Esta puede ser la causa.

—Pero... ¿y la teoría del dióxido de carbono?

—Temo que nunca estuve realmente convencido de eso, Nada tuan... excepto cuando Avor me dijo que quizás era posible —contestó bruscamente—. Y esto lo elimina por completo. Esta es la *razón*.

—Yo aún creo que el dióxido es la respuesta.

Pero la voz de ella sonó más obstinada que convencida. —Además —continuó—. ¿Cómo es posible que los astrónomos no hayan notado un cambio en la posición del eje hace mucho tiempo?

—Por varias razones. —Lentamente Pahad reafirmaba su convicción—. Igual que todos nosotros, cada uno de ellos sólo conoce una estrecha especialidad, pero nadie llega nunca a integrar la imagen por entero. Eso ya fue hecho hace mucho tiempo por toda la eternidad. Ninguno de los altos tuantos se entretiene en mirar las *estrellas*. Unos pocos subordinados realizan las observaciones rutinarias en los Puestos del Chimborazo y Kilimanjaro, De este modo... algún joven tua encuentra una discrepancia en sus cálculos, sabe que es imposible, cree que le darán la culpa de ello y hace las correcciones necesarias. Eso podría seguir por mucho, mucho tiempo, en este mundo de ignorancia especializada.

—Ella se sentó como si estuviera completamente abatida, luego levantó la cabeza y dijo con más animación—. ¿Y ahora quiere marchar a los Observatorios para decirles eso... o a Goahu?

—¡Ah! No creo que me escuchasen con mucha simpatía. Necesito reunir tantas pruebas que no puedan olvidar mi informe en un cajón de despacho. Desde luego, si es cierto, no será un secreto por mucho tiempo. ¡Pero yo quiero ser el primero! (—y añadió en silencio— voy a dirigir la batalla por la salvación de la Raza. Y de la Universidad).

—Bien, espero que lo consiga, Pahad. Pero ahora no podemos marcharnos. Lo siento. Debo presentar mi informe a la Conferencia mañana por la tarde, ya sabe.

El no sabía nada de aquello, ni siquiera que ella debía presentar un informe. Pero su aero era el único medio rápido de transporte hasta la Universidad. Se sintió furioso. ¡Obstáculos por todas partes! Era como una rata en el laberinto, y los grandes ojos que le vigilaban le cerraban la salida cada vez que él estaba a punto de descubrirla. El único progreso que hacía era cuando efectuaba un movimiento en una dirección inesperada y ellos no podían preverlo... como ahora.

Lamentó haber confiado en Nada y contempló cómo ella se alejaba hacia sus habitaciones, sin ninguna emoción excepto desconfianza. Quizás aquella demora permitiría a sus enemigos, Ruara, Dan y el invisible Consejo detrás de ellos, descubrir que él se les había adelantado, mientras se encontraba aquí sujeto por aquel irritante obstáculo.

No era una rata. Era una cosa por nacer que luchaba contra los impalpables hilos que cedían un poco cuando empujaba y luego volvían a su puesto.

Sombrío, pasó el día siguiente en una inspección personal, y por lo tanto indigna de un Jerarca, de la cima de la montaña.

Aquella montaña y la opuesta, sobre la que se alzaba el Centro, estaban fijas por todos los tiempos; un cambio perceptible en cualquiera de las dos era tan improbable como... bien, cualquier otra cosa. Sólo consiguió unas horas de descanso mental bajo el sol y el viento de las alturas.

Durante el viaje de regreso, permaneció callado la mayor parte del tiempo. Cuando llegaron al hangar, dio formalmente las gracias a Nada. El episodio había sido, francamente, muy aburrido. La revelación había sido inesperada, sin que ella contribuyera en nada. En realidad, Nada había tratado de desacreditarle en favor de su propia y absurda teoría.

Se dirigió directamente a los Archivos, con paso firme y decidido.

—Padre, lo único que deseabas era una nueva esperanza. ¡Ya la he conseguido!

Sin embargo, al final de la siguiente péntada, se halló de nuevo en el mismo interminable, sofocante, abrazo de los impalpables hilos, en la misma sala de lectura, con sus negras vigas en el alto techo, en la misma mesa, mientras Dan andaba a su alrededor con su sonrisa burlona. Se encontraba en la situación de un hombre frente a una montaña de grano, sin nada más que sus manos para llevársela. ¿Cómo podía probar que el eje terrestre había variado? ¿Cómo podía realizar las investigaciones necesarias sin exponerse al ridículo, o a la flagrante piratería acostumbrada entre los Jerarcas de alta posición... y ahora mucho más probable? Si por lo menos dispusiera de alguna teoría lo bastante sólida para merecer respeto..., pero descubrió que le era tan imposible seguir adelante partiendo de un hecho convincente, como de sus anteriores y equivocadas ideas. ¡El juego estaba en tablas!

Sentado en su cubículo de los Archivos y sintiéndose desalentado, examinó aquella idea con el masoquista deleite del cínico. El pudo haber elaborado la teoría del dióxido de carbono en un año o menos y haberla convertido en algo plausible, con la colaboración de Avor... Sacudió la cabeza. Estuvo tan preocupado con su nueva pista, que no se había puesto en contacto con el anciano desde su regreso. ¡Sería muy desagradable encontrarlo en el refectorio o en los jardines y verse justamente acusado por aquella cáustica lengua por ni siquiera molestarse en llamar por el material solicitado!

Entonces, como ocurre a menudo cuando la mente se encuentra confusa y agitada, un plan surgió a la superficie, sus piezas encajaron y se mostró a sus ojos firme y coherente. ¿Por qué no? ¿Por qué no batir los datos de que disponía sobre el CO₂, en una forma convincente, conseguir el crédito, el ascenso, la nueva autoridad, ganar tiempo? No importa que la teoría fuese falsa. Como todas las pomposas autoridades con las que había hablado, él también tenía su propio sistema de enmarañar las cuestiones con obscuras definiciones y palabras de doble sentido, para asegurarse que nadie pudiera descubrir lo simple que era el problema en realidad. ¡Que el Tuantoi-tan se estrellase en vano contra las erizadas defensas de su propia jerga técnica y complicadas fórmulas! Los escrúpulos que le habían apartado de aquel camino, cuando Nada lo sugirió durante la comida (qué lejana parecía), parecieron desvanecerse por la ardiente furia de su lucha, aplastados por la terrible realidad.

Echó su silla hacia atrás y, sin ni siquiera una llamada por el visor, se dirigió a la Residencia consagrada a los tuantatha eméritos. Cuando empezó a subir las escaleras, estaba silbando alegremente.

Encontró la puerta de la unidad de Avor abierta de par en par, y el pasillo lleno de gente que entraba y salía continuamente. Entró en el departamento y quedó en pie, sin que nadie se ocupara de él, hasta que el primer ayudante de Avor, un arrogante mongoloide, con los cabellos muy cortos, se le acercó con aire importante y escuchó su demanda.

—¡Ah! —dijo el hombre sombríamente—. Ya veo, tuan, que estuvo ausente y no conoce la noticia. Ay, nuestro respetable Jefe fue encontrado muerto hace seis días. Una desgracia inesperada: hemorragia cerebral; podía haber vivido otros veinte años, según todas las apariencias.

Pahad, lleno de negros presentimientos, expresó su condolencia, que era realmente sincera y preguntó por las estadísticas sobre el dióxido. Los papeles de Avor ya estaban clasificados para ser archivados o destruidos, y una inmediata búsqueda no reveló nada de lo que deseaba Pahad. Sin duda el anciano ni siquiera había empezado a trabajar en aquel proyecto. Con extrañeza, supo que su Legado Póstumo no era otra cosa que un trabajo muy antiguo sobre un tema remoto.

Unos rápidos pasos sonaron a sus espaldas y un anguloso muchacho, en quien ya se había fijado en la unidad de Avor, se le acercó, jadeante.

—Tuan, ¿podría hablar con usted en privado, por un momento?

—Creo que aquí estamos más en privado que en muchos otros lugares.

—Entonces, tuan, hay algo que pensé que debía decirte... Yo soy el que estaba trabajando en ese informe por el que acaba de preguntar.

—¡Oh!... ¿Entonces, Avor trabajaba en eso?

—Oh, sí. De hecho estaba casi terminado. ¡Un largo trabajo! Un gráfico estadístico para una sola región es algo simple, pero cuando debemos extenderlo sobre todos los siglos de los que se guardan registros, y empezar a hacer los ajustes necesarios para las variantes marinas y terrestres, barreras montañosas, geología, bosques, tipos de cultivo y todo lo demás, llega a hacerse bastante intrincado. Pero pude conseguir preparar todos los datos necesarios y llevé mis borradores a las habitaciones de Avor tuantatha hace siete noches.

—¿Eso fue la noche antes de morir?

—¡Exactamente! Alabó mucho mi trabajo y prometió recomendarme para el ascenso a tua. Le dejé con todo el material, sus libros y mis carpetas de cálculos y mapas, sobre la mesa. Me dijo que los examinaría a la mañana siguiente. Bien, al día siguiente volví con una grabación que me había olvidado entregarle... para encontrar que había muerto durante la noche. Pero los papeles no estaban allí, tuan. Y no han vuelto a aparecer, ni aquí ni en los Archivos, una mesa llena de ellos.

Pahad consiguió que su tono pareciera casual:

—¿Quién podía tener interés en esos papeles?

—Nadie absolutamente, tuan. Yo lo sabría, estoy seguro. —Bien, entonces, ¿quién, aparte de Avor y usted, *sabía* que trabajaban en ese informe?

—Creo que todo el mundo. Había hablado de ello en todas partes, que usted le había visitado respecto a una investigación secreta que estaba realizando. Ya sabe cómo era Avor tuantatha.

—Pero, óigame, si ese material ha desaparecido, entonces Avor no tendrá su Legado Póstumo.

El joven pareció no comprenderle.

—Su legado se refería a los efectos de los gases inertes sobre las mutaciones genéticas. Ya ha sido presentado. Pahad le dio las gracias, le pidió que conservara el secreto y se dirigió hacia sus habitaciones, sintiendo la viva luz de la comprensión: El Tuantoi-tan, o Ruara, lo cual era lo mismo, estaban dispuestos a todo para frustrar sus propósitos. ¡Robar los documentos de un muerto! ¡Sí, y conociendo el momento exacto en que debían hacerlo! ¿Se detendrían ante un asesinato? Sin embargo... tenían miedo de él. ¡Y por el nombre de la Raza, que tuvieran cuidado! Pero... ¿por qué había mentido Avor respecto a su Legado? ¿O quizá Pahad había interpretado mal sus palabras?

Ahora, por lo menos, había ganado una ventaja, aunque accidentalmente. Su impetuosidad había hecho que los demás supieran que seguía la pista falsa; de manera que ahora le supondrían confuso y desorientado. El secreto de la verdad lo había compartido sólo con una muchacha unida fuertemente a él por sus propios intereses.

Dirigió su pena e irritación hacia una creciente furia contra el torpe y ahora sofocante manto de la Jerarquía.

Siguió adelante sin descanso. Ahora, por lo menos, trabajaba ya en un terreno conocido —precesiones y perturbaciones, atrasos horarios y gravitación. Estudió el material rápidamente y a fondo.

Sólo unos días más tarde llamó al atildado Dan, disfrutando por anticipado del placer de hallar su suave eficiencia en falta.

—Creí —dijo Pahad— haber pedido que me trajera todo lo existente sobre el movimiento terrestre.

—Así lo he hecho, tuan.

Pahad, sin embargo, había violado de nuevo las costumbres, al revisar los índices personalmente. Saboreó el mostrar el resultado a su adversario.

—¿Ah, sí? ¿Entonces, qué es todo esto?

Le entregó una lista de documentos e informes.

—Bien —Dan echó un vistazo negligente al papel. Su tono era discretamente superior—. La mayor parte de éstos son duplicados, tuan. Tenemos que asumir que usted no desea estudiar datos ya condensados en las síntesis oficiales. Nuestro trabajo consiste en evitar duplicidad de esfuerzos.

—Su trabajo consiste en traer lo que yo le pida. Y aquí tenemos esto y esto y no sé cuántos más, sin la notación de haber sido resumidos. Tráigalo todo. Y ocúpese de

que no falte ninguna referencia.

Con un inaudible de-acuerdo-hermano-tú-lo-has-pedido, el asistente trajo una inmensa carga de materiales dispares —pilas de increíbles y oscuros discos sonoros por abismales desconocidos, rollos y rollos de antiquísimas grabaciones. En el fondo de todo ello había añadido un montón de libros procedentes de la «biblioteca» Atlante y que ahora formaban el núcleo de los Archivos, libros que parecían a punto de desmoronarse como tantos otros trozos de barro seco; aquello era cumplir el pie de la letra sus instrucciones, hasta convertirlas en una caricatura.

Pahad miró aquella montaña de documentos y la futilidad de sus esfuerzos le aplastó por un instante. ¡Aquello era ya el fondo del barril! Ni siquiera honesta paja; ¡basura! No era tiempo lo que necesitaba; se enfrentaba con cuatro años sin poder moverse, impotente como un hombre lanzado sobre una mesa engrasada. Con una mueca, escogió los libros primero; no podía leer sus páginas impresas, pero al menos los extraños y crudos diagramas le distraían de su frustración, fotograbados de desaparecidos edificios, mapas en colores de los territorios Atlantes...

¡Aquí tenla algo realmente extraño! Parecía una de esas historias ficticias con las que disfrutaban los Atlantes, que aún no conocían el pansensor. Las ilustraciones le intrigaron —no eran fotograbados, sino dibujos, en negro y blanco, grotescamente estilizados pero vívidos: hombres barbudos, selvas tropicales y una primitiva pero gigantesca obra de ingeniería. Terminaba, en el último dibujo, con una vasta explosión. La lámina de grabación sonora, unida al libro, también muy antigua, decía:

«Título: Barbikahn y Ko (el nombre de un hombre y un término que indicaba una asociación comercial). Autor: Zhyhl Vehr, escribiendo en la Era Primitiva del Vapor, en el lenguaje Indo-Europeo Frahnseh. Clasificación: Una historia fantástica basada en la ciencia contemporánea, prediciendo el progreso futuro, tema en el que este autor obtuvo notables éxitos.

»La profecía de este libro, sin embargo, no se vio realizada. Un grupo de hombres adquieren la propiedad de las regiones polares e intentan rectificar el Eje Terrestre, de modo que al fundirse los casquetes de hielo, queden libres sus propiedades y su riqueza mineral. Construyen un enorme cañón, excavado en una montaña, cuyo retroceso hará girar al globo. Fracasan debido a un error de tres lugares decimales debido a un accidente; un retroceso mil veces mayor habría sido necesario. Fantasías...»

Dan apareció rápidamente ante el timbrazo de Pahad y dijo suavemente.

—¿Ha hallado algo interesante, tuan?

—Si. Pase esto por el semantógrafo, tua.

—Oh, pero este libro casi no podrá resistirlo. Además... Pahad tenía que arriesgarse a indicar a Dan el hecho que el asunto era de vital interés.

—Si necesito pedir una autorización de Goahu tuantatha, me veré obligado a añadir un memorándum sobre su sistemática insolencia. Y ahora, ¡haga lo que le digo!

Disfrutó en poner a Dan en su lugar; ¡aquello tenía un sabor especial!

Sin embargo, un atento estudio de la traducción completa, aquella noche, no le ofreció nada de interés. Los hombres habían ya pensado, aunque sólo fuera en una obra de ficción, en la idea de forzar el eje de su globo nativo. ¿Pero qué fuerza natural, y mucho menos el disparo de un cañón, podía proporcionar el empuje necesario para semejante prodigio? Su mente calculó rápidamente los miles de millones de toneladas, lanzadas al infinito con velocidades explosivas, que eran necesarias para iniciar un movimiento que pudiera percibirse después de muchos siglos... infinitamente mayores para un movimiento acelerado.

La cosa que luchaba en su mente por nacer, un ego que sería liberado por la solución de aquel problema, captó la luz del sol detrás del último hilo de su prisión. Pero aquella barrera se extendía hasta el límite de sus fuerzas, para volver a aplastarle con elástica tensión.

—Si puedo resolver este rompecabezas, seré libre... tengo todas las piezas necesarias... Sí, pero un herrero de los Siglos de Ignorancia también podía tener todas las piezas de un aero... ¡Tonterías!... Mi mente está supersaturada; una sola palabra podría cristalizar la solución... Quizá si durmiera... ¡no!

Con febril claridad reconoció que su cerebro sostenía todos los factores en delicado equilibrio, una oportunidad de éxito en un millón. Un gesto y todos caerían en sus lugares correspondientes; otro distinto y se desmoronarían en una vasta confusión que podía desafiar sus esfuerzos sistemáticos durante muchos años, mientras sus enemigos triunfaban y la catástrofe los hundía a todos. Manteniendo en equilibrio sus ideas como si fueran un delicado castillo de cartas, comió unas cuantas galletas y un sorbo de agua, caminó por las habitaciones. ¡Tener tan increíble suerte al alcance de la mano y fracasar!

—Descansa, estúpido. Adelanta poco a poco... o deja que venga a tus manos.

Bebió un poco de polta, sólo dos dedos en el fondo de un vaso y se dejó caer en un sillón.

Hipertensión, más que la polta, lo hundió en la somnolencia, tranquila, pero no lo bastante profunda para aclarar su cerebro... Se despertó... Su mente reajustó el mundo alrededor del primer objeto en el que se clavaron sus ojos... ¡Entonces comprendió! Con calma, sin ni siquiera sentir sorpresa. Sobre el pansensor que usaba raras veces, estaba el pequeño modelo de cohete, el regalo de su padre en aquel día de su victoria, muchas vidas antes. ¡Desde luego! Los cohetes...

Todo concordaba, nada más era necesario, nada sobraba. Pero ahora, ¿qué haría con ello? No debía permitir que aquel triunfante ímpetu perdiera impulso. Se puso en

pie.

Discutirlo... con Nada. Eso aclarará lo que debo hacer a continuación.

La llamó inmediatamente por el comunicador. Al cabo de un instante, una luz se encendió en la pantalla —ella debía tener su visor abierto— y Pahad captó una devastadora imagen de total feminidad que corría hacia él, convirtiéndose en un primer plano de un rostro soñoliento y aterciopelado cuello y hombros. Pero estaba tan absorto con su descubrimiento que simplemente pensó que ella debía dormir desnuda, al estilo Polinesio.

Fue Nada la que habló primero, sin embarazo, ni mostrarse molesta por la intempestiva llamada:

—¡Por la Raza, Paliad! ¿Qué ocurre?

—Óigame, Nada. —El contuvo la voz hasta hacerla firme—. El eje se mueve. Y ahora sé la razón.

Ella se quedó sin aliento.

—¿Es posible?

—Sí... Mire, siento haberla despertado, no pensé en la hora que es, pero necesito hablar de esto, mientras aún está fresco en mi mente.

—Lo sé. Pero, Paliad... ¿tenemos que discutirlo ahora, por el visor?

Aquella observación, llena de sentido común, aunque provenía de una mujer, tuvo la virtud de serenarle.

—No.

Ella reflexionó un instante, mordiéndose los labios.

—Mire. Vaya al Claustro Sur. Nos encontraremos allí dentro de unos minutos.

Ella no tardó en llegar. Papad sólo había recorrido por dos veces los cincuenta metros del claustro, cuando Nada apareció, refinada y segura de sí misma, como si entrase en una reunión mundana.

Con tensas palabras, él la habló del libro y su historia y terminó:

—Se habrían necesitado quizás un millar de cañones semejantes. Desde luego, sólo se trata de una fantasía de novelista; quizás diez mil o cincuenta mil estarían más cerca de la realidad. Pero de cualquier modo, nosotros los tenemos y los estamos usando.

El destino de él parecía ser el de confundirla a cada paso. Ella se le quedó mirando, sin saber qué decir.

—Escuche. ¿Contra qué se apoya un cohete minero cuando arranca hacia los planetas?

—Pues... contra la atmósfera, supongo.

(No era de extrañar que Nada estuviera equivocada sobre *aquello*. Los viajes espaciales estaban en la misma categoría que la escatología como tema de conversación. Quizás era él quien debiera avergonzarse de su conocimiento de aquel tópico. Pero, después de todo, los dos eran científicos y ella parecía esperar sus próximas palabras.)

—No, las cohetonaves frenan contra la atmósfera cuando regresan, desde luego. Pero son disparadas desde un túnel... ¡excavado en una montaña! La energía del retroceso es absorbida por la Tierra. Los Puestos Astronómicos en el Chimborazo y en el Kilimanjaro están casi diametralmente opuestos, cerca del ecuador, y los impulsos en estos lugares conseguirían un efecto de torsión si se efectuasen en la dirección adecuada. ¿Lo comprende *ahora*?

—Yo... creo que sí... ¡Pero parece algo... tan pequeño! No dudo que ésta es su propia especialidad, Paliad. Pero un cohete es una cosa tan insignificante comparado con la Tierra.

Su gesto abarcó toda la llanura, una vasta extensión a sus espaldas bajo la luz de las estrellas, conjurando la imagen del colosal globo girando por toda la eternidad.

Paliad sonrió brevemente.

—Sí, pero la Tierra se mueve en un vacío casi perfecto. No hay pérdidas de energía por fricción. Aun el más ligero empuje iniciaría un balanceo que continuaría para siempre, sin nada que lo detuviera, no importa cuán lentamente. Hasta el cañón del viejo Barbicane habría producido un efecto perceptible después de todos estos siglos. Pero la Hermandad lanza docenas de cohetes cada año, y lo ha hecho durante... bien, cientos de años. Y ahora el efecto acumulativo empieza a hacerse sentir.

El pecho de Nada se levantó y volvió a caer, dos o tres veces.

—¿Pero está seguro de que los túneles están dispuestos en la dirección necesaria para producir este efecto?

—Apostaría mi vida en ello.

—Pero... ¡ahora el Eje seguirá moviéndose!

El lanzó una seca carcajada:

—¡Ah! ¿No lo comprende? Por esa razón mi descubrimiento es tan importante. No se trata de algo contra lo que estemos impotentes. El Hombre ha causado este efecto; él también puede anularlo. Y yo seré Tuantoi-tan, y la Universidad estará segura por toda la Eternidad.

Ella murmuró, con voz muy baja:

—Eso es lo único que le importa, ¿no es cierto?... Bien, ¿queda hablarme de sus próximos planes?

—Sí... es cierto. Pero ahora todo está perfectamente claro. Obtendré un Permiso de Investigación de Goahu. Iré a uno de los Observatorios. Observaré los túneles e insistiré en que se hagan nuevas observaciones de las estrellas por los oficiales responsables. Eso es todo. No podrán deshacerse de eso.

Ella jadeó un instante.

—Quiere decir, ¿qué realmente piensa en mezclarse con... esos hombres tan horribles?

—Oh, el personal de los Observatorios son tuantoi. Estaré perfectamente seguro.

—¿Piensa decirle a Goahu la razón de su viaje?

—¿Y que él se aproveche de mi trabajo? ¡Ciertamente que no! Pero me dará el Permiso sólo para verse libre de mi presencia.

Los dos quedaron silenciosos. Por fin ella suspiró:

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Pero téngame al corriente de los acontecimientos. Esto es la cosa más emocionante que he conocido en toda mi vida.

Pero sus palabras no denotaban excitación. Nada parecía abatida y desalentada.

Pahad regresó a sus habitaciones sintiendo la reacción de un intermedio entre los actos de un drama. El resplandor de sus ventanas le recibió como un amigo, pero estaba demasiado exhausto para corresponder a su saludo con la alegría de un amante que trae un precioso regalo.

Al abrir la puerta, observó que la luz encima de su mesa de trabajo estaba encendida. ¿La habría usado aquella tarde antes de marchar? Quizás el recuerdo del informe de Karlohu, sobre aquella mesa, mucho tiempo atrás, despertó sus sospechas... Algo yacía en el mismo lugar... una oscura lámina con la grabación de un mensaje.

El material pareció extraño a su tacto. Decía:

«Tuan, es muy posible que su excesiva actividad le produzca un accidente parecido al que sufrió el sabio Avor tuantatha. Acepte el consejo de aquellos que le desean un brillante futuro y lamentarían ser testigos de semejante tragedia. Sea más circunspecto.»

Pahad quedó inmóvil, mientras el tiempo pareció detenerse a su alrededor. La última pieza del rompecabezas se ajustó en su preciso lugar. ¿Quién podía amenazarle con el asesinato? No sería el Consejo, ni Ruara. ¡Eran las Hermandades!

Estaba solo entre el Consejo y la Hermandad. Pero su salvaje furia fue más fuerte que la desesperación. ¡Furia ante la burlona amenaza del mensaje!

La emoción murió como el rojo calor desaparece del acero templado. La metamorfosis, iniciada seis meses atrás, ahora era completa. El caballito del diablo alzaba su primer vuelo dejando atrás su vieja crisálida.

Algo blando cedió en su mano y bajó los ojos para comprobar que había apretado en su puño la lámina sonora hasta convertirle en polvo. La tiró con desprecio encima de la mesa. Era natural que usaran un material fácilmente destructible, ya que así no dejarían ningún sonograma, más fácil de identificar aún que las propias huellas digitales. ¡Sin duda eran inteligentes y estaban bien organizados!

Pero se habían *equivocado* al juzgar a Pahad tuan Konor.

Capítulo 6

«NOSOTROS»: AÑO 3927

La adrenalina había ahuyentado el sueño de su cerebro. Su mente utilizaba ahora las profundas reservas que nunca necesitó, la gris y obstinada resistencia que puede llevar a un hombre hacia adelante hasta que cae muerto. Pahad se sentó en un sillón y pensó, ahora no buscando una esquivia inspiración, sino organizando sus ideas en una forma lógica.

Primero: El solo era capaz de dar la alerta al mundo entero, con el tiempo necesario para prevenirlo de la terrible amenaza que se aproximaba.

Segundo: Sería inútil publicar ahora sus sospechas. Sólo parecerían un desesperado intento para ganar tiempo. Nadie se molestaría en leer su informe hasta el final.

Tercero: Todo lo que podría conseguir del Tuantoi-tan era un Permiso oficial Goahu. En todo lo demás, tratarían de impedir sus movimientos, tratándole como a un importuno rebelde.

Cuarto: Por esta razón, sería necesario obtener por sí mismo pruebas inatacables de sus argumentos.

Quinto: La única prueba incontestable consistía en el adecuado examen de su teoría por los tuantoi en los Observatorios de Kilimanjaro o Chimborazo, con preferencia el primero por ser más importante.

Sexto: Para llegar al Kilimanjaro, tendría que escapar a innumerables enemigos, como el que acababa de dejar aquel mensaje en su propia mesa de trabajo, bajo la apariencia de amigo o asistente. Y una organización capaz de asesinar a Avor, robar sus documentos y amenazar a Pahad con la muerte, no permitiría que ni siquiera se acercase al Aero Transcontinental.

Séptimo: Solo, entre la espada y la pared, con todas las puertas cerradas, tendría que *hacer* una puerta para escapar por medio de una acción tan inesperada que nadie, Hermano o Tuantoi-tan, pudiera adivinarla —algo tan fuera de lo común como su asistencia, cuando niño, a enseñanzas que le estaban prohibidas.

Comprendió en el acto cómo podía escapar. ¡Y que el diablo se llevase al punto tercero! Cualquier visita a Goahu sería puro suicidio, con Ruara observándole, para cerrarle el paso. Lo haría sin el Permiso del tuantoi, entonces. No se necesita patente para ser un fuera de la ley.

Muchas más cosas habían ocurrido en las últimas veinticuatro horas que en los anteriores veinte años desde que había ingresado en la Jerarquía. ¡Bien! Podía mantener aquella velocidad... y ganar la carrera.

Desde aquel punto, todas sus acciones fueron estudiadas bajo la sospecha de que todos sus movimientos estaban vigilados. Su plan consistía en simular una cobarde sumisión, y al mismo tiempo llevar a cabo su desesperado proyecto.

Se retiró a su dormitorio, corrió las cortinas, y preparó y grabó dos copias de su informe; aunque aquel esfuerzo no servía de nada en la actualidad, si él desaparecía, aquel hecho podía dar a sus argumentos una fuerza sensacional. Consiguió dormir unas horas, se quedó en la cama hasta bien entrada la mañana, pensando, y de este modo apareció a la vista de todos, mostrándose apático y retrasado. Su primera acción pública, hacia el mediodía, fue demostrar una abyecta rendición, al devolver todos sus materiales de estudio a los Archivos. Pero, una vez libre de aquella obligación, esperó una oportunidad para deslizarse hasta la Cámara de los Legados, sin que nadie le observase. Allí dejó una copia de su informe en su caja fuerte privada, que sólo podía ser abierta por el Canciller después de la muerte real o presunta del titular de la caja fuerte.

Cuando salió de allí, sin que nadie se fijase en él, aparentemente, se dirigió a las habitaciones de Nada.

No se encontraba en casa, ni tampoco en el laboratorio cuando él la llamó por el visor. Se sintió irritado: Si ella estaba tan dispuesta a cazarlo; pensó irracionalmente, por lo menos debería encontrarse allí para decirle adiós cuando él se disponía a emprender una aventura en la que posiblemente desaparecería sin dejar rastro. Luego se rió de sus propias ideas y colocó la segunda copia del informe en su buzón para el correo, con una nota:

Si no ha tenido noticias mías dentro de dos péntadas, debe creer que estoy en graves dificultades y presentar el adjunto informe a cualquiera con suficiente autoridad y que, en su opinión, pueda adoptar las medidas oportunas. Tengo razones para creer que la posesión de este informe es peligrosa. Nadie, excepto yo, sabe que usted lo tiene, de modo que la aconsejo que lo mantenga en secreto hasta que esté segura que puede causar la suficiente sensación para por lo menos protegerla a usted. Buena suerte.

Pero se volvió a su departamento, sintiéndose desconsolado. Nada de repente le pareció algo muy agradable y confortador. Una vez en sus habitaciones, preparó una pequeña maleta con las cosas más esenciales. Pero cuando todo estuvo dispuesto, se quedó inmóvil, indeciso. El subir por las escaleras de una torre es fácil; pero el último paso por encima de la barandilla, hacia el vacío, es un poco más difícil. Todo el mundo tiene al alcance de la mano una docena de acciones desesperadas —cortarse el cuello con una navaja, pegarle un tiro a una persona que nos es antipática, casarse a primera vista—, pero generalmente nadie se decide a cometerlas. Con un censo mundial de más de un millón de aeros, nadie había soñado en llevar a cabo el simple

acto que él se proponía realizar. Empezó a preguntarse si él también haría algo más que soñar.

Paseó por sus habitaciones, incapaz de obligarse a emprender una acción decisiva e irreversible. Si sólo hubiera tenido la más pequeña palabra de ánimo, si no estuviera tan completamente solo, dependiendo sólo de su propia iniciativa... Una irónica idea pasó por su mente. Que él se animase a sí mismo. Allí tenía su aparato de neurovisión. Sería como un niño consolándose con un juguete a quien el mismo niño había dado vida y personalidad. Sin embargo...

La neurovisión era un complemento del pansensor, la última forma del arte creada por el hombre antes de que las ingentes masas humanas racionasen hasta el arte. Se utilizaban placas, cada una de las cuales contenía células nerviosas, organizadas en un engrama, una forma de diseño cortical, que se mantenía en animación suspendida hasta que se deseaba utilizarla. Cuando se la activaba, cada placa inducía una poderosa resonancia telepática, una secuencia de experiencias emocionales, parecidas a las experimentadas en los sueños. En realidad, era la base sobre la que descansaba todo el inmenso poder de la Asamblea de los Libres. Pero también podía ser usado como un medio artístico de gran nobleza, y unos cuantos Jerarcas, incluyendo a Pahad, lo cultivaban como tal. No lo había utilizado durante los últimos meses; pero ahora, buscando entre sus placas, se sintió un poco desalentado —le parecían absurdos sueños en conserva, indignos de él.

Pero cuando llegó a la placa que buscaba inconscientemente, supo lo que quería. No era en realidad una composición propia, sino una revisión de una oscura obra que nadie parecía apreciar ni siquiera conocer. Conectó los terminales y dejó que se apoderase de su mente mientras el fluido reavivaba el tejido deshidratado y los circuitos del pansensor lanzaban las imágenes de la placa contra sus propios impulsos cerebrales...

El inmenso espacio; el agudo perfume del Norte y del mar; camaradería sin límites, y el peligro al que se recibía como a un viejo amigo. Montañas, no las sumisas colinas de su mundo, sino centelleantes picos con salvajes nombres; espumosos ríos y altos castillos; combates que eran algo más que sangrientas carnicerías; sufrimientos más allá de la triste miseria de la supervivencia. Y al final, la llama de una muerte gloriosa.

Emergió de entre los últimos ecos de aquel paraíso de un extroverso sonriendo con ironía. Sí, aquél era su sueño; impulsaba su mente hacia delante como los clarines de guerra, la voz de un irredento yo que sólo vivía en sus sueños. Sin embargo, su carne permanecía inerte, aconsejándole prudencia; ¿es que eso te ayudaría cuando no fueras más que un débil y solitario organismo agonizando en la más sombría soledad? Los dos impulsos tiraban de él en direcciones opuestas, sin que ni uno ni otro consiguiera arrastrarlo.

Una tercera y lastimera voz trató de convencerle: Es ya la hora de cenar; será mejor que marches al Refectorio y llenes primero el estómago, mantengas tus energías... Se levantó y se dirigió hacia la puerta, aunque su nueva personalidad, luchando por nacer, reconoció la plausible trampa y rugió: «¡No, no! Si das este paso, darás el siguiente y el siguiente... alejándote de tu decisión. Entonces te someterás como todos los demás, pidiendo la paz en tu vida...» Pero siguió adelante, abrió la puerta y se dirigió, lentamente, hacia el Refectorio. La imagen del mar y del viento del Norte perdió su fuerza, retrocediendo lejos, convirtiéndose en otro sueño de pan-sensor.

La Universidad se le apareció menos atractiva que de costumbre, como una novia en su desarreglo matinal. La sequía estival, privada de la lluvia que se dirigía hacia los bosques, aún no se había convertido en el cobre y bronce del Otoño. Su intenso amor por aquel lugar se hizo menos avasallador. Los jardines estaban desiertos. Sería mejor que se diese prisa o tendría que aceptar los restos de la comida. No... allí marchaba otro grupo, sin prisas...

Sin embargo, cuando sus caminos se cruzaron, supo por ciertos indefinibles detalles que aquella gente no pertenecía a la Universidad. ¡No, por la Raza! ¿Quiénes eran? Miraban a su alrededor, como si fuesen los visitantes que nunca llegaban, tomando notas en pequeños dictáfonos portátiles, deteniéndose para consultar ciertos documentos. Su blusa y pantalón corto era el uniforme de algún grupo social desconocido, de un color caqui y castaño. A diez pasos de ellos se fijó que su jefe, en el medio del grupo, era una mujer. Por alguna razón extraña, aquel hecho aceleró los latidos de su corazón. Luego, cuando Pahad pasó por su lado, la mujer se apartó del grupo y se dirigió hacia él, y Pahad vio... a Ruara.

Nunca había conocido a Ruara tan llena de vida. Debajo de las manchas de color tatuadas en sus mejillas, su normalmente pálida tez aparecía arbolada por la excitación. Amparados por el convencional trazo negro de las cejas, sus ojos brillaban casi alegremente. Una sonrisa, esta vez espontánea, retozaba en sus labios; su mirada de soslayo, la barbilla levantada, el paso ágil, formaban un perfecto retrato de la burlona malicia. Ruara nunca conocería otra emoción más que un insaciable deseo de Ser y Dirigir, ser Libre y también Madre; pero la malicia era algo propio de ella.

Pahad observó una tabla de dibujo apoyada en la cadera de uno de los que formaban el grupo, un mapa oficial de la Universidad, marcado con trazos rojos. De algún modo, Ruara había conseguido permiso para efectuar una inspección preliminar de los terrenos, dispuesta a calcular el botín que debía convencer a los expoliadores, y tener sus planes dispuestos para la acción inmediata en cuando cayera el hacha del verdugo. Sin duda, habría deseado que él lo supiera; el encontrarle ahora era un golpe de suerte. La voz de la mujer rebosaba estudiada ligereza.

—Oh, no, Choso tua, sería absurdo construir más Universidades Normales aquí. Con otra Torre en el Centro...

Pahad había oído hablar de leones como animales semimitológicos, pero nunca de vender sus pieles antes de capturarlos. Pero ahora no necesitaba metáforas para comprender la situación. Con los ojos brillantes de furia se quedó mirando al grupo. Su primera idea fue: «Cómo debo haber cambiado desde que creía que ese par de brazos llenos de deseo eran los de una mujer fatal, cuando ella era para mí un vicioso narcótico».

Luego comprendió que mientras su amor por la Universidad se había desvanecido, un duro y poderoso odio llenaba sus venas con el fiero ardor de la polta. ¿Ellos estaban dispuestos a vender su piel por adelantado, eh? ¡Bien, ella, o Ellos, tendrían que sostener una dura lucha antes de cazarle! Dio media vuelta y regresó corriendo hacia sus habitaciones, a su abandonado maletín.

Pero, mientras caminaba hacia el hangar, bebió ávidamente la dulce imagen que le rodeaba y que quizá nunca volvería a contemplar. Detalles vulgares, de repente brillaron con su precioso y oculto valor:

—Adiós, la entrada al Refectorio. Adiós el alto abedul bajo cuya sombra me senté tantas veces para mirar a las estrellas. Adiós, adiós, vale la pena morir por vosotros, si es que debo morir.

En el hangar, esperó en la rampa de partida mientras la muchacha tua que cuidaba de los aparatos calentaba los motores de su aero. El sol aún tardaría dos horas en hundirse tras el horizonte; las nubes tenían el color de las orquídeas parásitas de Goahu; la Torre de Control era como un cristal de amarillento color que se silueteaba contra el horizonte; y el trigo ya estaba maduro para la octava cosecha del año.

El despegue todavía no le comprometía a nada. Podía detenerse en la Torre y pasar allí unas cuantas horas... Los inmensos campos se confundieron bajo sus pies. Pasó al lado de la Torre con una velocidad normal de crucero que no despertaría sospechas. Todavía no estaba comprometido...

Con la línea de la costa detrás del horizonte, giró hacia el Este en dirección a Florida... Una hora más tarde se deslizaba por la rampa de aterrizaje en una Ciudad de la Costa Atlántica. Mientras levantaba la cubierta de su aero, un frío y húmedo olor invadió la cabina; no era como las suaves brisas del Golfo, sino mucho más frío, más inhumano, dominando el rancio olor de los campos de algas. ¡El océano! Esforzó sus oídos y pudo oír su eterno y hostil susurro a lo largo de las rompientes. Y la noche se acercaba como si quisiera envolverle entre sus brazos.

Un mecánico Libre se acercó para saludarle y aceptó una tira de cupones suficiente para llenar por completo los tanques de combustible. Los llenó —una cantidad extraordinaria— y volvió a marcharse sin decir una palabra. ¿Qué era lo que podía decir? Y eso, pensó Pahad, fue la despedida y bendición de la Raza por la cual marchaba al combate.

Mientras descomprimía sus tanques de flotación y se elevaba hacia la luz que aún iluminaba las altas capas de la atmósfera, comprendió, por un breve instante, que allí estaba el filo de su resolución. Delante de él estaba el indomable elemento en el que

ningún hombre se aventuraba, excepto en los escasos aeros Transcontinentales, la salvaje soledad donde reinaban las tempestades, sólo cielo y agua, donde los rumbos eran desconocidos y no existían señales que le indicasen su destino... Y ahora, persiguiendo al sol que se ocultaba, podría hallarse de nuevo en su casa, antes de que cayera la noche.

Se echó a reír, sordamente. Tanto el Tuantoi-tan como la Hermandad se habían equivocado al juzgarle. El también se equivocó. Nunca dudó de su firme resolución. Aún seguía siendo el mismo muchacho que un día, desafiando a cincuenta millones, dijo: «¡Nuestro cuadro es Diferente!».

Durante la noche, se despertó de un tranquilo sueño ante unas secas vibraciones y largos silbidos y se levantó para ver la cúpula plástica del aparato cubierta por las rociaduras de la lluvia, a la luz de los relámpagos que zigzagueaban a su alrededor. Volvió a coger los controles, ensanchó los tanques de flotación y sintió cómo se elevaba confiado hasta sobrevolar la tempestad. Con renovados ánimos, sintió que el temor le había abandonado, y sólo quedaba una vasta y desafiante curiosidad. ¿La muerte? ¿Qué heroica y ardiente poción sería esta tormenta para mezclarla con aquel amargo licor! Allí atrás, cuando uno moría debía «devolver su cuerpo a la Baza», otra unidad en la planta de Recuperación, en la fría compensación de la química global; la idea se suponía que debía ser solemne y gloriosa. Pero ahora Pahad sintió una extraña alegría ante la idea de robarles aquel pobre decimal en sus exactas cuentas. Ni siquiera la Patrulla podía encontrarle allí. Si perecía, su cuerpo reposaría en el inmenso seno del mar, mientras que su alma sería arrastrada por el huracán de la tempestad y la noche.

Sorprendió al sol dos horas antes de lo acostumbrado; volando alrededor del Globo para encontrarlo sobre las aguas del océano... El día transcurrió en aquella vasta soledad circular, imposible de calcular en kilómetros u horas... El era el único viajero en el mundo. El alocado Impulso de incesante viajar que había devorado una inmensa parte de la herencia de los Atlantes, había cedido su puesto a otro igualmente desordenado impulso de placer en las celdas familiares. Sólo algún oficial en desgracia, se veía obligado a afrontar las incomodidades de un largo viaje.

Aquella inmensa soledad llenó su alma de nuevos estímulos y Pahad sintió en su interior como las débiles alas se endurecían preparándose para largos vuelos.

Y su aero seguía volando, sin cansancio, una pequeña y roja partícula de humanidad en el infinito...

Hacia la media tarde, avistó la Costa de Guinea y giró hacia el Sur, dejándola a un lado. Después de anochecer, vio las luces costeras frente a él y entró en África cerca de la desembocadura del Níger, muy lejos de cualquier Ciudad o Estación Marítima.

Los plateados edificios del Observatorio, cerca de la cima del Kilimanjaro no eran un yugo sino un emblema, como las fortalezas de los Dioses en las edades

mitológicas. Pahad sabía que detrás de la imponente montaña, hacia el Océano Indico, se extendía la prohibida Reserva de las Hermandades, aquella amenaza que él se proponía desenmascarar sin ayuda de nadie.

Su receptor graznó de repente, exigiendo su número e identificación. Pahad respondió brevemente, pero rehusó añadir nada más excepto que llegaba con instrucciones urgentes y confidenciales del Tuantoi-tan. Las radios del Observatorio parecieron aceptar sus palabras como ciertas. Le guiaron para el aterrizaje con serena e impersonal eficiencia y Pahad posó su aparato en un campo de aterrizaje tan extraño como si estuviera en Marte —extraños edificios y confusa distribución.

El mecánico que se acercó corriendo para recibirle, podía también pertenecer a otro planeta... o a otra Época. Era un hombre joven de aspecto inteligente, su piel tostada por el sol como la de un antiguo salvaje, y algo que parecía un arma de las Eras Guerreras, colgaba de su cinto. Pero sus ropas eran bien cortadas y funcionales, aunque para unas funciones desconocidas; y parecía bastante amable, sus dientes brillando en su atezado rostro mientras guiaba el aparato hacia su aparcamiento.

Cuando Pahad puso pie en un piso construido con una sustancia rojiza y desconocida para él, su cabeza pareció girar y se tambaleó ligeramente. Fuertes dedos le agarraron por el codo y una voz llena de buen humor dijo:

—Tómelo con calma, tuan; estamos casi a cuatro millas de altura.

Pahad se sintió animado por un entusiasmo que se paso rápidamente, mientras pensaba que allí no debía confiar en nadie.

Capítulo 7

LA HEMBRA DE LA ESPECIE

Se despertó para descubrir que un límpido rayo de sol iluminaba una de las paredes de su habitación. Su cerebro era tan claro como la luz. ¡Adelante, ahora, hacia la victoria!

El mismo conmaestre que conoció la tarde anterior, le sirvió un legendario desayuno de huevos fritos, leche fresca y otros platos desconocidos, Mientras comía, se duchaba y se vestía, su mente funcionó a toda velocidad. Pero rechazó todos los planes que se le ocurrieron; la situación contenía tantos factores variables que tendría que ir adoptando decisiones conforme fuese avanzando.

Se puso en pie ágilmente, dispuesto a enfrentarse con cualquier enemigo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al ex conmaestre.

—Si se encuentra dispuesto, tuan, le llevaré hasta el despacho de Vilmoha tuantatha Gabor.

Caminaron por soleados corredores y brillantes escaleras, hacia un nivel superior. Las habitaciones de Pahad en la Universidad eran consideradas como austeras, pero parecían lujosas en comparación con el despacho en el que entraron. Sólo contenía un gran escritorio, unos enormes y extraños aparatos y unos pocos detalles decorativos; el único objeto que reclamaba la atención del visitante era un hombre alto, magro pero atlético, que se adelantaba para recibir a Pahad. Se presentó a sí mismo como Vilmoha, con palabras que eran un modelo de cortesía, pero que, sin embargo, agitaron en la mente de Pahad el recuerdo de sus temores de la noche anterior... se parecía mucho a una mano amiga sobre el hombro, lista para agarrarle. Y los ojos de un pálido azul del hombre eran fríos y duros... parecían atravesar sus huesos y su cerebro. Después de las acostumbradas palabras de salutación, Vilmoha dijo abruptamente:

—Bien, tuan, ¿en qué puedo serle útil? Tengo entendido que le trae una misión urgente.

La falta de cualquier referencia a la insólita llegada de Pahad, era sospechosa: Podía tratarse de una cuestión de prisas, o de cortesía. Por otro lado, aquél podía ser uno de los jefes de la conspiración.

Pahad dijo, con voz tranquila:

—¿Puedo ver sus credenciales, tuantatha? Mi misión no sólo es urgente, sino también confidencial.

Con una ligera sonrisa, Vilmoha le presentó un pequeño directorio y le indicó uno de los párrafos: «Vilmoha tuantatha Gabor» «Director de Investigación Científicas»; una tarjeta personal llevaba la grabación sonora de la voz de aquel hombre y las delicadas ondulaciones se ajustaban hasta donde podía discernir a simple vista, con el autógrafo grabado en el directorio. Pahad se encogió de hombros mentalmente; todo

aquello podían ser las pruebas de una falsa personalidad, preparadas para engañar a un visitante casual; pero si era así, todas las preguntas posibles estarían previstas de un modo similar, a prueba de cualquier interrogatorio, excepto una investigación larga y laboriosa. Pero por lo menos, aquello le daba cierta seguridad y Pahad tenía que arriesgarse. Entregó a Vilmoha su propia identificación y el Permiso de Investigación.

Vilmoha lo estudió con los labios apretados y los ojos brillantes:

—¿Es posible? Algo extraordinario, tuan. ¿Y en qué forma estamos tan *confidencialmente* unidos a las mareas?

Pahad había decidido que la sorpresa en el ataque era su mejor arma.

—De un modo muy sencillo, tuantatha. Poseemos información en el sentido de que la elevación en el nivel del océano es debida a un cambio en la inclinación del Eje Terrestre que afecta a los casquetes polares. Ya sé que parece algo absurdo; usted o el personal en el Observatorio del Chimborazo debieran haber observado el cambio hace mucho tiempo. Parece absurdo, pero también todo lo demás que ha sido sugerido para explicar la variación en el nivel del mar. Por lo tanto, estoy aquí para solicitar, con mis excusas, que se haga una comprobación oficial.

No hubo ningún estallido de indignación profesional. En su lugar, Vilmoha se sentó tranquilamente en un ángulo de la mesa. Cuando levantó los ojos hacia Pahad, su mirada parecía llena de sorprendente ironía.

—¡Estoy dispuesto a admitir, tuan, que su teoría es posible! Usted estará en mejor situación para juzgar de los efectos de las mareas que yo. Pero en este momento no puedo pensar en un solo aspecto de nuestro trabajo aquí, que pueda ser afectado necesariamente por un cambio en el Polo terrestre. Los técnicos subalternos del Observatorio pueden haber ajustado los instrumentos para compensar los errores personales en observaciones rutinarias. Será algo humillante si es cierto, pero si somos los primeros en descubrirlo, por lo menos nos adelantaremos a los del Chimborazo.

Pahad sintió cómo sus ánimos se renovaban. Ninguna evasión, ninguna reticencia, sino sólo pronta cooperación. ¡Y sospechas exactamente paralelas a las de Pahad!

—¿Cuánto tiempo será necesario para efectuar la comprobación?

Vilmoha hizo un gesto.

—Cosa de media hora. Podemos hacerlo con instrumentos demasiado primitivos para que hayan sido desajustados y a pesar de ello, lo bastante precisos para que no pueda dudarse de sus resultados; simplemente verificaremos la altitud solar. Espere.

Se acercó a un comunicador y pronunció varias breves órdenes, en una jerga técnica tan oscura que quizás se trataba de un mensaje convenido o en clave. Pero Pahad ya no sospechaba de cualquier detalle.

Mientras transcurría la media hora solicitada, Vilmoha hizo cuanto pudo para mostrarse un huésped cortés, y le enseñó a Pahad el laboratorio. Pahad casi no hubiera podido comprender la explicación que le daba de los usos de aquellos

instrumentos, aunque su mente estuviera atenta a las palabras de Vilmoha, y mucho menos ahora que su cerebro estaba concentrado en sopesar todas las implicaciones de la situación. Entonces, mientras pasaban por el lado del escritorio de Vilmoha, Pahad observó una lámina de grabación sonora, medio oculta por una hoja llena de cifras. Sin desearlo, su mirada involuntariamente captó las palabras que aparecían en la parte visible de la lámina:

«Título: Barbeekahn y... Autor: Zhyhl Vehn...»

Su mente retrocedió al pasado en un rápido destello; el atildado Dan, habría hecho una copia extra de la traducción del viejo libro para sus jefes. ¿Y de qué otro modo podía llegar allí aquella traducción, excepto si no se trataba de una vasta traición? En la minúscula posibilidad de cualquier otro origen, Vilmoha habría mencionado el libro y su relación con el informe de Pahad, en aquel mismo encuentro.

Mientras seguía a Vilmoha hacia una terraza exterior, Pahad trató de recuperar la serenidad. Después de todo, si aquel hombre no actuaba de buena fe, ¿qué necesidad tenía de toda aquella farsa? Quizás le presentarían alguna falsa prueba de que todo era como debía ser; y en tal caso, probablemente le permitirían que se marchase en paz para volver a la Universidad, confundido y desorientado. Lo que haría entonces, ya lo pensaría cuando llegase la ocasión. Mientras tanto...

Vilmoha le llevó hasta el parapeto y le mostró la espléndida vista. La tierra se extendía ante sus ojos en la claridad matinal, un mundo liliputiense, la Reserva. Podía percibir minúsculos reflejos que podían ser los edificios, instalaciones o vehículos terrestres; pero las áreas cultivadas tenían matices poco familiares y ciertos lugares parecían contener algo distinto a cultivos productivos. Vilmoha hablaba. ¿Estaba Pahad satisfecho de su asistente? Una gente muy interesante, los hombres de la Hermandad...

Entre los comentarios de Vilmoha, todo permanecía tan en silencio que el débil silbido del viento en una esquina de los edificios sonaba claramente. A través de aquel tranquilo fondo, el profundo rugido de un gran aero dirigiéndose hacia el Observatorio, formó una profunda curva de sonido.

La disertación de Vilmoha sobre las Hermandades se hizo interminable; sin duda no podía pensar en otro medio de llenar el resto de la media hora de espera. Pahad consultó furtivamente su cronómetro.

De repente Vilmoha varió de conversación. Utilizando la misma franqueza de Pahad, preguntó:

—¿Supongo que tenía alguna razón para su extraña manera de..., de llegar aquí solo?

Los músculos de Pahad se endurecieron; el peligro se avecinaba. Quizás haría mejor en enseñar los dientes, hasta quizás sus falsos colmillos.

—Sí, tuantatha; estaba obligado a conservar mis actividades secretas a los ojos de ciertas personas. Los métodos utilizados, sin embargo; fueron dejados a mi propia

discreción.

—¡Ah! ¿Entonces su situación actual es... desconocida? ¡Aquello parecía una amenaza! Pahad hizo su contraataque felicitándose por su previsión.

—En cierto modo, tuantatha. Pero si no regreso dentro de un plazo breve, mi informe será presentado al Tuantoi-tan por las personas en las que he *confiado*, y mi desaparición haría que se prestase seria atención a mi teoría.

—¿Ha dejado sus informes a una persona de confianza?

—Algo parecido.

Una sonrisa fría como la luz polar pasó por los labios de Vilmoha

—¿*Estos* informes?

Con el rabillo del ojo, Pahad vio que una sombra se movía en la pared que estaba a su lado. Dio media vuelta, furioso y sorprendido a la vez. Un instinto dormido durante cien generaciones se arrancó la máscara, con fuerza salvaje —lanzar al asesino por encima del parapeto y a Vilmoha detrás— y se quedó mirando a los oscuros ojos y asustado rostro de Nada.

El sol se detuvo en su carrera y el silbido del viento cesó para Pahad. En silencio ella le tendió un pequeño envoltorio. Pahad lo cogió con un gesto automático. Tocó la delicada firmeza de los dedos de ella y retiró la mano, dominando su aversión. Fue por eso que Vilmoha había seguido su juego —a pesar de la previsión de Pahad, su contrincante tenía una carta marcada.

¡Nada! ¡Con su delicada belleza y labios juveniles! Fuese cual fuese el papel de Vilmoha, ella estaba, sin duda alguna, mezclada en el complot que asesinó y robó al viejo Avor; ella había dirigido a los bravos que amenazaron a Pahad y que estaban dispuestos a eliminarle.

Nada murmuró, con voz casi inaudible:

—Lo siento, Pahad tuan.

El sintió la misma impotencia que debía experimentar el que tratase de detener un tractor con una pajita, pero trató de que su voz sonase serena y confiada:

—¿Lo suficiente para sacarme de esta trampa a la que me ha llevado?

Ella rogó:

—¿Qué otra cosa podía hacer? Era mi deber.

—Y ahora supongo que tendrá que contemplar —sintiéndolo mucho, claro— como soy... discretamente eliminado. —¡No! Por esta razón he venido personalmente.

Ella le hizo callar con un gesto imperioso que le sorprendió y se dirigió a Vilmoha:

—Ahora ya le ha visto, la clase de hombre que es, engañándonos a todos con una hazaña semejante. Ya dije que si le amenazábamos, nada le impediría atacarnos... Deben comprenderlo ¡este hombre pertenece a los nuestros! No es posible asustar a una mente como ésta con la muerte. Debemos hacer que se una a nosotros.

—¿Obligarle a ello? ¿Cómo, Nada tuantath?

—(¡Ah!, ¿conque ella era una tuantath en esa falsa Jerarquía, eh?) Pahad pensó serenamente, en un plan de acción que tuviera ciertas garantías de éxito. Podía, estimó, lanzar al hombre por encima del parapeto, con un inesperado ataque —casi tenían el mismo peso, y su juventud, el elemento de sorpresa y cierto entrenamiento podían ser decisivos—. Luego, antes de que ella pudiera gritar —mucho podía apretar la garganta de la mujer hasta dejarla insensible, dejarse caer por el otro extremo de la terraza donde había observado una pronunciada pendiente, correr rápidamente, llegar al hangar, hacer creer a los mecánicos que emprendía el regreso normalmente, y escapar en su aero. Luego tendría que correr el riesgo de ser alcanzado y destruido por los rápidos aparatos del Observatorio, y librarse de la continua amenaza de sus agentes, si conseguía regresar, al mundo normal. Y su historia sería mucho más increíble que antes. Es posible que le detuvieran para juzgarle por asesinato o agresión a un oficial del Puesto Astronómico, aunque aquello daría tanta publicidad a sus palabras, que era muy posible que los rebeldes no intentaran ninguna acción abierta contra él. De todos modos... nunca sirvió de nada someterse al Destino blandamente. Las ideas pasaron en rápida sucesión por su mente entre la pregunta de Vilmoha y la respuesta de Nada:

Ella dijo:

—Debemos enviarle a Jarel. Jarel puede abrir sus ojos. Y... su puesto está entre los hombres de Jarel.

—Es demasiado peligroso, tuantath. Acaba de mencionar la habilidad con que supo eludir a toda nuestra organización. Si ahora iba a Toangahela y conseguía escapar, sería más que peligroso... una amenaza mortal. Recuerde que nació en una Ciudad Libre, y que nunca hemos podido adoptar en forma satisfactoria a un Libre de primera generación.

Las nuevas alas de Pahad se estremecían al borde del ataque. Luego, algo cayó en su lugar, un viejo instinto. Era natural que sintiera deseos de usar su nueva técnica, la acción violenta, como solución para todo. ¡Pero despacio! El hábil uso de cualquier herramienta incluye el saber cuándo no debemos usarla. Y los métodos más sutiles ofrecían mayores recompensas.

La elemental precaución de dejar un duplicado del informe en su caja fuerte en la Cámara de los Legados, anulaba la carta marcada de Nada, mientras que sus planes más atrevidos habían fracasado ante la traición, Y como él mismo había dicho, su desaparición daría inmenso peso a sus palabras. Unos cuantos entre el Tuantoi-tan eran lo bastante viriles para decidirse a actuar, más tarde o más temprano; y cualquier acción por su parte rasgaría el fino velo que cubría los manejos de la conspiración.

Mientras tanto, necesitaba evitar la muerte o el reajuste hipnótico de su cerebro que hasta Nada temía pudiera ser su destino. Y ahora se le ofrecía la oportunidad de conseguir ambas cosas y al mismo tiempo satisfacer una intensa curiosidad. Aunque por fin llegara a morir sin tener la posibilidad de exponer al mundo sus

descubrimientos, disfrutaría de aquellas emociones y ¿qué, tenía por perder? Pahad dijo con una amargura que no era totalmente fingida:

—Quisiera ofrecerles mi opinión en un asunto en el que me siento muy interesado: ¿Y cuándo antes de ahora ha conseguido un hombre nacido entre los Libres elevarse hasta tuan con la promesa de convertirse en tuanta? ¡Y en la verdadera Jerarquía! —No pudo evitar el añadir la última frase.

Pero Nada apartó con energía toda discusión.

—Vilmoha tuantoi-tan, en repetidas ocasiones se me ha prometido la concesión de cualquier cosa que yo desee, en recompensa a mis servicios. Esta es la primera vez que pido nada de la Liga, excepto nuevas y más arriesgadas misiones. Ahora *pidó* que se lleve a Pahad tuan a la presencia de Jarel.

—(Tuantoi-tan, ¿eh? Por lo tanto Vilmoha debía ser un Consejero entre los rebeldes. Bien, por lo menos era lo bastante inteligente para comprender que Pahad tuan Konor haría trizas aquella sangrienta mascarada si se le ofrecía la menor oportunidad.)

Vilmoha reflexionó por un instante y luego hizo un gesto que indicaba su rendición a los deseos de Nada.

—De acuerdo, tuantath; accedo a ello ya que no me es posible negarme a su demanda. Espero que el Futuro nos demuestre que con ello no dejarnos caer un germen destructor entre nuestras semillas... Llame a la guardia que espera en el corredor, entonces.

Una vez de regreso en sus habitaciones, Pahad consideró la situación en la que se encontraba. Respecto a lo que podía ocurrir de ahora en adelante, ello no le preocupaba; su rumbo estaba decidido y el timón fuertemente sujeto. Un poco sorprendido, se sintió casi animado por la perspectiva de partir hacia el cautiverio. Había cambiado la muerte por una tremenda aventura.

¡Pero Nada! ¡No era extraño que nunca llegase a confiar en ella! Su instinto había penetrado en el velo de su fingida inocencia, aunque su vanidad le decía que era él quien explotaba el enamoramiento de ella. Por lo menos, ahora sabía que no podía confiar en nadie, y en particular en ninguna mujer bonita y atractiva. Aunque no le quedaban muchas esperanzas de poder poner en práctica la lección.

Toda la historia se le ofreció con nuevos colores y perspectivas. Aún en aquella primera comida juntos, ella llegó dispuesta a plantar una semilla estéril en su mente y a conseguir que Pahad gastase su energía cultivándola. El viaje a la Conferencia celebrada en el Centro de Descanso había sido, desde luego, una excusa para que sus cómplices le estudiaran y decidiesen si era una posible amenaza o un posible converso; y mientras tanto él había deseado que ella se mostrase más amable con él. Sonrió torcidamente al pensar de qué manera tan improbable ella misma le había

llevado a aquella débil pista de la estrella sobre la montaña, con lo cual se habían derrumbado todos los astutos planes de la mujer.

Bien, él había agarrado con fuerza aquella vaga pista —se merecía el crédito de ello— y la había llevado hasta su conclusión lógica, a pesar de todos los argumentos con que Nada trató de desanimarle.

La mente de Pahad se ensombreció.

¿Cuál era la razón de la muerte del viejo Avor? ¿Por qué asesinarle cuando Pahad se encontraba ya sobre el verdadero camino? ¿Quizá una idea sutil para convencerle que el CO₂, era la solución del problema? ¿Era posible que matasen a un hombre sólo por una ventaja especulativa como aquélla? La despiadada crueldad de la idea le revolvió el estómago. ¿Por qué no habían matado simplemente al mismo Pahad y terminaban de una vez?

Quizá porque Nada tenía sus proyectos personales sobre esa cuestión. ¿Qué otra razón tenía para rogar por su vida sólo unos minutos antes? Bien, él trataría de explotar aquellas intenciones, ahora que ella había descubierto su verdadero juego. La forma en que le había traicionado libraba a Pahad de cualquier obligación moral hacia la mujer. Se inclinaba ante ella y ante la Liga como dos enemigos inteligentes y vigorosos; al luchar contra ellos, solo y desarmado, tendría que vencerles con sus propios métodos y mostrarse totalmente sin escrúpulos. Hacia Nada no sentía ningún resentimiento; como tampoco lo tendría si llegaba a partirle el cráneo, como era muy posible que se viese obligado a hacer. No se puede sentir aversión hacia una muchacha que parece amarnos a su perversa manera; y *ella* no era responsable por las anteriores y equivocadas ideas que Pahad tuvo sobre su verdadero carácter.

Pero para aquella Liga que le había vencido y aprisionado con sus fuerzas superiores, Pahad sólo sentía un frío odio y una ciega decisión de destruirla.

Tan frío era su odio que sabía que podía enterrarlo muy profundo bajo una capa de afable amistad, hasta llegar a cualquier grado de hipocresía, aunque nunca les ayudaría a conseguir sus propósitos.

Por lo tanto, cuando el ex conmaestre le trajo el almuerzo, no le fue difícil a Pahad el entablar una animada conversación con aquel joven. Relatados por un hombre que demostraba poseer una excelente educación y buena dosis de orgullo en su profesión, los detalles de los viajes espaciales y los trabajos de minería en los planetas se mostraron a sus ojos con la secreta fascinación de su niñez. Después del almuerzo, Pahad pasó la tarde en una terraza parecida a la que había visitado con Vilmoha, aunque no tenía una fácil pendiente debajo de su parapeto, hasta que la noche tiñó de azul las montañas de África.

Una vez más, la paz que había encontrado en aquel viaje, llenó su pecho. Las profundidades del cielo y los desafiantes picos que la Raza nunca pudo subyugar, le calmaron y reavivaron su espíritu. La hermosa puesta del sol, con sus aleteantes banderas en llamas, era un adecuado fondo para la violenta y rápida acción que se

había hecho parte de la vida de Pahad, casi tanto como la tranquila paz de la vieja Universidad.

PARTE SEGUNDA

LA ALTA MONTAÑA

De nuevo le llevó el Diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo:

—Todo esto te daré, si postrado me adoras.

Y Jesús respondió:

—Vete, Satanás, que escrito está: «Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás».

(San Mateo, 4.)

Capítulo 8

INTERMEDIO

Durante la noche se despertó al sentir una suave pero firme presión en las sienes, y vio una figura de pie al lado de su cama. Una voz desconocida le dijo, tranquilizadora:

—No se alarme, tuan. Sólo se trata de un hipnótico. De otro modo hallaría aburrido ese largo viaje, encerrado en su celda. —¿Pero por qué encerrado? —dijo Pahad, sus ideas empezando a hacerse confusas.

El visitante rió con voz queda:

—No creerá que íbamos a permitirle saber dónde se encuentra Toangahela, ¿verdad?

—Nuh...

Ya no podía moverse. Y el sumirse en la inconsciencia le parecía algo delicioso.

Volvió a abrir los ojos. Por un instante, no llegó a comprender lo que veía. Estaba contemplando un rostro —si podía llamarlo de aquel modo. Un rostro humano le habría hecho cerrar los ojos automáticamente, aunque demasiado tarde. Pero aquel ser tenía grandes y suaves ojos, un morro con una hendida nariz, un espeso bigote y orejas muy pequeñas y pegadas al cráneo. Mientras la miraba, aquella faz le sonrió; la sonrisa mostró unos agudos y blancos dientes, pero indicaba afabilidad, diversión y cortesía— todas ellas emociones que denotaban inteligencia. Luego se volvió rápidamente y desapareció con un suave chasquido del agua, dejándolo sorprendido y confuso. Pahad cerró los ojos y reflexionó.

El extraño visitante no se parecía a ningún animal de laboratorio ni a ninguna de las especies extintas que él recordaba. El cráneo era demasiado grande, formando una frente primitiva, y el rostro mostraba una expresión inteligente y genuina. Su mente trató de encontrar la respuesta. En Marte no existía otra vida excepto la rara vegetación que no era animal ni vegetal, pero que se decía poseer una remota conciencia planetaria adorando el Universo. En Venus, cosas viscosas y deslizantes, provistas de autorrefrigeración, pero sin un grado inteligente de vida y desde luego sin poseer rostros del tipo vertebrado. Desde luego, la Hermandad podía haber mentido sobre aquellas cosas, pero los primeros exploradores no tenían motivo alguno para hacerlo, y Pahad había leído todas las antiguas crónicas de sus viajes. Su mente jugueteó de nuevo con la idea de inmensas cavernas subterráneas en Marte, donde podían haberse retirado las formas dominantes siguiendo a las aguas, cuando escuchó pasos cerca de él y sintió una vez más el influjo de una hipodérmica de micropresión...

Se despertó de nuevo en una amplia habitación con las paredes y el techo pintados de un suave color ocre.

Una silla crujió y Pahad se volvió en la cama para mirar a un hombre que se adelantaba hacia él —guardia, asistente o criado, lo que fuesen aquellos omnipresentes individuos. Este era alto y de gestos lentos; su rostro era joven y ahora surcado por una agradable sonrisa, dominado por unos decididos ojos grises y ondulado cabello pajizo.

—Buenos días, tuan —dijo—. Estaba pensando en despertarle. ¿Cómo se siente?

—Muy bien. ¿Dónde estoy?

—En Toangahela... Nueva Toangahela, eso es.

—¿Y dónde se encuentra eso?

De nuevo la sonrisa descubrió los fuertes dientes.

—No hay nada como una pregunta directa, ¿verdad, tuan? Pero no puedo decirle eso. Son órdenes.

—¿Quizá sus órdenes incluyen cosas como comida, un baño, ropas, etc.?

—Desde luego, tuan. Por eso estoy aquí.

Durante una placentera ducha y un apetitoso, pero misterioso desayuno, Pahad trató de analizar lo que distinguía aquellas gentes de la Raza, lo que poseían el ex contramaestre en Kilimanjaro y este nuevo desconocido en común. ¿El color de la piel? En la Comunidad variaban desde el achocolatado hasta el color del yeso; ninguno poseía aquel atezado lustre (y muy pocos tenían un rostro pecoso y rojizo como el suyo, desde luego). Pero era algo más profundo; ningún miembro de la Raza poseía aquella flexibilidad y energía de movimientos y palabra. Aquellos hombres formaban un grupo lo bastante pequeño para satisfacer y apreciar sus aportaciones individuales a la labor común, y por lo tanto cada uno tenía seguridad en sí mismo y *esprit de corps*. Unos hombres de aquel calibre podían fácilmente soñar en dominar el mundo. Y Pahad les envidiaba, por lo menos su energía y decisión, el espíritu que les animaba. El hombre que estaba ahora frente a él, Benuha tu Hoa, era cortés y lleno de tacto como el mejor de los Jerarcas y, sin embargo, mucho más reticente que, por ejemplo, Avor. Le sirvió el desayuno con sencilla dignidad y cuando hubo limpiado de nuevo la mesa, le preguntó:

—¿Cómo se siente ahora, tuan?

Pahad estiró los músculos dentro del comfortable pijama que había vuelto a vestir después de la ducha.

—Magnífico. Dispuesto a todo. ¿Qué es lo que van a hacer conmigo?

—Ha venido aquí para conocer a Jarel tuantoi-tan. Le recibirá esta mañana, si usted está dispuesto.

Pahad pensó que un paseo por aquellas colinas serviría para despejar su mente y preparar sus defensas. Pero estaba decidido a no mostrarse débil ni a aquel Jarel ni a sí mismo. Y, después de todo, se sentía ahora perfectamente. Respondió:

—¿No acostumbran a perder el tiempo, eh? Estoy dispuesto.

Altas puertas, marcadas con el místico símbolo, se abrieron ante él. Una secretaria, que le recordó a Nada, los recibió. Una puerta interior se cerró a espaldas de Pahad, y se quedó en pie, solo, ante el hombre que ocupaba aquel lugar.

Capítulo 9

UN DIABLO ESCARLATA

Tanto el hombre como el lugar le sorprendieron. En vez del venerable sabio, de cabellos blancos pero siniestro, se enfrentaba a un hombre alto y poderoso. Usaba barba pero era negra y recortada. El rostro era de un bronce sepia, quizás una herencia de los Beduinos en un pansensor histórico. Aquel hombre estaba de pie y con las piernas separadas delante de un pequeño pero real fuego de troncos en una chimenea de estilo Atlante; se adelantó en el acto con una graciosa cortesía, mientras decía:

—Bienvenido, Pahad tuan. Yo soy Jarel.

—He esperado este encuentro, tuantoi-tan, con... interés.

—Creo que no se sentirá defraudado. ¿Quiere beber algo?

Mientras Beuha traía polta y vasos y se retiraba en silencio, Pahad examinó la habitación. Un lado entero de la sala era transparente. Fuera, un sendero rocoso conducía hacia una pequeña y solitaria playa, cerrada a derecha e izquierda por altos y negros acantilados que rechazaban las altas olas en medio de un continuo trueno y burbujeante espuma. El mar era una posible ruta de escape, pero ¿qué tierras desconocidas se escondían al otro lado de aquellos mares vikingos?

—Ahora —dijo Jarel— le dedicaré mi tiempo, pero sin desperdiciarlo. Tratemos de nuestro asunto. Siéntese en este sillón, tuan.

—Me sorprende que pueda concederme *algo* de su tiempo, si es un Tuantoi-tan —dijo Pahad.

Jarel levantó las cejas en gesto de excusa.

—Yo no soy un jefe ejecutivo, ya sabe; sólo un maestro de ceremonias, narrador de historias, cualquier cosa que pueda utilizar mi afición a lo dramático. Aquí tenemos una extraña idea: que el Consejo debe incluir siempre a un privilegiado juglar.

Pahad no creyó por entero en esa afirmación; pero se sintió más tranquilo al saber que no se enfrentaba con los altos jefes de la rebelión. Se inclinó levemente, con cierta ironía.

Jarel continuó:

—Usted se encuentra ahora aquí, porque necesitamos hombres como usted *podría* ser, para la más crucial aventura en la epopeya humana. Ha llegado usted a una extraña encrucijada. Cuando emprendió el camino estaba dispuesto a salvar a su pequeño mundo particular; luego se vio forzado a luchar por toda la Raza; su espíritu y su impulso se han hecho mayores y ha franqueado todos los obstáculos, infringiendo una regla tras otra. Ahora debe decidir cuál es el significado de la palabra Raza y cómo podrá salvarla.

«Oh, no, no tengo que decidir nada —pensó Pahad—, pero tienes mi permiso para suponer todo lo que quieras.»

—Todo lo que sabe de nosotros es que nos mostramos opuestos a mucho de lo que usted considera sagrado. Es usted lo bastante inteligente para comprender que su mente ha sido condicionada, hasta que la sola duda de ciertos dogmas parece algo absurdo e insano; pero el saber que uno tiene una ampolla en un pie, no nos hace caminar más fácilmente. Los radicales siempre se han vanagloriado en rechazar viejas locuras; ¿pero cuántos entre ellos han dudado de la moderna insensatez de su propia teoría? Su revolución transcurrió hace mil años, ¿pero puede dudar de sus dogmas? ¿Puede usted comprender otro sistema de ideas, y uno que no ha sido elaborado por el instinto, sino que ha crecido por medio de la lógica?

Paliad cedió un punto.

—Le escucharé con una mente libre de prejuicios.

—Una valerosa empresa, tuan. Sin embargo, si su visión alcanza más allá del desastre a su pequeño santuario y sagrado hormiguero, para poder captar el gran designio en toda su perspectiva, quizá pueda forjar sus lealtades y deseos en algo consistente. Sabiendo lo que usted *ha hecho*, creo que el paso siguiente es, por lo menos, posible. Por esta razón, nos encontramos aquí.

Pahad admitió la astuta psicología de aquel ataque. Se limitó a asentir.

—En resumen, tuan, ¿cuál es la historia del Hombre tal como usted la conoce?

Pahad bebió un sorbo de polta y reflexionó. Luego:

—Bien, existieron unas cuantas vagas culturas pre-científicas, principalmente centradas alrededor de los mares de China y del Mediterráneo. Hace unos mil quinientos años, las tribus Europeas desarrollaron la primera ciencia sistemática y experimental, se extendieron por los salvajes Continentes, subyugaron a otros países más primitivos y fundaron la civilización Atlante. Desgraciadamente, su civilización no fue consistente ni universal; su tecnología fue objeto de abuso por sus propietarios y cayó en las manos de otros pueblos aún faltos de madurez; sucumbió a la discordia interna y al asalto exterior. Por fin se hundió en lo que ellos llamaron la Segunda Edad Media, aunque la Primera nos parece legendaria y trivial en comparación.

»A pesar de todo, las alianzas de las comunidades en las Islas del Pacífico preservaron mucha de su cultura y fueron lo bastante fuertes para rechazar los ataques de otros pueblos más degenerados. Después de unos cuantos siglos, se desarrolló allí una poderosa civilización. La tecnología y las guerras Atlantes habían agotado muchos de los primitivos recursos terrestres en materias primas, de modo que los Polinesios cultivaron las ciencias biológicas y agrícolas mucho más que la ingeniería o la mecánica. Su cultura se extendió por difusión controlada al resto del mundo. Era algo estable y pronto se hizo universal. Nosotros nos hemos limitado a perfeccionarla, durante quizás un millar de años.

Jarel sonrió, pensativo.

—Algo sencillo y hermoso, ¿no es cierto? Oh, todo es cierto. ¡Exacto! Sólo que no menciona las cosas importantes. —¿Por ejemplo?

—Cosas que usted desconoce y que yo no puedo expresar con palabras. Pero voy a enseñárselas, tuan... Los informes que poseo me dicen que usted ha estado interesado en los aparatos de neurovisión. ¿Cuáles son los últimos adelantos en este campo?

—¿Adelantos? La técnica de conservación de los registros fue perfeccionada hace más de mil años. Además, ¿qué es lo que podemos perfeccionar?

—Muchas cosas, usan. Su neurovisor le proporciona las imágenes emocionales del autor con breves destellos de impresiones sensoriales. *Nosotros* podemos registrar por completo las impresiones de un sujeto adecuado, en una mezcla de neurovisor y pansensor, de manera que usted *es* aquella persona, con sus emociones, experiencias, recuerdos y voluntad —mientras sigue siendo usted mismo en otro nivel.

La curiosidad levantó su intrigada cabeza.

—Mucho más que eso. ¿Supongo que no conoce la teoría de los contactos temporales?

—Oh, sí El viaje en el tiempo es algo imposible, debido a las ecuaciones básicas, pero la observación no. Tal como yo lo comprendo, el tiempo se repliega en la quinta dimensión, y en los puntos donde los pliegues se doblan cerca unos de otros, se puede atravesar su curso y observar los hechos de otras épocas, si se dispone de los instrumentos necesarios.

—Bien, tuan, nosotros *tenemos* los instrumentos precisos. En lugar de perder el tiempo en instrumentos para captar las radiaciones electromagnéticas, hemos desarrollado ultra-neurovisores. Sencillamente, entramos en una mente de otra Era y observamos.

La hostilidad de Pahad declaró un armisticio. ¡Aquel Mefistófeles estaba a punto de conquistarlo, al mostrarle aquel vasto poder! ¿Era aquél su propósito?

—Naturalmente, el registrar una hora de observación consume una energía superior, a la cuota anual de un hombre; y las nueve décimas partes de este tiempo lo pasamos tanteando entre plantas y rocas; y cuando por fin efectuamos un contacto humano, ni sólo uno entre cincuenta es lo bastante interesante para mantenerlo por más tiempo del necesario para registrar su mente y su situación, y luego quizá nos vemos obligados a seguirle durante años. Gastamos más energía en este solo proyecto de la que es necesaria para mantener una Ciudad entera llena de Vida Real... ¿Algo perverso, no le parece?

Pahad apartó a un lado el sarcasmo. Una colmena de preguntas técnicas zumbaban alegremente en su cerebro.

—Pero, ¿es que la posición de la Tierra en el espacio no cambia continuamente? Sus sondas mentales se perderán en el vacío.

—Oh, pero la actividad mental no está sujeta a las coordenadas espaciales lo cual no quiere decir nada en la quinta dimensión, de todos modos. Se localiza en focos de

materia— lugares y personas. Por esta razón, a veces es posible captar fuertes descargas emocionales de personas conocidas, sin que influya en ello la distancia. Por lo tanto, cuando se sondea en el Tiempo, uno se encuentra en el mismo lugar de la Tierra, si es que no está demasiado alterado por los cambios geológicos.

—¿Qué ocurre con las mentes observadas? ¿Se dan cuenta de ello?

Jarel sonrió.

—No, exactamente. Descubrimos por accidente que cuando efectuamos el contacto bruscamente o con poca habilidad, el sujeto experimenta lo que se ha llamado *déjà vu*, una ilusión de que ha vivido en el mismo instante del tiempo por dos veces. Pero ahora tenemos una experiencia de seiscientos años de observación; no son necesarias más sondas temporales, ni más *déjà vu*.

Pahad tomó otra de sus impulsivas decisiones: En un trabajo de aquella clase, su interés sería genuino; le ayudaría a adoptar la coloración de un converso; y por lo tanto ampliaría las oportunidades para la observación y la huida. Dijo:

—¿Me permitirían ayudarles en este trabajo?

—Teníamos la esperanza de que usted accedería a ello, tuan. Pero ésta no es ahora la cuestión. Voy a presentarle una serie de nuestros registros temporales. Si existe algo que pueda modificar sus convicciones sobre nuestro pueblo, el presentarle la Historia viva del pasado, lo conseguirá. Cuando le hayamos mostrado lo que las palabras no pueden expresar, sus problemas habrán sido resueltos —porque dejarán de existir.

(De manera que todas sus certezas y sanas convicciones y su hostilidad hacia ellos cesarían, para ser suplantadas por aquella loca rebelión, ¿eh?) Pahad replicó:

—¿Debo creer que estas demostraciones no son ficciones cuidadosamente preparadas?

—Cuando haya experimentado unas cuantas entre ellas, creo que admitirá que no es posible, el falsearlas. Hemos hecho una selección significativa, naturalmente. Usted podrá juzgar si es honrada o no. Nosotros juzgaremos si han podido cambiar sus perspectivas o sólo magnificarlas... ¿Le parece que empecemos?

Los dos hombres se levantaron y Jarel acompañó a Pahad hasta una puerta que aparentemente se abría al sendero que llevaba hasta la playa.

Pero no era así... Entraron en un espacio abierto, como uno de los antiguos jardines. Pahad no pudo calcular su extensión porque estaba lleno de una fina niebla que impedía la visión más allá de unos cuantos metros. Delante de ellos, un retorcido árbol se levantaba sombrío contra la plateada niebla, como una vieja pintura en un tapiz de seda, y detrás de él, el suelo se desvanecía como en un brumoso golfo. Un par de sillas hechas con pequeños troncos, al estilo Atlante, debajo de las ramas del árbol, miraban hacia el golfo.

—¿Un grato efecto, no le parece? —dijo Jarel—. Esto fue construido por uno de nuestros tuantoi hace trescientos años, cuando empezamos a salir de nuestra pobreza y podíamos permitirnos este lujo. Era casi un poeta: rechazó una sencilla sala de proyección y llamó a este lugar el Remanso del Tiempo, donde el Salmón de la Sabiduría se alimenta con las estrellas que caen del Árbol de la Vida... ¿Quizás usted no cree en los mitos?

—Sí, comprendo los mitos.

El recuerdo de su padre se agitó en su interior: historias clandestinas que ningún otro niño conocía —o habría tolerado. El seco rostro y los pardos ojos; la voz que recitaba antiguas fantasías, verdades ocultas detrás de otras verdades, las inapreciables reliquias del divino y casi perdido poder del Hombre para crear: Kai-ali-ali, rey de los tiburones, y la historia del muchacho Tumutoi que vivió en una pobreza casi comparable a la de los Libres, pero alegre, audaz y glorioso, que consiguió llevar al monstruo hasta su ruina y destrucción; La Nave Ardiente de Rata-nui, que mató al demoníaco pez protegido en su duro caparazón. Su padre le había mostrado un pez, conseguido la Raza sabía cómo, diminuto, pero tan real como Kai-ali-ali; le había enseñado cómo una pequeña pajita podía flotar y navegar a impulsos de un sople. Durante sus años de estudios en la escuela y en la Universidad había oído muchas de tales historias. Ahora, como una rama de cedro caída a impulsos del Destino en la húmeda tierra, su mente se agitó y echó raíces.

—Sí —repitió—, comprendo los mitos.

—Siéntese —dijo Jarel— y descanse la cabeza contra este soporte. Y no se sorprenda. Nunca ha vivido en neurovisores como éste.

El globo se expandió rápidamente, como si los dos hombres cayeran hacia el centro de una masa continental. Una mancha, un torbellino de la niebla, y...

Su cuerpo era tosco pero ágil, su cerebro inarticulado pero astuto y borracho con el triunfo. ¡El Mundo detrás de las montañas! ¡Todo era suyo! Mucho, mucho... Las manadas de animales, cuyas interminables, muchas fáciles comidas, no sólo la pitanza que debía compartir con todos los demás allí atrás. Había sentido miedo de los espíritus en forma de grandes pájaros en las cimas de las montañas. Había sentido miedo de hallarse lejos de los rostros conocidos al caer la noche, al faltarle el confortante olor de la tribu. Pero extrañas voces le habían impulsado, siempre hacia adelante; con el irresistible anhelo de hacer lo que era tabú, el ver las tierras detrás de las montañas. Había deseado tener a esta mujer de su propio tótem. Ella, con su poderoso cuerpo y anchas ancas, le daría muchos hijos que harían valientes incursiones en busca de compañeras. Luego... de nuevo tendría una tribu y él sería el jefe...

La voz de Jarel surgió en un susurro a través del sueño:

—Este es el verdadero ciclo, tuán.

Desde muy lejos, los labios de Pahad murmuraron:

—¿El ciclo?

—Nuevas tierras, altas flores elevándose hacia el sol, la mala hierba ahogándose.

Puede verse lo mismo en un cultivo de bacterias. Pero el hombre usa una cierta inteligencia, y lo hace mucho mejor. La maravilla de su historia es que haya podido progresar. De tiempo en tiempo, hay bastante comida sobrante para que los soñadores y los creadores puedan ejercer su misión, sólo un poco, y devolver el préstamo centuplicado. Pero sólo, consiguen que las malas hierbas crezcan más aprisa... Empecemos de nuevo.

Era un jinete nómada atacando, junto a sus hermanos de la horda, al pueblo de los Hombres-del-Lago, que obtenían comida del suelo, mucha comida. Un agricultor le amenazó con una tosca lanza, pero el nómada hizo girar ágilmente a su caballo y atravesó la pierna del hombre con una flecha. Un esclavo cojo podía también cuidar del grano en los campos... ¡Esclavos y comida suficiente para que el más humilde jinete del Khan pudiera tener muchos hijos! ¡Grande era el futuro!...

Era un hombre vestido con una túnica de seda, colgantes bigotes y larga coleta, escribiendo sobre una mesita de laca:

«Dos veces diez Inviernos han lanzado sus nieves sobre mi cabeza.

Dos veces diez Veranos no han podido agostar el grano.

En las calles de todas las aldeas, gordos niños corren como hormigas.

Los ingenieros del Hijo del Cielo han restaurado la Gran Muralla.

Hasta este indigno criado ha recibido el Botón Escarlata al descubrir el cristal-que-aumenta-las-cosas...»

Era una débil y hambrienta muchacha arrodillada delante de una gran estatua que la miraba a través de ojos medio cerrados. Ella sabía que pedía lo imposible:

«Oh, Señor Bhod, permite que haya comida para mi nuevo hijo. Tres ya han muerto. La tierra es como una calabaza rebosante a la que no se puede añadir otra gota sin que otra se vierta. Permite que el general rebelde venza a los hombres del Rajah y ponga ley en la tierra. Permite que muera mi primo el escriba, que come tres veces al

día y pasa el tiempo con sus círculos mágicos y triángulos... igual que el general rebelde ha matado a todos los escribas.»

Ah, poder transformarse en una golondrina y volar hasta la legendaria tierra de Bali, donde había abundancia para todos...

—Siempre —dijo la voz de Jarel— hubo un Bali, o Punt, o Iberia, o Thule... o América, cuando la desesperación buscaba una nueva tierra.

Era un hombre con coraza y casco, de pie en la proa de una nave. La playa delante de sus ojos bullía llena de bárbaros, una pobre oposición para una docena de hombres armados de hierro; y el pueblo sobre las tierras altas, con sus murallas de barro, no era más que el mísero percusor de la blanca y enorme ciudad donde su gente podría prosperar y multiplicarse. La quilla rozó las arenas de la playa y él saltó a las sumisas olas, con el escudo en alto...

Era un anciano de blanca barba estudiando un viejo pergamino. De estos pergaminos, pensó, él y sus discípulos habían casi llegado a crear una cosa que crecería por su propio impulso en una nueva arma para el poder humano y la felicidad... un nuevo sistema de pensar por medio de símbolos. En verdad, que sus invenciones, conseguidas gracias a su nuevo sistema, casi habían conseguido rechazar a los Latinos, aunque los guerreros de su Ciudad se burlaban de sus ganchos y espejos incendiarios. Pero todo había sido demasiado poco y demasiado tarde. En las calles, más allá de su ventana, los gritos y el fragor de la lucha se iban acercando. La República Soberana, buscando sus riquezas y repletos graneros, y al mismo tiempo humillando a los orgullosos ciudadanos, saqueaba la Ciudad. Los pesados pies resonaron por la escalera y un legionario se detuvo bajo el umbral, igual que una hormiga en su caparazón ferrado, dispuesta a apoderarse y explotar y nunca crear nada nuevo. El guerrero exclamó: —¡Ah, el nigromante! —El viejo sabio vio la larga cicatriz en el musculoso brazo cuando la corta lanza volaba hacia él...

La luz de la hoguera se confundió con la plateada niebla de la sala de proyecciones. Pahad movió la cabeza y se volvió hacia Jarel. En un punto, por lo menos, se sentía impresionado: Aquel inquietante panorama no fue un fraude, ni siquiera aquellos audaces hombres se atreverían a derrochar aquella riqueza de realismo para engañar a unos cuantos conversos. Era el pasado al que había contemplado a través de los ojos y las mentes de los hombres de otras Eras.

Jarel sonreía con sátira leonina:

—Siempre unos pocos parásitos intelectuales suplicando una pitanza para poder construir para el mañana. Siempre el Animal Humano royendo los pilares del viaducto antes de que pueda llegar al otro lado, hundiéndolo con su peso. Luego alguien encuentra nuevos soportes y nuevas piedras y empieza de nuevo. Esto es lo que hay detrás de todas las culturas, todas las políticas y todas las frases pulidas —la carrera entre la inteligencia y el instinto natural. Los cimientos del viaducto se asientan sobre las sucesivas ruinas; pero el instinto siempre ha impedido que el último arco llegue al otro lado... hasta ahora.

—No hay duda que su selección de los incidentes que he presenciado apoyan su versión de los hechos.

—Piense sobre ello, tuán. Mientras tanto, conozca nuestra ciudad.

Capítulo 10

CUANDO EL DEBER SUSURRA: ¡HAZLO!...

Dos pñtadas más tarde, Pahad entraba en sus habitaciones. Casi deseaba encontrar a Benuha sentado en el sillón, todo brazos y piernas como un saltamontes, sumergido en la lectura de los informes técnicos que parecía considerar como una agradable lectura. (Había aprendido que Benuha tenía el grado de tuan en lo que llamaban la Guardia de Superficie, pero que ahora se dedicaba a trabajos ligeros mientras se recobraba de un accidente.) En vez de su amigo, encontró un mensaje:

«Tengo una cita con el médico esta noche. Le gustará el programa en el Teatro de la Orquesta. Visite el café que está enfrente. Dígale al camarero que yo le envío. —Ben.»

Su cena fue tan elegante que le hizo pensar en que le daban un trato especial, alimentos exóticos importados de las Reservas, de las lujuriantes instalaciones aerohidropónicas, o traídos de desconocidos océanos. Frente a él se abría una enorme ventana en la que se descubría una vista que parecía ser un Times Square o Piccadilly Circus de otras Eras. Ahora sabía que aquellas ventanas, existentes en docenas de miles de viviendas y lugares de trabajo, incluyendo su propia vista de la solitaria granja o la playa salvaje de Jarel, no eran otra cosa sino la parte visual de neurovisores históricos —los tranquilos interludios entre los momentos cruciales de la Historia. Pero mientras el pansensor de los Libres era una droga obsesionante, aquellos paisajes formaban una estimulante música de fondo.

¿Le gustaría asistir al concierto? Sí.

Las primeras piezas eran antiguas melodías Balinesas, invitando al espíritu a gozar sin inhibiciones de los bellos ritmos. Pahad disfrutó de su limpio impacto en un solo sentido, estimulando a su imaginación a elevarse, sin la mezcolanza de obligadas vistas, gustos, tensiones y contactos impuesta por el neurovisor. La siguiente parte del programa, algo moderno, le gustó menos, aunque trató de comprenderlo, en el interés de futuras audiciones. En aquel ambiente de poderosa telepatía común, inducida por la música, por lo menos podía compartirla con la audiencia —aunque con una desagradable reminiscencia de las Asambleas de los Libres.

Estaba abriendo su mente, con ciertas reservas, al influjo de la música, cuando una confusa imagen mental le sorprendió; algún importuno que le miraba directamente, impaciente para establecer contacto con él. Pahad miró a su alrededor, pero aquello hizo modificar el ángulo de su espejo mental y destruyó la imagen telepática. Sin embargo, tenía la fuerte impresión que el intruso era un hombre sentado unas filas más atrás, aislado de los demás grupos.

La última selección era música de estilo Atlante, muy afín a los gustos de Pahad, y éste se entregó por completo, sumergiéndose junto a la audiencia a la caricia de sus notas, aunque sabía que ello era peligroso para su independencia. A pesar de todo, la música era tan distinta al neurovisor; era como andar en el bosque en un ventoso día de noviembre... Y luego la molesta imagen se deslizó hacia él como un soplo procedente de una habitación caliente y turbia —el desagrado que uno siente cuando el acompañante no disfruta con la representación: ¿Cómo puede gustarte eso? ¡Oh, querido, quisiera que terminase pronto para que podamos ir a algún lugar realmente interesante!

Cuando terminó el concierto, Pahad se levantó con rapidez y se dirigió hacia la salida, con un propósito irracional de evadir la presencia de aquel desconocido. Pero el hombre le cerró el paso, con una ancha y deferente sonrisa:

—Creo que debemos conocernos, tuan. —Su voz tenía un tono de cortés excusa, pero al mismo tiempo condescendiente, como una pesada y suave mano puesta sobre nuestro brazo.

—Ya sé quién es usted. Yo soy Andu tuanta Remeha. ¿Quizá conoce mis trabajos sobre las cristalizaciones a alta presión?

La mente de Pahad trabajó a toda velocidad, mientras pronunciaba una cortés fórmula de saludo. ¡Aquel nombre evocaba algo más que las cristalizaciones a alta presión! Aquél era el hombre que había muerto en un accidente mientras exploraba el interior del Chimborazo, y cuyo Certificado de Recuperación había sido enviado por el Observatorio al Centro Científico IV, causando enorme sensación. Sólo que... ahora estaba aquí. ¿Por su propia voluntad? Quizá no; radiaba desamparo como un insecto esforzándose en salir de un tazón de porcelana... Pero, debía mostrarse precavido.

Andu fue quien pronunció las palabras necesarias. ¿Querría Pahad visitarle para hablar de... sus mutuos intereses? ¿Mañana? ¿Al día siguiente?

Pahad aceptó con presteza dictada por su sentido del deber y en el acto se sintió cogido en la trampa.

Aún se sentía en la trampa cuando salió de su departamento y se dirigió hacia las habitaciones de Andu, asegurándose que nadie le seguía. En contraste, el lugar estaba tan descuidado como un vivac. La bienvenida que le dispensó, sin embargo, fue efusiva, casi sofocante.

La conversación se deslizó por temas tan manidos que Pahad empezó a preguntarse si simplemente había caído en las garras de un insulso y aburrido chismoso, en busca de víctimas para que escuchasen sus habladurías. Poco después, su mirada fue atraída por una pequeña cajita sobre una mesa, el único adorno de la habitación; una cosa de madera bruñida con un medallón de plata en la tapa —

Insignia que rechazaba sus intentos de descifrar su significado: árbol, cerebro o explosión. La levantó, examinándola con atención.

Andu sonrió con paciencia, tolerante.

—Muy bonito, ¿no es cierto, tuan? El mismo Jarel me la entregó. La posesión de la Insignia se considera un gran honor... supongo.

Pahad dijo con un tono falto de interés que *quiso* sonase forzado:

—Por alguna razón, la Insignia parece representar un gran secreto. (Bien, ahora ya sabes que no se quiere que yo lo sepa.)

La sonrisa de Andu se convirtió en algo de puro altruismo:

—¿Quiere decir que no lo *reconoce*? ¿Precisamente usted? ¡Oh, vamos!

—Tengo una fuerte impresión que debería conocer su significado, pero me es imposible. ¿Qué es?

—Vaya, es una vergüenza mantenerle en esa duda. Le ofreció un lápiz.

—Ponga un punto en el centro... Ahora, trace radios separados entre sí a quince grados...

La barrera que cerraba el paso a la mente de Pahad se dobló, se hizo más delgada y por fin saltó en pedazos.

—¡Desde luego, desde luego! El Polo Sur... de la Tierra. La Antártida.

—Exactamente, mi querido amigo. Ahora ya sabe dónde se encuentra.

Aquella última frase tardó un instante en penetrar en su mente. Luego agarró: *aquella* información no había sido solicitada. Era una deliberada y pequeña traición, las arras de mayores traiciones que se ofrecían.

Aquel era un momento para dar libre curso a la impetuosidad de la destrucción de esta Hermandad.

—Tuanta, ¿se encuentra aquí por su propia voluntad? El rostro de Andu se estremeció como un cuenco de papilla fría. Se humedeció los labios y murmuró:

—Sí y no, tuan; sí y no. No *sigo* aquí por mi voluntad. Debo confesar que *vine*... pero fui miserablemente engañado.

Se sujetó las rodillas con las manos entrelazadas, inclinó la cabeza y continuó con lo que le pareció a Pahad una excesiva emoción:

—No me juzgue mal, tuan; no puedo ni quiero negar que cometí un terrible error... Sabía que estas gentes estaban sumidas en la más negra perversidad... Pero yo pensé que quizás el Espíritu de Raza me guiaría... para que pudiera servir a la destrucción de esta Hermandad.

Levantó el rostro y su voz se hizo más firme, con inflexiones de fanática ira.

—Les he hablado, y ellos nunca me han contestado. He visto el perverso despilfarro que reina en esta Ciudad del Mal y he comprendido que sus corazones están dispuestos a *destruir*, para que sus descendientes puedan continuar esta orgía.

El redondo y blando rostro se hizo casi severo, el lastimero murmullo adquirió un nuevo timbre.

—Cada día me he culpado amargamente. ¡Y a pesar de todo, tuan, quizá *fui* Guiado! Si puedo volver a nuestro querido pueblo y advertirles del peligro, aún podré expiar mi locura. ¡No podré vivir en paz mientras sepa que una preciosa Vida puede ser añadida a la Comunidad y no puede hacerlo por mi negligencia! Aquí tenemos a cinco millones de ovejas descarriadas que deben ser devueltas al redil; miles de millones por nacer pueden conseguir la Vida si hacemos fracasar este perverso complot; miles de millones más pueden ser añadidos si conseguimos que este terrible proyecto tenga un objetivo digno de la Raza.

El rostro del hombre brillaba en éxtasis. El silencio vibraba en la habitación.

Bien, pensó Pahad, aquél era un modo de expresarlo. Dijo, casi secamente:

—Yo también trabajo hacia ese fin, desde luego. Pero el problema consiste en ¿cómo llegar a nuestro mundo?

Andu se levantó, puso su enorme manaza en el hombro de Pahad y dijo con solemnidad;

—*Podremos* hacerlo. Estuve seguro de ser Guiado cuando oí la noticia de su llegada, tuan. ¡Juntos, lo conseguiremos!

—¿Cómo?

Andu bajó la voz hasta un susurro, como si su vibrante manifiesto de un momento antes, no le hubiera condenado a cualquier oído indiscreto.

—Como ya sabe ahora, tuan, estamos encerrados no sólo por las puertas de esta ciudad, sino también por cientos de kilómetros de desierto helado que ningún hombre puede cruzar sin ayuda. Pero... estos hombres violentos han aprendido en su presunción a luchar con desolaciones aún más terribles: los ardientes páramos de Marte, los muertos cráteres de la Luna. Han construido armaduras con las cuales pueden pasar por el hielo y el fuego... y seguir viviendo. Yo me he apoderado de dos de estas armaduras, para mí y para un compañero. Las he probado, amigo mío, y nos llevarán a sitio seguro, sanos y salvos.

Pahad trató de analizar la situación, sintiendo cierta desconfianza.

—Entonces, ¿por qué no las ha usado... si está tan ansioso por regresar?

Andu pareció avergonzado y pensó un instante antes de contestar:

—Porque..., supongo que me hará bien el confesarlo... fui un cobarde.

No había mucha cobardía en ello, pensó Pahad; aun en compañía, en el indefinido futuro, no le gustaba la idea de enfrentarse con la salvaje furia del mundo polar. Pero trató de hacer su voz firme, mientras preguntaba:

—¿Cuándo podemos escapar?

—Bien, en lo que se refiere a los trajes, podríamos partir esta misma noche, desde luego.

Andu sonrió como excusándose por una broma evidente.

—Están preparados con alimentos concentrados, medicinas, incluso estimulantes. Llevan una pequeña fuente de energía atómica para proporcionar calor y hacer funcionar los instrumentos, y también para captar la energía de los rayos cósmicos,

como ellos los llaman. He aprendido a utilizar sus aparatos de orientación y comunicación. Pero existe otro factor, amigo mío: Una expedición de nuestro querido pueblo ha desembarcado en la costa para comprobar si las tierras ya libres del hielo pueden soportar a la Vida. Debemos esperar hasta que se establezca esa Colonia. Los rebeldes no la atacarán, desde luego, porque eso revelaría su presencia.

La razón por la demora era convincente. En realidad, cuando uno pensaba en ello, ¿qué podrían hacer, de otro modo, cuando alcanzasen las orillas del mar polar? Sería mucho mejor que la Colonia estuviera en condiciones de defenderse cuando las cosas llegasen a la lucha abierta... Sin embargo, al mismo tiempo, Pahad sintió una vaga repugnancia ante la idea de la Raza extendiéndose con tanta rapidez, como un ciego protoplasma...

Para evitar el ser vistos juntos, excepto casualmente, Andu sugirió que se encontrasen de nuevo en la Biblioteca de Investigación Juvenil.

—Tiene que comprender —deploró— que estos equivocados jóvenes son actualmente *alentados* para que adquieran conocimientos no funcionales en forma profana, mucho después que han pasado la edad en que debieran seguir sus Naturalezas y crear nuevas Vidas para esta perversa comunidad. Y también se considera adecuado para los adultos el cargar sus mentes con inútiles y peligrosos conocimientos. ¡Qué poco saben lo peligrosos que son! No he sentido ningún remordimiento en adquirir todo lo que puedo necesitar, en este lugar donde la ciencia está al alcance de cualquiera. Hasta sus mayores no sienten la menor vergüenza en ir a los Centros de Estudios y dar un vicioso ejemplo. Por lo tanto, no sólo parecerá natural sino laudable que usted frecuente la biblioteca. Vaya allí en la tarde de cada quinto día.

Pahad no necesitó ninguna poderosa razón para aceptar aquel plan. Mientras sus relaciones con Andu se mantuvieran en un plano formal, le sería posible tolerar su incompatibilidad y trabajar juntos en beneficio de su causa común... Mientras tanto, aquella viciosa biblioteca atraía a sus corruptos gustos como un manjar exquisito.

Cerca de la puerta, Andu le despidió solemnemente:

—Debemos mantener una vigilancia incesante, mi querido amigo. Estos perversos hombres, que aspiran a destruir un mundo, no se detendrían ante la destrucción de usted o mía, o por lo menos de nuestras mentes.

Una hora más tarde, sentado en su sillón, frente a la antigua granja, iluminada ahora por la luz de una gibosa luna, Pahad reflexionó. Sabía tan poco de aquellos Rebeldes, sólo conocía a una media docena de personas, sin duda seleccionados para que simpatizara con ellos. No le era posible imaginar que cualquiera de ellos pudiera asesinarle a sangre fría, y mucho menos cometer un masivo genocidio. Sin embargo... ellos habían matado al viejo Avor simplemente para asustar a Pahad y, en el Observatorio, estuvieron al borde de segar su vida o su inteligencia. El vigoroso y rosado color del mundo subterráneo de repente se le apareció como la rojiza fiebre de una enfermedad en incubación. Y la Colonia anunciada por Andu, se convirtió en un

camino, casi a su alcance, para regresar a la verdadera felicidad, un símbolo de los cimientos en que descansaba su amado mundo de la vieja Universidad.

En cuanto a la repugnancia que le inspiraba Andu, no era necesario que un hombre nos fuese simpático para poder utilizarlo; todo lo contrario: Vio con repentina claridad como aquel hombre no sólo le ayudaría a salir de allí, sino que se mostraría anhelante para hacerse cargo de todas las formalidades y responsabilidades que se ramificarían de su descubrimiento. A Andu le gustaría pavonearse ante la Comunidad. Y él, Pahad, sólo tendría el selecto corazón de la recompensa. ¡Sería Canciller de su propia Universidad, y quizás fundador de otras!

¡Debía dar gracias a Andu por detenerle al borde de la apostasía!

Capítulo 11

AQUELLOS QUE NO QUIEREN APRENDER DE LA HISTORIA...

Al día siguiente, Jarel reclamó su presencia.

Entró en la sala de proyecciones y ocupó su lugar debajo del árbol con una inconsistente y juvenil excitación. El globo giró... expandiéndose...

Era un hombre alto con tosco hábito castaño, hablando con un individuo delgado, parecido a un gnomo, vestido con calzones de vario color.

—Debo interrogar en persona a ese pescador. No es que crea que mientes, esta vez, Odo. En realidad, nuestro Wehm, ha conocido durante muchos años la existencia de esa Tierra Occidental. Pero ha conservado el conocimiento para construir una Ciudad de Dios, a Su debido tiempo.

Sus ojos se hicieron agudos y al mismo tiempo ausentes.

—Allí, nadie sufrirá de la enfermedad, ya que podremos practicar, sin miedo a los ignorantes, los secretos del arte de curar que conocemos y mirar en el seno de la Naturaleza en busca de otros. Allí ninguno, ni el lamento de los enfermos y agonizantes, será mezclado con el ruido de los brutos y los estúpidos. Defenderemos aquella tierra con el polvo explosivo que nuestro hermano Rogelius, en Inglaterra, nos ha revelado...

Se interrumpió, como si de repente se diera cuenta de que había hablado demasiado, pero continuó por un camino paralelo:

—Sería una desgracia que hombres codiciosos se apoderaran de esa tierra para multiplicarse allí como piojos en las ropas de un mendigo, pensando sólo en pan y circos como los paganos de Roma, prestando sólo un vacío homenaje a la belleza y sabiduría que viven en el presente y en el futuro.

El rostro de gárgola del otro hombre se contrajo en una mueca, un impío burlándose de un santo.

—En verdad, padre, que creo que la naturaleza del hombre consiste en ser gobernado por su estómago.

El sacerdote hizo un gesto que abarcaba la vasta caverna del edificio donde se encontraban, las ventanas multicolores ardientes con espléndidas alegorías, mientras la música resonaba suavemente:

—Los hombres construyeron esto. Aún puede surgir un nuevo pueblo, regido por su corazón y su mente.

El otro se encogió de hombros.

—A menudo se puede conseguir que los hombres se diviertan con estos juguetes... especialmente si esperan una recompensa.

La voz de Jarel, como en un sueño, comentó:

—Este último y gran regalo fue tan grande que las migajas que sobraron para los pensadores y los creadores duraron mucho tiempo. Pos un corto espacio de tiempo tuvieron, casi, la oportunidad de llegar a las tierras altas antes de que la riada humana les sumergiese. Lo necesitaban; ya no quedaba ninguna tierra de Punt, o América, adonde pudieran ir ahora, sólo lugares menos congestionados... La historia siguiente es crucial, a su modo.

El viejo, apoyado en la almohada, miraba al joven médico vestido con su limpia bata blanca.

—¿No quiere decir que las habitaciones privadas están todas ocupadas, sino que no hay ninguna, eh?

El médico cambió de postura, nervioso.

—Bien, yo no diría eso, doctor Westingham.

—Sí, lo sé. Disponen de un corredor para los políticos y personalidades semejantes. No son para un sencillo Profesor de Botánica. ¿Eh?

—Mire, doctor Westingham, en una crisis como la que atravesamos la gente no debe pedir un trato especial. Yo mismo pertenezco al Hospital, y cuando mi esposa tuvo nuestro hijo, no pudimos darle nada mejor que una habitación de cuatro camas.

El viejo lo miró, pensativo. Conocía las respuestas, pero quería obligar al otro a pronunciarlas.

—Pero ellos aceptaron mi dinero. Durante treinta años he pagado mis cuotas a la Sociedad de la Cruz de Plata, y ellos me garantizaron ciertos servicios. Y ahora que los necesito, usted me dice que esos servicios ni siquiera existen. Ni siquiera puedo morir en paz en un hospital, en esta ciudad de trece millones de personas... aunque he pagado para ello.

El doctor pareció embarazado. Ciertamente la sala de doce camas no era un lugar donde nadie dotado de cierta sensibilidad quisiera pasar sus últimas horas. Tres radios envenenaban el aire en diversas formas, la más cercana y más explícita ofreciendo una vocalista femenina como una rociadura de perfume barato: «... Looooca pooooor tu amooooor...» —La nariz menos sensible se habría dado cuenta en el acto, que el letrero de «Prohibido fumar marijuana» era sólo letra muerta. El doctor se encogió de hombros con un gesto fatalista:

—Bien, lo siento, señor. Pero yo no construyo los Hospitales. El Departamento de Hospitales para el Puebla lo hace. Me limito a trabajar en ellos. Hemos hecho todo lo posible por usted: le dimos la cama más cercana a la ventana y le cambiamos cuando usted lo pidió.

—Sí; supongo que disfruto de la parte más fresca de la parrilla. La ventana pudo ser muy agradable, si su depósito de animales no estuviera en el patio inferior. Aún aquí no estoy mucho mejor.

Por lo menos dos enormes perros, salvados de una muerte, en libertad en medio de la basura y el hambre para morir prestando un honorable servicio a la Humanidad, se resistían a ello con un tono de magnífico, pero estridente, ultraje. El viejo sonrió débilmente, con sarcasmo.

—Pero óigame, doctor, ¿no podría tener un poco de soledad, por lo menos cuando...?

—Ya verá lo que se puede hacer, doctor Westingham. Quizás quede libre una cama en una habitación de cuatro. Eso sería menos... ¡ah!, proletario. No lo tome como una cosa segura, sin embargo. Haré cuanto esté en mi mano. ¿O. K?

—Gracias. Le agradezco sus... esfuerzos.

Volvió a hundirse en la cama cuando el médico pasó al enfermo siguiente, y cerró los ojos. Un joven agradable, pensó, y no era culpa suya que la medicina ahora se reducía al uso de los antibióticos y drogas estimulantes. Se adormeció un poco; por lo menos los nuevos analgésicos anulaban el dolor sin embrutecer al enfermo.

Cuando volvió a abrir los ojos, sorprendió a su vecino, un jovenzuelo delgaducho, que le miraba con perruna amabilidad. El anciano sintió el impulso de retirarse de nuevo detrás de los párpados cerrados, pero una larga herencia de cortesía le impedía rechazar un gesto de buena voluntad. Murmuró:

—Hola, Charlie.

—Hola, Doc. Oiga... No pude evitar el oír lo que decía al médico. Caramba, es algo gracioso. Debe haber pasado una vida estupenda, para que no le guste esto. Es la primera temporada de descanso que he tenido en mi vida. Y de ahora en adelante me voy a poner enfermo una vez cada trimestre, puede creerlo. Uno no puede estar enfermo en un piso de tres piezas con cuatro niños llorando todo el día y es fácil conseguir que la Asociación me haga ingresar. ¡Creo que aquí lo pasamos estupendo!

—Bien, Charlie, tampoco se puede estar enfermo en un piso de una pieza; por lo menos tan enfermo como yo.

Pensó con dolorosa nostalgia en la espléndida vista sobre el Parque, en sus libros y microscopios, en su samovar. Nunca los volvería a ver. Habría dejado que la muerte le alcanzara allí, si hubiera pensado que estaba a punto de morir, antes que dejarse atrapar por aquella hirviente masa de Humanidad. (Doscientos cuarenta millones al norte del Río Grande.) Pero ni siquiera podía regresar a su piso; todas sus cosas habían sido embaladas y almacenadas y un nuevo inquilino instalado... Luego algo penetró en su mente:

—¡Cuatro niños, Charley! ¡Pero, hijo mío, si no eres más que un muchacho! Ahora estás sujeto para toda tu vida, tal como están las cosas.

Charley se encogió de hombros con seudofilosofía:

—¿Qué otra cosa se puede hacer? No soy un empollón para entrar en una profesión u otro trabajo intelectual. Y tengo el Seguro para toda la vida. —Su amabilidad se convertía en una especie de petulante truculencia.

Eliminada la necesidad de mostrarse cortés, el viejo profesor usó de su privilegio de dormitar, cuando el ruido lo permitía. Pensó: Hasta su padre había lealmente mantenido que una raza podía vivir eternamente en la capital de un Continente virgen. Hasta el viejo Stanislav; bien, se podía aprender mucho de Stan; pero sólo en el laboratorio. Stan creía con firmeza que sus trabajos sobre las mutaciones controladas podían salvar a la Humanidad. Y era cierto, si no se usaban para agotar aún más el suelo.

Su oído percibió unos pasos familiares y se incorporó para saludar a una alta muchacha, bien vestida, que le traía un paquete. Después de los saludos de rigor, ella dijo:

—Espero que sea eso lo que quería, abuelo. Me costó mucho encontrarlo.

El viejo desenvolvió el paquete que contenía cosa de una docena de cajitas planas y negras, abiertas en una de las esquinas para revelar su contenido de plaquitas rectangulares de cristal envueltas en paja.

—Sí —levantó la tapa de una de las cajas—, son estas. Muchas gracias, querida. —No volvió a levantar los ojos hasta que la muchacha inició su despedida.

Charley estuvo escuchando desde cierta distancia, señalada más bien por la práctica, que por las buenas maneras. Hizo su comentario:

—¡Guapa chica! Pero necesita arreglarse más. Yo siempre digo que las muchachas deben sacar todo el partido posible de lo que tienen.

El anciano pasó por encima de las palabras y sus implicaciones.

—Charley, por favor, ¿quiere decirle a míster Gandry que ya está aquí su nuevo juego de fichas para el dominó?

No tardó en presentarse una delegación de los otros enfermos, un vejete disoluto y otro hombre sin afeitado, con los cordones del pijama dejando una marca rojiza sobre la barriga descubierta. Westingham les entregó las cajas.

—Esas son, muchachos. —Hacía mucho tiempo que aprendió a evitar el arcaico «señores».

—Vaya, ¡estupendo, Doc! Nos vendrán al pelo. ¿Qué hay en esas placas, de todos modos?

Por experiencia, el doctor E. Westingham sabía que la sola mención del material biológico despertaría el supersticioso temor a los «microbios» que ninguna explicación podría calmar.

—Nosotros las llamamos microplacas, míster Gandry. Las proyectamos... uh, hacemos cine para enseñar a los estudiantes.

—¡Oh, yeh! Algo como las «Visiones de París», ¿eh? —El vejete hizo una mueca de arrugada lujuria—. Bien, aquí no hay mujeres, de modo que las haremos servir de fichas para el luego, ¿eh, Spud?

Repulsivo o no, el individuo gordo aún abrigaba un resto de cortesía:

—Bien, gracias, Doc. Si podemos hacer algo...

—Hum, sí. ¿Les importaría bajar la radio un poco? Me duele la cabeza.

—Claro, Doc.

La delegación volvió a interesarse en el juego de infantil complicación que siempre ocupaba la única mesa.

De nuevo la somnolencia. Dio gracias a Dios por el respiro —por poco rato, ya lo sabía— que le proporcionaba la ausencia de la estridente música. Los perros, quizás con el estómago repleto, también estaban callados. Sonrió con ironía: Sí, Stan fue un gran botánico; pero no podía ver cuántos eran dos y dos, aunque la respuesta ya estuviera escrita en grandes cifras. ¿India? ¿China? ¿Inglaterra? ¡Bah! Eso no ocurriría aquí; somos más listos que eso. Mientras trabajaba sin descanso para que ocurriese precisamente aquello que negaba, para elevar la viciosa espiral población-alimentos en otro escalón hacia el irrevocable colapso.

Bien, Westingham fue lo bastante listo para recoger los cabos sueltos que dejó aquel genio de la botánica y tejer con ellos una sólida tela. Sí, ahora podían alimentarse otros mil millones de seres, quizás dos mil millones —si las microplacas de los nuevos pólenes llegaban a manos de, digamos, Mannheimer. Pero también podía encogerse de hombros y dejar que el Destino o el ciego Azar descubriese aquel material. O también...

Desde la mesa de juego llegó el cristalino estruendo de muchos cristales que caían en cascada, una maldición, ásperas recriminaciones.

—Oh, aún quedan muchos —dijo Spud, espléndido.

Y si aquellas nuevas riquezas eran lealmente presentadas a un pueblo hambriento, ¿serían capaces de apartar lo suficiente del pesebre público para que el siguiente bienhechor de la Humanidad pudiera morir en paz, si así lo deseaba? ¡Nunca lo harían!

La sonrisa del viejo se hizo casi satánica. No, el legado Stanislav-Westingham era utilizado de la mejor manera posible...

Capítulo 12

LA SENDA FLORIDA

Pahad se levantó, consciente de que la historia que acababa de vivir apelaba profundamente a sus simpatías. Aquel gesto rebelde contra el Servicio Público despertaba un eco en su propio corazón. Pero no fue más que un gesto fútil, hecho demasiado tarde, quizá con un siglo de retraso. ¿Un siglo? ¿Acaso el visionario monje, el intrépido pionero, no llegaron también demasiado tarde? El intento vacilante de agarrarse a las faldas de la Oportunidad, siempre es demasiado tarde. Sólo una fiera resolución puede dominar a las circunstancias.

Pero aquello era como explicar las cosas después de ocurridas. ¿Cómo podía nadie adivinar el peligro, con la suficiente convicción para prevenirlo y, luchar, aunque fuese solo? Pahad se sintió satisfecho de sí mismo: él adivinó el peligro... y actuó. Pero ahora, todos sus esfuerzos eran en vano. Deseó poder recobrar el pasado y moldearlo en una forma mejor... ¿El pasado? ¿Por qué no el presente...?

(¡Despacio, muchacho, despacio! Esa es precisamente la idea que tratan de obligarte a aceptar. No te olvides que *ellos* tratan de moldear el presente.)

Con un esfuerzo volvió su mente hacia los problemas prácticos:

—¿Es que nuestros antepasados no disponían del viaje espacial?

—¡Oh, sí! —dijo Jarel, con un tono de desdén—. Conocían las teorías básicas. Llegaron hasta la Luna. Podían haber alcanzado Marte con un esfuerzo supremo. Una cultura joven y atrevida habría gastado millones para conseguir trillones. Pero esa gente... no podían ni siquiera apartar unos pocos millones de la protección pública a los prolíficos. Casi no quedaba nada después de alimentar a la enorme masa humana para hacer otra cosa que inventar unos pocos aparatos y mantener la ilusión del progreso. Seguían acercándose al borde de una guerra global, pero hasta eso se hundió en las arenas movedizas de la acumulación de carne de cañón. Todas las ideologías convergían hacia el mismo problema de la población desde distintas direcciones.

—¿Y qué hicieron las Inteligencias Superiores para remediarlo?

—Estaban envenenadas por los sentimientos y emociones de los demás. Aspirinas para combatir el cáncer... todos nerviosos y agitados por los gritos del paciente. — Jarel se acarició la barba—. Es algo gracioso: Cuando se tiene a un millón de personas y mil cerebros directores, las cosas marchan a toda velocidad; pero cuando se unen mil millones y un millón, no es posible conseguir que el sistema se ponga en marcha. De ello podríamos deducir alguna ley natural... como los cambios observados al convertir un modelo a escala en un gran aero transcontinental...

—¿Y entonces... Polinesia?

—Sí. Entonces, Polinesia. Lo dejaremos para la próxima sesión. Quiero que reflexione en lo que ha visto.

La primera visita a la Biblioteca Juvenil le hizo sentirse tan conspicuo como una mazorca de maíz en un parterre de flores.

Los registros sonoros, descubrió con alegría, le ofrecían en abundancia todo el material que con tanto trabajo trató de desentrañar de los Archivos de su propia Universidad.

Estaba sumido en sus ideas, de pie en un cubículo de audición, con una lámina olvidada en la mano, cuando sintió, con cierta alarma, que alguien se acercaba.

Pero no era más que una muchacha, ni siquiera en edad de casarse, según las costumbres de la Liga. Es cierto que era más alta que cualquier mujer dos veces madre entre los Libres. No tendría más que unos catorce años, pensó, pero parecía mucho más juvenil que cualquiera de las muchachas Libres, como si estuviera frente a un amanecer sin límites, en lugar de caminar cansinamente hacia el triste mediodía de una rutina vacía de sentido. Una brillante trenza de cabello cobrizo flanqueaba uno de esos rostros, como el de una pequeña rana, que pueden convertirse en cualquier cosa, pero siempre serán inquietantes. Ella le sonrió y le dijo con su mejor acento profesional:

—¿Busca alguna cosa particular? ¿Puedo servirle de ayuda? Algo en su interior le rogó: ¡No dejes que se marche! y Pahad contestó:

—No. Sólo estaba curioseando. Nunca he visto una biblioteca como ésta. Podría pasarme años enteros contemplando sus maravillas.

La sonrisa de la muchacha dejó de ser profesional y se hizo llena de alegre interés.

—Eso es lo que yo *siempre* he sentido. Por esto conseguí que me nombraran ayudante en una de estas salas. De manera que si alguna vez quiere encontrar algo en particular, puede pedírmelo a *mí*.

El se agarró a lo único que estaba a su alcance para retenerla:

—Bien, hay *tantas* cosas. ¿Cuál de estas secciones se supone que es la mejor?

—Todas son excelentes —dijo ella lealmente, pero añadió en el acto—. La sala de animales es algo maravilloso. ¿Ya la ha visto?

—No. ¿Quisiera mostrármela? —contestó Pahad y siguió a la esbelta figura cuando la muchacha empezó a guiarle entre las mesas.

La sala de animales era ciertamente un lugar muy interesante; casi tanto museo como biblioteca, con vitrinas de insectos extintos, elegantes modelos y criaturas disecadas de las que ni siquiera conocía el nombre. Animadas pantallas mostraban curiosas escenas de amistad entre los seres humanos y los animales inferiores —una niña sujetando una cosa blanca de lana y largas patas; muchachos jugando con una pequeña y vivaz bestezuela con una cola casi tan grande como su cuerpo, una mujer joven con un pájaro plateado posado en su hombro.

Elisi, su joven mentora, casi lo sofocó con una entusiasta demostración de conocimientos. Juntos se inclinaron sobre una mesa llena de lo que parecían ser los favoritos de ella —láminas sonoras ilustradas que proyectaban escenas animadas mientras se oía el comentario oral; hasta libros, no piezas de museo sino reproducciones. Ella comentó con animación:

—Hemos notado que los niños pequeños prefieren los libros..., algo que puedan manejar con las manos, ya comprende. Y yo misma *pienso* que hay algo especial en ellos... ¡Mire este! ¿No es *maravilloso*? Puede llevarse cualquier libro que le guste, ya sabe. Ya le enseñaré como debe llenar la ficha en la mesa de préstamos.

El aceptó aquella sugerencia en el acto. Unas cuantas de esas cosas en sus habitaciones serían algo muy agradable y un lazo que le uniría a esa vivaz dríada. El entusiasmo de la muchacha era tan contagioso como la alegría de una mañana de primavera. Pahad abrió su pecho a aquella nueva emoción.

Ella continuó: —Pero si realmente quiere saber cómo era la vida de los animales en los tiempos pasados, tiene que conocer a papá. Es profesor de Literatura, ya sabe; pero se especializa en historias de animales. Creo que es por eso que me interesan tanto.

—¿Historias de animales? ¿Quién escribe sobre los animales?

—Oh, se escribió mucho sobre ellos en otros tiempos. Y nuestra gente copió en secreto millones de libros cuando las bibliotecas fueron condensadas y resumidas. Nosotros, papá y yo, tenemos una biblioteca privada con cientos de autores, Polinesios, Atlantes, hasta hombre de épocas anteriores.

Pahad se preguntó si ella conocía las leyendas de Kai-ali-ali y del pez monstruo, pero mantuvo la idea en reserva. Cortésmente eludió una invitación para que visitara a sus padres, aquel mismo día; si la hospitalidad era genuina, la oferta sería repetida con la adecuada autorización. Y se retiró oportunamente, llevándose un montón de las amadas crónicas de Elisi.

En el vestíbulo de la sala de lectura, un grupo de jóvenes con sus graves rostros y vivaces gestos permanecían en pie frente a una gran placa de metal. Ya la había visto antes, pero ahora, mientras el grupo proseguía su camino, detuvo sus pasos para leerla con atención.

«Nuestra mayor riqueza está en el Futuro. Que ninguna alegría del atrevido presente, ni nostalgia del rico pasado, nos haga olvidar ese gran horizonte. Nosotros de la Liga cuyo pasado está llenó de actos de valor y presente de peligros y su futuro tan ilimitado, debemos recordar ese futuro más que ningún otro Pueblo de la Historia. Si faltamos a nuestro Futuro, la Humanidad nunca conocerá otra oportunidad igual.

»Que nunca olvidemos en nuestra disciplina, que nuestro sueño es una mente libre; en nuestro secreto que el libre intercambio de ideas

es nuestro objetivo; en nuestra pobreza, que el pensador y el creador deben tener a su disposición inextinguibles riquezas; dentro de nuestras murallas, que el goce de la vida es nuestro deseo; en nuestras estrechas viviendas, que la amplitud y el espacio están en nuestras naturalezas. Llevemos, por tanto, en nuestros corazones, la vital semilla que germinará para convertirse en hojas flores y fruto, cuando los antiguos hielos hayan desaparecido de la Tierra.»

¿Disciplina? ¿Pobreza? ¿Estrechez? ¿Qué clase de ilimitada extravagancia llamarían normal, entonces?

Una mano se apoyó en su hombro. Era Andu, desde luego sonriendo con benevolente intimidad. A pesar de la necesidad de ser breves, el recién llegado miró a la placa metálica movió la cabeza con un gesto de tristeza:

—La llaman la Estrella de la Mañana. Bonitas palabra: que enmascaran el robo y el asesinato. Pervierten a sus hijos con eso.

—¿Tiene noticias? —dijo Pahad, lacónico.

—¿Eh? ¡Oh, sí! ¡Sí! —La mirada de conspirador que Andu lanzó a su alrededor habría intrigado a cualquier observador casual.

—Venga a mis habitaciones —vamos a ver— dentro de dos días, por la tarde. Todo va bien, mi querido muchacho, muy, muy bien. Ya lo verá: somos Guiados. — Palmoteó el brazo de Pahad y se apartó de allí, lanzando miradas de sospecha a derecha e izquierda.

Pahad se irguió. Una gran lástima que ahora, quizás, nunca vería el fin de la crónica de Jarel. Pero... el tiempo seguía marchando, y las mareas subían sin cesar.

Capítulo 13

...ESTÁN CONDENADOS A REPETIRLA

Pero en las primeras horas de la tarde del segundo día, recibió una llamada de Jarel. Libre ahora de la necesidad de elegir, envió un corto mensaje a Andu, y marchó hacia la plateada caverna.

Su cuerpo, joven, varonil, cobrizo, soberbio, se sentía feliz; su mente se movía llena de confianza en sí misma como un avezado nadador en las rientes aguas. Detrás de su hombro, un cielo luminoso y un mar centelleante alimentaban su vitalidad. Pero su atención estaba centrada en el enorme y abovedado salón, en la audiencia compuesta de todas las razas Atlantes, en el histórico y decisivo discurso.

El orador, venerable, benigno, ajustaba hábilmente sus frases a los sagrados dogmas de los tiempos, que encubrían una ilusión...

—...la antorcha de la Raza nos ha sido confiada... no debemos rechazar la carga impuesta al Hombre de Color... las torres de coral caerán en ruinas o serán derribadas... una inmensa ola para unir a la Humanidad encerrada en los Continentes con el mar abierto. Terminó en medio de una clamorosa ovación.

El rumor de las olas en la playa llenó el silencio. A través de la mente del hombre que escuchaba pasaron brillantes Imágenes: enormes y vitales cromosomas... ovillos de cristal brillantes en el fluido cristalino; aguzadas microagujas de luz, escogiendo, desintegrando, fundiendo, creando nuevas mutaciones casi a voluntad; enormes cosechas creciendo más rápidas que la hierba en la jungla; perennes, inagotables, dejando espacio para anchos campos de descanso y recreo, para la soledad de la montaña, el bosque y las costas.

Su atención se dirigió ahora hacia un nuevo orador, pero con reprimida hostilidad, aunque unos cuantos entre la audiencia le aclamaron —«¡Toanga! ¡Toanga!»— El nuevo orador permanecía en pie, serenamente desafiando un antagonismo que rechazaba cualquier intento de disuadirlo de su cruzada mesiánica. Era el tipo de la raza nómada-mongoloide, que en pasadas Eras habría luchado y muerto a miles de enemigos, pero nunca a las docenas de miles conducidos a una estéril carnicería por los benevolentes humanistas como el último orador. Ahora ese hombre cabalgaba por las estepas aún más áridas de la Ciencia, luchando contra las ocultas mentiras y buscando lejanos horizontes.

Aspiró profundamente y empezó a hablar, como si debiera aquel tributo a invisibles oyentes:

—Nosotros, los de las Universidades del Pacífico, formamos la Sociedad más libre que el hombre haya nunca conseguido, una Comunidad de lo que es mejor entre todas las razas humanas. Sin embargo... hasta nosotros estamos cegados por el antiguo espejismo del intelectual: que sólo necesitamos abrir la bolsa de la oportunidad, y los hombres podrán comprar la felicidad, avanzar hacia una vida más

amplía, como nosotros lo hemos hecho... Ninguna especie ha evolucionado por igual en todos sus componentes... dos tipos potenciales y mezclados —«homo domesticus, homo sapiens...» aquí en las Islas, por primera vez en la Historia, el «homo sapiens» ha encontrado un refugio del mundo hecho por y para el «homo domesticus...» cinco mil millones de desposeídos, libres para hartarse con diversiones simiescas y goces animales, —hasta que diez mil millones de desposeídos se amontonan para estallar en la violencia, el hambre y la miseria. ¡Y entonces las Islas habrán desaparecido!

—¿Es que no tenemos otra alternativa que diseminar nuestros genes en la hirviente masa o consumirnos en una torre de coral?

»¿Debemos convertirnos en esclavos remeros de una desagradecida carga, con nuestras espaldas a nuestro Destino, sin que el viento llene las velas de nuestros verdaderos hermanos, aún dispersos por todos los rincones del mundo? ¿Es que no podemos prestar mejores servicios al «homo domesticus», desde una distancia segura?

—Podemos alcanzar los planetas y colonizarlos. Podemos llegar a las estrellas y crear nuevos mundos, cada uno el principio de bienes en los que nunca hemos soñado. Pero yo, por lo menos, conozco el futuro de este mundo, si sacrificamos nuestra sagrada herencia. Nos devorará, como ha devorado todos los sueños, todas las visiones, en su insaciable hombre de alimentarse y reproducirse...

Pero ya la audiencia salía de la gran sala en ostensible repulsa de aquella apasionada objeción. El espejismo mesiánico atrae con más fuerza que la más gloriosa razón...

Era un anciano con largas vestiduras violeta y un rojizo gorro cuadrado, Canciller de las Universidades y Secretario de Astrología en el Gabinete del Gobierno Occidental. Contemplaba ahora la delegación de bronceados hombres y mujeres cuyos ricos sarongs parecían opacos entre las chillonas camisas y enjoyadas pistoleras que rodeaban al Hijo Favorito de California y Oregón, *Sheriff* del Río Grande, Almirante del Pacífico, el Elegido del pueblo. El Hijo Favorito regateaba con ansiedad, con voz casi patética. No era un mal tipo; conocía su oficio, y si la inmoralidad y el lucro vivían campantes en su administración, ¿de qué otro modo podía conseguir que los hombres hábiles se sintieran atraídos hacia la ingrata tarea de mantener unidos los fragmentos de la República?

—¿Y qué hay de esos Sovyuts, los Rojos? —inquirió el Hijo—. ¿Habéis estado allí?

El embajador describió con claras palabras la tierra donde vivían doscientos millones de «nómadas» empobrecidos, entre los Urales y el Lago Baikal; interminables guerras entre los Comisarios feudales, con treguas ocasionales para rechazar a los Reaccionarios Gangsters de Peiping, Delhi y Moscú; sombrías ciudades donde las guarniciones de brutales mercenarios Europeos estaban destinadas, la mayor parte del tiempo, a impedir la huida del populacho, antes que a

rechazar a sus enemigos; interminables y áridas llanuras que nunca fueron útiles para la agricultura, esforzándose para soportar la pesada carga, obligadas a producir cosechas que hacían que la siguiente fuese aún más escasa; insuficiente energía hidroeléctrica, energía eólica, trabajo manual —el combustible líquido sólo para los tanques que eran remolcados al campo de batalla por yuntas de caballos y hombres.

El Canciller se preguntó cínicamente si los embajadores habrían descrito a los asiáticos una igualmente exacta imagen de aquella, la más poderosa República de América; doscientos millones de votantes entre las montañas y el mar; los antiguos centros comerciales albergando ahora a la burocracia hereditaria en un remedo de lujo y confort; los suburbios extendiéndose de ciudad a ciudad; incontables e idénticas casitas, cada una en medio acre de huerto, que olía a estiércol, imperfectamente tratado; manadas de chiquillos, con las espaldas desnudas y calzones azules, de rostros estúpidos y viejos como tantos otros ratones, cultivando los huertos o vagando en inquietas pandillas; los padres trabajando la jornadas de seis horas impuesta por los Sindicatos, produciendo casas pre-fabricadas con las paredes de paja comprimida, textiles sintéticos, utensilios de plástico o cuatro horas de Servicio Voluntario en los campos; aullando en los enormes campos del deporte profesional o sudando en los cines baratos. La guerra con el Sudoeste fue causa de delirantes celebraciones; las bajas fueron inmensas, más por falta de higiene que por los ataques del enemigo, pero era un magnífico cambio, con la oportunidad de apoderarse del botín o de las mujeres del otro bando. Para las mujeres que quedaron en las ciudades, aquello significó un descanso a su interminable tarea de criar más hijos. Además, era necesario volver a unir la Nación para la guerra contra los Sovyuts, que aún podía llegar, aunque antes había sido olvidada por el Problema de la Población.

¡Esa era la causa de todo! Los muchachos tenían Derecho a gozar del matrimonio antes de alistarse y cuando se tienen quince años no es fácil contenerse. Y los nuevos Evangelistas habían hecho una religión de aquello... ¡El Amor es Dios!

Pensó en los niños Polinesios que crecían hasta alcanzar estatuaria belleza y límpida inteligencia, frente a los espacios abiertos y los grandes vientos; los jóvenes que regresaban para las vacaciones desde Waikiki o Auckland, a las refinadas moradas abiertas al mar y a las estrellas, a los bailes, canciones y música que llenaban las noches de las Islas. Sin embargo, ahora venían para ofrecer paz y abundancia a los que nada tenían, para quemar sus energías hasta el fin, lejos de las playas de sus amados mares y del sonido de las ancestrales palmeras.

Bien, aquella misma noche iría a visitarles en sus habitaciones, para contarles todo lo que sabía, ayudarles a ponerse al frente de las cosas. Abundancia para todos y para todo, hasta para el estudio y la aventura. La inteligencia en el poder por fin, sin límites para el futuro. ¡Espacio!...

El musculoso guardia latino, uno de un débil cordón tendido frente a la escalinata, observaba a la muchedumbre con un fatalismo de Europe. Estaba bien para los Tuans

allí arriba en el estrado; antes de que cualquier avalancha los alcanzase, podían huir por la puerta trasera. ¡Pero no habría escape para un pobre mercenario con una lanza de goma dorada y su pistola de dardos descargada, porque Ellos sentían tanta aprensión ante la idea de herir a nadie!

¡Ese enjambre de conejos rabiosos! Tan estúpidos como los enjambres allí en su propia tierra, tan igual de furiosos contra los Cerebros (el guardia sabía leer), pero mucho más peligrosos, porque hasta ahora no conocieron el hambre y no les había gustado su amargo sabor. ¡Ah, podían chillar cuanto quisieran! Pero esos mendigos tenían palos, piedras, botellas rotas, y probablemente lanzadardos, cargados. Los Estudiantes habían fabricado lanzadardos en sus laboratorios. (La Vieja Muchacha había dicho en una ocasión: ¿Estudiantes de qué? ¿De sus Grandes Almas?)

Un Estudiante resultó muerto al saquear la granja experimental de los Tuans la semana pasada —probablemente por uno de sus propios lanzadardos, porque también allí estaban los guardias desarmados. Habían paseado el cadáver por las calles de la pequeña ciudad universitaria (una población de un millón) y luego levantaron barricadas y lo paralizaron todo. Vetacasextrange, lo llamaban ellos, «Resistencia Activa»; el pasivo Gobierno era impotente para dominarlos. ¡Ah! La única forma de dominar aquello era una compañía de asalto, oficiales provistos de lanzadardos. ¡Que tuvieran unos cuantos mártires más, hasta que se acabaran los voluntarios para alcanzar aquel honor! Ya conocía la misma historia desde Europe, donde los Tuans no eran tan débiles. Pero los que estaban aquí prometían a los revoltosos un nuevo Plan Constructivo. Bien... los disturbios habían cesado. Pero se puede volver a levantar una barricada en una hora.

Ahora iban a anunciar el Plan. Más valdría que fuese algo bueno. Aquella muchedumbre estaba compuesta sólo de fanáticos Activistas; los simples simpatizantes tenían órdenes de quedarse en casa. Las pancartas que florecían entre la turba estaban llenas de truculentas citas del antiguo C'rán al Manifestoh, las viejas palabras del Profeta Atlante Marxus: La Ciencia es el opio del pueblo. —El Proletariado no admite la tregua (nadie sabía quién era ése), y también: Vete a casa, Poly extranjero. —Aquellas masas no querían ser persuadidas; querían afirmar los derechos de sus Grandes Almas.

Las metálicas caracolas de los Tuans dejaron oír su melancólico acento, se extendió un inquieto silencio y aquel rostro de azúcar, Reawe, empezó a hablar desde el estrado. Allí hacía falta la Vieja Muchacha, la esposa de Pepineh. Pero se decía que era biznieta de Toanga el Apóstata, que se había opuesto a la idea de enviar a los Misioneros de las Islas. Reawe empezó tratando de mostrarse jovial: «No se marchaba a casa porque estaba en su propia tierra, nacido y criado allí, en Mongolia».

Le recibieron con una cascada de silbidos y burlas: «¡Renegado!» «¡Rebañaplatos!»

La voz del orador se hizo serena: ¿Quién sino los Tuans habían hecho algo para remediar la escasez de alimentos? Ellos habían introducido el grano multifértil, el

grano perenne, el grano autofertilizante. El saquear las granjas experimentales no remediaba nada; el incidente de la semana pasada había arruinado importantes experimentos.

Los gritos hostiles eran menos y sin duda profesionales. Hasta aquella turba, borracha de triunfo, recordaba que el sentido común existía en alguna parte.

Reawe trató de aumentar aquella ventaja: ¡Ahora, los árboles! Un millón de acres de tierras costeras plantadas hasta el momento y ya disponían de destilerías que producían alimentos en grandes cantidades gracias a las talas rotativas. Se estaban perfeccionando milagrosos árboles productores de frutos y nueces que darían una inmensa cosecha anual, tres veces el peso del árbol durante su vida útil, suficiente para alimentar mil millones de personas, una comida deliciosa...

Por un momento la balanza pareció inclinarse hacia la aprobación del plan. La razón tenía fuerza suficiente hasta para aquella muchedumbre. Pero, sólo la Vieja Muchacha podía animarles, hacerles reír con sus crudas bromas, envolver sus razones con una frase picante, ofrecerles lo que conocían y amaban: pan, diversiones y reproducción. No aquel benevolente pedagogo con sus «talas rotativas».

Una mujer gruesa de rostro chato fue elevada encima de los hombros de los demás con sospechosa presteza y chilló: —¿Cuánto tardaremos en tener esas nueces?

Reawe vaciló un segundo... demasiado largo, y tuvo que admitir:

—Menos de quince años. Dentro de veinte...

Oh, la Vieja Muchacha habría hecho callar aquel molino de viento con un hiriente sarcasmo: «Menos de lo que te cueste adelgazar, ¡gorda!» —y la turba se habría derretido como nieve de primavera. Pero Reawe se hundía aún más hondo, la multitud gritaba con más fuerza...

(El, el guardia, sirvió de camarero muchas veces en las reuniones oficiales. Siempre trató de servir a la Vieja Muchacha, para escuchar lo que decía. ¡Valía la pena!) ¿Tienen miedo que no podamos alimentar a doce mil millones? ¡Lo que hace que mi estómago se revuelva es que seamos capaces de hacerlo! Desde luego, esa falsa Jerarquía nativa puede continuar por una generación perfeccionando nuestro trabajo. Después de nosotros, la plaga de langosta —o quizá después de nuestros nietos—, ¿qué importa?

El clamor de la multitud consiguió por fin hacer callar a Reawe. Se calmó por un instante, mientras la Gorda chillaba de nuevo:

—Ah, cállate la boca. No vamos a alimentar a los chicos con esas nueces que nos prometes para dentro de veinte años.

El mar de rostros se abrió automáticamente en aullidos de aprobación. ¡La diversión empezaba de nuevo y al infierno con la razón! Siempre, cuando uno se imaginaba a los Activistas, sus bocas estaban abiertas, aullando frases hechas, aullando sus exigencias, aullando insultos... o simplemente aullando.

Un desgarbado joven con el uniforme de los Estudiantes se puso delante de la muchedumbre, agitando una pancarta de madera (que podía servir, convenientemente,

de hacha de combate) y gritó:

—¡La tierra de los blancos para los hombres blancos!

La turba respondió con humano discernimiento: ¡Waaaaaah! ¡No más Polys!
¡Abajo los explotadores! ¡No más hambres! —¡Waaaaaaaaaaaaah!

—¡Nuestra propia Jerarquía, escogida por el Pueblo! ¡Viva Fefelu!

—¡Waaaaaah... Wooooooooaaaaah!

Una estridente voz coronó el rugido:

—¡Vamos!

Un angustioso instante de silencio planeó sobre todo como el borde de una inundación al coronar la represa; luego el torrente saltó con un unánime gruñido y el rumor de diez mil sandalias, mientras los agitadores colocados en sitios estratégicos empujaban ala multitud hacia delante.

El guardia sólo tuvo tiempo para gritar: «¡La tierra de los blancos para los blancos!». (Algo apropiado: él era el único hombre realmente blanco que estaba presente.) Agitó su falsa pica al estilo revolucionario y echó a correr por la escalinata arriba. Sabía dónde la Vieja Muchacha guardaba sus pájaros domesticados; tendrían un sabor exquisito...

—Ya puede ver —dijo Jarel— que la espiral se hacía cada vez más estrecha. No necesitaron ni cien años desde la llegada de los Misioneros, para sumergir todo lo que habían traído en una nueva ola de población. El pueblo sabía ahora cuáles eran sus Derechos y que siempre tendrían un benigno protector; y los inteligentes estaban ya completamente domados. Entonces vino una pequeña Edad Media que su Historia no menciona, sólo un bache, y las cosas pasaron a otro ciclo que no fue más que una degenerada caricatura de la Edad Polinésica, mientras la Ciencia no era otra cosa que una febril busca de alimentos, el Gobierno una sudorosa lucha para distribuirlo, la vida acomodándose por fin a nuestras amadas Grandes Realidades...

Capítulo 14

TRAIDORA A SU SEXO

Pahad y Elisi se acercaron a la puerta como dos conspiradores, con una emoción mezclada; en el caso de él, con una leve sensación de culpa —no por lo que hacían, sino por usar a Elisi como herramienta. Trató de convencerse que, aun sin otro motivo ulterior, los dos habrían emprendido aquella excursión.

Casi sin darse cuenta, llegaron a una puerta terminal que se abría hacia una caverna y entraron con precaución. La inconfundible luz del día brillaba detrás de unas lejanas rocas; pero la vaga esperanza de Paliad de encontrar una salida quedó aplastada: entre él y aquellas rocas centelleaban doscientos metros de verdosas y profundas aguas. Pahad identificó el olor, ahora, como el mismo que le había recibido en las costas de Florida, el primeval olor del océano que lleva la nostalgia del hogar ancestral al corazón del hombre más civilizado. Elisi miraba con los ojos brillantes a las pequeñas y saltarinas olas y a los reflejos que lanzaban contra las paredes. Luego se acercó a la orilla rocosa, se quitó una sandalia y metió el pie en el agua.

—¡Oh! —exclamó—, ¡está caliente!

En realidad, el aire no era más frío que en una mañana de mayo. Manantiales termales sin duda.

Desde la boca del túnel, una estrecha playa rocosa corría a la izquierda hasta un giboso promontorio. Pahad se dirigió hacia allí, para ver si conducía a la salida de la caverna, pero pronto descubrió que detrás del promontorio las paredes de la caverna caían verticales en las aguas profundas. Era mi callejón sin salida.

Cuando regresó al túnel, encontró a Elisi revolviendo la espumeante agua con sus blancos pies.

—¡Cuidado! —advirtió él—. La orilla probablemente se hunde a unos cuantos pasos.

—No hay peligro —contestó ella, con orgullo—. Ya sé nadar. —Luego añadió, inspirada: —Hay otra punta, en el lado opuesto. ¡Vamos hasta allí, nadando! Nunca he nadado en el mar libre y sólo he visto el océano un par de veces. Pero... ¿sabe usted nadar, Pahad tuan?

—Sí —dijo él, molesto por su idea de que probablemente no sabría—. Sé nadar.

Sólo que no podía pensar en ello cómo una cosa que podía usarse para un fin práctico.

Ella se quitó la blusa y empezó a aflojar el cinturón de sus pantalones cortos. Hizo una pausa y le miró medio maliciosa, medio pensativa.

—¿Supongo que las muchachas no se desvisten en público, allí donde usted ha vivido, verdad?

Aquello eran dos humillaciones en treinta segundos. Sintió una furia irracional hacia la abominable educación que hacía las acciones de la muchacha tan francas y

provocativas; y luego aplastó su rabia y su orgullo.

—No —dijo con indiferencia—, no lo hacen, desde luego. Pero aquí no tiene importancia.

Con exquisito tacto, ella dejó la blusa donde estaba y volvió a apretar el cinturón de sus pantaloncitos. Pahad se quitó sólo la camisa y trató de abreviar aquel momento, diciendo: «¡Adelante!» y tirándose al agua de cabeza, con un limpio salto.

Los dos nadaron llenos de vigor y alegría, todo lo demás olvidado en el limpio esfuerzo y vívida competencia. Ella era un buen contrincante y llegaron a la otra orilla de la caverna casi juntos, subieron por las rocas y se sentaron a recobrar el aliento.

Las esperanzas de Pahad quedaron definitivamente disipadas. El áspero triángulo de la entrada se abría a otros doscientos metros más allá y pudo ver el cielo y el hielo. La corriente templada de la caverna mantenía un limpio lago en el exterior, del que se elevaban nubecillas de vapor en el frío aire polar, pero más allá todo eran quebradas masas de hielo hasta el horizonte.

Se podía salir de allí nadando; pero sin doscientas libras de equipo, no se podía sobrevivir por más de dos horas lejos del pequeño oasis de calor... Quizá, reflexionó, podrían sacar su equipo en una balsa, él y Andu; les ahorraría una larga caminata en los rigores del Antártico. ¿O quizá no? Aquel lugar sólo debía estar a unos diez kilómetros de las cavernas centrales, mientras que, según Andu, la Colonia de la Raza se encontraba a más de 125. Probablemente encontrarían una ruta más larga, y quizá peor, hacia la costa, si salían por aquella caverna.

Ni siquiera sabía la orientación de la caverna. La luz del Sol caía en ángulo sobre las rocas, pero había perdido la cuenta del tiempo, de modo que no sabía en qué fecha se encontraba, ni siquiera con aproximación la hora solar; y las peculiaridades de la astronomía antártica, con sus días que duraban meses, aún le confundían más. Bien, quizá más tarde podría utilizar su descubrimiento... Dio media vuelta, mientras Elisi seguía contemplando maravillas que eran invisibles para él.

Su pie se apoyó en algo delicado y seco. Lo miró, inclinándose y lo tocó con los dedos. ¡Huesos de pescado! Un gran montón, cientos de pequeños esqueletos, llenando un pliegue de la roca... Los peces no suben por las rocas para morir en bandadas; y aquella cantidad no era posible que hubiesen quedado atrapados a la vez por las mareas. Algo los había devorado y aunque cualquier ser capaz de comer un pescado y dejar las espinas intactas, no podía ser muy peligroso, Pahad comprendió de repente que se encontraba en un mundo tan poco familiar como los arenales de Marte.

—Elisi —dijo secamente— más vale que regresemos.

Ella se acercó con presteza, andando de puntillas sobre la quebrada roca, pero le lanzó una curiosa mirada.

El no deseaba hablarle de su súbita inquietud hasta que estuvieran felizmente de regreso en el túnel. Pero un casi olvidado instinto le hizo mirar a las aguas antes de

lanzarse... ¿Sería su excitada imaginación o es que *algo* se movía allí abajo?... ¿Algo ascendía entre confusas sombras?...

¡Era cierto!

Nunca vio animales de más de cuatro pulgadas de largó: Pero esta cosa tenía las dimensiones de cuatro hombres. Salió a la superficie una alargada y negra joroba, lanzando una nube de vapor con un ronce rugido que despertó amenazadores ecos en la caverna. Pudo ver, aún sumergida, la enorme hendidura de la boca, con sus blancos colmillos y un pequeño y maligno ojo cerca de una de las esquinas. El ojo captó la presencia de los humanos y los examinó con fría deliberación.

Pahad cogió, sin darse cuenta de ello, el suave y húmedo brazo de Elisi y la arrastró un paso atrás, lo cual fue afortunado.

Con un súbito impulso de su cola, la cosa giró sobre sí misma y se lanzó contra la roca. La velocidad que alcanzó, en los veinte metros que los separaban, fue algo horrible y la hizo llegar hasta la misma pendiente donde estaban un momento antes. Pahad pudo haberse inclinado y tocar los poderosos colmillos que flanqueaban la boca de labios viscosos. El grito de Elisi fue uno de saludable terror, no del tipo que quiere decir *mira-que-femenina-soy*. Luego la bestia reculó y volvió a dejarse caer en las profundidades, Pero era obvio que no pensaba marcharse.

Aunque no sabía nada de animales, Pahad instintivamente comprendió que aquella baja y asesina forma de vida poseería una paciencia imposible para otras especies más inteligentes e inquietas. Podía esperarles en el fondo durante días enteros. Y ellos estaban prácticamente desnudos, sin ni siquiera agua dulce para calmar la sed. La única esperanza, aunque no muy brillante, era que sus huéspedes y carceleros le echaran en falta y los encontraran a tiempo para rescatarlos.

La vitalidad normal de Elisi no pareció disminuida por el miedo sufrido. El la llevó hasta el rincón más abrigado de la roca, lejos del agua y la protegió del frío soplo de la entrada, obligándola a sentarse. Ella se apretó contra él, delicada, con su piel húmeda y tibia; él le apretó los hombros con un brazo. Después de unos minutos, ella dejó de temblar y murmuró:

—¿Cree que papá tardará en encontrarnos?

Cuando despertó de nuevo, fue con un sobresalto. Él y Elisi se pusieron en pie de un salto, casi al mismo tiempo. Las aguas de la caverna eran agitadas por una fuerza invisible, pero todo lo que pudieron ver entre las sombras de las profundidades era una negra masa en rápidos giros que sacudía las aguas violentamente, lanzando secos y violentos aullidos. Las salpicaduras de las aguas los hicieron estremecer. Luego, la negra masa se deshizo en dos partes, mientras ascendía a la superficie; en un instante, el fragmento mayor apareció a su vista, el monstruo, panza arriba y revelando profundas heridas.

Una sombra más pequeña ascendió entre dos aguas al lado de la roca y empezó a trepar. Pahad miró desesperado a su alrededor tratando de encontrar un arma con la que defenderse; la cosa tenía el tamaño de un hombre y si había vencido al enemigo,

sería lo bastante formidable para poder añadir algunos huesos humanos a su colección de espinas de pescado. La cosa sujetaba en una de sus aletas delanteras un tosco y ancho cuchillo.

Luego, con dudoso alivio, Pahad reconoció al animal como similar al extraño rostro que había contemplado a través del estupor del narcótico cuando llegó a Toangahela. Ahora permanecía con su extremidad inferior aún en el agua, apoyado en sus aparentes codos y envuelto en una especie de vestidura muy ancha, de color negro reluciente. El animal hundía la barbilla en un pliegue de su vestidura, que le envolvía el cuello como una negra gola. Sonrió entre sus fuertes colmillos, con una expresión alegre y ladró:

—¡Ho!

Lo único que Pahad podía hacer era contestarle:

—¡Ho!

Sin que Pahad pudiera creer a sus oídos, la cosa dijo:

—¿H'rido? ¿Tú h'rido?

Su voz era gutural y surgía del fondo de su garganta, casi sin mover sus vellosos labios, pero de un modo comprensible. —No, no estamos heridos— dijo Pahad.

Elisi miraba al animal con los labios entreabiertos.

—¡Ho, ho, bueno! Yo Hauk. Hauk m'ta Horca. ¡Ho-ho Hauk! ¡Hoya Hauk!

Luego, cuando otras cabezas surgieron a su alrededor, hizo un gesto de orgullo:

—Mis m'chachos, Hauik, Ahuk, Hoo-hoo... T'mbién m'ta Horca.

—¡Gracias! —dijo Pahad con calor—. Nos habéis salvado la vida.

—¡Ho, ho, bueno! Hauk s'empre m'ta Horca... ¿Tú v'enes, uh?

La sugerencia era acertada. Allí podían acecharles otros peligros desconocidos, contra los que no podría protegerles aquel ser, ahora tan orgulloso de su hazaña. Pahad tendió la mano y Elisi entró en el agua a su lado y los dos juntos empezaron a nadar hacia la otra orilla y el túnel. Ni siquiera la juvenil gracia de Elisi podía competir con la de la escolta, que cruzaban el agua como delfines en una pequeña demostración de triunfo, como si la compañía de los humanos los llenase de satisfacción. Las criaturas se sentaron expectantes, las barbillas hundidas en el pliegue del cuello, mientras él y Elisi se secaban y volvían a vestirse. Era obvio que esperaban algo más que unas sencillas palabras de gracias y de separación, de modo que cuando terminaron, Pahad miró a Hauk.

Hauk dijo alegremente:

—¿Tú hambre? ¿Tú qu're pez-con-fuego?

No era posible rechazar una invitación semejante, aunque Pahad sentía ciertas dudas sobre aquel plato del «pez-con-fuego», especialmente cuando vio que los componentes del grupo se echaban al hombro largas tiras de grasa y piel arrancadas del cuerpo del monstruo. A pesar de todo, él y Elisi siguieron a sus huéspedes, mientras éstos saltaban en triunfo a lo largo del túnel, con una velocidad que obligó a los humanos a apretar el paso. Luego se adentraron en uno de los misteriosos

corredores laterales y allí los «muchachos» de Hauk se separaron del grupo para entrar en distintas cavernas, en las que se veía el resplandor de las hogueras y se escuchaba el sonido de roncas voces. Al final del corredor estaba la cueva particular de Hauk.

La hora que siguió tuvo el encanto de un peligroso y fantástico viaje, disfrutado en seguridad entre las páginas de un libro. Sólo las rojizas llamas iluminaban la escena, haciendo brillar los sedosos cuerpos de los animales. (Pahad ya había observado ahora que las «vestiduras» eran en realidad una fuerte piel cubierta de finísimo pelo.) Las extremidades delanteras tenían la forma de aletas, pero muy flexibles en su punta, como una mano dentro de un grueso guante y provistas de un pulgar. Podían sujetar con facilidad cualquier objeto simple, como el cuchillo de Hauk y la sartén en la que su compañera preparó el pescado. Aparte de aquellos utensilios básicos, el fuego no revelaba nada en la caverna, excepto montones de algas marinas secas que servían al mismo tiempo de almohadones y combustible. El pescado era muy bueno, aunque sin sal.

Las criaturas parecían mucho más fluentes en sus conversaciones entre ellas, que con los humanos, aunque el neo-Polinesio fuese un idioma lleno de vocales. Al otro lado de la entrada de la cueva se escuchaban continuos murmullos y gruñidos, que Hauk aparentaba no escuchar y de vez en cuando alguna cabeza se asomaba, llevada por una curiosidad irresistible. Dos cachorrillos trajeron combustible para el fuego y dieron varias vueltas alrededor de los humanos, hasta que, al final, el mayor se metió entre Pahad y Elisi y se sentó tranquilamente, muy orgulloso de su propio atrevimiento, mientras Elisi lo acariciaba.

Pahad, sintiendo sueño de nuevo, gracias a la comida y al desacostumbrado ejercicio; contemplaba las rojas ascuas, tratando de capturar la belleza y fantasía que temblaba a su alrededor como un nuevo color más allá del espectro visible.

De repente, todas las cabezas se volvieron hacia la entrada y la suya, de un modo automático, con las demás. Una oscura sombra, inclinándose para pasar por la entrada de la cueva, se resolvió en la figura de un hombre, uno de los más grandes que Pahad había visto, más aún que Andu, revelando, mientras se acercaba a la hoguera, un ancho rostro, nariz aplastada, cerrada y negra barba y brillantes ojos encima de unas sonrosadas mejillas. Pronunció unas cuantas palabras en el ronco lenguaje de aquellas criaturas y se puso en cuclillas al lado de Pahad, murmurando rápidamente.

—¿Alguna novedad?

Pahad hizo un breve relato de lo ocurrido, tan franco como era necesario.

—¡Una Orca! Debe ser una de las últimas. Desde que hemos desarrollado y armado a los Lithuas, han estado exterminando sin cesar a esos ogros... y la Tierra no pierde nada con ello. Hauk se siente muy satisfecho de su hazaña, al salvar la vida de dos humanos y compartiendo su comida con ellos.

—¿Es algo que no debimos aceptar?

—Oh, no hay ningún mal en eso. Sólo que, en general los dejamos para que sigan evolucionando a su manera. Yo me encuentro aquí porque soy su Guardián: Holvor tuanta Svan-tua. Usted debe ser ese joven que llegó de Kilimanjaro hace poco. A Elisi ya la conozco. Pero ya es hora de marcharnos Los Lithuas ya han tenido bastantes emociones.

Se levantó, tosió unas cuantas palabras y les condujo hacia el corredor principal.

A poca distancia estaban las habitaciones de Holvor y éste sugirió telefonar a la ciudad dando cuenta de que Elisi y Pahad se encontraban sin novedad, antes de que fueran causa de alarma y ansiedad. Como Pahad ya no tenía ninguna esperanza de ocultar su escapada, y estaba deseoso de aprender algo más sobre los Lithuas, aceptó rápidamente. Elisi parecía saber tantas cosas sobre los Lithuas que Pahad sospechó que no se había lanzado a aquella aventura tan inocentemente como él creía; pero por aquella misma razón la encontraba más interesante. Y en cuanto a Holvor, una vez dio su informe a la Ciudad, se mostró dispuesto a satisfacer su curiosidad.

Mientras recorrían un laboratorio, que era casi un museo Lithua, con ejemplares llenos de raro interés, desde sus toscas herramientas hasta una mesa de delicados instrumentos para la manipulación de los cromosomas, el Guardián les habló:

—Cuando llegamos a la Antártida, encontramos a unos pocos antepasados de estos animales vagando por las costas; casi habían sido exterminados por las Orcas y los cazadores Atlantes. Nos fascinó descubrir animales de este tamaño que aún desafiaban al hambre de la Raza y domesticamos unos cuantos. Un joven biólogo, Imiukat, se dedicó a su estudio y protección; creía que poseían una forma de lenguaje en el nivel emocional y se decidió a emprender lo que ningún hombre había intentado: el desarrollo de una inteligencia no humana.

—Tenía entendido que el hombre primitivo domesticó y desarrolló muchas especies —dijo Pahad.

—No en busca de una inteligencia realmente independiente, tuan... Para la caza, como guardianes, juguetes y compañeros emocionales, sí. Pero nunca tratando de conseguir una inteligencia para-humana. De este modo... perseguimos a las Orcas, el enemigo hereditario de los Lithuas, e Imiukat vivió para ver el progreso de treinta generaciones, desarrollando sus órganos vocales y su cerebro. Consiguió darles un cincuenta por ciento más de córtex.

Hizo pasar unas fotografías en colores en una pantalla, las cabezas y cerebros de los Lithuas.

—Sus sucesores trabajaron para darles el pulgar prensil y les enseñaron a usar el fuego y sencillas herramientas.

—¿Pero, cómo pueden hacer que evolucionen más allá de su presente nivel?

Holvor apoyó la barba contra el pecho hasta que se pareció a uno de sus pupilos de un modo absurdo.

—Durante trescientos años han evolucionado por si mismos. No tratamos de convertirles en caricaturas de hombres. Sólo les damos protección, observamos y

aprendemos. ¿Bastante interesante, no?

Elsi, que estuvo silenciosa desde la llegada de Holvor, le interrumpió ahora con los ojos brillantes.

—Tuanta... ¿podría... habría alguna esperanza de que yo pudiera trabajar con ellos?

Holvor la miró, pasando la mano por su espesa barba.

—Es un poco prematuro el decirlo. Pero no hay ninguna razón para que no puedas hacerlo, si reúnes las condiciones necesarias. Me sentí sorprendido al ver a aquel cachorrillo sentado a tu lado. Si puedes ganarte su confianza de ese modo, tienes mucho camino recorrido.

—¡Ohhh! —Ella se ruborizó de placer—. Me gustaría mucho. Observar su vida, contemplar el mundo con sus ojos. Me llenaría de contento. ¡Y pensé en lo maravilloso que sería, poder mostrarlos a mis hijos! ¡Oh!, Holvor tuanta, trabajaré todo lo que sea necesario para pasar el examen. ¿Podría venir aquí, alguna vez, para verles y hablar con usted? Holvor asintió gravemente.

—Podemos arreglarlo.

El eterno problema de Pahad se presentó de nuevo:

—Pero ¿cómo es posible que puedan dedicar tiempo y energía para ese proyecto, cuando deberían concentrar todas sus fuerzas en la lucha contra... el exterior?

Holvor le lanzó una rápida e irónica mirada:

—A veces sólo se puede ahorrar, gastando mucho. Al mirar a través de los ojos de otra raza nos hace comprender muchas cosas que pueden ser de gran importancia crucial para nuestra lucha.

—¿Por ejemplo?

—Es una cosa real y cierta; pero difícil de explicar con palabras a menos que fuese un poeta. Pero... bien, ellos viven en un mundo de alturas inmensas y grandes profundidades que los mejores pilotos conocen sólo con sus cerebros; están en contacto con las antiquísimas formas de vida que han sido perseguidas del resto de la Tierra: peces y pulpos, crustáceos y el plankton que se mueve como negras nubes de tormenta en las verdosas alturas. Están unidos a los océanos del globo por todas las corrientes marinas, con sus distintos sabores y temperaturas. Saben de una unidad en todas las cosas, como la unidad de una exquisita música. Y ahora, a su verdoso mundo, han añadido el rojo del fuego en las cavernas, el hogar y el lenguaje.

Pahad reflexionó ante aquellas palabras. Luego dijo:

—Usted es un poeta, tuanta. Pero aún no puedo ver el uso práctico de esas cosas, en una crisis.

—Tuan, hemos fracasado en la conquista de Marte. No fuimos contruidos para eso. Los Lithuas... quizás podrán hacerlo. El frío no significa nada para ellos. Están adaptados a una tensión de oxígeno muy baja... pueden pasar sin respirar durante largos períodos. Si pudieran aprender a substituir las profundidades del océano por las profundidades del espacio... ¿lo comprende? Si contásemos con otras especies

tropicales, podríamos hacer lo mismo con Venus. Pero sólo Marte multiplicará los recursos de que ahora disponemos.

Pahad no mencionó la cuestión de que el tiempo de los rebeldes se acababa rápidamente, y continuó, fascinado por aquella teoría:

—Pero ¿eso no sería ceder nuestro futuro a otra raza, a mentes no humanas? Ellos no son nuestros hijos.

—Tuan, ¿quién es el heredero de Imiukat? ¿Su bisnieto que ahora es un ingeniero en los túneles, o yo que continúo sus ideas y proyectos? Es la idea lo que importa, no el protoplasma. En cualquier caso, siempre seríamos los jefes de la Confederación; somos nosotros quienes les hemos concedido el don del habla y abierto los gloriosos horizontes del fracaso y del triunfo ante ellos, y otros horizontes detrás de éstos. ¡Oh, tuan, si tuviéramos todas las razas perdidas para trabajar con ellas, en vez de esta sola!

Elisi intervino en la conversación.

—¿Cómo puede saber tantas cosas de ellos? Sólo hablan muy poco nuestro lenguaje.

—¡Ah!, pero, muchacha, yo puedo hablar todos suyos. ¿Y ves eso? —hizo un gesto indicando un objeto colgado que Pahad creyó se trataba de una piel de Lithua. Con esta escafandra puedo sumergirme con ellos, tenderme en el hielo y pasar las horas en su compañía, hasta que a veces olvidan que no he nacido Lithua. Por eso estoy tan gordo. Y conozco todas sus mañas tan bien como cualquiera de sus machos adultos.

Elisi suspiró.

—Yo nunca podré hacer eso.

—No, pero ellos necesitan alguien que les anime a tener nuevas ideas. Y creo que tú podrías hacerlo sin interferir en sus vidas; posees el delicado don que trae a la superficie lo que antes existía sólo en el interior. ¡Creo que tú serás quien lo haga! Algún día volverás para trabajar a mi lado. Pero ya os he retenido demasiado tiempo y os estarán esperando...

Capítulo 15

DEL PRINCIPIO...

—Sólo unas pocas historias más —dijo Jarel—. El ciclo se eleva en espiral hacia su centro donde quedará agarrotado, sin poder continuar. La evolución de las especies se fija a sí misma sin posibilidad de escape. La misma creciente presión de las malas hierbas, la misma estupidez intelectual que protege a las cizañas, arrastrando hacia abajo al alto trigo. Pronto aparecerán las Ciudades, amigo mío. Veamos cómo los hombres luchan valientemente para llegar a ser Libres.

Era una muchacha oculta detrás de una columna, sujetando un lanzadardos, una pequeña pistola que disparaba diminutas flechas emponzoñadas con un mortal alcaloide. Su mente se debatía entre el natural horror a la violencia y la ciega exaltación de que aquello era la Acción. Se sentía orgullosa de su carnet de Fusilero en una Brigada Activista, firmado por el mismo Jefe; pero la idea de los cadáveres, aunque fuesen de Policías, la hacía estremecer. Sin embargo, el Comité había decretado que el Terror Total era Misericordia Total. ¡Debemos obedecer al Comité!

Cualquiera de las incontables personas que cruzaban la calle podía ser un Compañero de la Brigada, designado para formar parte del ataque que debía apoderarse del edificio de la Colonia Marte. Ante aquella idea, la muchacha sintió que algo noble y luminoso llenaba su pecho. En su casa, las raciones siempre fueron suficientes; su suave padre, profesor de una Escuela, trataba siempre de disculpar hasta a los nervios de su nerviosa madre, siempre agitada, preocupada con colectas y conferencias, y aquello no daba mucho Interés a la Vida. ¡Luego aquellos Estupendos Amigos le habían abierto los ojos! Como su amiga Ada que dibujaba magníficos carteles de propaganda, representando a los Gordos Científicos y emocionantes retratos del Pueblo Hambriento. Ella misma ya había desafiado a la ley, repartiendo cigarrillos de afrodisíaco por las esquinas, con panfletos que decían: «Si no os dejan caseros dentro de la ley, muchachos, decidles que lo haréis sin ella». «Alimentamos a quince mil millones, ¿por qué no a veinticinco?» Bien, ahora estaba dispuesta a todo. ¡La mano firme! ¡Ada la llamaba una de nuestros Bravos! El Enemigo se hundiría frente a las Brigadas.

¡Entonces! Liberarían todos los secretos que los Científicos se reservaban para ellos —nada de ese plankton marino y el Engaño Interplanetario— para descubrir la Verdadera Ciencia de manera que

cualquier campesino pudiera resolver todos los problemas. ¡Abajo aquellas gentes patéticas y de aspecto noble! ¡No más Leyes Azules sobre los afrodisíacos y el Amor Libre, ugh! Todo el mundo podría disfrutar del Drama Moderno sobre el triunfo de la Revolución, y ella misma podría escribir cosas maravillosas para dar a conocer a las Masas la Buena Música... ¡Que ese nuevo Presidente Farcia —el viejo Farsa, le llamaban ellos, con ingenio— trate de impedirlo!

Un agudo silbido perforó su beatífico ensueño. Siluetas, treinta o más, convergían hacia la entrada de la Colonia Marte. Su flaco pecho se elevó, agitado: ¡Adelante, adelante, las Patrullas Verdes! ¡Yo estoy aquí, para proteger la retirada! Dos de los atacantes cayeron al suelo, se retorcieron un instante y quedaron inmóviles; el resto penetró en el interior. ¡Adelante, adelante, que lo paguen caro! ¡Enseñadles a no ametrallarnos por la espalda! Ella miró con desprecio a unos cuantos paisanos que corrían buscando refugio. ¡Cobardes!

Un hombre que corría se detuvo delante de ella, sólo un joven alto, de tez bronceada, que parecía preocupado —no la brutal mandíbula, los pequeños ojos y los enormes puños que identificaban a los Policías en los Folletos Revolucionarios—. Mientras la mano del joven se dirigía vacilante hacia la pistolera, ella le derribó de un certero tiro. ¡Adelante, las Patrullas Verdes! ¡Nunca volverás a racionar los Nacimientos! Por un instante las náuseas la invadieron mientras el hombre se retorció en el suelo en la agonía del veneno; parecía inocente y desamparado allí tendido. Luego su conciencia civilizada quedó ahogada por la intoxicación de la violencia. ¡Además, no era más que un Poly, esos arrogantes brutos!

Una voz silbó a sus espaldas:

—Buen trabajo, hermana. Para ser una chica, tienes mucho nervio.

La vista del que hablaba convirtió el temor en alivio en el pecho de la muchacha; no era el clásico y hambriento Revolucionario de los carteles; pero se estaba colocando un brazal verde, y su poderosa y decidida mandíbula, ojos como agujas de acero y potentes puños eran algo agradable de tener en su compañía. El hombre dijo:

—Más vale que estés preparada, en caso de que venga otro para ver qué le ocurrió a ese Poly. Yo te guardo las espaldas, por si fallas el tiro.

Ella pareció crecer diez toesas y su rostro se convirtió en uno de aquellos Héroes del Pueblo en los Carteles: orgulloso, sin miedo, compasivo, visionario. ¡Adelante las Patrullas Verdes!

De algún modo, el tiempo y el lugar parecieron cambiar muy poco, unas horas, unas calles.

Era un hombre esbelto y joven de moreno rostro, pero infinitamente más cansado de lo que debiera sentirse ningún joven, caído en una ornada silla detrás de un vasto y pulido escritorio.

Delante de él se sentaba un individuo elefantino que le apuntaba con un mortal lanzadardos, mientras decía:

—Tengo que matarte, Farcia. Es lo peor que podía sucederme. Por eso, quiero que sepas el porqué.

—No me importa que te hayas vuelto contra mí, Belugo. Pero has traicionado a la revolución.

—Esa es la razón. Yo no lo he hecho, tú sí. Confié en ti para que nos sacaras del atolladero. Pudiste hacerlo; tienes esa clase de cerebro privilegiado. Guíanos, dije; crea alguna visión que encienda nuestros ánimos, algo que hasta los que viven en los Bloques Comunes pueden seguir y comprender; hacer que abandonen sus pequeños y míseros privilegios para conseguir un gran futuro —algo por lo que ser libres, o libres de todo—. Pero en cambio, has hecho un meticuloso censo de lo que ellos piensan que quieren; has sido un tímido papá que corre a traerles nuevos juguetes cada vez que lloran y gritan. Has abolido las últimas reglas morales y puesto en su lugar tímidas súplicas a su buen sentido. Y ahora la turba se ha vuelto contra ti.

—¿Y tú —la réplica era amarga con el sabor de la muerte—, tú puedes darles esa encendida visión?

El enorme y sardónico rostro se hizo más oscuro.

Yo sólo puedo dirigir este autobús sin frenos hasta el fondo de la pendiente sin que todo se destrozé. Ni siquiera tú puedes detenerlo ahora y acabarías por estrellarlo dentro de un año, diciendo «niños malos», cuando deberías usar un puño de hierro. Yo, aún podré salvar algo, arreglar las cosas para que no volquemos antes de llegar al llano. Nadie puede hacer más.

Un cansado orgullo hizo que el condenado se irguiera. —Yo tengo fe en los hombres.

—Sí, en los hombres. Pero los que son como tú, los han convertido en una especie de insectos. En todas las crisis, no habéis sido otra cosa que una tía cariñosa, llenos de teorías, pero nunca un arrojado capitán gritando por más voluntarios. Luego, los que son como yo tenemos que hacernos cargo de las cosas: terror, y purgas y

mentiras para contenerles. Esta vez es la última. La próxima generación será ya tan numerosa que nada podría cambiarla, excepto el Diluvio de Noé, y ya no queda nada de nada, excepto lo indispensable para que puedan seguir comiendo por toda la eternidad. Eso es lo que has hecho y éste es tu castigo; si yo no te mato, te lavarán el cerebro públicamente. Yo debo terminar el trabajo y éste es mi castigo. Te quería, Farcia, más que a ningún otro. Si nos hubieras conducido a través de las montañas, te habría seguido hasta morir de cansancio. Pero ahora...

El masivo rostro y la mano que sujetaba el lanzadardos se contrajeron...

Pahad volvió a su mundo, estremecido por aquel *crescendo* de humana tragedia, al apagarse la última y más brillante llama de humanidad en el faro lleno de barro que trataba de encender. Podía prever lo que seguiría, ahora, y le fascinaba con el hipnotismo del ciego Destino... la próxima generación... alimentarlos para toda la eternidad. Las Ciudades, siempre crecientes, extendiéndose hacia la rigidez final, siempre eliminando a los espíritus disconformes, eliminando a Pahad Konor; la Jerarquía, cada vez más obsequiosa, más débil, marchando hacia su extinción; la mente tentacular de la Comunidad flotando por toda la eternidad en el vacío, sin estímulo.

Una luz brilló: ¿El Diluvio de Noé? ¿La inundación? ¿Una última esperanza? La llama tembló increíble, bella como el cielo de primavera...

¡Cuidado, muchacho! Eso es lo que ellos quieren que pienses. No caigas en la trampa. Mira la situación bajo la fría luz de lo que tú *sabes* que es cierto. Recuerda tu irrevocable decisión.

Capítulo 16

TU DIOS ES MI DIABLO

Elisi, sentada frente a él en la mesa del elegante restaurante, mostraba sus conocimientos de joven biólogo y lo atacaba con temas en los que él casi no podía mantenerse a un paso delante de ella. Aquello, junto con la más severa *toilette* permitida por su madre, la hacían parecer casi tan madura como una mujer Libre de doce años, aunque la comparación igual podía establecerse entre un ave del paraíso y un conejillo de Indias. Debajo de su seria expresión la muchacha bullía de alegría, y aún más profunda, su alma aparecía límpida y clara como un amanecer de mayo. Pahad podía disfrutar contemplando a las tres Elisis en perspectiva.

De repente la muchacha abandonó varios años de edad como si se sacudiera unos zapatos demasiado grandes. Murmuró excitada:

—¡Ooooh! Cuando pueda, mire a sus espaldas y un poco a la izquierda. ¡Ooooh! ¿No le parecen muy guapos?

Dichoso al poder ver algo a través del entusiasmo de ella, Pahad miró a su alrededor como si buscara uno de los carritos de control remoto que servían de camareros. La causa de la admiración de Elisi era inconfundible; unas cuantas mesas más allá se sentaba una espléndida pareja. Los dos parecían ser de pura sangre Polinesia. El hombre podía haber pasado por un semidiós de las Islas, de delicadas y varoniles facciones con altos pómulos y generosos labios; sus gestos tenían un fácil y consciente orgullo que hacía parecer sencilla y severa su rica y magnífica toga. La muchacha...

La muchacha formaba una pareja perfecta para él. Probablemente era muy hermosa, aunque no del modo que Ruara apreciaba la belleza; pero la alegría, el entusiasmo y el puro goce de vivir se sucedían en sus ojos, y su expresión y la delicada vivacidad de sus gestos y elegantes maneras eran un banquete para los ojos de cualquiera. Se mostraba llena de limpia vitalidad y sólo la más leve sombra de ensueño cambiaba su personalidad, como el viento cambia la sencilla forma de un árbol en un fantástico espíritu. Usaba un sarong cobrizo...

A pesar de ello, le costó a Pahad cinco largos e hipnóticos segundos para reconocer a Nada, y tres más para apartar los ojos de ella. Encontró uno de los carritos de servicio, marcó la combinación que correspondía a su pequeña banderita y se volvió hacia Elisi como si regresara de un largo viaje.

Volvió a mirar atrás, como si estuviera impaciente por el carrito de servicio, uno de los actos cruciales de su vida. Sus ojos se encontraron con los de Nada.

Toda su vitalidad y espléndida alegría se retiraron detrás de una sonrisa apenas cortés. Los ojos de ella pasaron a Elisi y luego regresaron para clavarse en los de él, diciendo en forma inconfundible y con desprecio:

—¡Eres un Libre! ¡Tratando de seducir a uno de nuestros niños!

La flagrante injusticia de aquello le hizo hervir la sangre. Le devolvió una mirada centelleante y se volvió de nuevo hacia Elisi. Pero en aquel breve instante había adquirido dos objetivos personales, que ahora le atormentaban como dos brasas en el pecho: obligar a Nada a pedir perdón por su equivocado juicio y, por alguna oscura lógica, ahora más que nunca, presentarle sus propias excusas.

Mientras sus labios mantenían una ligera conversación con Elisi, su mente buscaba desesperadamente un medio de acercarse a Nada con un mínimo de dignidad. Pero todos los planes encerraban el riesgo de verse fríamente rechazado, lo cual cerraría para siempre sus relaciones.

Su problema se vio resuelto por el momento, cuando Elisi dijo con desilusión:

—¡Oh, qué lástima! Acaban de llegar y ya se marchan sin ni siquiera beber algo.

El trató de consolarse pensando que era muy poco lo que habría podido hacer en la presencia de aquel caballero isleño. Acompañó a Elisi hasta su casa y ella calmó su espíritu como la luz de las estrellas. Cuerdoamente decidió que una tercera persona podría abrirle el camino para llegar a ella y llamó a Benuha desde el primer comunicador público que encontró en su camino.

—Benuha, ¿quiere ponerse en contacto con Jarel y pedirle que localice a Nada tuantath Mehimehi, que se encuentra aquí procedente del Centro Científico III, y comunicarme su dirección a mi departamento?

—Oh, desde luego. Pero ¿por qué no le llama usted mismo?

—No quisiera que viera en qué lío estoy metido. Pero usted puede decírselo y quizás conseguir que trate el asunto como urgente. Eso es de gran importancia para mí, Benuha.

De nuevo en sus habitaciones, se quedó mirando a las constelaciones en su ventana, levemente cambiadas por la antigüedad; pero, por primera vez, su vista no consiguió calmarle. Cuando el comunicador dejó oír su zumbido, se volvió con tanta rapidez que casi tropezó.

Jarel parecía grave.

—Lo siento, Pahad tuan. Su amiga se marchó hace media hora para Norteamérica. Cuando la localizamos en el submarino oceánico, éste ya se encontraba en inmersión debajo de los campos de hielos. No creí que usted quisiera que lo hiciéramos volver.

—Desde luego. —(Se le había contagiado aquella frase de Benuha)—. De todos modos, muchas gracias, tuantoi-tan.

Ahora que la puerta se cerraba delante de él, la rabia surgió a la superficie. ¡Que Nada pensara lo que quisiera! ¿Que le resultaba más adorable que nunca? También lo eran las mortales serpientes y los frutos envenenados. Ella tenía menos derecho, mucho menos, a condenarle sin pruebas, que él tuvo en rechazarla en Kilimanjaro. Aquella providencial demora le había salvado de mostrarse como un abyecto estúpido ofreciendo sus improvisadas excusas y protestas de honestidad.

—¡Ya tendría ocasión de ofrecerle sus excusas, sí! ¡Pero cuando él lo hiciera, se sentiría fuerte, en vez de débil y vencido! ¡Cuando estuviera entre los Tuntoi-tan de su propia Raza y pudiera concederle una generosa amnistía!

Aquella idea encendió una ciega impaciencia para llevar a cabo su proyectada huida, el primer paso para llegar a aquel fin. Pero su impaciencia y exaltación no consiguieron ocultar por completo una sensación de tristeza por algo muy bello y delicado que perdía para siempre.

Andu le hizo entrar en sus desordenadas habitaciones con untuosa amabilidad, como si le impartiera su bendición. Casi no pudo esperar a cerrar la puerta para proclamar sus noticias:

—Ah, mi querido amigo, nuestra espera está a punto de terminar. Nuestro Pueblo ha empezado a instalarse en esta Nueva Tierra. ¡Sí! Los primeros grupos ya han llegado. El resto no tardará en seguirles.

—¿Es posible?

—¡Sí, sin duda alguna! He podido procurarme los informes más secretos. ¡Ah, amigo mío, nuestra recompensa está cercana! Esto es algo que llena mi corazón de alegría.

Con un sector de su mente, Pahad trató de reunir fuerzas para la crisis que se aproximaba. Con otro, mantuvo la esperanza de que los esfuerzos de Andu no hubieran sido demasiados conspicuos. Y con un tercero, comprendió que sus mágicas vacaciones en aquel pagano paraíso estaban terminando y que el severo Deber volvía a regir su vida.

Andu seguía hablando:

—Sí, esa nueva Aventura de la Raza, no será sólo una Ciudad más, ya sabe. Se trata del experimento más avanzado en la Vida Humana.

—¿Es cierto?

—¡Sí, sí! Libres y Tuntoi juntos por primera vez. Ya no existirán las diferencias de clase. Este será el amanecer de un Futuro Mejor, cuando *todos* podamos gozar de la Verdadera Vida. Ese pequeño experimento en un suelo virgen se extenderá a toda la Comunidad, sin duda.

Contemplaba al futuro con los ojos de un fanático.

—Me pregunto cómo pudieron convencer a los Libres para que abandonaran las comodidades de su Ciudad nativa.

—Ah, mi querido joven, le falta fe en el Valor Humano. Estoy seguro que hay corazones valientes en la Raza, dispuestos a enfrentarse con las privaciones a cambio de una Radiante Paternidad y las Grandes Realidades...

Siguió hablando sobre los falsos profetas que murmuraban que el vigor de la Raza se había extinguido, y que ahora serían confundidos cuando la Comunidad escalase nuevas alturas.

La mente de Pahad se concentró en una de las primeras frases de Andu. Aquella mezcla de Libres y Tuantoi ¿podía ser realmente, como decía Andu, el principio de una homogenización mundial? ¿Y cómo afectaría aquello a su propia Universidad? Ah, ¡bah! Las primeras noticias de la existencia de la Liga servirían para detener cualquier intento de aquella clase.

—Sí —terminó Andu, para recobrar el aliento—, por lo menos dos o tres, quizá cinco mil millones, podrán añadirse a la Raza.

Pahad juzgó que era el momento de empezar a defender a sus amigos de la Liga.

—¿Y qué ocurrirá con estos hombres aquí, que después de todo, han hecho posible esta mejora?

Andu arrugó el ceño, con un gesto benévolo:

—¡Vamos, vamos! Uno podría pensar que usted les aprecia más que a nuestro querido Pueblo. Pero no se preocupe, i habrá mucho para todos, mucho I Cinco millones de hombres, ¡bah! No necesitarán más que un rincón de este vasto, inexhaustible territorio.

—Quizás ellos piensen de un modo distinto, tuanta. El ceño de Andu se hizo menos benévolo.

—Entonces... que piensen lo que quieran. Ellos, como nosotros, tendrán que obedecer a lo que dicte el Bien Común. Luego volvió a animarse:

—¡Eso también representará un gran progreso! ¡Poder dar la bienvenida al regreso de este puñado de ovejas descarriadas al redil de la Raza!

Pahad se reservó su opinión sobre cómo miraría la Liga tal bienvenida. Se encogió de hombros. Después de todo, sería él y no ese cómico conspirador el verdadero árbitro e intermediario cuando fuera la hora de llegar a un acuerdo. Cambió de conversación:

—¿Cuándo cree que podremos partir?

Andu vaciló. Sin duda compartía las dudas de Pahad para lanzarse a la aventura, sin poseer el ánimo y la decisión de éste.

—Ah... bien... desde luego, eso depende de los informes que pueda conseguir.

—¿Pero, cuánto deberemos esperar, aproximadamente? —Bien... es algo difícil de decir.

—Sí, pero *aproximadamente*, ¿una péntada? ¿Cinco péntadas? ¿Una héctada?

—Mmmm... Quizá dos o tres péntadas. Pero... no debe perder el ánimo si nos vemos obligados a una vigilia más prolongada.

—En efecto.

Por le menos ahora sabía cuanto tiempo le quedaba para templar su resolución y decidir sobre sus puntos de vista. También tenía una fecha, aunque vaga, a la que podía sujetar el incierto valor de Andu.

No tenían otros temas comunes de conversación. Pahad se marchó al cabo de unos minutos.

Había pasado de una soleada playa a un frío día de noviembre, pero el cambio no le resultaba desagradable. Poseía el anhelo por la acción y ahora contemplaba una acción en escala significativa, el poder en su forma más noble. Él sólo debía plantear las medidas y la diplomacia necesarias para preservar aquella única vitalidad de la Liga, mientras al mismo tiempo anulaba su potencia para el daño, y mantenía a la Raza inviolada mientras la infundía un nuevo espíritu. Aquella última aventura empezaría con un acto de valor y terminaría con... su reunión con la amada Universidad.

¡Además, le demostraría a Nada que él era algo más que un conejo Libre!

Había pensado que la perversidad de las costumbres de los Rebeldes ya no podían sorprenderle. Pero ahora, de pie en aquel jardín subterráneo, tenía que acostumbrarse de nuevo a ello. Había empezado con la sincera sencillez de la invitación.

Él sabía que Benuha estaba prometido. Pero aquel hecho que habría obsesionado a cualquier Libre y a la mayor parte de los tuantoi durante muchos meses, era algo de lo que Benuha nunca hablaba, excepto para comentar alguna observación brillante de la muchacha, Betnu. Lo cual, de un modo extraño, daba a sus relaciones un resplandor de algo intenso y personal.

Le llegó el turno a Pahad, casi al final de la pequeña línea de amigos que esperaban, para poner sus manos en los hombros de Betnu y desearle un Bravo Futuro; el antiguo contacto de las narices había sido omitido. Aunque no era una deslumbrante belleza, la muchacha era algo único y deliciosa, como todas las muchachas Rebeldes. Era esbelta y mongoloide, y por un extraño instante, que aceleró los latidos de su corazón, Pahad se preguntó cómo sería la vida compartida con aquella mujer. Sintió cierta envidia de Benuha.

Este último, mientras le estrechaba la mano, comentó:

—Le veré en la próxima péntada, Pahad.

Y Pahad se marchó sintiéndose sumido de nuevo en un mar de confusiones. Nunca había oído hablar de unos recién casados que no permanecieran incomunicados, febrilmente consumiendo la dulzura de aquel nuevo encanto que habían capturado por el momento. Por lo menos hasta que los Vecinos certificaban que el Ciclo sería renovado por un Nu'vobebe.

Sin embargo, se sintió satisfecho por varias razones, de saber que volvería a ver a Benuha dentro de unos días y quizá también a Betnu. Era muy posible que no pudiera disfrutar de su amistad por mucho tiempo.

Capítulo 17

... AL FIN

—Y ahora —dijo Jarel con ironía—, el último acto —uno que usted ya conoce. Sólo que el ciclo no se ajusta exactamente a las circunstancias. En primer lugar, la espiral se ha hecho tan estrecha que las nuevas tierras ya no pueden alimentar a los pensadores, porque las malas hierbas entran a saco casi en el acto. Y además, mi querido Pahad tuan, algo (¿podemos llamarlo la inteligencia humana, por fin separada del animal humano?) ha podido librarse del lastre que la encadenaba y ha partido en una nueva dirección. Bien...

Era un hombre joven mezclado en un pequeño grupo que salía de una Unidad normal hacia el corredor. El grupo y el corredor se parecían a los de las Ciudades como un feto se parece a un organismo adulto. El grupo, desde luego, hablaba con una vivacidad que los Libres habían perdido, pero sobre los mismos Temas; quién se casaba con quién, los Programas —aún después de una tarde de contemplarlos. Sintió un deseo de arrancarse de la desesperada soledad de las Reuniones Familiares, disfrutar de un solo contacto humano, lejos de las Grandes Realidades.

Como evocada por su deseo, una muchacha se apretó contra él en las oscuras escaleras. Su ceño irritado cambió en el acto como si saliera a la luz del día desde un profundo pozo.

—¡Mara! Te verán. Ve a esperarme en el puente.

El rostro de la muchacha, cubierto con una sencilla capucha, su suave risa, tenían el sabor de las cerezas silvestres después de probar una tarta de manzanas.

—¡Tonto! ¿Quién se dará cuenta que no soy tu prima Darla? Quiero hablar contigo.

Los dos caminaron juntos por el desfiladero de la calle, aún simple feto de Ciudad: demasiada vegetación inútil, Bloques distintos, parejas paseando con las manos juntas, hasta vehículos con los faros encendidos, pero todo le resultaba familiar.

Mara dijo, con voz rápida y excitada:

—Acaban de autorizar los Observatorios, esta misma noche.

El triunfo ardió en el pecho del hombre como un enorme relámpago, dejando después las sombras de la duda.

—Eso es sólo el primer paso. Pero, por lo menos, nuestro proyecto se ha convertido en realidad. Aún nos queda un largo camino hasta llegar a la cumbre.

—Una vez estemos con nuestra gente, podremos conseguirlo todo. Ahora somos un ejército del que sólo conocemos nuestra propia avanzadilla. ¿Cómo pudieron los Polys abandonar la vida con los de su propia raza?

—No creían que abandonasen a su propia raza. Sabían mucho de criar nuevas plantas y pensaron que podrían conseguir mariposas de unas larvas de termites. ¡Toanga el Apóstata lo comprendió mucho mejor que ellos! Ellos le odian porque tuvo razón, y nos muestran todo eso como prueba de que estaba equivocado.

Ella exclamó:

—¡Y pensar que pudo haberles convencido... entonces! —Cuando aún poseían todos los bosques y los animales, hasta petróleo, y tierras vírgenes. Y sólo sirvió para hacer desaparecer todos los genes más viriles y potentes de la raza.

—No todos —eso es casi imposible. Sólo los dispersaron. Pero la dilución es cada vez más débil en cada generación, con cada nuevo millón de seres humanos.

—Es verdad. Nosotros somos sus herederos, Denisu.

—Sí. Y nos embarcamos en una canoa a través de un mar de hielo, para alcanzar lo que Toanga pudo hacer en un prahu y una mar tropical. Esta es la última revolución, no para los incompetentes, los prolíficos, los estúpidos que han pintado el suelo hasta encerrarse en un rincón, ni para los falsos Mesiahs y Bienhechores, sino sencillamente para los inteligentes. Debió ser la primera.

—Nosotros sólo somos gente sencilla, Denisu.

—Sí. No somos los aprovechados, los despiadados y egoístas, los monomaniacos. Pero tampoco somos estúpidos. Nuestro pasado ha sido sacrificado por el neurótico para el estúpido.

Ella le cogió del brazo.

—¡Denisu, olvida todo eso! Miremos hacia adelante. Sí; nos esperan grandes luchas, mucho mejor, siempre lo has dicho. Por lo menos ahora tenemos los Observatorios.

—Por casualidad. ¿Sabes la razón? ¿Sabes por qué? Como delegado, yo lo sé. Van a abolir las carreteras: quince millones de kilómetros en América, de diez metros de ancho, hacen ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados; quince millones más de raciones. De modo que nos dan una pequeña fracción, buscando aún mayores beneficios.

Ella trató de animarle.

—Todas las mejoras de la vida han sido producidas por casualidades, pero aún siguen ocurriendo de vez en cuando. Tú eres un jefe... o lo eras. Dime lo que ocurrirá ahora. El se encogió de hombros, pero pareció más optimista:

—Oh, dentro de unos cincuenta años, prohibirán todos los animales domésticos. Lágrimas y Sentimiento, pero las Realidades son primero. Dos mil millones de animales eliminados pueden dejar espacio para doscientos millones de nuevas Vidas. Una parte de eso será para nosotros, para reorganizar las Hermandades como un refugio para la inteligencia manual. Y luego... a Marte en una canoa.

Los dos se apoyaban contra la barandilla del puente, su acostumbrado punto de reunión a prueba de oídos indiscretos. Debajo de ellos, el río corría siniestro como la

Estigia. Dispersas y escasas lámparas traicionaban, en vez de realzar, a la Ciudad que se apretaba en las dos orillas. El musitó:

—Veintitrés mil millones de Vidas —¿para qué? No habrán carreteras; todos los lugares iguales. Ninguna otra forma de vida; las Grandes Realidades no toleran la existencia de las pequeñas. Nada será Real en el Universo excepto la Comunidad; Emergieron por fin a una cámara, recubierta de paredes metálicas, que sin duda fue antes hemisférica, pero ahora arrugada como una pelota de celuloide en la mano de un niño-gigante —¡el blocao del último sueño en el neurovisor de Pahad ¡Literas vacías y abandonada maquinaria parecían otros tantos trozos de hielo. Pero los trajes espaciales estaban allí, debajo de una podrida lona.

Nada será Real en la Comunidad excepto los Ciclos; nada Real ni siquiera en los Ciclos, sólo diversiones simiescas y caricias automáticas. El lenguaje, reducido a gruñidos reflejos. La técnica, automática. El noventa y nueve por ciento de lo que nos hace humanos, barrido al vertedero.

—Eso les hará a ellos más débiles, Denisu, no a nosotros.

—Pueden aplastarnos. Cada una de las especies se ha fijado en una forma final, y temo que hemos llegado demasiado tarde para salvar a la nuestra. Están eliminando los libros y las máquinas, la música y los viajes, toda la alegría del Universo, excepto unos cuantos espasmos... y ni siquiera eso tiene significado sin un fondo, un pasado, un futuro. Sus Realidades no nos dejan nada vivo y humano.

—Nosotros somos reales, Denisu —dijo ella—. Nosotros venceremos.

Aquella sencilla afirmación barrió las nubes de las estrellas de la fe. Sí, vencerían... o morirían en la empresa. Una fría repugnancia por la odiada fórmula de la Comunidad: «Abr'zame port'daletern'dad», le impidió atraerla a sus brazos. Quizá sentía la proximidad de la muchacha más intensamente a causa de aquel sacrificio...

Era un hombre encorvado, de músculos nudosos, sentado sobre una viga de un alto edificio sin terminar. Su cerebro estaba confuso y alegre por los efectos del áspero licor y por un limitado entusiasmo que vencía todas las tradiciones: ¡El viejo Tuan se lo había arrancado con sus blancas manos al Consejo! Allá abajo, una pequeña caravana de coches se arrastraba como rompehielos a través de la ululante muchedumbre. Con cada rugido, le parecía oler el alcohol que dominaba a la multitud, y el viejo añadió al común ruido su alegre y aromático aullido. Quizá todos los Amos fueran el Enemigo, como decían las viejas canciones Verdes, pero Kikije tuan lo había prometido ¡y esta vez lo consiguió! Chimborazo y Kilimanjaro libres para siempre, para vivir su propia vida y vender el metal marciano a los conejos, y a buen precio.

Ahora tendrían abrigos decentes en la Luna y Marte. Nuevas y rápidas naves para el transporte. ¡Y él podría usar la pobre habilidad que había conservado

celosamente, para ayudar a construir las! ¡Que los Conejos pagasen por el mineral y que el dinero fuese a Chimborazo! Una oportunidad para que Villy pudiera crecer hasta ser un buen especialista, no sólo un viejo obrero como él, quizá llegar hasta la Jerarquía y trabajar al lado de aquellos extraños y orgullosos tuantoi. Y más allá, un gran futuro que él no podía comprender por entero, pero que le 'calentaba el corazón con más fuerza que el licor.

Las voces de allá abajo iniciaron una canción, y él se unió a ellas, con ardor:

"Ooooooooooooooooooh
Somos los del Chimborazo,
El Chimborazo es ya nuestro.
Me llamo Joe Lokan
¿Quién se atreve a la pelea?"

¡Ahora era verdad, por el Espacio!

Alguien tuvo mucho gusto en el arreglo del salón. Pero el esfuerzo parecía ahora patético.

No era sólo que el cuerpo de esa mujer era débil y su mente torturada. Ni siquiera las drogas podían ocultar el hecho frío y lógico de que el más bravo esfuerzo de la raza humana había fracasado; su ardor se apagó en los áridos desiertos de arte, su juventud agostada en la débil y senil atmósfera. Como un penetrante lamento por encima del sordo redoble del desastre común, su tragedia personal gemía en el fondo de su pecho: Josu, su esposo, el invencible espíritu del futuro, muerto con el mal del desierto; el niño, muerto, junto con tres otros, cuando fallaron las bombas neumáticas.

Y ahora, el regreso a la Tierra que nunca volvería a darles ni siquiera la mezquina ayuda con la que la Colonia trató de sobrevivir esta vez: herramientas para el trabajo manual, bombas defectuosas. El regreso para ser engullido por aquella horrible Raza multiplicada hasta estar formada por treinta y cinco mil millones. Aquello no era una retirada; era la derrota.

Aquel hecho se cernía sobre la fácil ilusión que les daban las drogas, de que las cosas aún podían arreglarse, igual que el infinito vacío se cernía sobre la nave espacial de los colonizadores, al otro lado de aquel salón con su brillante alfombra, jarrones de flores y alegres retratos, Habían dado la última y retorcida gota de valor. Pero ahora sabían que estaban condenados al fracaso desde el principio.

Algunos habían hecho pactos para no hablar de ello. ¿Pero de qué otra cosa podían hablar? ¿Sobre si sería mejor mantener la Liga sin un futuro, ver como los niños se les marchaban, como los viejos caían uno a uno al borde del camino? ¿O mezclarse voluntariamente con la Raza que renegaba de la Vida y del espíritu?...

Ahora hablaban una de sus interminables autopsias de lo sucedido. Xaviu, sus negros ojos sin brillo, en su largo y enjuto rostro, ofrecía su teoría:

—Sin recursos ni equipo. Sencillamente somos una raza senil. Una raza vigorosa pudo haber encontrado soluciones donde nosotros nunca hemos soñado, intentado lo que sabíamos que era inútil. Estamos acabados y será mejor que realidad y nos adaptemos a ese hecho.

Las cabezas se inclinaron en lánguido asentimiento. Las manos llevaron vasos del consolador licor a los labios.

Un hombre se puso en pie, feo y rechoncho, casi calvo, con un grueso cuello, una ancha boca que ningún bigote disimulaba. Sin embargo, ahora compelia la atención de los demás como un vulgar trozo de hierro atrae el flujo magnético, por la sencilla razón de que estaba en pie, una acción que dominaba la inercia común. Dijo:

—Una teoría seductora, Xaviu. Pero falaz.

Nadie contestó y el hombre continuó con deliberación:

—La analogía entre un individuo y su especie no es exacta. Aun admitiendo que los dos son organismos, no se pueden aplicar las leyes que gobiernan a uno a los dos indistintamente, del mismo modo que no se pueden aplicar las leyes de la vida protozoaria a un hombre.

—¿Y qué? dijo una muchacha cuyo elegante vestido no conseguía ocultar su prematura sequedad.

—Sólo esto: La historia de la evolución abunda en razas que parecían seniles y de repente florecieron de nuevo: los Chinos, los Anglo-sajones, los Italianos. Las culturas envejecían, sí. Pero una raza puede despojarse de una vieja cultura y emerger de nuevo.

—¿Y qué?

—Que no debemos usar analogías para excusar nuestro fracaso ni nuestra rendición. Nosotros como individuos no somos seniles. Llevamos a cabo esta imposible aventura. Quizá no supimos hallar la solución, como ha dicho Xaviu. Pero estuvimos a punto de conseguirlo. Y mientras exista una posibilidad, yo creo que debemos seguir adelante.

—De manera —dijo Xaviu con sarcasmo— que volveremos a la Tierra para encontrar esa posibilidad que nadie encontró en Tres Edades, ¿eh?

—Sí.

La voz era como una mano que barrera a un lado todas las telarañas.

Un hombre alto y sombrío, el tipo para el cual lo imposible sólo tarda un poco más, preguntó:

—¿Usted no era un cocinero o algo por el estilo?

—Sí. Yo cociné. Vine como biólogo, pero no había nada que pudiera hacer. Por lo tanto... trabajé en la cocina. ¿No le gustaron las comidas?

El hombre alto dejó escapar una fina sonrisa.

—Fueron excelentes, desde que usted empezó a hacerse cargo de ellas. De modo que pasó de la biología a la cocina... ¿y ahora qué?

—Uno tiene tiempo para pensar, esperando que las marmitas empiecen a hervir. Comprendí que si teníamos la suficiente energía para establecernos en Marte, aun por corto tiempo, no supimos ver una oportunidad olvidada durante Tres Edades, algo que estaba a nuestro alcance, algo que nos servirá de impulso para alcanzar la velocidad de escape necesaria para separarnos de la Comunidad Mundial.

—¿Y es?

El hombre feo se acercó a la pantalla de observación del salón que, por un acuerdo universal, permanecía siempre cerrada. Abrió un contacto y materializó el familiar vacío empolvado de estrellas, atrayendo la verde chispa de la Tierra hacia él en un rápido aumento hasta que estuvo frente a sus ojos, más grande que una Luna otoñal. El hombre señaló con un dedo el blanco casquete polar.

—¡Aquí! —dijo.

El resto de los vencidos reaccionaron con gruñidos o nerviosos murmullos. Pero la discusión parecía haberse concentrado entre el hombre feo y el sombrío, excluyendo a todos los demás.

—Es cierto —dijo la voz ceñuda—. Todo lo que era necesario, si hubiésemos sido capaces de alcanzarlo.

—Todo lo que es necesario, si nos decidimos a alcanzarlo. Los ojos fríos y prácticos pasaron del planeta al hombre que hablaba y regresaron de nuevo.

—¿Alguna idea respecto a cómo?

—Sólo muy vagas. Pero creo que si pudimos horadar túneles en Marte, donde no comprendíamos la geología, donde nuestras compuertas de presión neumática siempre fallaban, donde estábamos unidos por un fino hilo a nuestra base... bien, ¿por qué no podemos hacerlo allí?

—Como principio, sí. Podríamos conquistar todo el Continente Antártico de este modo. Pero encontraremos el medio... aunque tengamos que revolver todo el hormiguero terrestre. Sólo la esperanza nos llevará hacia adelante.

Xaviu se burló, cansado.

—Una sola vez en la vida es bastante para mí. De ahora en adelante me dejaré llevar por la corriente. Lo que es bastante bueno para la raza humana será suficiente para mí.

El cocinero-biólogo se volvió hacia él con la renovada confianza del que acaba de descubrir que no está solo después de todo; dijo, con suave furia:

—No le necesitamos, Xaviu. Usted y los suyos pueden seguir la corriente. La Vida siempre ha ido contra la corriente. ¡Y, por Toanga, nosotros también lo haremos! —Abandona la raza humana, ¿eh? —dijo Xaviu con sarcasmo.

La ira del cocinero se convirtió en una tranquila sonrisa:

—Depende de lo que usted llame humanidad, Xaviu. Para mí, la humanidad significa seguir adelante hacia el horizonte. Creo que es la Comunidad Mundial la que abandona la carrera, no nosotros. En cualquier caso, los primeros anfibios

abandonaron a la mayoría y también lo hicieron los primeros seres de sangre caliente. Y nosotros seguiremos adelante, aunque sólo seamos una docena.

El hombre sombrío puso una pesada mano en el hombro de Xaviu.

—Y será mejor que se olvide de nosotros. El que no lo haga no irá muy lejos.

En la desolada alma de mujer enferma, la esperanza se despertó tan remota e invencible como la semilla del poderoso roble bajo los primeros rayos del sol de febrero...

Era un hombre joven abrigado en pesadas ropas, mirando hacia la orilla desde el puente de la nave. Bajo un extraño y verdoso cielo, una inmensa llanura de desolada blancura se extendía hacia las desnudas montañas; y él sabía que aquellas montañas no eran más que un espejismo de otras montañas que estaban bajo el horizonte, una Antártida más inanimada que Marte. —«Maldición, qué lugar.» «Millones de millas cuadradas, animadas de ciego odio a la vida, un anticipo del fin del mundo.»

Algún teórico que nunca vio aquella cabeza de puente de la muerte en la Tierra, habría soñado la pesadilla de poner el pie allí... Bien... uno debía morir alguna vez. ¿Y qué otro sueño quedaba fuera de la pesadilla?

Volvía a ser el mismo hombre, más viejo, más duro, tendido en su litera en la caverna metálica, una entre un centenar de literas iguales, piso tras piso, infinitamente más apretadas y comunales que cualquier unidad Libre. Pero un sencillo triunfo calme su mente cansada: Ellos empezaban a llegar, las familias, para ocupar las variadas y cómodas viviendas que él y sus compañeros habían construido. No habría familia para él; el esfuerzo pionero duró demasiado tiempo, le agotó por completo. Pero ¡qué importaba! Todos eran una familia, ahora.

Era, pensó, como un hombre enterrado vivo en el hielo, con un débil elemento de energía y calor atado a un dedo. Se movía el dedo con precaución hasta que quedaba libre el siguiente (a través de su mente pasaron las imágenes de los pesados trineos, los instrumentos topográficos levantados bajo el aullido del viento y la nieve, los picos cavando el hielo y la roca). Luego quedaba libre la mano (potentes perforadoras bajo fuertes torres metálicas, grandes cavernas dinamitadas en el hielo). Luego podía mover el codo (túneles que se extendían a través de la roca virgen, llenos de cavernas a cada lado). Luego el brazo entero (quinientos nuevos trabajadores que llegaban ni mañana, especialistas, ingenieros, cocineros, químicos, constructores, hasta actores que también trabajaban en las oficinas o en los túneles). Pronto los hombros quedarían libres y luego la cabeza; los dos brazos podrían moverse para liberar el cuerpo y las piernas; aquella comunidad se levantaría hasta ponerse en pie, para apartar a la masa que la aprisionaba en grandes trozos: energía eólica, energía de las mareas, energía volcánica, quizá hasta un resurgimiento de la energía atómica para otros usos que no fueran los viajes interplanetarios, nuevos minerales en la roca inexplorada. Luego, el futuro: jóvenes voces en las cavernas,

jóvenes rostros inclinados sobre el trabajo, jóvenes pies corriendo por las grandes cavernas y descargando ágilmente los nuevos cargamentos que servirían para fortalecer a Toangahela. Mientras tanto los retrocesos de los cohetes seguirían haciendo su trabajo. Aquellos serían sus hijos, él que nunca tuvo tiempo para tener hijos.

—«Deja que tu sirviente parta en paz.» ¡Bien, había valido la pena!

Era un muchacho entre una multitud silenciosa que se movía lentamente, delante de una especie de reliquia. Una pequeña cascada surgía de una grieta entre las rocas y corría por la tierra fértil —¡igual que un tiesto de flores, pero mucho más grande! Blancos troncos de los árboles, no más gruesos que su brazo, levantaban sus delicados tallos a orillas del agua. Hermosas plantas en las que uno podría tenderse, si no fueran tan preciosas; detrás de los árboles, bajo los rayos de un sol artificial, la alta hierba y las doradas flores extendiéndose hacia las colinas— ¡como en los libros!

Pasó por delante sintiendo admiración, gratitud y deseo. Algún día... algún día podría atravesar aquella ventana hacia un nuevo mundo, ¡un Continente entero! Pero, primero, debía ser fuerte e inteligente... y muy paciente.

Paciente durante veinte generaciones.

Pahad despertó del sueño, sintiendo una vaga frustración. En el mismo instante en que el largo y creciente drama llegaba a su apoteosis final... terminaba la representación.

Jarel sonrió ante su evidente irritación.

—Aún no hemos escrito el final de la obra —la Liga, la Comunidad, la Jerarquía... y usted.

Se puso en pie, dejando que sus palabras quedasen en el ambiente y acompañó en silencio a Pahad a través de la caverna plateada, hacia el corredor.

PARTE TERCERA

BILLETE DE REGRESO

Así es como el mundo nace.
Así es como el mundo nace.
Así es como el mundo nace.
No con un gemido,
sino con un estallido.

(Con excusas a) T. S. Elliot

Capítulo 18

EL NECIO CABALGA DE NUEVO

Caminó hasta sus habitaciones, decidido a pensar sobre todo aquello, pero encontró que había muy poco sobre lo que pensar: Había visto el reverso de la medalla; simpatizaba con el esfuerzo de los rebeldes, hasta cierto punto; se ocuparía de que tuvieran todas las oportunidades posibles para mostrar al mundo sus ventajas; pero no permitiría que hundiesen a n mundo, su mundo, para poder aprovechar los restos, Ni siquiera pudo obligarse a comprender la inmensa carga que soportaba; pensó que tenía una serie de actos sencillos que realizar cuando llegara el momento y eso era todo.

Encontró a Benuha que le esperaba, como había deseado, pero no con la tranquila paciencia de los días anteriores a su matrimonio.

Benuha, en verdad, le habló casi con prisa.

—Dígame, Pahad, ¿le gustaría ir a esquiar sobre el hielo exterior?

—¿Quiere decir que ya se encuentra lo bastante restablecido para salir al exterior de nuevo?

Benuha sonrió.

—Desde luego. Me temo que mi luna de miel se habrá terminado dentro de dos o tres péntadas y tendré que volver al trabajo.

—Felicidades... uh, si eso es lo que desea. ¿Cuándo saldremos?

—Bien, el parte meteorológico informa que tendremos una calma notable durante las próximas treinta y seis horas, y quizá no tendremos otra antes que las tormentas de Otoño caigan sobre nosotros, En realidad, creen que esta calma es el preludio de una fuerte tormenta. ¿Qué le parece mañana por la mañana, a la décima hora?

La excursión quedó convenida y Benuha salió presuroso en dirección a su hogar. Pahad se sentó para leer uno de los libros de Elisi. Pero antes de terminar la primera página, su subconsciente hizo estallar un trueno en su cerebro. Cerró el libro de golpe, se quedó mirando a la revelación por un instante y llamó a Andu en el acto.

Veinte minutos más tarde, Andu hacía oír sus confusas protestas:

—¡Pero, mi querido amigo! ¡En un plazo tan breve! ¿No le parece que debemos revisar...?

—¿Revisar, qué? Ya hemos examinado cada detalle tres veces. Esta puede ser nuestra última oportunidad en seis meses. ¿No lo comprende?

—Bien... ah... sí, desde luego. Pero, la Colonia aún no está establecida, sólo hay allí los primeros grupos de constructores.

—¿Para qué queremos más? Si tiene miedo, ahora que el fruto está maduro, partiré solo.

Casi deseaba que Andu recogiese su desafío. La falta de un compañero podía complicar las cosas; mas por otro lado, cuando llegase, se vería libre de las peroratas

evangélicas de Andu, que aún podían hacer fracasar sus propósitos de mediación. Andu, sin embargo, era evidente que estaba determinado a presentarse ante la Raza con su opinión del caso; deploraba lo poco que comprendía de la actitud de Pahad hacia los Rebeldes, igual que un baptista fanático de los Ozarks deploraría la urbana tolerancia de un obispo metropolitano. Se mostró de acuerdo, pero con cierta reserva, casi misterioso; pero primero tenían que dormir.

Unas horas más tarde, cuando llegó al abandonado corredor donde se suponía que debía esperarle Andu, la mitad de su mente jugueteaba con un sueño grandioso en el cual él era más sabio que Andu o Jarel y sintetizaba sus medias verdades con una especie de Vieja Universidad Mundial. La otra mitad de su conciencia decía con sarcasmo: «Dentro de veinticuatro horas tú mismo puedes estar sintetizado con las cosas que han sido». Sin embargo, se sentía animoso.

Ante el suave rumor de sus pisadas, Andu emergió de la puerta de un viejo almacén. El hombre parecía más grande que nunca en los ajustados y negros ropajes usados debajo de un traje espacial. Casi parecía un enorme oso negro, como si la decisión hubiera condensado su vaga benevolencia en un fuerte y duro líquido.

El cambio en su compañero alentó a Pahad. Aquel impulso fanático les sería más útil sobre el helado desierto que todas las buenas intenciones, si duraba. Caminó rápidamente siguiendo los largos pasos de Andu.

Al final del corredor, Andu abrió rápidamente una puerta y pasó al otro lado. El frío les envolvió como una mano helada y penetró a través de las negras ropas que Pahad también usaba.

—Debemos ir aprisa —dijo Andu— o estos trajes no podrán mantener el calor hasta que lleguemos a las armaduras. Siguieron caminando por un largo túnel. Las oscilantes luces de sus lámparas de mano mostraban fisuras en las paredes y charcos en el suelo, igual que cera derretida, como si el pasaje hubiera sido vaporizado a través de la dura roca por algún medio desconocido. Andu explicó su murmullo de didáctica apología curiosamente mezclada con su confianza en el éxito.

—Esto era una vía de aprovisionamiento antes de que abrieran la entrada marítima. Sale al exterior a cierta distancia de la costa, porque tuvieron que escoger un lugar donde el deslizamiento de los hielos fuera insignificante.

Pahad reservó sus energías, sintiendo el temor de que fueran insuficientes para mantenerse a la altura del fanático gigante. El túnel se extendía delante de ellos, completamente recto, con una continua y agotadora pendiente ascendente. Pero cada kilómetro que recorrían de aquel modo era uno menos que debían atravesar en la peligrosa y desconocida superficie. Luego, de repente, el túnel se torció, como si el mismo espacio sufriera una deformación. Hasta Andu, que sin duda conocía el lugar, se detuvo —quizá para experimentar el placer de mostrarse instructivo. Pahad vio que la continuación del túnel estaba tallada en una masa de acerado hielo. El giro ocurría

en la unión de la roca y el hielo, una unión marcada por una torturada pero apretada fisura decorada aquí y allá por curiosas hojas y carámbanos de hielo.

Andu proyectó su lámpara sobre la fisura y dijo:

—El banco de hielo pasa por los costados de este punto. Debo confesar que escogieron bien el lugar. El túnel no ha sido modificado en los últimos cincuenta años, y éste es todo el deslizamiento que ha sufrido.

Tocó uno de los carámbanos como si fuese algo explosivo.

—Ya sabe que los glaciares se deslizan sobre una capa de agua super-refrigerada que se mantiene líquida gracias a la inmensa presión del glaciar. Las pequeñas grietas de la unión permiten a veces que salte el agua, pero se hiela en el acto.

Señaló hacia un objeto metálico y alargado que permanecía colgado del techo.

—Pueden hacer estallar eso por control remoto y llenar el túnel por muchos metros no sólo con cascotes, sino con mortales chorros de agua super-helada.

Pareció disfrutar con aquella idea.

—¿Qué distancia nos queda hasta la salida?

—Ah... El hielo tiene cosa de un kilómetro y medio de espesor, y la pendiente es de uno por diez. Eso nos da quince kilómetros de marcha, lo cual está de acuerdo con mis primeros cálculos cuando recorrí el túnel.

Los quince kilómetros le parecieron cincuenta a Pahad, y el suelo era ondulante como si estuviera formado por cera derretida que hubiera vuelto a endurecerse. Pero Andu seguía avanzando como impulsado por una reserva de exaltado fanatismo...

Emergieron por fin a una cámara, recubierta de paredes metálicas, que sin duda fue antes hemisférica, pero ahora arrugada como una pelota de celuloide en la mano de un niño-gigante —¡el blocao del último sueño en el neurovisor de Pahad! Literas vacías y abandonada maquinaria parecían otros tantos trozos de hielo. Pero los trajes espaciales estaban allí, debajo de una podrida lona.

Se los enfundaron en el acto, e inmediatamente se sintieron aislados del terrible frío por una delgada pero suficiente envoltura de ambiente controlado.

Decidieron tomar un breve descanso. Habían recorrido ya unos veinticinco kilómetros; el túnel estaba protegido con alarmas automáticas; y sus enemigos sólo podían llegar a la salida exterior por la superficie después de muchas horas de prodigioso esfuerzo. Los trajes estaban acolchados para permitir un descanso razonable. Se tendieron a dormir.

Pahad se despertó sobresaltado ante un agudo zumbido que se interrumpió casi en el acto. Andu estaba ya en pie, su lámpara encendida, mirando hacia la entrada del túnel, mordiéndose los labios.

—Eso fue la puerta del pasaje en el almacén abandonado —murmuró—. Nos han descubierto.

—Quizá no.

—Si entran en el túnel, sonará otra alarma.

Esperaron, el aliento visible y audible en la absoluta quietud. Antes de que transcurriera aun minuto, el sonido de otro zumbador les hizo estremecer.

Andu hizo una mueca de rabia y saltó hacia un cuadro de instrumentos, a la salida del túnel.

Pahad lo interceptó, acerado brazo reteniendo otro acerado brazo.

—Espere. ¿Qué es eso?

Andu lo miró con los ojos brillantes de furia.

—Vamos a lanzar el primer golpe contra esos bribones. Hacer saltar la junta entre el hielo y la roca y aplastar a algunos de ellos... ¡ladrones de vida!

—¿Es éste su primer paso hacia la reconciliación y el compromiso?

La furia murió en el rostro de Andu y la benevolencia se extendió sobre él como un guante. Murmuró, casi con humildad:

—Ah... es cierto... tiene razón, mi querido amigo, desde luego... sólo que, cuando pienso... cuando recuerdo... a veces no me es posible contenerme. Pero debemos cortar la persecución. Ahora no podemos fracasar.

—Ciertamente. Pero no necesitamos manchar nuestra huida con un asesinato. ¿Este cuadro de instrumentos contiene algún medio de comunicación con el túnel?

—Sí. Sí, creo que sí.

La voz era una extraña mezcla de humildad y despecho. Tanteó entre los contactos y consultó los instrumentos.

—Eso les avisará a la entrada del túnel.

Casi en el acto apareció un rostro sobre la antigua y borrosa pantalla encima del panel de instrumentos: Benuha, no era posible confundir su largo rostro. Pero su expresión ya no era tranquila y llena de amistad; ahora indicaba con elocuencia una concentrada ira.

Pahad habló primero.

—Benuha, vuelve atrás.

La fría mirada no cedió.

—Desde luego. Pero tú vendrás con nosotros.

—No. Vamos a hacer estallar la unión del túnel con el hielo; me he puesto en contacto contigo para avisarte. No podrás atravesar esa barrera en muchas horas. Y no podrás alcanzarnos por la superficie.

—Quizá no. Pero vamos a intentarlo.

Andu les interrumpió con un gesto de desafío:

—¡Probadlo! ¡Yo os he engañado hasta ahora!

El largo rostro mostró el desprecio que aquello le inspiraba.

—¡Nunca nos engañaste! Sabemos todas las veces que fuiste al corredor. Pero sabíamos que eras demasiado cobarde para intentar la huida, de modo que te dejamos tranquilo. Nunca pensamos que Pahad tuan se hubiera unido a ti; él no cocea al andar.

Sus ojos se volvieron a Pahad, y parecieron llenos de sorpresa.

—Vuelve con nosotros, Pahad. Pertenece a nuestro pueblo. Deja que ese fantasma siga adelante, si se atreve. Tú puedes volver y olvidaremos lo ocurrido, ¿eh? La tentación era muy fuerte. Pahad luchó para recobrar el equilibrio.

—Pertenezco a los dos mundos, Ben'. No quiero traicionar a ninguno de los dos. Yo soy el único hombre de la Tierra que puede llegar a un acuerdo. Y eso es lo que voy a hacer.

El rostro de Benuha se ablandó, del mismo modo que el roble es más blando que el granito.

—Espero que puedas conseguirlo, Pahad. Pero, personalmente, me sentiré más seguro si podemos detenerte.

—Te deseo suerte. —Las palabras no eran la bravata de Andu, sino un libre desafío que levantó los ánimos de Pahad.

—Ahora, vuelve atrás. Vamos a hacer estallar la mina.

Pahad permitió que Andu encontrase y apretase el contacto. Antes de que hubieran cruzado la cúpula hacia la salida exterior, escucharon el lejano trueno de la explosión y sintieron el leve estremecimiento.

La cúpula metálica estaba enterrada bajo la nieve de muchos años; pero Andu, en una anterior visita, había cavado un estrecho pasaje hasta la superficie. Al final del pequeño túnel, sus herramientas se clavaron en la blanda nieve y después de unos minutos de trabajo abrieron un agujero hacia el aire helado de la Antártida. Aunque el frío de los túneles era penetrante, el aire exterior les golpeó con una fuerza salvaje. Pahad sintió como si su rostro estuviera fijo en un molde de dióxido helado.

Cerró el visor de su casco contra aquel amenazador continente, se puso en pie y se enfrentó contra el gigantesco enemigo al que debía vencer y sobrevivir.

Capítulo 19

ODIADO AMIGO, QUERIDO ENEMIGO

Se colocaron los anchos esquíes de los que estaban provistos y emprendieron la marcha, avanzando con tal rapidez que Pahad tuvo que contener la impresión de que ya habían pasado lo peor.

—¿Qué distancia tenemos que recorrer? —preguntó al cabo de unos minutos.

Andu dijo:

—Aquel pico azulado, justo a la derecha del sol, se encuentra a unos setenta y cinco kilómetros de distancia. Aquél es el paso. Al otro lado, tenemos... ejem, cosa de cincuenta kilómetros hasta la Costa y la Colonia... No se preocupe por los detalles. Ya le enseñaré los puntos de referencia cuando los vayamos encontrando. Los he estudiado muchas veces en los mapas. Los... ah... renegados, usaron el mismo desembarcadero y esta misma ruta para traer los materiales al túnel antes de que abrieran la vía marítima.

Pahad, como siempre, calculó: A su velocidad actual necesitaban hacer un mínimo de ochenta kilómetros por día y eso significaba dos días de viaje... si el tiempo se sostenía... Experimentó quedarse atrás de Andu y halló que a una distancia de cien metros la alta figura del hombre que le acompañaba resultaba invisible dentro de su blanca armadura. Su ánimo se elevó con la sensación de triunfo de un jugador que ha recibido buenas cartas.

Esquiaron en silencio durante seis horas, concentrados en aprovechar el terreno todo lo posible y en sus propios sueños del futuro que les esperaba. De repente Andu redujo la velocidad y empezó en un tono de excusa:

—Mi querido amigo, cuando ese joven bandido descubrió nuestros planes, también redujo en forma apreciable nuestro margen de seguridad. Me temo que deberemos recurrir al huahua, en lugar de los períodos de descanso en los que confiábamos.

Pahad también había examinado la misma idea. Un tubo de las potentes y peligrosas cápsulas formaba parte de todos los trajes espaciales.

—Quizá tendremos que hacerlo. Pero será mejor que lo conservemos como un último recurso. Aunque con este estimulante consiguiéramos extender nuestra jornada hasta cien kilómetros, luego tendríamos que dormir durante veinticuatro horas antes de continuar.

Andu persistió:

—Debemos arriesgarnos a ello. Estoy seguro que enviarán una patrulla por el aire, para interceptarnos en el paso. —¿Entonces podemos considerarnos vencidos, no? —No si somos Guiados, amigo mío. Según sus propios informes, nos quedan pocas horas de buen tiempo. Siento que el Espíritu hará caer la nieve para ocultar nuestros pasos y guiarnos hasta la Colonia. ¿No cree lo mismo?

Pahad se encogió de hombros. De cualquier modo, tendrían que arriesgarse. Pero rechazó la idea de reforzar la acción del Espíritu con peligrosos alcaloides, hasta que su necesidad fuese evidente. Andu pareció estar de acuerdo, pero no lo suficiente para enmascarar un cierto despecho. Y aquello hizo pensar a Pahad.

Una hora más tarde, Andu se detuvo y levantó su brazo recubierto de metal.

—¡Mire!

Su voz silbó en los micros del casco. Hacia donde señalaba, a la derecha, sobre los rojizos picos, un sólido destello plateado revelaba la presencia de un aero; la patrulla de intercepción.

Pahad se sintió tan conspicuo como una nuez en un plato de harina, a pesar de la seguridad racional de que era invisible en medio de un millón de pliegues y témpanos de hielo. Ni siquiera se molestarían en tratar de encontrarles ahora; les esperarían en el paso. Bien... ya lo sabían. Sólo que la fatiga magnificaba y deformaba la imagen del peligro.

La voz de Andu murmuró algo solemne y enfático:

—El Espíritu nos ha cubierto con su Mano y los Hijos del Caos han sido cegados y pasaron sin vernos.

Luego, empezó a hablar de cosas más prácticas.

—Mi querido muchacho, creo que ha llegado el momento de que forcemos nuestras energías. Hemos recorrido sesenta kilómetros y aún nos quedan cuarenta o más antes de que podamos confiar en la protección de la tormenta, que sin duda nos será Enviada.

El instinto de Pahad se obstinó en rechazar aquella propuesta. Andu tenía algún propósito oculto para insistir tanto en el uso del hua-hua, y los propósitos ocultos de Andu debían ser rechazados como una cuestión de principio.

—Haremos otros diez kilómetros.

Pahad se mantuvo firme.

Andu protestó: la dosis los llevaría por otros treinta kilómetros, diez más allá del paso, donde podrí p detenerse y descansar; ¿por qué retrasar el estimulante sólo para convertir aquellos diez kilómetros en veinte? Pahad se mantuvo en su decisión y Andu acabó por ceder. Y Pahad se preguntó, cansado, por qué Andu no habría resuelto la cuestión ingiriendo una de las cápsulas, sin esperar a Pahad. También se acusó amargamente por haber dejado las cuestiones de distancia y dirección por completo en las manos de Andu. Cada palabra de su compañero hacía crecer una vaga desconfianza por encima de la antigua e innata antipatía.

Cuando Andu anunció que habían recorrido diez kilómetros más, Pahad sabía que sus propios instrumentos sólo indicaban siete. ¡Pero qué importaba! El viejo fanfarrón estaba cansado y él mismo se encontraba tan exhausto que todas las fibras

de su organismo reclamaban el alivio de la droga. Debían encontrarse casi sobre el paso, suponiendo que los cálculos de Andu no estuvieran demasiado equivocados.

Las cápsulas estaban formadas de películas superpuestas, como una cebolla; cada capa, al disolverse proporcionaba un nuevo estímulo de manera que la narcosis se prolongaba durante cuatro o cinco horas. Cinco minutos después que la primera dosis estalló sobre su mucosa gástrica, Pahad sintió que antiguo ánimo volvía a renacer en sus cansados músculos y cerebro. Todo era de nuevo Perfecto: disfrutó al deslizarse hacia adelante en aquella mágica envoltura de calor, sobre la delicada blancura, entre las montañas de leyenda que convergían delante de él hacia el paso y el momento decisivo del peligro.

De repente, los murmullos de Andu parecieron tomar un sentido definido. La droga agotaba sus efectos. ¿Tan pronto? Pero, en retrospectión, habían sido muchas horas de caminar sin descanso. Andu tenía un organismo mucho más grande; la droga se diluía con mayor rapidez; ahora caminaba encorvado y el peso acumulado de la fatiga aplastaba su cerebro. Murmuraba palabras inconexas:

—... Sostén mi brazo y mi ánimo... una vida... ningún hombre ha arrancado una vida desde que las Ciudades fueron construidas... ah, pero tampoco ninguno ha soportado esta terrible carga... una vida contra millones que puedo salvar... quiero convencer al Pueblo... ¡un millón de años de Hermandad!

Pahad se sintió enfermo de ira. Aquellas palabras encendieron una mezcla que había flotado en su mente, igual que una chispa enciende una mezcla explosiva de hidrógeno y oxígeno. La pregunta tenía ecos siniestros: ¿Para qué le servía a Andu, *ahora*?

Contestación: De nada. Había conseguido que el hombre se decidiera a la acción y de ahora en adelante era sólo una carga, una amenaza a la sublime visión que centelleaba en el horizonte. Simbolizaba a la más peligrosa y odiada de todas las plagas: la voz de la razón. Para la mente de Andu, sólo podía haber una solución, el argumento supremo de todos los fanáticos: liquidarle.

La ansiedad de Andu para que tomase la hua-hua, adquiriría un nuevo y siniestro significado: Andu había empezado fresco —sin duda había acumulado energías durante muchas péntadas— y podría mantenerse en pie cuando la exhaustión de la droga se acumulase al original cansancio de Pahad. Entonces... no habría necesidad de repugnantes violencias; Andu tuvo mucho tiempo para estudiar aquellas armaduras espaciales; y sin duda podría sabotearlas de una docena de maneras distintas mientras él dormía: desconectar el regulador de la temperatura, cortar la entrada de aire, falsificar el girocompás.

—Y ahora, mi querido muchacho —dijo Andu, acariciador—, debemos descansar antes de aventurarnos a cruzar el paso.

Un océano de fatiga se desplomó sobre Pahad y deseó poder apartar la idea del peligro como una simple ilusión producida por la misma fatiga. Luchó con obstinación contra aquel deseo y contuvo un impulso de iniciar la lucha el primero. ¡No! Se encontraba en desventaja y sin armas decisivas o una completa desventaja, una pelea sólo serviría para destrozar sin remedio ambos trajes espaciales. Pero un hombre del tipo de Andu podía sentirse confuso ante una acusación formal. Pahad lanzó su ataque:

—Oiga, tuanta, esas cápsulas debieron llevarnos diez kilómetros *más allá* del paso. Sus cálculos son equivocados. Hemos caminado más de cien kilómetros. ¿Dónde está el paso? ¿Cuánto camino nos queda?

Andu tartamudeó algo sobre la falta de eficacia de la droga. El paso estaba delante de ellos, desde luego. Sólo unos pocos kilómetros. Descansarían ahora.

El detenerse para descansar ahora, significaría rendirse a un sueño del que ni siquiera el daño corporal podría despertarle. Sin embargo, Pahad sabía, del mismo modo que sabía que no podía saltar cincuenta metros en el aire, que nunca podría llegar hasta el paso. También sabía que Andu resistiría más que él, que el ardor fanático sostendría su cuerpo cuando fallase la hua-hua.

Los recuerdos pasaron por su mente como los copos de nieve que empezaban a caer a su alrededor: su aero diminuto encima del océano desierto; más atrás, él mismo lanzando su desafío en la Sala de Reuniones de la Universidad; aún más lejos, él, un niño de doce años pronunciando su extraño y pobre manifiesto a la familia de su casi prometida. El era un hombre que había *hecho* cosas, y las había hecho solo.

Y ahora, como el brillo de la nieve en el flanco de las montañas, todavía visible bajo la amenazadora oscuridad lo comprendió: esta vez no estaba solo. Antes tuvo a su padre, y el débil recuerdo de él en el pasado. Pero ahora tenía más, mucho más: una hueste que llegaba de las visiones de Jarel y aún otros detrás de aquéllos; verdaderos guerreros que habían luchado sin esperanza. Y él, Pahad, estaba ahora en la vanguardia de aquella falange...

—No hay descanso —dijo—. Continuemos. Esta puede ser nuestra oportunidad.

Andu exclamó:

—¿Pero... continuar? Pero, mi querido amigo, eso es *absurdo*. No podemos continuar, ni siquiera otro kilómetro. *Tenemos* que dormir.

—Podemos tomar otra dosis de la droga.

—Pero —la voz se elevó hasta parecer un lamento—, ¡eso es *suicida*! Dormiré para no despertarse más. Oh, no, no.

—Haga lo que quiera. Me es igual morir aquí como más adelante —(Que rumiara aquello.)— Voy a tomar otra cápsula y seguir adelante.

El amplio traje espacial le permitía retirar un brazo hacia el interior y rebuscar en los bolsillos interiores.

Andu le agarró por el codo, pero sólo sostuvo la manga vacía. Bajo la luz de las estrellas que se desvanecía rápidamente, su rostro, dentro del casco transparente,

había perdido su astuta confianza y parecía desencajado bajo los cabellos revueltos. Rogó:

—Pero, mi querido Pahad tuan, hasta esos hombres violentos, son constantemente advertidos del peligro de hacer tal cosa. Ellos... ellos tienen una frase: «Ha tomado una segunda dosis», significando que un hombre está perdido sin esperanza de auxilio.

Pahad se tragó la diminuta píldora y contempló a su enemigo con sarcástica diversión. *Ahora*, ¿quién era el vencedor? ¿La odiosa y ciega inspiración de Andu o los valientes camaradas que marchaban invisibles, en apretadas filas, detrás y al lado de Pahad?

Podía leer las emociones que se sucedían en la antes untuosa mente de Andu. Seguir adelante dejando a Pahad dormido dentro de un traje estropeado, era una cosa; seguir adelante solo, detrás de Pahad, quizá para que su asesino proyecto se volviera contra él cuando sucumbiera inevitablemente, saber que su triunfo se le escaparía de las manos si Pahad sobrevivía, era algo muy distinto.

La voz de Andu gimió a través del micro:

—¡Espere, espere! ¡Ya vengo! —Parecía estar buscando sus propias cápsulas. — ¡Mi querido muchacho, espere! Nos perderemos. No debemos separarnos en esta tempestad.

Pahad redujo la marcha —casi no sabía por qué— usando aquel respiro para comer un puñado de alimentos concentrados y un sorbo del agua obtenida de la nieve por medio de un pequeño aparato. La comida alejaría el instante, en algún lugar del camino delante de él, cuando la droga le arrancaría la última gota de energía... Andu surgió a su lado y Pahad volvió a emprender la marcha...

Nada, ningún objeto, ningún hecho, marcaba el paso del tiempo en aquella blancura que les envolvía. Podían haber transcurrido treinta minutos o tres horas cuando el micro cobró vida y la voz seca de Benuha sé dejó oír, remota pero inconfundible:

—... no importa. Siga sondeando.

Una voz desconocida le contestó:

—Si los localizamos, ¿entonces qué?

—Apresarlos, si tenemos suerte.

—¡Qué esperanza! Veinte hombres para patrullar tres kilómetros de tormenta. Si pudiéramos un rayo iónico a través del paso, no podrían escapar.

—Entonces los apresaríamos, pero muertos. Estas no son nuestras órdenes. Siga sondeando. Tienen que seguir avanzando, pero no podrán adelantar mucho en esta tormenta...

Las voces se desvanecieron.

Pahad se preguntó brevemente por qué sus enemigos rechazaban la idea de capturarlos muertos, si no podían hacerlo vivos.

Luego su atención se fijó en un aparente barranco que se abría a sus pies. Se extendía en la dirección que él quería seguir y Pahad siguió marchando a su lado por un corto trecho antes que una rápida visión del fondo, sólo a veinte metros de profundidad y liso como la palma de la mano, le indicara su verdadera naturaleza. Aquello no era una grieta natural; era el antiguo canal de hielo por el que los rebeldes transportaban los cargamentos desde la costa. Había leído sobre el canal: paredes y suelo de pulpa de madera y agua helada, casi tan duro como el acero; una construcción ingeniosa de modo que los constantes vientos lo mantenían limpio e impulsaban los trineos a vela. Se puso en cuclillas en el borde del canal y esperó hasta que un hueco en el aire lleno de nieve permitió que su lámpara frontal iluminase de nuevo el fondo. ¡Era el canal, desde luego! Y marchaba en su misma dirección.

Descendió por un lugar donde las lisas paredes no eran tan altas, seguido por el dócil y desesperado Andu y volvió a emprender la marcha. Los esquíes podían ahora alcanzar una velocidad muy superior y se sintió seguro de que no encontraría obstáculos en su camino. En cualquier caso, permitió cínicamente que Andu marchase en vanguardia, basado en el principio de que Andu era tan inútil para él, como él lo era para Andu.

Un obstáculo, sin embargo, no podría ser prevenido de aquel modo. Si Benuha conocía su oficio (y era el tipo de los que lo sabían a fondo) vigilaría especialmente el canal; y éste sólo tenía unos cuarenta metros de anchura. Las voces de la patrulla de intercepción llegaban en ocasiones a través de los micros del casco: Benuha no se mostraba muy listo en *aquello*, aunque desde luego pensaría que los huidos sabrían que él estaba allí y las señales por radio no podían darles ninguna dirección. Quizá sería mejor salir del canal y seguir a campo traviesa hasta que las voces se desvanecieran de nuevo por la distancia.

Las anchas espaldas de Andu, cinco metros delante de él, desaparecían a veces en la densidad de la tormenta. Un fantasmal fuego azul brillaba alrededor de su figura. En ocasiones parecía deslizarse a cuatro metros de altura y en otras parecía extrañamente deforme. Una persistente ilusión, sin embargo, simulaba la presencia de unas pequeñas alas de murciélago sobre sus espaldas; Pahad pensó en esas extrañas alas, mientras trataba de adivinar la dirección de las voces de sus perseguidores y luchaba sin cesar para mantenerse en pie en aquel río de aire. Quizá una última reacción de la hua-hua le prestó una chispa de inspiración en aquel momento. ¡Heliocptores, naturalmente! Las naves espaciales maniobraban gracias a los ceptores; la presión de la radiación solar era casi imperceptible, pero alcanzaba una cifra impresionante con el tiempo. También disponían de heliocptores en sus trajes espaciales, para dar a un posible naufrago la posibilidad de llegar hasta un lugar seguro. Unas grandes pantallas que se desplegaban en abanico. Inútiles frente a fuerzas más poderosas —gravedad, viento, hasta los músculos—, aunque el sol brillase con todo su esplendor, o...

La droga, o quizá algo distinto, detonó una idea en su cerebro. Había vagamente deseado disponer de una vela, igual que las que usaban los viejos trineos veleros. Bien... ¡una vela!

Era una idea absurda, desde luego. Probablemente la débil aleación de los helioceptores no resistiría los ataques de aquel viento. Y si lo hacía, probablemente se vería arrastrado como una ramita en un torrente, quizá para quedar malherido. Era un riesgo. Pero todo era un riesgo, ahora. El no intentarlo también era arriesgado, y si tenía éxito...

Se detuvo cerca de una pronunciada pendiente del canal y buscó los controles del helioceptor; como todo lo demás que las Hermandades construían y usaban, eran algo simple y evidente. Extendió los abanicos ligeramente y se entregó al impulso del viento... ¡Por ahora, todo iba bien! La superficie adicional sólo servía de suplemento a la presión del viento en su armadura; la aceleración era evidente, pero aún perfectamente controlable. Suavemente, extendió las aletas un poco más y luego aún más. La creciente velocidad le dio una sensación de peligro... pero al que podía dominar. Si aceleraba lentamente, el esfuerzo del material sería mucho menor.

En el siguiente instante, la nieve pareció atravesada por una confusa luz. Pahad sintió un momentáneo estremecimiento que casi le paralizó la sangre, y se encontró de nuevo en la lechosa oscuridad, solo. Una voz gritó en los micros del casco:

—¡Por el Espacio! ¿Qué fue eso?

Benuha aullaba, furioso:

—¡Maldición! Sólo ese hombre es capaz de hacer algo que nadie espera.

—Pero... pero, ¿qué fue?

—Extendió sus helioceptores y se disparó por la pendiente.

La onda neuroshock no tuvo tiempo ni de hacerle vacilar... ¡Muchacho, qué hazaña!

—Bien, vamos detrás de él antes de que se nos escape de las manos.

—No serviría de nada. Un hombre con esquíes puede adelantar hasta a un trineo a motor, aunque no disponga de esas velas, y ya estará fuera del canal dentro de tres o cuatro kilómetros. No es posible encontrarle en medio de los campos de hielo.

Las voces habían disminuido a un volumen soportable mientras Pahad seguía su loca carrera. Una sensación de orgullo y triunfo lo elevó por encima de su fatiga, por encima de su soledad, por encima de los supremos peligros que aún quedaban por vencer. Pensó en un programa de pansensor que había visto cuando era niño: el Malo, un antiguo guerrero, con su armadura de metal y cabalgando un poderoso animal, había lanzado su montura por el puente levadizo que empezaba a alzarse, para saltar al aire con un desesperado esfuerzo hacia el otro lado del foso.

El guerrero se había vuelto una llama heráldica de acero y lanzó su reto a sus confusos enemigos que llenaban las almenas del castillo... Pahad se arrodilló y abrió el contacto de su micro:

—¿Puedes oírme, Benuha? Contesta, Ben'.

Una pausa; luego la seca respuesta de Benuha, con un leve tono de calor humano.

—Te oigo, Pahad. ¿Qué puedo hacer por ti?

Pahad sonrió, mientras recobraba el aliento y plegaba los helioceptores que sólo servirían ahora para molestarle en medio del huracán que soplaba en la llanura abierta.

—Podrías darme la situación de la Colonia.

—La misma franqueza de antes, ¿eh? Lo siento... —silbó abruptamente—. Un momento, Pahad. ¿No estaba ese fanfarrón contigo?

—No.

Pahad le dio un breve resumen de la situación.

—Te lo regalo, a cambio de una cena caliente.

—Ya es demasiado tarde. Ha oído lo que decíamos de los helioceptores y también acaba de pasar como un rayo. ¡Hum! Creo que hoy no estoy en forma. No he sido muy listo en esta misión.

Pahad examinó rápidamente la situación. Andu estaba poseído de una locura capaz de cualquier cosa. Volvió a llamar a Benuha:

—Muéstrate listo *ahora*. Si *él* consigue llegar, y yo no, no podéis contar con una amistosa mediación. Ha jurado la destrucción de la Liga. Y él conoce la situación de la Colonia y yo no. Caeré exhausto dentro de un par de horas gracias a una dosis doble de hua-hua.

—¿Una dosis *doble*? No hay duda que algo te protege, si consigues llegar. Por el Futuro, Pahad, diría que mereces una oportunidad. Espera.

Los contactos chasquearon en el casco de Benuha y su voz habló, remota, dirigiéndose a otra persona:

—Jarel —y continuó con un lacónico pero completo informe de lo ocurrido. La respuesta de Jarel era demasiado lejana para que Pahad pudiera captarla. Pero Benuha le transmitió la decisión.

—Jarel piensa lo mismo. Te daré la situación. Y vendremos a buscarte en un trineo para llevarte hasta allí, si lo prefieres.

—No, no quiero terminar mi viaje siendo tu protegido. ¿De cualquier modo, puedo confiar en ti, si me quedase dormido?

—¡Ah! Quizá no. Nos *gustaría* tenerte de nuevo entre nosotros, Pahad. ¿Estás seguro que podrás llegar? Aún faltan diez kilómetros.

—¡Diez kilómetros! El me dijo cincuenta. Sin duda mintió también sobre eso. Seguro que podré caminar *diez* kilómetros.

Lanza una radioguía. Este traje tiene un receptor para radio-orientación.

Los latidos regulares de la radioguía empezaron al cabo de un minuto y Benuha le prometió mantener la orientación hasta que Pahad llegase a la Colonia o sucumbiese.

—Si caes exhausto antes de llegar, *nosotros* vendremos a buscarte para volverte a casa.

Pahad siguió luchando contra la interminable tormenta. Por suerte, aún tenía el viento a su espalda; no le hubiera sido posible avanzar *contra* el viento. Le hacía tambalear, pero como su helado abrazo no podía alcanzarle, le parecía avanzar en medio de una pesadilla.

—Estás encima de ellos, Pahad. Llámales en la banda de 40 000 kilociclos. Y abre, tu propia radioguía; es posible que no te encuentren si estás desviado en cien metros, en esta tormenta.

¿Encima de ellos? El fluido mármol de la tempestad dentro del radio de un metro a que alcanzaba su lámpara, seguía igual. Sin duda el sol estaba alto en el horizonte, pero Pahad igual podía estar sumergido en las profundidades de un lechoso océano... Siguíó adelante... adelante... De repente, un confuso resplandor anaranjado se encendió casi delante de él, dando relieve a las ráfagas de nieve. Ahora ya no cruzaban horizontales delante de él, sino que se retorcían en torturada violencia y el aullido del huracán adquirió la resonancia de una orquesta. Pahad cayó en un hueco cubierto de nieve y se levantó con sus manos extendidas apoyadas contra una superficie vertical.

El último estímulo ardió en su interior, una mortecina ascua que moría casi antes de nacer... La pared... La luz debía indicar la entrada. Se tambaleó hacia un lado, apurando las últimas gotas de conciencia.

Una gigantesca figura surgió entre las ráfagas de la tormenta... Un casco espacial... Andu... Los dos hombres se enfrentaron tambaleándose. Una fuga de absurdas ideas giraron en loco torbellino por la mente de Pahad, como las ráfagas de nieve en la lisa pared: matar a Andu allí mismo... no, le descubrirían... Sujetarle hasta que su droga se agotase... ah... ¿Hasta que se agotase la droga de *quién?*...

Al mortecino resplandor de la luz de la entrada, pudo leer idénticas ideas cruzando el desfigurado rostro de Andu...

Ruido de muchas voces... una confusión de figuras... no, no eran cascos espaciales, sino capuchas flanqueadas de sedosas pieles, rostros desconocidos... manos que le arrastraban, lo conducían... una estrecha entrada hacia una caverna de luz... dócil sumisión de sus piernas y brazos mientras le quitaban la armadura... ¿Quiénes eran aquellas gentes? Rostros duros y ceñudos, cabezas rapadas, unos extraños uniformes sepia, con la extraña P sobre el hombro izquierdo; claro, Patrulleros, ¡los primeros que veía!

Pero a través de todas aquellas impresiones, una azulada desilusión lo invadía todo: los esfuerzos, el triunfo, la increíble gesta alcanzada, todo para terminar de aquel modo, llevado de la mano por Benuha, aún luchando con su principal enemigo, el combate extendiéndose por una interminable perspectiva, aquel momento un simple instante de descanso.

Vio la figura de Andu, grotesca en sus negras ropas usadas debajo de la armadura, tambaleándose entre los ceñudos rostros de los Patrulleros. Andu levantó el brazo en

lo que sin duda esperaba que fuese un gesto histórico y empezó a hablar, pero todo lo que pudo decir fue:

—Abababoobuh, a-gawh, magooh... —y se desplomó de cara contra el suelo.

Los hombres se lo llevaron. Pero Pahad, un triunfo de la mente sobre la carne y el cerebro, les siguió sobre sus propias y vacilantes piernas, con un frío y agrio orgullo, hacia un destino al que nunca supo cómo llegó.

¡Un pequeño e infantil trocito de triunfo!

Capítulo 20

LA MALDICIÓN DE UNA PLEGARIA CONCEDIDA

Ningún otro triunfo siguió al primero.

Consiguió vencer la terrible postración del hua-hua.

Los Patrulleros demostraron ser unos enfermeros competentes, aunque impersonales como insectos; pero la energía que le ayudó a recobrase rápidamente fue su determinación de vencer a Andu.

Al cabo de una péntada aún se consideraba peligroso trasladarles a él y a Andu a un lugar más civilizado, pero varios Tuantoi-tan del Consejo Mundial llegaron para interrogarles. Antes de que terminara la primera entrevista, Pahad supo, a pesar de todos sus argumentos y su férrea decisión, que no importa qué batallas hubiera ganado o pudiera ganar todavía, estaba vencido. Vencido por el cómico conspirador, sin lucha.

Pahad le atacó con todas sus fuerzas, describiendo el maravilloso futuro que podía ganarse con una alianza con los rebeldes, el peligro de exponerse a sus desconocidos poderes... Aprendió con sombría ironía lo que debió sentir Andu entre los rebeldes: igual que un hombre clamando en el desierto. Le permitieron que expusiera sus razones, pero ni siquiera se molestaron en contestarle; en vez de ello siguieron adelante con el curso obvio y natural trazado por Andu: Aprestar a la Raza para la aniquilación de Toangahela.

Además, Pahad se sentía desalentado y confuso: de nuevo en los bullentes corredores, donde los Libres, Patrulleros y Tuantoi llevaban una vida curiosamente mezclada; los antiguos hábitos se impusieron de nuevo con férrea autoridad. Los reflejos y reacciones automáticas de una vida entera le hacían tropezar a cada paso en la carrera contra el tiempo.

Los interrogatorios abrieron una vieja herida que había tratado de olvidar: sus primeros contactos con los rebeldes en la Universidad. El tribunal de tres rostros que le interrogaba parecía amistoso, pero seco y frío. Forzaron sus recuerdos: Sí, recibió un mensaje de aviso. No, se convirtió en polvo. Sí, implicaba que la muerte de Avor fue algo intencional. No, el sonograma no parecía ser de Nada. No, no creía que ella hubiera cometido el asesinato. Con el grado de tuantatha, probablemente ella era el agente principal de los rebeldes en la Universidad, disponiendo de subordinados para llevar a cabo sus órdenes. No, no tenía ninguna idea de quienes podían ser aquellos subordinados...

Poco después llegó una arden para que Andu se presentase en persona al Consejo Mundial en Hindu Kush. Pahad Konor debía permanecer en la Colonia Avanzada con

el cargo de Consejero Especial, y con el rango provisional de tuantatha. Sus protestas y formales demandas fueron cortés pero fríamente olvidadas.

Su Consejo Especial, desde luego, nunca fue solicitado. Excepto en leves detalles, era un prisionero en todo sentido, infinitamente más prisionero que en Toangahela, ya que ahora su cárcel no era un mundo vital, aunque dañino, que podía explorar, sino una celda demasiado familiar. El único interés que le quedaba era unirse a la febril preocupación por la Movilización Mundial.

Los literalmente desheredados miembros de las Patrullas se habían convertido, de la noche a la mañana, en la Vanguardia de la Raza. El rostro paternal y la fanática voz de Andu anunciaron al mundo por pansensor que los hombres y mujeres jóvenes debían olvidar sus Derechos Nupciales por un año para servir en sus filas... el requisito de esterilidad quedaba abolido. La respuesta fue sorprendente y en cierto modo confortante; dado un pretexto y la Aprobación Social, una cierta levadura de la Raza aún estaba dispuesta a intentar la aventura. Las pantallas de los pansensores mostraban las apretadas filas de cascos de acero y las nubes de obreros trabajando en incomprensibles tareas, extraños vehículos, armadas aéreas. En menos de veinte péntadas se anunció el asalto a los Observatorios. Pahad fue a contemplarlo en la Sala de Asambleas.

Notó con sombría satisfacción que, por una sola vez, el pansensor no daba al auditorio el deseado escape de sí mismos, sino un severo recordatorio del mundo real en que vivían.

La música, dispuesta para alentar aquellos corazones, siguió vibrando hasta que de repente se interrumpió y la Asamblea quedó en silencio como obedeciendo a un mismo impulso. Luego la proyección se apoderó de ellos. El noventa y nueve por ciento, probablemente, de los miles de millones de humanos empezaron a ver con la misma lente, oír con los mismos micrófonos y sentir con el mismo electromedulógrafo conectado con el cerebro y cordón espinal del locutor. Comparado con un programa corriente, el efecto era casi tan vívido e íntimo como los neurovisores de Jarel: Pahad se olvidó que estaba sentado en uno de los divanes de la Asamblea y le pareció estar de pie en la compuerta de paracaidistas de un aero del Servicio.

Después de la primera emoción física de la excitación del combate, Pahad se mantuvo fríamente alerta. El escuadrón se acercaba por el Este, sobrevolando la Reserva. Pero... ¿es que las Hermandades, aquellos hombres bronceados y vitales se sometían a la invasión y a la aniquilación sin ni siquiera lanzar un aero a la lucha?

¿Y por qué —se preguntó abruptamente— humeaba la montaña? ¿Quizás una erupción controlada para servir de super-arma?

Los bien equipados Patrulleros se alineaban ya para el salto en paracaídas. Sus rostros estaban enmarcados por los cascos de acero que recordaban otras eras de

romántica violencia. Pero los rostros eran duros e iguales; cualquiera de ellos podía ser un ex hombre o una ex mujer.

Ahora la Sala de Asambleas y el jefe de las fuerzas de Asalto en el estrado, dirigiéndose al mundo entero. Habló brevemente impasible como una máquina:

—Hemos ocupado el Observatorio de Kilimanjaro sin encontrar resistencia, Acabamos de recibir la noticia de que Chimborazo también ha caído sin incidentes. El enemigo se ha retirado ante nuestra demostración de fuerza.

Empujado por la muchedumbre, entre jubilantes demostraciones de alegría por la ejemplar victoria, Pahad se sentía intranquilo. Sabía, con la seguridad de un adulto en una reunión Infantil, que aquello no era ninguna victoria. La Comunidad Mundial no podía comprender una retirada estratégica. Los Observatorios eran insostenibles, pero la Antártida formaba la más vasta fortaleza de la historia del mundo, un Continente acorazado en hielos de una milla de espesor. Sin embargo, hasta los tuantoi, creían que cinco millones de Rebeldes, inteligentes, decididos y viriles, se habían retirado en confusión como un rebaño de Libres frente a la Desaprobación Pública.

Pero no los Patrulleros profesionales. El comandante de la fuerza de Asalto lo había dicho, para cualquiera que quiso escuchar, con su impasible tono y sus sombrías omisiones; ni un prisionero capturado, ni una sola arma, nada excepto el equipo usual del Observatorio, abandonado con un gesto de desprecio: Aquí tenéis vuestras malditas posesiones. —La retirada había sido llevada a cabo, fríamente, con desdén.

Pero en el refectorio comunal, el interés general volvía a centrarse en la normal y saludable preocupación por los resultados de los partidos finales en la batalla anual del juego de pelota-saro decidido mil años atrás.

Un hombre se sentó al lado de Pahad, sin que éste le prestara ninguna atención, hasta que el recién llegado tosió ligeramente y empezó a hablar:

—Creo que no me recordará, tuantatha.

Pahad lo miró, y luego sintió una leve necesidad de estar alerta. Recordaba perfectamente a aquel individuo: era el antiguo asistente de Avor, el alto y mongoloide tipo que no pudo encontrar el informe sobre el dióxido de carbono. Al fin tenía un contacto con la vieja Universidad, aunque no fuera el que hubiera deseado. Se sometió a la charla del hombre, esperando una oportunidad para iniciar el tema que le interesaba.

Existía, a juzgar por el torrente de chismes que corrían entre la clase tuantoi, un importante resultado a obtener de la inminente anexión de la Antártida: ello retrasaría, por otros quinientos años, el movimiento para abolir por completo a la Jerarquía. Aquello fue uno de los sueños de Ruara: sumergir a los tuantoi en la Comunidad de los Libres y aplicar sus innecesarios gastos para hacer crecer diez queridos Libres donde antes vegetaba un tuantoi.

—Necesitarán a los Jerarcas por mucho tiempo —profetizó sombríamente el recién llegado— para explotar este Continente y para remediar los resultados que

ocurrirían si estas terribles gentes lo hubieran hecho a su manera; las mareas y todo lo demás. Es algo espléndido. Yo no creo que sea conveniente, que queden abolidas *todas* las distinciones.

Pahad llevó la conversación hacia lo que le interesaba:

—Por lo menos siempre tendremos una diferencia. Ahora la Vieja Universidad será conservada por toda la eternidad. Los labios del hombre se abrieron incrédulos:

—¡Oh!, pero... pero tuantatha... ¿usted no lo sabía? ¿No se lo dijeron? Una gran lástima. Han racionalizado la Universidad. Desde luego que los campos de cultivo son muy bonitos y cuando crezcan los nuevos árboles... —siguió hablando, medio compasivo, medio entusiasmado.

Cuando uno es alcanzado por una bala de gran velocidad, se dice, no se siente nada durante algún tiempo, excepto una sacudida y un confuso conocimiento de que se está herido... Pahad creyó en las palabras del hombre por completo; era exactamente lo que pudo esperar. Su única reacción mental fue una imagen: un pequeño aero volando muy alto entre las nubes, pero ahora perdido y sin destino, para confundirse por fin en la gran inmensidad del viento y el océano. En todo el mundo, en el entero Universo, Pahad no tenía hogar al que regresar.

Terminó su pan y su sopa de plankton con movimientos automáticos, se liberó de la compañía del aún verboso portador de malas noticias y se dirigió en busca de la soledad de su habitación.

Pero, en la puerta del refectorio, fue detenido por un mensajero:

—«Pahad tuantatha Konor, preséntese inmediatamente al Gobernador Tuntoi-tan.»

El Gobernador, un filántropo con el estilo y la apariencia de un antiguo César, no perdió tiempo en fórmulas de cortesía.

—Tuantatha, nuestro Comandante de la Patrulla en la Ciudad está muy interesado en su informe de que existe un túnel que se abre sobre la costa. ¿Podría usted localizar este túnel desde el exterior?

Pahad cerró fuertemente una puerta mental: Cualquiera que fuese su futuro, de ahora en adelante no movería un solo dedo para ayudar a la Comunidad Mundial. Y maldijo mil veces su ingenuo candor durante los primeros días de interrogatorio.

—Dudo mucho que me fuese posible, tuantoi-tan. Puede encontrarse en cualquier lugar de una costa muy abrupta, y desde luego estará bien disimulado.

—¿No vio nada que pudiera servirnos de punto de referencia?

—Sólo icebergs flotantes e hielo. —Omitió, vengativo, la pequeña bahía de agua libre conservada por los manantiales termales—. Además, aunque consiguiéramos descubrir esa entrada, no nos sería posible utilizarla; sería una trampa perfecta para cualquier destacamento que intentase entrar allí.

—Sin duda. Pero la Patrulla desea que usted haga un intento para localizarla. Voy a ponerle a usted al mando de una expedición aérea para reconocer toda la costa; si usted quiere aceptarlo, tuantatha.

Durante los tres días que siguieron, Pahad estuvo demasiado ocupado con los detalles de su «expedición aérea» para sentirse muy preocupado. Su interés primordial consistía en evitar cualquier sospecha de deslealtad, aunque estaba dispuesto a que la expedición fracasase.

A la primera señal de tiempo favorable, la expedición se reunió en el hangar de los aeros. No fue Pahad, sino un lugarteniente nominal (y el verdadero jefe efectivo), un alto tuanto convertido en Patrullero, llamado Tetehua tuantath, quien revistó a la tripulación y al equipo; aquel hombre tenía los duros ojos y seco perfil de un barón feudal; es extraño cómo los tipos raciales persisten a través de las edades bajo distintos disfraces, cuando no eran fundidos en el barro Libre común.

Mientras vagaba por el enorme hangar, tratando de aparentar que estaba al frente de las cosas, la mirada de Pahad captó un breve movimiento, y se detuvo. ¡Aquella mujer que ahora entraba en el hangar, con inocente rostro y breve paso, aquella mujer era Ruara! Se dirigía hacia Tetehua con el aire de saber exactamente lo que hacía, habló breves frases, sonrió la pálida sonrisa que cubría toda la gama de sus emociones, y se hizo a un lado, esperando. Al cabo de un instante, vio a Pahad y volvió a sonreír, brevemente esta vez.

El no sentía ningún deseo de hablar con ella, pero aquello le ofrecía un alivio de su humillante inactividad. Dio los pocos pasos que les separaban y preguntó:

—¿Cuándo has llegado aquí?

—Ayer. Pensé que esta expedición podría ofrecerme la oportunidad de ver muchas cosas. Ya sabes que actúo en representación del Consejo Mundial.

No le era difícil creerlo. Igual que Andu, el fanático celo de la mujer la llevaría muy lejos en aquel sistema estancado. Pero la sonrisa de su ex esposa quería decir mucho más: ¿Has visto? Yo he llegado muy lejos sin grandes esfuerzos. Y tú me has ayudado a ello. Para eso sirves tú y las «cosas que amas». Ruara añadió en voz alta:

—Después de todo, vale la pena conocer a las personas *importantes*, y escuchar habladurías, ¿no te parece?

La llamada de Tetehua para embarcar le ahorró la necesidad de contestar.

Un técnico Libre, educado para el simple manejo del aero y el lenguaje tuantoi, pilotaba la nave. Los componentes de la expedición se sumieron en el acto en diversos juegos o contemplaban el pansensor para ahuyentar el tedio. Pahad estaba de pie frente a una ventanilla de observación, fascinado por la blanca y cambiante perspectiva.

Se sobresaltó por el grito de algún espíritu inquieto que se había apartado del mesmerismo de los juegos para atender a un instrumento. Un grupo de buscadores de novedades hicieron balancear peligrosamente al aero. Pero Tetehua, con más presencia de ánimo, ajustó la pantalla de reconocimiento telescópico. La pantalla reveló un canal en el hielo de unos veinte metros de anchura, con paredes de hielo de unos diez metros de altura; un grupo de objetos de forma alargada se movían a lo largo del canal.

—¡Por el Espíritu! —anunció Tetehua—. ¡Son los animales de Pahad tuantatha! ¡Piloto! ¡Baja hasta unos cincuenta metros por encima de esa fisura en el hielo! Podremos verlos mejor.

—He oído hablar de esos animales —dijo Ruara dulcemente—. No veo por qué no podemos capturar algunos ejemplares y exterminar el resto.

Con sorprendente alacridad, todos se dirigieron hacia las armas de que disponían contra cualquier emergencia en aquella tierra salvaje; rifles lanzadardos y proyectores sónicos. Pahad cogió un proyectar para impedir que cayera en otras manos. Se encontraba paralizado por un dilema: un desesperado deseo de impedir aquel asesinato y el conocimiento de que los Lithuas, si no eran molestados, les conducirían hacia la oculta caverna. Los contempló con impotente furia mientras el aero planeaba silenciosamente hacia ellos, mientras los Lithua retozaban y saltaban en el agua sin preocuparse de la amenaza que descendía del cielo. Las armas casi eran a prueba de manos inexpertas. Pero aquellos hombres no estaban acostumbrados a su uso y la primera andanada no dio en el blanco. Los Lithuas se sumergieron.

Tetehua dijo con imperio:

—Bien. Apártense, por favor, y no me empujen. Yo puedo manejar ese rifle sónico. Tendrán que volver a la superficie para respirar y entonces podré matar alguno, No es necesario acabar con todos esta vez.

Ruara intervino con autoridad:

—¿Por qué no? No son más que parásitos. ¿Por qué debemos dejar que roben el alimento de nuestros Niños, por un solo día?

Tetehua se encogió de hombros, mientras examinaba las aguas.

—No hay prisa. Son animales divertidos. Queremos estudiarlos o por lo menos hacer que su caza resulte interesante.

¡Era cierto que los hombres crueles habían muerto a millones de sus enemigos, pero esos benévolos asesinos matarían a docenas de millones! Pahad recordó la luz de las hogueras en sus ocultas cavernas, las roncadas voces, los paisajes ignotos como las selvas encantadas de sus amadas leyendas, la paciente ciencia que los había creado, y a Elisi al descubrir un nuevo significado en la vida, gracias a ellos.

—¡Ya vuelven! —dijo alguien, excitado. Un millar de años no eran suficientes para eliminar el instinto de matar. Tetehua apuntó su arma.

Pahad sintió algo que le agarrotaba la garganta...

El cero se inclinó de repente, lanzándole contra el hombre que estaba a su lado.

Tetehua se tambaleó, gritando:

—¡Maldición! ¿Qué pasa, piloto?

Pero el aero siguió balanceándose como una hoja en el aire y se deslizó sobre el hielo hasta detenerse. Todo el mundo se apretaba delante de la cabina del piloto, impidiendo el paso a Tetehua y a Pahad; pero todos se retiraron al mismo tiempo, cuando el Libre abrió la puerta y quedó inmóvil en el dintel. Era un hombre joven de pequeño cuerpo y rostro escuálido, pero su expresión desafiaba hasta a Tetehua que le doblaba en peso.

—¿Qué pasa? —jadeó en su entrecortado Polinesio tuanto—. No pasa nada excepto que a mí no me gusta, ¿sabe?... ¿Qué derecho tenemos para matarles?... ¡Ellos también tienen Derechos!... ¡Yo también tengo derecho!... ¿Quién ha dicho que tengo que ser como los demás?... ¿Quién ha dicho que mis hijos tienen que ser iguales a los otros?... ¡Renuncio, dimito!... No quiero que hagáis eso... No vais a matar a esas pobres cosas sólo para poder hacer más gente igual que yo... Dejadles que sean Diferentes... —Hizo una pausa, sollozando.

Pahad reconoció la inutilidad de ponerse ahora al lado de aquella rebelión, y la necesidad de probar su propia virtud militante para el éxito de sus planes futuros. Se tragó las palabras de ánimo que se asomaban a sus labios y dio un paso adelante para poner una mano en el hombro del piloto.

—Está bien, Libre. Ya están seguros. Siéntate aquí, porque creo que estás enfermo. Yo pilotaré el aero hasta la base.

Los brazos del hombre cayeron a sus costados.

—Está bien, está bien. Puedo ver cuando estoy vencido. Sólo que —levantó la cabeza— hay cincuenta mil millones de personas y yo he hecho algo que nadie se atrevió a hacer. No podréis cambiar eso.

—No —pensó Pahad— y ya te diré lo que pienso de eso algún día, hermano. — Lo acompañó hasta la cabina, pero él mismo se sentó frente a los mandos.

Antes de emprender el vuelo de nuevo, tomó su posición exacta y grabó la situación en su cerebro. Con aquellos datos sería capaz de volver a encontrar aquel lugar en medio de la noche Antártica, en medio de una tormenta. La idea tenía un extraño sabor agridulce.

—Si no fuera por esa docena de fanáticos ahí detrás con las armas en la mano, no sería necesario que volviera. Podría marcharme ahora, en este mismo instante. Pero... ¿lo haría?

Si se veía obligado a escoger entre dos mundos de despiadados asesinos, por lo menos escogería aquel que no buscaba sus víctimas entre las raras y escasas cosas que él amaba. En realidad, no escogió a ninguno. Mientras llevaba a la expedición de regreso a la Colonia, se sintió más solo que en un remoto viaje a través del Atlántico.

Capítulo 21

LOS RATONES Y EL LEÓN

Irónicamente, un informe exagerado de cómo había reducido al loco amotinado, le dio más prestigio que su huida a través de las heladas soledades y su nueva categoría de tuantatha. Su petición de que se le concediera un descanso, debido a la fatiga, fue concedida en el acto.

Una llamada en la puerta interrumpió sus reflexiones.

Su rostro y su corazón se endurecieron. Que la Raza se llevara a cualquiera que llegase para torturarlo en su dolor. Gritó ceñudo:

—Adelante.

La puerta se abrió vacilante y el mongoloide ex asistente de Avor quedó frente a él, amedrentado por la ferocidad que brillaba en los ojos de Pahad.

Con forzada cortesía, Pahad contuvo su exasperación e hizo un gesto señalando un sillón.

—¿En qué puedo serle útil, tuanta?

El hombre se sentó, nervioso, en el borde del asiento. —Le ruego que me oiga con paciencia, tuantatha. Debo decirle algo, una confesión.

Una salvaje llama de esperanza se encendió en el pecho de Pahad. Quizás la noticia de la desaparición de la Universidad no fue más que una mentira, obedeciendo a algún torcido propósito de Ruara. Pero la llama murió en el acto, falta de cualquier posible alimento.

—Prosiga, tuanta. Seré paciente.

El hombre continuó:

—Una vez le mentí, tuantatha. Lo hice obedeciendo órdenes, pero siempre me ha torturado esa idea.

La irreprimible curiosidad humana sacó a Pahad de su desolación.

—Al verle el otro día, y lo amable que se portó conmigo, comprendí que no era un hombre para mostrarse rencoroso. Y su alto rango actual me hizo pensar que aquel episodio ya no tiene importancia, excepto para mí.

Pahad contuvo un irritado impulso de sacudir a aquel hombre para que terminara de una vez.

—Sin duda recuerda a Avor tuantatha y su inesperada muerte. ¡Ah, sí! Sólo yo, y desde luego sus médicos, sabíamos que era un hombre condenado, que podía extinguirse en cualquier momento. Extraño, muy extraño que nuestra gran ciencia sea incapaz de eliminar esas fallas en el organismo humano.

—¿Bien? —(¿Sería aquel hombre un agente de la Liga Rebelde?)

—Ah, sí. Bien, sabiendo que usted era una persona de su confianza fue algo muy... penoso, pero... tenía órdenes estrictas de que usted no recibiese aquella

información. Me dijeron que... lo impidiese por todos los medios. Y yo... yo lo hice. Robé y destruí aquellos papeles.

Pahad sintió que los cimientos de su mundo se tambaleaban. —¿Se lo ordenaron? ¿Quién?

—¿Cómo?... El Tuantoi-tan. ¿Quién podía ser?

Pahad se levantó y se le acercó, con los puños crispados, caídos a sus costados.

—¿Jura que ésta es la verdad?

El hombre asintió, el rostro inclinado, miserable y lleno de aprensión.

—Sí. Y lo peor fue que cuando llegué para buscar los papeles lo encontré ya muerto. El era... mi único amigo. Y tuve que realizar mi robo delante de su cadáver. Hasta tuve que sentirme agradecido porque la pérdida de los papeles quedaría olvidada entre la confusión producida por la muerte de Avor.

En la mente de Pahad, una sola palabra resonaba con acentos puros y profundos. —¡Nada! —En las complicadas ecuaciones de su mundo, un símbolo se invertía de negativo a positivo y todo el dislocado complejo se alineaba en exacto orden.

Ahora, hacer que ese hombre se marchase pronto.

—Ya comprendo —dijo gravemente—. Bien, eso aclara un misterio. Pero como ha dicho antes, ya no tiene importancia. En realidad, esa información que usted eliminó sólo habría servido para animarme a continuar por un camino equivocado. Por lo tanto, me hizo un favor.

Acompañó al visitante hasta la puerta con repetidas seguridades de completo y definitivo perdón, incluso gratitud.

Una vez solo, examinó rápidamente la nueva situación. Todos los detalles concordaban. Fue el Tuantoi-tan, no la Liga quien se sintió alarmado ante su aparente solución del problema gracias a la teoría del dióxido de carbono —como fuese que estuvieran enterados de ello. Nada, simplemente, se enteró de la muerte de Avor y la había utilizado para proteger su mundo y el futuro de la Humanidad, incluso para proteger al mismo Pahad de sus más implacable colegas...

Hasta la determinación de esos últimos de eliminar a Pahad o borrar el recuerdo de su mente no sólo era comprensible; era la única cosa que podían hacer, lo que él mismo habría hecho en el acto en su lugar, para salvar a la amenazada Toangahela. La diminuta envoltura de helado odio que se había condensado alrededor de su creencia en la culpa de Nada y que había destruido alguna conexión en su cerebro, se fundió en una temblorosa gota líquida en la cual vio reflejado un nuevo Paraíso y una nueva Tierra.

¡Nada! Ya no era la delicada muñeca de las Islas, planeando sus eternas y monótonas estratagemas para apoderarse del hombre escogido; ella era una rápida y brillante ave del paraíso entre los árboles y los jardines de la Universidad, llevándolo detrás de sus seducciones hacia espléndidos peligros. Nada ya no era una engañosa trampa, sino un compañero en rebeldía. Jarel ya no era el tentador Lucifer, sino su maestro en valor y sabiduría. Elisi, no la criatura de una locura condenada al fracaso,

sino de un infinito sueño. Benuha, no el sardónico carcelero, sino un apreciado amigo.

Por fin, la maravillosa comprensión llenó su cerebro. Su sueño de la Vieja Universidad estaba, no detrás de él muerta y sin flores, sino hacia delante en las soleadas cavernas, en el espléndido futuro. Durante todo aquél tiempo la voz estuvo allí, clamando a sus sordos oídos.

Su vacilante mundo había dado una vuelta en redondo.

Antes envidió a Andu su creencia en los falsos dioses. Ahora sus propios y desterrados dioses se alzaban hasta las estrellas. El futuro seguiría su camino, hacia delante. Y él seguiría el camino que le trazaba.

Y primero volvería entre su propio pueblo.

Volvería al hogar.

Las mismas dificultades de su situación excitaron su ánimo. El eludir a la devoradora Comunidad, el completar su lucha con el mortal mundo polar en el viaje de regreso en lo que ahora veía, como un solo camino circular, desafiaban su fe en sus vitales dioses.

Pero un plan ya se formaba en su mente, tan lógico que Pahad pensó, con un gesto de ironía, en el Destino de Andu, tan sencillo que, aunque la rapidez era algo esencial, decidió que lo mejor sería dormir unas horas antes de confiar en su inspiración.

La mañana siguiente, sin embargo, no reveló ninguna falla en el plan formado y Pahad se puso en movimiento.

Minutos más tarde se encontraba frente a la unidad 3 M, sección 74.

El prisionero no prestaba ninguna atención al pansensor, del que ni siquiera los criminales se veían privados, sino que estaba sentado en el borde de la litera, con el rostro hundido entre sus flacas manos. Levantó la cabeza, resignado, pero desafiante, cuando Pahad entró en la celda.

Pahad también se sentó en la litera, ya que no había otro asiento, lo cual hizo las cosas más íntimas.

El prisionero no dijo nada, de modo que Pahad empezó abruptamente:

—¿Cuáles son tus sentimientos ahora, Jimhu?

—¿Por qué tienen que cambiar? Usted puede decir que estoy loco y cambiar mi cerebro. Pero no importa lo que piense un cerebro cambiado; eso sólo sería lo que usted y los otros millones piensan, clavado delante de mi mente como una cortina. Usted no puede cambiar lo que yo pienso, tuantatha.

Paahad sonrió en su interior, ante el valor que demostraba aquellas palabras.

—¿Aún quieres dimitir? ¿De verdad te unirías a los Rebeldes, si te fuera posible?

—Sin duda, si son lo que yo creo. ¿Qué le importa eso Siga adelante y cámbieme el cerebro? Luego no tendrá necesidad de preguntar lo que yo pienso.

—¿Cómo crees que son los Rebeldes?

—Usted debe saber más sobre ellos que yo. Usted estuvo haciendo de espía entre ellos. ¿Quizás usted me dirá cómo son, uh?

—De acuerdo, te lo diré. Tú quieres expresar algo. Ellos también. Quieren ver la belleza que ningún hombre ha contemplado, y llevar a cabo inéditas hazañas a las que nadie se ha atrevido, y tener sabiduría más profunda que todas las ciencias del pasado. Ellos tienen todas las cosas que tú imaginas poseer: un hogar, y amor, y juventud, y el trabajo e unión, y el juego, sano y viril, y tiempo para el descanso, la fantasía. Pero para ellos, esas cosas tienen significado, porque son sus dueños y no sus prisioneros. Ellos aman, trabajan y juegan, siendo parte de algo real que nunca morirá, que crecerá más allá de las estrellas. Ellos viven.

Un terso silencio. Luego:

—¿Y por qué no se ha unido a ellos, si cree que tienen cosas tan maravillosas?

—Ya lo he hecho. Yo era un Libre como tú. Me he rebelado como tú. Ahora soy un Rebelde.

—¿Usted... uh? ¿Entonces, qué hace aquí, contraespionaje? —Eso no importa ahora. El caso es que voy a regresar allí y necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¡Es gracioso! Quizá no se ha dado cuenta Soy un prisionero.

—De acuerdo. Yo te libertaré. ¿Trato hecho?

Pero al llegar a la puerta de su habitación, de regreso de su visita a Jimhu, encontró a un correo que le esperaba con un mensaje sellado para él, «acuse solicitado»: «Prepárese a informar al Consejo Mundial en el plazo de doce horas después de recibir esta citación. Anda tuantoi-tan Rameha. Consejero Especial.»

La excitación saltó hasta su garganta mientras cerraba la puerta a sus espaldas. No podía sentir la menor duda sobre la actitud de Andu o del Consejo Mundial respecto a él, el abogado del compromiso con la Liga. ¡Era afortunado por haber empezado a actuar! ¡Podía hacer muchas cosas en aquellas doce horas de margen entre el triunfo y la ruina!

Ahora no le quedaba tiempo para revisar sus planes. Pensó con rapidez: Utilizaría una técnica de *jiu-jitsu* con aquel intento de amordazarle. Por medio del comunicador, luchó por atravesar la barrera de altaneros burócratas hasta que llegó al que deseaba ver. Enseñándole la citación con la firma de Andu y el sello del Consejo Mundial, le ordenó bruscamente:

—Remita los trajes espaciales en los que escapamos Andu tuantoi-tan y yo... a mis habitaciones, inmediatamente.

Su presente prestigio, reforzado por el mensaje, allanó toda posible resistencia. Los trajes llegaron al cabo de treinta minutos.

Por fortuna, cada una de las armaduras estaba provista de lo necesario para ajustar sus dimensiones y hacer reparaciones sencillas y los ajustes eran de sencillez

elemental. Preparó uno de los trajes para las pequeñas proporciones de Jimhu.

Era técnicamente de noche cuando llegó de nuevo a la unidad que servía de cárcel y otra vez enseñó su pase, reforzado por la citación, con sus impresionantes firmas y sellos.

—Debo llevar este individuo a la presencia del Tuantoi-tan.

—Como usted diga, tuantatha —dijo el carcelero tua, con reverencia.

—Necesitaré una pistola radiónica, para cualquier emergencia. ¿Tiene usted un arma de repuesto?

—No, tuantatha, pero puede llevarse la mía. No me hará falta cuando el prisionero se haya ido.

Pahad dio gracias a la Fortuna de que aquella Colonia incluyese a la vez a los más inquietos Libres y a los más dóciles tuantoi. Aquello le daba la exacta gama de inteligencia necesaria para sus operaciones.

Jimhu estaba dormido, encogido en su litera, como si estuviera muerto, pero su rostro tenía una expresión digna y tranquila.

Pahad le sacudió por un hombro, y en beneficio del carcelero, con rudeza:

—Despiértate. Arriba. Vas a venir conmigo.

Jimhu se mostró sumiso, precediendo a Pahad con paso lento y resignado. Pahad le siguió, su pistola radiónica a la vista de todos. Atravesaron corredores medio abandonados, en los que sólo encontraron unos cuantos ciudadanos; éstos los contemplaron con asombro, pero les pareció natural que el gran Pahad tuantatha llevase consigo a su propio prisionero.

En la habitación de Pahad, mientras se endosaban las armaduras, decidieron la ruta más segura para llegar al hangar.

—Desde el momento en que abandonemos esta habitación —dijo Pahad— seguiremos adelante sin detenernos por nada. Si la gente cree que sabemos lo que estamos haciendo, no será fácil que nos molesten; pero este lugar está lleno de ambiciosos y cualquiera de ellos es capaz de sentir sospechas y tratar de averiguar lo que traemos entre manos. Tenemos que mantenernos por delante de su curiosidad. ¿El traje te resulta demasiado pesado?

Jimhu alzó sus magros hombros y contestó como todos los débiles:

—Soy delgado pero fuerte, tuantatha.

De nuevo en los corredores, las masivas armaduras hicieron resaltar su presencia. Pero cuanto más visibles, más seguros. La mayor parte de los ciudadanos de la Colonia se encontraban en sus celdas, en aquella hora sumidos en el q' eridabrazo del pansensor o de su compañera; y no se veía ninguno por la sección industrial de los edificios, a través de la cual pasaba la mayor parte de su camino.

Por fin, Jimhu abrió una especie de puerta trasera y entraron en un enorme y frío hangar lleno de aeros.

Por suerte, los guardias eran claramente visibles, de espaldas a ellos y su atención fija en un pansensor. Los juegos del día habían terminado y ahora una mujer destilaba

sus hormonas a través de sus roncadas cuerdas vocales, acariciando a los dos hombres con dedos fantasmales y otros detalles anatómicos, llenando sus fibras olfativas con los acostumbrados perfumes afrodisíacos.

Por un instante, Pahad se sintió retenido por la rígida costumbre de que era la peor muestra de mala educación el interrumpir a cualquiera cuando se encontraba inmerso en el ensueño provocado por el pansensor. Luego reprimió una sonrisa. Esperó, conteniendo a Jimhu por un brazo, hasta que la muchacha empezó una nueva canción, con otro traje aún más estimulante. Luego hizo un gesto a Jimhu para que se dirigiera a las puertas del hangar e inició su cauteloso avance hacia su presa.

Mientras se acercaba, le costó convencerse de que la ondulante mujer que le miraba desde la pantalla, no empezaría a gritar de repente, denunciando su presencia. Ella no era más que un espejismo proyectado a través de los siglos, mucho «mejor» ahora de lo que fue en el pasado, porque ahora no tenía «consecuencias».

—Bien —pensó—, cuando tengan que preocuparse de las consecuencias, ya será tarde.

Apuntó la pistola radiónica con cierta ansiedad, sin sentirse demasiado seguro del ajuste de la descarga que oscilaba entre un simple *shock* nervioso y la muerte rápida.

—¡Más y más cerna de mí, Oooh! —cantó la muchacha de la pantalla con fina ironía.

Un estruendoso, detonante y terrible ruido que despertó todos los ecos del hangar, hizo reventar la tensa situación como una bala contra un globo. Pahad casi dejó caer su pistola y los dos hombres saltaron de las profundidades de su éxtasis como dos ranas galvanizadas, dieron media vuelta casi en el aire y le vieron. Gigantesco dentro de su armadura, imponente contra las sombras, con su amenazadora pistola radiónica y brillante máscara frontal, debió constituir una mala medicina para un corazón débil. Uno de los guardias cayó al suelo de rodillas y empezó a gatear enloquecido, agarrándose a la pierna de Pahad en busca de apoyo. Pahad bajó la pistola pero la descarga no hizo más que rozar el trasero del individuo con el mismo efecto de un cohete para catapultar aeros. El otro guardia ya se había perdido de vista entre la obscuridad.

Pahad sabía que en su armadura no podía alcanzar ni al más débil corredor. Reprimió un inoportuno deseo de echarse a reír y conectó su micro para llamar a Jimhu. Con alivio, escuchó cómo su compañero le respondía en el acto.

—Lo siento, tuantatha. He chocado con una pila de bidones de combustible y los tiré al suelo. No estoy muy acostumbrado a esa armadura.

—No importa; abre las puertas pronto. Esos hombres llamarán a la Patrulla y ellos no se asustan fácilmente. ¿Qué aero cogeremos?

Con o sin tropezones, sin la ayuda de Jimhu estaría ya perdido.

La agitada respiración de Jimhu era prueba de que ya estaba corriendo mientras contestaba:

—Quédese donde está, tuantatha, hasta que pueda abrir las puertas.

Durante el breve incidente, la muchacha rubia había alcanzado el límite de su frenesí. Pahad se volvió hacia la muchacha, pensando que no era más que una ruidosa molestia, y la contempló, sólo técnicamente vestida, los brazos tendidos en una lánguida invitación. Ella no tenía otro efecto sobre él que el que produciría un modelo de suave goma pintada, con ojos de cristal y cabellos postizos.

Sencillamente, ella no era un ser humano, como Elisi en la playa de la caverna. Pahad no podía imaginarse el vivir con ella la vida de estática intoxicación sobre la cual la mujer gemía, mejor que con un pescado. En realidad, no podía imaginar que pudiera hacerlo con nadie.

—¡Tú —dijo abruptamente—, ha pasado tu momento! Has estropeado la Tierra aun para tu propia locura. Vete a casa.

Pahad levantó fácilmente una de las sillas y la lanzó sobre el pansensor. Imagen y canción se apagaron como una vela bajo el soplo del viento, entre el chasquido del cristal destrozado, dejándole entre las cavernosas sombras del hangar. Aquél era un mundo de ásperas realidades, pero el mundo donde vivían Jarel, Elisi y Benuha.

Al mismo tiempo escuchó el rumor de las grandes puertas exteriores y un torrente de aire helado le azotó el rostro medio protegido por la máscara. La voz de Jimhu resonó en el interior de su casco:

—Venga a la puerta, tuantatha. El aero que llevaba ayer aún estaba aquí, preparado para el vuelo. ¡Ah! La Patrulla no se atreverá a perseguirnos en esta tormenta.

Pahad empezó a correr.

—¿Tiene combustible?

—Los tanques al máximo. Nos puede llevar a cualquier lugar de la Tierra.

Una voz extraña les interrumpió.

—Llamando a Konor tuantatha... Por tu propio bien, contesta... Tenemos algo que decirte.

Con el pie en la escalerilla del aero, Pahad se sintió seguro. —De acuerdo —contestó—. Di lo que tengas que decir, pero pronto. Tengo prisa.

—Tuantatha, no tienes ninguna posibilidad de sobrevivir en la tormenta de ahí afuera. Hemos prohibido el vuelo hasta a nuestros aeros de emergencia. Estamos autorizados para garantizar tu vida, libertad y rango actual.

—La única vida que me ha dejado Andu Rameha está ahí afuera. ¿Qué dices, Jimhu?

—¿Volver, para que me cambien el cerebro? También cambiarán el suyo, tuantatha —dijo Jimhu por el micro—. ¡Vámonos!

—Gracias por la oferta —dijo Pahad—. Preferimos morir rápidamente si es que tenemos que morir de algún modo. Entró en el aero y cerró la puerta detrás de él.

Jimhu estaba ocupado en el cuadro de mandos, calentando los motores. Cerró un contacto y el aero empezó a elevarse, lentamente, se estabilizó y luego se inclinó como si un peso lo sujetase.

Pahad se volvió automáticamente y vio un rostro encuadrado por un casco de acero, en la ventanilla de la puerta. Una voz resonó ronca e implacable a través de la radio:

—En nombre de la Raza, detened este aero. Aterrizad o perforaré el casco.

Una mano cubierta por pesada manopla levantó un masivo proyector radiónico.

Pahad apretó impotente su ligera pistola. Pero la voz de Jimhu restalló:

¡Al infierno! Suelta. Voy a conectar los chorros.

Pahad vio el cañón del enorme proyector alzarse amenazador... y fue lanzado, tambaleante, contra la pared del compartimiento. El rostro desapareció de la ventana y un sordo gruñido llegó a través del comunicador. Luego todo quedó en silencio.

Capítulo 22

JIMHU

O mejor dicho, todo quedó sumergido en un sonido tan intenso que era equivalente al silencio. El mismo aullido de los tubos de reacción quedó sofocado. Excepto por las temblorosas agujas de los instrumentos, el aero podía estar en el interior de una burbuja plástica, translúcida hasta unos pocos metros, cuyo único solvente era el sonido.

En una pantalla rectangular de navegación, Pahad trazó el rumbo, colocó un punto de luz rojiza en las coordenadas de la Colonia y otra luz esmeralda en las coordenadas de la caverna de los Lithuas, que recordaba igual que su propio nombre y se sentó a contemplar el movimiento del punto de luz que brillaba como un diminuto rubí. El aero, contra el viento, progresaba casi a la misma velocidad con que un hombre puede caminar.

Jimhu pronto se cansó de esforzar la vista contra un globo de tres metros de turbulenta blancura; libre de preocupaciones una vez más, se dirigió hacia el pansensor para ver cómo terminaban los Juegos Nocturnos. Cuando Pahad protestó que sería mejor que se mantuvieran alerta, Jimhu se encogió de hombros:

—No hay Ciudades, no hay nada ahí abajo. Tenemos todos los aparatos de seguridad que se han inventado. Y volamos en línea recta hacia un punto conocido. ¿Okey?

—Ni siquiera la Patrulla se arriesga a desafiar la furia de ahí fuera, ni siquiera los astronavegantes de la Liga. Es algo peor que Marte. Yo lo sé.

—Claro, tendríamos que tener mucho cuidado si estuviéramos *fuera*. Pero estos aeros están preparados para *cualquier* emergencia. Y eso me hace pensar que disponemos de comida para el caso de un aterrizaje forzoso. Ahora somos libres. ¿Qué le parece si lo celebramos con una buena cena?

Rebuscó en un compartimiento de la nave y volvió con unas salchichas de soja y comprimidos de pescado, que ofreció generosamente a Pahad. Mientras comían, Jimhu miró los instrumentos de la cabina y silbó:

—¡Hermano, casi hemos llegado!

—Sí, ¿y cómo llegaremos a la caverna con esta tormenta?

—Es una buena pregunta —dijo Jimhu con la boca llena—. ¿Qué dice *usted*?

—Aterrizaremos y esperaremos. Nos será posible llegar a la caverna a pie desde aquí, una vez podamos ver dónde ponemos los pies.

Jimhu se sentó frente a los mandos de nuevo. Pahad asumió que un piloto experto podía hacer un mejor aterrizaje que él, pero mantuvo un cínico ojo en los instrumentos. Ahora observó algo inquietante: La altura sobre el nivel del mar y la velocidad del aire disminuían normalmente, pero la altura y la velocidad en relación al suelo oscilaban en forma errática. Sin embargo, aquello no parecía preocupar a

Jimhu. Consiguió posar el aero en el suelo con considerables sacudidas pero sin ninguna avería.

—¡Peste! —exclamó—. ¿Quel'ha p'recidoparaterriz'je enm'tad d'latormenta?

Su laborioso tuanto-Polinesio empezaba a deslizarse hacia el lenguaje Básico de los Libres.

—¡Estupendo! —dijo Pahad para mantener la moral del hombre. Pero una horrible sospecha empezaba a cristalizar.

—Jimhu —dijo al cabo de un instante—, estamos perdidos.

—Nop' edeser. Instrumentos nom' enten. Losc' onozcobien. ¿Okey?

—Los instrumentos pueden engañarse. Nuestra velocidad en relación al suelo era falsa debido a las espesas ráfagas de nieve que pasaban debajo de nosotros.

El rostro de Jimhu se alargó.

—¡Peste! ¡T'nesrazón! Nop'nséneso. Oh, bien —se animó—. 'Stamosseg'ros. P'dremosird'ndeq'eremos cuando aclare.

Pahad pensó que era inútil explicarle que cuando el tiempo aclarase tendrían que explorar en todas direcciones durante largas horas y que la Patrulla también estaría en condiciones de perseguirles con una exacta indicación de su posición. Lo único que podía hacer era sudar de angustia mientras esperaba, y rogar que el error no fuera demasiado importante.

Pero la tormenta aulló incesante durante muchos días. Y sus reprimidas energías no encontraron salida mientras el cronómetro de la cabina marcaba el paso de las horas y los días, hasta llegar a la segunda péntada...

En la mañana del séptimo día, Pahad abrió los ojos para ver como brillaba el sol en un cielo despejado. En dos segundos, estaba gritando a Jimhu y vistiéndose su traje espacial. Jimhu sacó la cabeza por la puerta de la cabina, con una alegre sonrisa en su rostro:

—Me preguntaba cuándo iba a despertarse, tuantatha. —¿Te preguntaste...? ¿Por qué, en nombre del Futuro, no me despertaste?

—Bien... ¡estaba dormido!

—¿Cuánto tiempo hace que ha dejado de nevar? —Cosa de veinte minutos.

Pahad no perdió tiempo, ni palabras para lamentarse sobre el combustible derramado. ¿Qué sería lo que podía llevar a cabo la Patrulla en veinte minutos? Se lanzó a la cabina y dirigió la antena del radar hacia la Colonia. En la primera pasada captó tres latidos y uno se movía recto hacia ellos, aunque aún se encontraba a cincuenta kilómetros de distancia. Pensó con rapidez.

«No podemos luchar con ellos en el aire; sólo nos haremos más visibles si despegamos. Llegarán tirando a matar, después del modo como Jimhu abrasó aquel patrullero en el hangar. Aunque consiguiésemos llegar antes que ellos a la caverna,

nos alcanzarían sin remedio antes de que pudiésemos recorrer el camino desde el aero hasta la entrada de la caverna.»

Se volvió hacia Jimhu:

—Ponte el traje espacial.

—Okey, tuantatha.

Pahad revisó todos los detalles con una rápida eficiencia que no creía poseer.

—Toda la comida que podamos llevar, Jimhu.

—¡Okey!

Minutos más tarde corrían torpemente hacia un grupo de peñascos que se alzaban a cosa de quinientos metros. Pahad esperaba que el aero de la Patrulla tuviera sus radares enfocados para captar objetos grandes y metálicos. La voz de Jimhu se lamentó a través del comunicador:

—No comprendo nada de esto, tuantatha.

—Ya lo verás. No hables; pueden captar nuestras radios.

Una vez en las rocas, Pahad, imitado por su compañero, excavó una pequeña trinchera en la nieve. Entre las rocas, calculó, formarían parte de una masa confusa para cualquier ojo o instrumento. Y ellos concentrarían su atención en el aero. Ya podía ver la nave de la Patrulla, un punto en el cielo que se agrandaba rápidamente.

El comunicador crujió chirriante:

—Tuantatha Konor. Podemos verte.

El vello de su nuca se erizó, aunque sabía que se referían al aero.

—No seas estúpido. Eres visible a simple vista. Sal al descubierto y quédate a cien metros del aero. Vamos a recogerte. —¡Peste! —jadeó Jimhu.

Pahad sólo pudo esperar que los Patrulleros no pudieran captar la débil onda con la suficiente precisión para localizarles. No se atrevió a amonestarle.

—Tuantatha Konor, vamos a bombardear el aero tan pronto como lleguemos. Si sales de ahí, te dejaremos escapar. Si no lo haces, no nos importa salvarte o matarte. Haz lo que quieras.

El Patrullero era ya claramente visible, con la forma peculiar de todos los objetos aerodinámicos vistos de frente. A través de su casco abierto podía oír el amenazador y agudo aullido de sus motores. El comunicador recitó incesante:

—No amenazamos en vano, tuantatha. Será mejor que acuses recepción. Contesta. Vamos a bombardear... Contesta...

Bien, si es eso lo que quieres.

Un objeto pequeño y sólido se desprendió del Patrullero y cayó limpiamente, en ángulo oblicuo.

Tuvo tiempo de reflexionar vívidamente cómo el arte de la guerra había sido transferido a las siguientes generaciones, como la glándula pineal para una función que ya no era necesaria... Tuvo tiempo para esperar que la puntería fuese lo bastante precisa para dar en el blanco exacto y que no se desviase hacia donde ellos estaban, y que la onda explosiva no fuese demasiado horizontal... Luego, una enorme erupción

de llamas destrozó el aero en negros y silueteados fragmentos. El Patrullero salió de la pasada y se elevó en un ascenso casi vertical. Pahad enterró el rostro en la nieve. La onda explosiva sacudió su cuerpo, como si fuese todo oídos. Ninguna época terminó de un modo tan brutal: el combate regresaba a la Tierra.

¿Volverían en busca de los cadáveres?

—¡Peste! —jadeó de nuevo Jimhu, como si quisiera tentar al Destino.

Pero la voz del Patrullero resonó con seca disciplina: —Llamada a base. Aquí Patrulla 109. Aero y ocupantes destruidos. Espero órdenes.

Una voz idéntica a la primera replicó:

—Buen trabajo, 109. Todas las patrullas deben regresar a la base. No perdáis tiempo. Nos queda aún mucho trabajo.

Los fugitivos siguieron tendidos hasta que el aero enemigo se perdió en el azul del cielo. Luego emprendieron la marcha en lo que Pahad creía que era la dirección general de la costa. Una vez más empezaba la lucha del músculo y el valor contra la distancia. ¡Sólo que esta vez regresaban!

Además, Jimhu constantemente requería su atención. De un modo alterno, se lanzaba sobre sus esquíes hasta adelantarse con exceso o se quedaba muy atrás. Hablaba continuamente del fabuloso futuro e insistía en frecuentes descansos. Con los comunicadores cerrados, ya que el tiempo bonancible permitía mantener abiertos los visores, no cesaba de parlotear en Básico Libre.

¿Qué sería de Jimhu en el poderoso y decidido mundo de Toangahela? Su impulsiva rebelión había demostrado un rudimento de carácter y estaba dispuesto a seguir a un jefe hasta el fin. ¿Pero aquellas cualidades, le harían elegible siquiera para las más humildes tareas entre los hombres de la Liga? Tenía la innata propensión del *homo domesticus* para una revolución que trajera el paraíso a la Tierra de la noche a la mañana; y también tenía la falta de resistencia del *homo domesticus* para el largo camino en el cual encontraría nuevos agravios en lugar de los viejos.

Sin embargo, fue Jimhu quien anunció, con un grito de triunfo, la primera vista del océano. Desde una loma, el torturado terreno caía en rápida pendiente hacia el inconfundible mar helado a unos diez kilómetros de distancia. Jimhu emprendió el descenso en el acto.

Pahad trató de retenerle:

—No me gusta el aspecto de esa pendiente. Además, será mejor que nos mantengamos en lo alto, hasta aquella punta que se divisa desde aquí. Aún no sabemos dónde se encuentra la caverna, y allí podremos abarcar más terreno.

Jimhu argumentó en tuantoi:

—Llegaremos a la punta más aprisa, si bajamos por aquí. Es el camino más corto y los Patrulleros no pueden vernos. ¡Vamos!

Se lanzó en sus esquíes por la pendiente, fascinado por la facilidad con que descendía, indiferente al peligro como los motoristas de antaño. En los Programas, las dificultades y los peligros le acechaban a uno, pero siempre eran vencidos.

Pahad comprendió lo inútil de sus argumentos y se maldijo por no haber tenido la precaución de sujetarse a Jimhu con cuerdas, como había hecho en el aero cuando Jimhu parecía dispuesto a perderse en las proximidades del aero, en medio de la tormenta. Le siguió a la fuerza, tratando de adelantarse a su compañero, con el fin de escoger el camino más seguro.

Aquel terreno le parecía extraño. Rocas agudas, demasiado pesadas para deslizarse por la pendiente, formaban pequeñas colinas y valles, fantásticos puentes y ríos de nieve parecían helados en medio de un furioso movimiento. Con continuas paradas y rodeos, el camino era mucho más largo y peligroso del que hubieran encontrado por el borde superior de la planicie. Pero Jimhu rehusó regresar, mostrándose todo lo valiente que debía ser un veterano de mil riesgos. Desde las delicias de la libertad, había llegado a creer en una invulnerable omnipotencia. Mientras Pahad tanteaba el terreno, él sencillamente seguía adelante sin detenerse. Dos caídas en la engañosa pendiente sólo sirvieron para aumentar su excitación. Lo único que Pahad pudo conseguir de él fue que conectara su comunicador en caso de que quedaran separados.

Pahad, sudoroso e irritado, empezaba a esperar que ya no tardarían en llegar al banco de hielo. Podía escuchar a Jimhu, de nuevo en la vanguardia, expresando su alegría en la única forma que conocía:

—Lafel'cidaddetusard'entesbesos, lafel'cidaddetusard'entesbesos... —cuando, de repente, la canción terminó en un grito de terror animal, seguido por un ominoso silencio.

Pahad, que había estado buscando camino para adelantarse y asegurarse del terreno que pisaban, volvió los ojos hacia Jimhu, pero su mirada osciló por un instante sin nada donde posarse. Luego observó un negro agujero donde antes estaba Jimhu.

Tiró su carga y los esquís y se arrastró hacia delante, primero de rodillas, y luego sobre el vientre, tanteando el suelo con los brazos extendidos. El comunicador sólo zumbaba y sus urgentes llamadas se perdían en el vacío. Cerca de la fisura, sus manos hicieron caer una masa de nieve endurecida que se hundió en silencio debajo de su barbilla, dejándole contemplar horrorizado un increíble y verde precipicio.

Las aristas y bloques de hielo impedían ver el fondo; no se veía rastro de Jimhu, y era imposible que un cuerpo humano, aún protegido por la armadura, pudiera haber rebotado en aquel verde pozo y seguir viviendo.

Sin embargo, con un horror que le erizó los cabellos, cuando abrió el volumen del comunicador pudo escuchar los suspiros y gemidos del desventurado, tan cerca como si estuviera a su lado. Pahad dijo, suavemente, tratando de reanimarle:

—Jimhu, Jimhu, estoy aquí. Todo irá bien. ¿Puedes oírme? Pronto te sacaré de ahí.

Su mente buscó desesperada algo que pudiera hacer, alguna consoladora mentira. La voz de Jimhu era confusa.

—No, no está bien. Me muero, tuantatha... Ya no puedo sentir las piernas ni el estómago... Quisiera *dejar* de sentir mi brazo izquierdo... Este debe ser el dolor de que hablan en los Programas... pero nunca pensé... Todo es verde y azul... Tengo frío... Debe haberse roto el traje...

Era el fin de todo. No existía medio de descender para ayudarle, ni siquiera para que un hombre ileso volviera a la superficie. Y si el aislamiento de la armadura había fallado, sólo era cuestión de tiempo, mientras conservase el poco calor que le restaba. Pahad dijo:

—Estoy aquí, Jimhu. Te sentirás mejor dentro de poco y ya encontraremos el medio de sacarte.

Pero pensó, con agonía: Esto puede durar largas horas.

—Ya me siento mejor. Esas cápsulas que me enseñó, las verdes que son como las pastillas del doctor. Voy a tomarlas todas.

Pahad no podía decirle que no lo hiciera.

Gemidos y un doloroso jadeo; luego:

—Ya está. Me siento mejor... ¿Sigue ahí?... Bien... Oiga, tuantatha... Dígame, ¿este hielo se fundirá alguna vez, eh?... Bien, ¿entonces me encontrarán aquí, uh?... Bien, tuantatha, ¿quiere decirles que, cuando lo hagan, levanten aquí algo así como los antiguos monumentos que aparecen en los Programas?... Sabe, yo he sido el único entre cincuenta mil millones, que se rebeló e *hizo* algo... Ellos no podrán llevarme a la Planta de Recuperación, para devolverme a esa maldita Raza... fue necesario el hielo, y la tormenta, y los Patrulleros, y todo lo demás para acabar conmigo... Me gustaría el R'cuerdoport'dol'Eticidad...

Pahad dijo, suavemente:

—Así lo haré, muchacho. Te diré lo que haremos. Tú has empezado todo esto con tu defensa de esos hombres-bestias. Yo les pediré que sean ellos quienes levanten el monumento, y ellos siempre te recordarán como uno de sus héroes... ¿Okey?...

Pahad usó la exasperante muletilla, en el momento oportuno.

—¡Peste! —la voz parecía alejarse hacia la infinita distancia—. Y Pahad, les dice a todos, a los cincuenta mil millones que prefiero morir así después de lo que he hecho... que dos q'eridab'razo por toda la eternidad...

—Yo se lo diré, Jimhu —(sólo el Futuro sabía si alguna vez llegaría a alguna parte donde podría contar lo ocurrido)—. Jimhu... ¿estás ahí, Jimhu?...

Pero Jimhu había escrito Finis a su breve y fantástica saga.

Capítulo 23

ZORRO SOLITARIO, Y ORGULLOSO

Se despertó en la oscuridad con el viento bramando encima de él, no una verdadera tempestad como las que acostumbraban a estallar en aquel Continente, sino como un huracán en cualquier otro lado. ¿Por qué debía gastar sus energías luchando contra la fuerza del viento? ¿Por qué no seguir durmiendo, abrigado en su traje espacial, hasta que amaneciera?

Porque ya había descansado, aún faltaban cinco o seis horas para la aurora y sus energías se disipaban con el transcurso del tiempo. Se puso en pie y emprendió la marcha masticando su último puñado de alimento...

¿Cinco salvajes bahías, o seis? La oscuridad cubierta de nieve parecía eterna...

Se detuvo inmóvil. El primer rojizo destello del sol que surgía del horizonte, rozó un débil movimiento más allá de la próxima punta, un rosado vapor que flotaba y se disolvía...

Sus temblorosos músculos se endurecieron. Otros manantiales termales podían producir también nubes de vapor en aquella costa... Pero, vería de qué se trataba esta vez, sólo para estar seguro.

El valle que se extendía entre las dos puntas era muy ancho y áspero. El viento lanzaba continuos batallones de rosados cristales de nieve a través de su camino. Pero el cielo aclaraba y la luz era más fuerte...

En la periferia de su visión, un hombre puede captar un destello que un enfoque directo no descubriría, captarlo y hacer que la cabeza se vuelva... Ahora sus ojos no vieron nada por un instante, y luego de nuevo aquella chispa en el cielo hacia el nordeste. La chispa lució por un breve latido y luego desapareció. Pero Pahad sabía qué era. Y sabía por qué se encontraba allí. Durante todo el día de ayer, después de captar sus últimas palabras con Jimhu a través del radiocomunicador, la Patrulla le había seguido, manteniéndose en el disco del sol, pacientes, hasta conocer su destino. Al amanecer, tenían que aproximarse más para que no se les escapara de entre sus manos; pero aún así, sólo la casualidad les había traicionado. ¡El primer asalto era de la Patrulla! ¿Y ahora qué?

El regresar desde aquel punto les diría tanto como seguir adelante. Lucharía hasta el fin, pensó con la mente confusa por el hambre.

Una hora después había ascendido el promontorio y podía dominar la bahía. Aquélla *era* su bahía, sin duda alguna. Sin embargo, si no hubiera visto aquel leve vapor rosado por los rayos horizontales del sol, habría pasado por su lado sin reconocerla. Hizo una mueca de sarcasmo al sorprenderse repitiendo unas antiquísimas palabras rimadas: «Al que madruga...». ¡Sí! Su misma resolución de continuar adelante le había llevado a las puertas de su objetivo. Pero también había llevado a los Patrulleros. ¡Qué fantásticas ironías del Destino si hubiera dormido otro

par de horas, pasar al lado de la cueva sin verla, seguir adelante hasta caer exhausto, para ser recogido por la Patrulla y llevado de nuevo a la Colonia!

«Pero ellos están aquí y yo estoy aquí. Y ahora, ¿cómo podré llegar a la entrada de la cueva? Estos acantilados caen verticales de punta a punta de la costa.»

Miró hacia atrás y percibió el centelleo del aero que se acercaba; habían adivinado su propósito y ahora iban a apoderarse de la cueva y de Pahad.

Distinguió una última y leve esperanza. Agazapado detrás de una masa de rocas, para confundir a los Patrulleros hasta el último instante, luchó para sacarse el traje espacial mientras los minutos pasaban rápidamente. El frío ártico atravesó sus pesadas ropas como si estuvieran hechas de paja. En el extremo de la bahía, a cosa de quinientos metros y justo detrás de la entrada de la cueva, el acantilado era muy bajo y parecía vertical. Empezó a correr con la nueva ligereza que le prestaba el hambre y la ausencia del pesado traje. El Patrullero picó hacia él. Empezó a oír el irritado silbido de los motores a reacción, cambiando de tono mientras se acercaban a él. Con los ojos de su imaginación podía ver, con la misma claridad que en cualquier pansensor, los ceñudos rostros de los artilleros y bombarderos preparándose para el ataque.

Desafió todos los riesgos corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas por encima de las rocas y el hielo, un blanco perfecto en su ajustada ropa negra. El aero se lanzaba ya sobre él. ¡Maldición! ¿Llegaría tarde por unos pocos segundos?

Aquél era el lugar. ¡El acantilado tenía un corte vertical, gracias a la Fortuna! Y el agua allá abajo estaba limpia de hielo. Dobló las rodillas y saltó al vacío sin perder el impulso de su carrera.

El frío aire le quemó las orejas y le mordió el rostro mientras caía. Parecía desplomarse en el interior de un enorme y pálido arco iris que flotaba con el vapor.

Luego, en un instante, el calor lo rodeó; el agua salada le llenó la boca. Nadó furiosamente en dirección a la entrada antes de volver a la superficie. Pero una vez que emergió, no volvió a sumergirse... no podía mantenerse bajo el agua ni diez segundos. Sólo podía nadar con las fuerzas de la desesperación, con los pulmones que parecían estallar a cada brazada... Una fuerte sacudida le conmovió... El olvidado recuerdo de algo visto en un viejo pansensor le dijo que se tendiera de espaldas sobre el agua. Demasiado tarde, desde luego, si tenía heridas interiores producidas por la onda de la explosión transmitida por el agua; pero la maniobra le permitió ver un segmento del acantilado, a su espalda, inclinándose lentamente hacia él, fragmentos de roca e hielo lanzados por el aire y un sólido y negro humo que se cernía sobre el borde del acantilado. ¡La Patrulla! ¡Despiadados y crueles! No quisieron arriesgarse a fallar el tiro sobre un blanco movable y diminuto, y en vez de ello habían provocado el derrumbamiento de un millar de toneladas de atronadora muerte para enterrarle bajo la avalancha.

Pero fallaron una vez más. Pahad nadó con todas sus fuerzas y pudo ganar un margen de seguridad-antes de que la avalancha cayera sobre la bahía. La ola provocada por el impacto sólo sirvió para lanzarle hacia delante, mientras la espuma y la arena le abofeteaban sin piedad. Giró ahora hacia la orilla, luchando por ganar aún otro metro de ventaja. El Patrullero volvería a atacarle en el acto.

Una ola de desafiante vitalidad, tan grande como la ola de agua, le llevaba en su cresta. Hasta ahora había seguido adelante con obstinada determinación, calculando sus posibilidades con desesperada furia. Ahora, una juventud como nunca había conocido se apoderó de su cuerpo y su cerebro. No era sangre sino polta lo que llenaba sus venas mientras nadaba con todas sus fuerzas.

La entrada de la cueva se abría delante de él, luego por encima. Se levantó en el agua y lanzó un grito de triunfo. ¡Había llegado! No por deber o tradición, ni siquiera curiosidad, sino con un supremo esfuerzo de su cuerpo y de su mente. ¡Benuha, Elisi, Jarel, he llegado!

Entre las verdosas sombras vio delante de sí ya suyo el espolón de roca donde él y Elisi se habían refugiado de los ataques de la orca. Alcanzó la roca y subió. Allí estaban las espigas de pescado. ¿Pero dónde estaba Hauk? ¿Dónde estaban los demás? Miró hacia atrás y en el retorcido triángulo de la entrada vio el aero muy lejos, pero lanzándose sobre la cueva.

Comprendió en el acto cuáles eran sus propósitos: No podían entrar en vuelo, desde luego, pero iban a bombardear la entrada como lo había visto hacer en los viejos programas del pansensor. Se tiró al agua de cabeza y siguió nadando furiosamente. No podrían *detenerle* ahora. Y sin embargo, un derrumbamiento de la caverna podía terminar su carrera con la misma brutalidad que un rayo sónico allí afuera.

Sus movimientos le parecieron adquirir una lentitud de pesadilla.

¡Ahora había pasado el recodo de la cueva... mucho más seguro! Sus pies ya tocaban fondo. Cada aliento que aspiraba era envenenado por el suspenso de saber que quizá fuera el último. Escaló torpemente la pequeña playa rocosa. ¡La puerta! Llegó hasta ella y la empujó.

En el mismo instante, un bronco rugido resonó en la caverna como algo sólido, lanzándole contra la puerta. La débil claridad se apagó y el acre olor de algún explosivo llenó la oscuridad. Una inmensa ola estalló a su alrededor, casi ahogándole y le arrastró hacia atrás.

En un microsegundo, mientras se tambaleaba para recobrar el equilibrio, probó las heces de la más profunda desesperación. ¡Rechazado! Por eso no habían contestado sus llamadas desde el aero y por el comunicador del traje espacial. Después de su heroica batalla, verse rechazado por una simple puerta para morir en la oscuridad.

Con automática precisión, su mano volvió a coger el pesado pestillo de la puerta.

Y esta vez la puerta cedió, abriéndose de par en par, casi atrayéndole al interior. Una suave y confortable luz brilló sobre las agitadas aguas. Y la figura de un hombre se adelantó:

—¡Pahad!

—¡Benuha!

Nada le había parecido tan sólido y firme como la mano de su amigo.

Entró en el corredor y vaciló bajo el impacto de algo que se lanzó sobre él, rodeándole el cuello con los brazos, mientras gritaba:

—¡Oh, Pahad tuan! ¡Lo has *conseguido*! ¡Oh, eres maravilloso!

—Deja que el hombre recobre el aliento, Elisi —sonrió Benuha—. Parece que está condenado a sobrevivir una ola después de otra.

Ella le soltó, ligeramente avergonzada, pareciendo tener cuatro años menos que sus catorce, e inmediatamente se convirtió en la experta profesional en medio de unos estúpidos hombres.

—Bien, creo que *puedo* abrazarle, después de todo lo que nos ha hecho *sufrir*. Pero ahora debemos acompañarle hasta las habitaciones de Holvor para que se quite esta ropa mojada, ¡ugh!

Emprendieron la marcha, acomodando su paso a los vacilantes restos de energía que quedaban en Pahad, en medio de excitados grupos de Lithuas. Mientras caminaban, Benuha explicó:

—No, mientras estabas en la dirección correcta no quisimos establecer contacto por radio; eso habría ayudado a la Patrulla. Pero estábamos preparados para salir en el momento en que te encontrases con dificultades superiores a tus fuerzas... No, no pensamos que estabas sin comida; esa no es la forma en que tú generalmente haces las cosas. Y no captamos la presencia de ese Patrullero hasta hace un instante. Hemos enviado un grupo de ataque con armas antiaéreas para ayudarte; es posible que aún derriben a esos canallas. Ha sido mejor que no tuvieras que confiar en ellos, sin embargo... No, no sabíamos que Hauk había cerrado la puerta, hasta que oímos los golpes que diste sobre ella. Nosotros —miré a Elisi— esperábamos aquí para darte una sorpresa.

Elisi seguía silenciosa a su lado.

En la vivienda de Holvor, se vistió unas ropas calientes y secas y bebió una taza de algún fuerte estimulante caliente, y comió algo. Mientras se abrochaba la camisa, algo áspero le rozó la mano. Bajó los ojos y vio, sobre su corazón, el esmaltado mapa del Continente Rebelde. Una sensación de orgullo y de fuerza completó la obra de la media hora de descanso y alimentos.

—¿Y ahora —dijo Benuha— puedes hacer un poco más?

—¡Bah! —dijo Pahad—. Si no he hecho más que un paseo de veinte kilómetros y luego nadé un poco. Y estaba medio hambriento. Pero tú y Elisi sois mejores que la hua-hua. No podría descansar. ¿Qué tengo que hacer?

Benuha sonrió:

—¿*Esa* clase de valiente, eh? Bien, Jarel va a recibir una embajada de tus amigos, los Patrulleros, dentro de —miró a su cronómetro— unos veinte minutos. Le gustaría que estuvieras allí.

Pahad levantó la cabeza y rió con verdadera alegría.

—Bien, casi llegué tarde... En realidad, me entretuvieron. Pero estaré allí.

Capítulo 24

PEÓN DE REY A R4

No hubo tiempo para otra cosa que un afectuoso apretón de manos con Jarel, que se destacaba alto y vestido de rojo entre un grupo de los tuantoi-tan rebeldes. Sus respectivos rangos no eran visibles; nadie llevaba otra insignia que el emblema Rebelde. Jarel iba a ser su portavoz. Estaban reunidos en el centro de una caverna de hielo natural, igual como la que Pahad había visto por primera vez al llegar a Toangahela, pero el piso estaba cubierto con alguna substancia de color gris brillante, contra el cual se reflejaban los vivos colores de sus trajes.

Casi no tuvo tiempo de colocarse detrás del hombro derecho de Jarel, cuando un gong resonó con profundas notas y, al otro lado de la caverna, un grupo pareció surgir de las verdes profundidades del hielo. Los tres hombres en el centro del grupo vestían uniformes negros, con unas negras caperuzas sobre sus cabezas. El resto eran guardias, los típicos subalternos de la Liga. Todos se detuvieron cuando los guardias les quitaron las caperuzas y luego los tres embajadores avanzaron por la amplia sala.

Pahad sintió una emoción, no de odio, aunque la Patrulla buscó su vida casi no hacía una hora y había indirectamente matado a Jimhu, sino de orgulloso antagonismo. Aquellos no eran despreciables enemigos, por lo menos. Marchaban firmemente, con serenidad, como si ya hubieran organizado a la Raza detrás de ellos, y nadie podía calcular cuántos miles de millones de material combativo podrían aún reclutar entre la decadente Humanidad. ¿Qué clase de Raza, pensó en un terrible paréntesis, podrían moldear ahora que estaban entre sus manos? ¿Cuántos enjambres de termitas militarizados, escogidos entre el informe material Libre, no podrían lanzar contra el Universo? ¿Qué irónica transformación del Evangelio predicado por los Andus y las Ruaras! Bien, él, Pahad, había hecho fracasar sus más despiadados esfuerzos.

Cuando estuvieron a cinco metros de los Rebeldes que esperaban, Jarel se adelantó con graciosa cortesía.

—¿Deseabais vernos? ¿Qué queréis de nosotros?

El jefe de la embajada miró rápidamente a la media luna del Tuantoi-tan Rebelde, como si buscara una señal de su rango. Luego dijo con la monótona entonación de la Patrulla:

—Mi mensaje debe ser entregado a aquellos que se llaman a sí mismos el Tuantoi-tan de esta Comunidad. ¿Sois vosotros?

—Somos nosotros. Y yo hablo en nombre de todos.

—Entonces éste es mi mensaje: Debido a las irregularidades en la administración de esta región y al abuso y criminal retención de sus recursos naturales, y otros actos en detrimento de la Comunidad Mundial, el Tuantoi-tan de la Tierra ordena que todos los servicios y territorios de este Continente sean rendidos al control de los agentes

del Consejo, y que las personas que usurpan el título de Tuantoi-tan se entreguen en custodia para aparecer ante el Consejo Mundial y responder de los anteriores cargos. Esta es la substancia de mi mensaje, tuanto; y aquí está la declaración formal.

Presentó a Jarel una brillante lámina enrollada densamente inscrita con sonogramas.

Jarel la examinó brevemente y una sonrisa recorrió sus labios.

—Ya que no podéis esperar que consideremos todo esto más que como una formalidad —dijo suavemente—, ¿qué otra cosa tenéis que decirnos?

—Que si no obedecéis, os haremos salir de aquí como los hombres de otras épocas persiguiesen a los animales dañinos. Las cejas de Jarel se levantaron.

—Fuertes palabras, oficial. ¿Puedes mantenerlas?

—Tengo órdenes de advertirte: Sólo sois cinco millones, y estáis en una desproporción de uno a diez mil. Bloquearemos vuestra costa, destruiremos vuestras fuentes de alimentos marinos, hundiremos vuestras naves submarinas si intentan forzar el bloqueo, hasta rendiros por hambre. Entonces nuestras condiciones no serán tan generosas como ahora.

Jarel lo miró fijamente por primera vez.

—Eso necesitará por lo menos cincuenta años; posiblemente mucho más. Mientras tanto, también vosotros os encontraréis en dificultades. Vuestro mundo se agitará; sin nuestra ayuda caerá en el caos. En contestación a los discursos de Andu-tuanto, hemos ofrecido mantener el control de los acontecimientos, de manera que ni una sola vida se pierda inútilmente. Si nos vemos obligados a combatir por nuestro futuro, no podremos garantizar nada. ¿Podéis aplastarnos con una mano y contener el pánico entre los Libres con la otra?

El rostro del Patrullero se mantuvo impasible.

—Ni en cincuenta años, ni quizá en ciento, las aguas no habrán avanzado lo suficiente para ponernos en peligro. Nuestro pueblo es civilizado y obediente. No se entregará al pánico.

Jarel se acarició la barba:

—Muy bien, entonces; esta es nuestra respuesta: Habéis ocupado Kilimanjaro y Chimborazo. ¿Suponéis que sólo podemos llevar adelante nuestros planes desde puntos en el Ecuador? Sólo eran un poco más ventajosos, pero, sabed esto: en este Continente hemos almacenado suficientes reactores para impulsar a todos los mineros que puedan salir de la Tierra en los próximos ochocientos años. Y están colocados en puntos donde ejerzan máxima torsión sobre la Tierra si los descargamos. —Hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras y continuó—: El resultado no sería una catástrofe. Pero triplicaría la aceleración en el cambio de posición del eje terrestre, y hará que os veáis con las manos y los brazos llenos, antes que podáis reducirnos por hambre; destrozará vuestra Comunidad en mil fragmentos.

El rostro del Patrullero seguía tan falto de expresión como un bloque de granito. Esperó.

Jarel continuó, irrevocable como el estallido de una nova.

—La nueva torsión sería, desde luego, asimétrica, y lanzaría a la Tierra en un movimiento complejo. La desviación actual continuará hasta que el eje quede vertical, a menos que sea compensada. Pero si disparamos los reactores de emergencia, *ninguna* fuente de energía en la Tierra podrá detenerla. El globo continuará su nuevo movimiento por toda la eternidad. Pero el primer giro será definitivo. Cuando la Tierra apunte su Polo contra el Sol, un hemisferio quedará helado y el otro se abrasará. El único antídoto sería traer más reactores de otros planetas. Pero vuestro pueblo no sabría cómo hacerlo ni podrá aprender antes de que el desastre os destruya. Tendréis que llegar a un acuerdo con nosotros. Hagámoslo ahora, antes de que gastemos este vasto poder, antes de que vuestra Comunidad perezca por la violencia, mientras aún podéis tratar con nosotros como iguales.

La mente de Pahad casi no pudo comprender el aplomo de un hombre o de una organización que discutía el manejo del globo terrestre, como si explicara un nuevo juguete a un niño.

Los labios del embajador se movieron, como en un trance: —No estamos autorizados a tratar con vosotros, sino sólo a aceptar vuestra sumisión.

Era un reflejo automático. La exigencia de una Raza cuyos devoradores títulos nunca fueron desafiados. Detrás de ello estaba el más articulado automatismo del impulso mesiánico de Andu, el hiperinstinto maternal de Ruara, y ahora aquella agresividad de insecto.

Jarel contempló al hombre pensativo y dijo, como si hablara para sí.

—Se puede cortar el estómago de una avispa y seguirá comiendo... Tú, entre todos los humanos, has sido el más injustamente tratado por esa monstruosa Comunidad; y sin embargo no puedes ver nada fuera de ella. Penetrarás en el océano como los legendarios *lemmings*, y arrastrarás a la Comunidad contigo. Bien —terminó con decisión—, no tendréis nuestra sumisión, ni ahora ni nunca. Y si no queréis llegar a un acuerdo razonable, sois vosotros quienes habéis fijado la apuesta en todo o nada. Advertid a vuestros superiores que haremos estallar la mina al primer acto hostil contra nosotros. Eso es todo.

El Patrullero levantó su masivo rostro y contestó estólido:

—No se permitirá que hagas estallar la mina. Y si lo hicieras, encontraríamos la manera de contrarrestar su efecto. La Raza es una, indivisible y eterna. No podrás destruirla.

Los dos se enfrentaron por un largo instante: Jarel, una roja e irresistible fuerza; el Patrullero, un bloque inamovible de negro granito: dos reyes contrarios en la partida de la vida contra la muerte.

En aquel momento, Pahad comprendió que Jarel le había traído allí para participar en la lucha, un poderoso alfil en el juego decisivo. Habló firmemente:

—Patrullero, antes fui Libre. Y fui el hombre que tus bombas y tus cruceros no han podido matar hace poco. Otro Libre vino conmigo y murió desafiando a la

Comunidad. Tú también has desafiado a la Comunidad o no estarías en la Patrulla; pero te has arrodillado para lamer la mano que te hirió. Pero hay muchos como yo y como Jimhu —y como tú pudiste ser— que florecerán cuando la seca tierra sea regada. Ellos se unirán a nosotros para construir un mundo donde las mentes como la mía y la tuya no sean condenadas a morir porque se atrevieron a desear la vida. ¡Tú luchas ahora contra aquel mundo, por el mundo que mata! ¡Recuérdalo!

El impassible rostro del embajador se volvió hacia él para mirarlo sin demostrar ningún interés. Pero en el rostro de uno de sus ayudantes centelleó una breve expresión que pudo ser pena, o comprensión, o deseo, o las tres cosas a la vez.

Los Patrulleros fueron escoltados fuera de La caverna; el Tuantoi-tan se dispersó. Jarel se puso al lado de Pahad.

—Tus palabras fueron acertadas, Pahad. Tu golpe puede iniciar una grieta en ese potente bloque —dijo—. Ahora, ve y descansa. Te necesitamos para mayores y más importantes cosas. Eres nuestro más potente instrumento para despertar las nuevas ideas en el cerebro humano de los Libres. Ahora, descansa.

Dos días más tarde, junto a Jarel y frente a una pantalla de observación, contemplaba las enormes aeronaves que cruzaban el cielo de la Antártida. Más de ochenta de aquellas naves habían sido localizadas convergiendo desde todos los puntos del compás hacia la Antártida central, aparatos estratosféricos volando por encima de las tormentas, sin duda sacados de algún depósito oculto donde la Patrulla los habría conservado durante siglos.

—Se dirigen hacia nuestros reactores enterrados —dijo Jarel—. ¿Cómo diablos han podido localizarlos con tanta precisión?

Pahad se echó a reír.

¡Está claro! ¡Andu! ¿Y ahora qué? ¿Vamos a atacarlos?

—Todavía no. Tendrán que cavar durante péntadas para llegar al depósito de los reactores. Y ellos tienen que saber que podemos hacerlos estallar en cualquier momento. Pero no sabemos qué es lo que pueden hacer.

—No estimes en menos lo que Andu y Compañía pueden hacer, o conseguir que hagan los demás. Yo cometí ese error. Pero, si las cosas llegaran a este extremo, ¿harías estallar la mina?

Se había ofrecido voluntario para un trabajo que sólo él podía llevar a cabo; el sondeo mental de los Patrulleros invasores. Conocía la psicología de Andu y por lo menos podía comprender la de un Patrullero. Donde los complicados instrumentos predicen el tiempo y se equivocan, un experimentado cazador puede oler el viento, mirar con un ojo a la Luna y decir «lloverá antes del amanecer» con infalible seguridad.

De nuevo alcanzó su objetivo, solo y sin ayuda...

El y Jarel disfrutaban de la compañía y del exquisito hogar de una anciana pareja, de alto rango pero agradables y sencillos, amantes de la buena música y brillantes conversadores. Probablemente habían sido escogidos para tratar de calmar sus nervios; los exquisitos alimentos y bebidas que la pequeña mujer de blancos cabellos le servía, pensó amargamente, eran como los alimentos que se dan a un inválido para restablecerle. Estaba sentado, exponiendo su mente al sedante efecto de la compañía y del ambiente. Se estremeció cuando el comunicador zumbó suavemente.

El anciano caballero contestó a la llamada y se volvió hacia Pahad con un tono de excusa:

—Tuantoi-tan, comprendo que no debemos molestarle en sus horas libres, pero su sustituto dice que hay algo que le parece extraño.

—No tengo horas libres, tuantoi-tan. Quizás ésta es la oportunidad que tanto hemos esperado.

Su relevo conectó la sonda mental neurovisada desde el puesto de observación en la montaña a través de un potente aparato que parecía encontrarse, por casualidad, en un pequeño mueble del salón... Pahad se colocó el casco...

A través de los ojos de un Patrullero, pudo contemplar el sombrío paisaje de sus instalaciones misteriosas, los enormes edificios semicilíndricos medio enterrados en el hielo, las altas colinas de hielo y roca arrancadas del fondo de sus minas. Su Patrullero corría pesadamente hacia el más cercano pozo, sintiendo un extraño y medio familiar pánico:

—¡Es tarde, es tarde! ¿Por qué no me lo dijeron?

La escena ofrecía una extraña soledad, ninguna otra figura se movía, ninguna de las vagonetas de mineral funcionaba. El Patrullero saltó al rápido ascensor, casi agonizante ante su impotencia para que fuera más aprisa:

—¡Es tarde, es tarde! ¿Por qué no me lo dijeron?

Cuando por fin llegó a los niveles subterráneos, corrió desesperado por un largo corredor, como en una pesadilla, sin fin, pasando delante de infinitas puertas.

La mente independiente de Pahad pensó en aquellas puertas por vigésima vez: Eran suficientes para albergar a un ejército. ¿Para qué querría Andu o la Patrulla llevar allí a un ejército?

Abruptamente, el hombre que corría torció por un corredor lateral. ¡Y en aquel instante Pahad comprendió! Supo lo que quería la Patrulla. Supo por qué él mismo no quería unirse a sus nuevos amigos.

¡Una Sala de Asambleas! ¡Una Ciudad! La fuerza expedicionaria sólo llenaba un rincón de la inmensa Sala. Peto mientras el Patrullero pasaba a través de las filas hasta el e puesto que le estaba asignado, la Fuerza, la Mente Comunal surgió en aquel pequeño grupo. Ni siquiera durante su visita con Nada e la Ciudad Libre, Pahad la

había sentido tan avasalladora. A través de la mente del Patrullero, a través del puesto de observación y del neurovisor, le sofocaba como un gigantesco soplo de humo narcótico. Le absorbía, como un gigantesco corazón absorbiendo un corpúsculo sanguíneo para volver a expulsarlo hacia las venas, sin voluntad propia, hacia una misión ignota. Aquella adoración de los Patrulleros, aquel rojo éxtasis del sacrificio de toda su personalidad, era infinito comparado con el débil espasmo de los Libres. Así como el insecto neutro no tiene más vida que el enjambre, así ocurría con los estériles Patrulleros. ¡No era extraño que sirvieran a la Raza con aquella ciega y salvaje adoración; ni tampoco que fueran capaces de dominar a los embrutecidos Libres!

Luchó para librarse del poder de aquel odioso organismo, como lo había hecho en la asamblea Libre. Sus fuerzas casi no pudieron resistir el violento desgarrón; y aquella vez su personalidad no le protegió como una limpia membrana; algo le era arrancado, dejándole débil, exhausto e incompleto. Volvió a la realidad del agradable salón, a la compañía de sus amigos, como si ellos, y no la terrible Asamblea, fuesen la ilusión...

Se levantó los electrodos de la cabeza, trató de incorporarse y se tambaleó. Jarel y el anciano caballero acudieron a su lado y le acompañaron a un sillón. Los otros miembros de la reunión, sorprendidos, se retiraron con exquisito tacto. Descansó por un minuto, recuperando sus fuerzas, bebió un sorbo de algo caliente y estimulante que le presentaron, y consiguió aparentar una falsa compostura:

—Bien —dijo por fin—, ya lo sé... lo que está haciendo la Patrulla. Van a utilizar vuestros sentimientos contra la muerte masiva de los Libres para dominaros. Están preparados a instalar una Ciudad de cincuenta millones encima de vuestros preciosos reactores. ¡Y luego os desafiarán a que hagáis estallar la mina! Han hallado la respuesta a vuestro jaque mate.

Volvió a reclinarse en el sillón, casi con ironía, casi disfrutando en la esperada consternación de Jarel.

Pero en vez de ello, Jarel se irguió con orgullo.

—¡Nunca nos dominarán! ¡Ah! Ahora cortaremos ese nudo gordiano, como siempre quise hacer. —Se volvió hacia el viejo Consejero—. ¿Lo comprende? Debemos hacer prisioneros a esos hombres y disparar las minas antes de que puedan enviar otra expedición... o cincuenta millones de Libres Gracias al Futuro, ya no podemos dudar.

El anciano asintió lentamente. Sin duda creía implícitamente en la revelación de Pahad.

Jarel se volvió hacia Pahad lleno de exaltación:

—Aún viviremos para ver cómo nace un nuevo mundo. ¿Estás con nosotros, Pahad?

Pahad se puso en pie, y esperó hasta que sus piernas sostuvieran firmemente. Luego dijo, escuchando sus propias palabras como algo muy remoto:

—No, Jarel, no lo estoy... También he descubierto eso, el porqué... Nunca podré entregarme a ninguna Comunidad... Sí, la tuya es muy hermosa y valiente. Le deseo la victoria... Pero para mí... la Comunidad es la muerte. Seguiré mi camino solo... Y ahora que ya he hecho mi trabajo para ti, quiero estar solo. Estoy cansado de luchar...

Se inclinó levemente, y dio media vuelta.

Eran hombres comprensivos. Le dejaron marchar sin pronunciar palabra.

Pasó como un sonámbulo a través de Toangahela en la que las nuevas de la suprema decisión se extendían ya como un incendio, mientras el poderoso cuerpo y la brillante mente de la Liga saltaban a la acción. Habló mecánicamente a los amigos a los que su decisión personal era aún desconocida Llegó por fin a sus habitaciones —«suyas» todavía— gastado por completo, exhausto de su última esperanza y energía, exhausto más allá de aquel momento cuando la ola le arrastró frente a la puerta cerrada.

Este momento duraría... eternamente.

Capítulo 25

EN BUSCA DE LA PERFECCIÓN

En la ventana, la imagen de la antigua granja dormida bajo las estrellas le calmó sus destrozados nervios; ¡si sólo fuera algo real! Algunos de los antiguos libros de Elisi estaban cerca de su sillón; ellos también le consolaron. Durante algún tiempo, *ella* seguiría siendo ella misma, no una parte de cualquier Comunidad, más o menos maligna.

Se dejó caer en uno de los sillones y quedó sumido en un sueño febril, su mente girando en un lento remolino: Si sólo Elisi tuviera diez años más podría arrancarla de todas esas monstruosas Mentes. Pero, si tuviera diez años más ya estaría integrada en aquella forma de vida. Las luces empezaban a brillar en la granja... ¡Ah! Aquellos eran los días perdidos para siempre... Preguntas que se deslizabais entre sus manos mentales, como anguilas: qué podía hacer, adonde ir, cuándo, cómo...

Se obligó a dirigirse a la cocina, comer unas galletas, beber un vaso de polta.

De nuevo en el sillón, la polta le ayudó a conciliar un inquieto sueño...

Le despertó el zumbido incesante del comunicador... Jarel, lleno de energía, preocupado con los preparativos para el ataque contra los Patrulleros, pero solícito.

—¡Pareces enfermo, Pahad! ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te envíe un médico?

—Ya he visto al médico —mintió Pahad—; dijo que sólo necesito descanso y tranquilidad.

—¿Quieres que envíe a Benuha para acompañarte?

—No. No hay nada que él pueda hacer. No le quiten su parte en la diversión.

—De acuerdo, pero te necesitamos para dirigir un llamamiento a todas las Ciudades por radio, por pansensor, dentro de un par de días.

—No cuentes conmigo, Jarel. No olvides que no estoy a vuestro lado.

Las cejas mefistofélicas se alzaron.

—¡Ah!, te sentirás mejor dentro de un día o dos; si pones algo de tu parte.

—¿Lo crees así? De acuerdo; ya hablaremos dentro de un par de días.

Se tendió en la cama. Sí, ya hablarían; de cómo podían disponer del hombre que dio el impulso crucial a aquella epopeya milenaria. Pero ahora, mientras las huestes de la Liga salían de sus cavernas, para lanzarse al primer combate del nuevo imperio de la Vida, mientras Jarel y Benuha revivían las gestas de antaño, olvidados de él, Pahad daba gracias a la Fortuna de que la vida no fuese muy larga... y entre aquellos pensamientos vio salir la aurora como el primer rubor de una muchacha y debió quedarse dormido, incapaz de resistir mayor castigo.

Se despertó ante una insistente llamada a la puerta. Su subconsciente le dijo que hacía rato que llamaban. Si no contestaba, Benuha o quienquiera que fuese, pensaría que algo le ocurría y forzaría la puerta. Se levantó con los músculos rígidos y se tambaleó en dirección a la puerta.

Quedó asombrado al ver allí a Elisi, fresca y delicada como una florecilla silvestre. Su primera reacción fue una saludable vergüenza de que ella le viese ahora despeinado, sin afeitarse, y tambaleándose como un hombre después de su tercera botella de polta. La segunda fue de curiosidad por la razón que la llevaba allí sola con las primeras horas del día.

Pero antes que pudiera hallar las palabras necesarias, ella dijo con una timidez que nunca demostró antes con él:

—Yo... oí decir que estabas enfermo.

Pahad consiguió que una sonrisa se asomase a sus labios:

—No, no estoy enfermo. Sólo cansado... Elisi, no debieras haber venido sola. — Luego se abofeteó mentalmente por haber dicho aquellas palabras.

Ella contestó con dignidad:

—Eso no importa *contigo*. Sólo que... Yo... Vine con una amiga tuya que temía que... no la recibieras bien... Su cerebro levantó una cansada alarma. ¿Qué clase de trampa era aquélla? ¡Usando a la niña para traspasar sus defensas! Dijo, tratando de mostrarse jovial:

—¡Pero no pensarás que soy tan bárbaro! Cualquiera que crea que voy a morderle es que debe tener una conciencia poco tranquila.

La muchacha dejó escapar una risita nerviosa:

—Yo ya les dije que eras... agradable. Pero vine de todos modos, porque también estaba preocupada. Y por eso... Lanzó una rápida e involuntaria mirada hacia su izquierda. La más madura, pero no más alta, muchacha que apareció al lado de Elisi llevaba un sarong bronceado... ¿Nada? ¡No quería verla!... Oh, pero había algo que quería decirle, unas excusas... no podía rechazarla. Dijo, delirante:

—Bien, no hay duda que aparece en los sitios más inesperados. Entre, por favor.

Ella casi no esperó su invitación, sine, que pasó por su lado y miró a su alrededor, levantó su linda naricilla y estalló:

—¡Miren eso! ¡Qué modo de hacer las cosas! (No, no *usted*, Pahad.) Siéntese.

Luego, mientras él obedecía, agradecido, ella continuó:

—¿Cuándo comió por última vez?

—No tengo ganas de comer.

Pahad trató de que su voz sonase razonable, pero sólo consiguió parecer obstinado e infantil.

—Claro que no. Supongo que ha estado bebiendo polta. Pahad sacó fuerzas de alguna ignorada reserva y consiguió sonreír:

—Sólo un vasito... con galletas.

—Perdone. Debí comprender que sería razonable —hasta ese punto. Espere.

Volvió a salir al corredor donde Elisi esperaba discretamente, susurró algo y volvió a entrar, cerrando la puerta a sus espaldas.

El ya había reunido las fuerzas suficientes.

—Oiga, Nada tuantatha; *quiero* verla. Pero en este momento... por favor.

Ella apartó la súplica con un gesto.

—¿Qué doctor le ha visto? Sí, ya lo pensé. Pero estoy de acuerdo con usted, en que no necesita ningún médico, sino un respiro para recobrar el aliento.

—Eso es lo que hago. Y no quiero ver a nadie hasta que haya podido ordenar mis ideas. De modo que márchese, como una buena muchacha.

Nada ni suplicó ni trató de convencerle, pero se sentó en el sillón al lado de la ventana, con las manos sobre la falda.

—¿Pahad, cuánto tiempo hace que salió de la Universidad?

El buscó en sus recuerdos, con creciente incredulidad:

—Parece que haga muchos años, pero creo que no es así.

—Menos de dos héctadas —dijo ella suavemente— y durante éste tiempo ha realizado hazañas que nadie intentó durante un millar de años, y creo que pocos lo hicieron antes. Se ha agotado física y mentalmente por lo menos tres veces. Se ha librado de la presencia de un mundo caduco y ha aprendido a vivir en uno nuevo. Luego aceptó un problema que burlaría aun a un cerebro fresco y lo *resolvió*. Y entonces, algo, nadie parece saber el qué, ha sido el último pez que revienta la sed... ¿Cómo va a ordenar sus ideas, encerrado aquí, con los nervios destrozados, hambriento y posiblemente con fiebre? ¿Y piensa que con un par de días de eso volverá a sentirse normal?

Pahad se vio forzado a admitir que la muchacha tenía razón.

—Bien, vámonos de aquí a comer algo. Luego podremos hablar, si insiste en ello.

—Nada de eso. Elisi ha ido a buscar algunas cosas. Voy a arreglar la cocina para prepararle una comida. Y *usted* se va a la cama. Si no hay nadie en toda la Liga que pueda substraer un poco de tiempo de esta crisis para atenderle, Elisi y yo lo haremos, aunque sólo sea por un día.

—Benuha ya lo hace, gracias. El puede hacer todo lo necesario.

No le gustaba parecer obstinado, pero sentía que las cosas se le escapaban de las manos.

—Benuha ya lo ha hecho: Jarel lo envió a buscar, y de algún modo él sabía que yo estaba aquí y me llamó. Y yo... no estaba muy segura de cómo iba a recibirme, y busqué a Elisi. Bien, usted es un gigante, Pahad tuantoi-tan, pero ni siquiera un gigante puede saltar el océano. Métase en la cama antes de que vuelva Elisi, por favor.

Su homenaje, sincero como un cristal, era más agradable con el sabor de aquellas palabras risueñas.

Sin embargo, trató de despertar su irritación contra todas las mujeres prácticas y competentes, mientras se desvestía para irse a la cama, acompañado por los ruidos que salían de la cocina (sin duda desorganizando sin remedio su sistema y el de Benuha). Y a pesar de todo... era agradable; algo en lo que podía descansar, como ella dijo, no la sofocante almohada de las caricias Libres, sino algo limpio y fresco como una sábana nueva. Era un sedante para él que le sirvieran en la cama un

aromático caldo, delicados y pequeños pescados, doradas verduras. A Elisi le encantó el traerle la comida y después sus cosas de afeitar, como si le trajera el escudo a un candidato al Valhalla. Nada no salió de la cocina. Mientras las dos muchachas se dedicaban a la tarea de lavar los platos, Pahad se sumió en un verdadero sueño.

Su último pensamiento fue: Era una lástima que ahora que ella se había convertido en un ave del paraíso, ya no pudiera alcanzarla... Durante algún tiempo, ella casi...

Se despertó ligero y fresco en cuerpo y alma, sus pensamientos sosegados como la plateada penumbra de la habitación. *Ahora* podría pensar, quizás encontrar una solución a su dilema. El competente sentido común de Nada había estado en lo cierto respecto a su estado de ánimo.

Pero ninguna idea acudió a su mente. En su lugar se sorprendió contemplando con nostalgia la profunda noche de la ventana. Una suave brisa acariciaba la vieja granja dormida; podía ver los oscuros árboles balanceándose a impulsos del viento... Si sólo pudiera atravesar aquella ventana, caminar bajo las estrellas y el viento y dormir entre la verdadera raza humana. Por un instante le pareció oír el roce de una rama contra la ventana, la vio inclinarse por el viento.

Luego comprendió que el sonido y el movimiento eran los de Nada, sentada en las sombras al otro extremo de la ventana. Ella debió oír su ligero movimiento porque se volvió, su rostro brillando como una flor en la débil luz de las estrellas, delicada y bella. El dijo, igual que a Elisi, pero más severamente:

—No debiera estar aquí sola, Nada.

Le pareció ver su rostro en la obscuridad, como si brillase con alguna invisible radiación sólo captada por su mente, el rostro de una mujer transformada en ave del paraíso. Ella dijo, suavemente:

—¡Pero usted no es un Libre, ni siquiera un Jerarca! Y yo quería decirle... que lamento mi falta de comprensión cuando le vi con Elisi en el restaurante. Desde luego, debió comprenderlo cuando me vio al llegar con ella. Pero quería decirlo de todos modos.

Aquel episodio parecía ahora más remoto que la granja que descansaba bajo la ventana. Tantas cosas habían ocurrido y otras emociones habían dejado una huella mucho más profunda en sus recuerdos: el dolor de algo generoso rechazado, la amenaza del peligro avivando la llama de su vida dormida, la oportunidad perdida. Y ahora, como algo imposible, la oportunidad regresaba. Sólo que... ¿qué podía hacer él? La atrajo hacia sí con precaución, como si sus palabras fueran una débil unión.

—Las apariencias me condenaban. Además, yo tampoco la comprendí.

—Pero yo le di motivos para que se equivocara —ella sonrió amargamente—. Hasta permití que usted pensara que yo... maté a Avor. El era nuestro jefe en la

Universidad. Cuando falleció, yo tuve que hacerme cargo de las cosas, y me temo que no lo hice muy bien. ¡Me costó mucho tiempo comprender lo que usted *era*!

El la devolvió la sonrisa:

—Una vez dijo que sabía que yo no me asustaría ante las amenazas.

—Sí, y traté de hacerle retroceder; pero usted era la persona más obstinada que he conocido. ¡Pero cómo me asustó a mí! Sola con usted en aquel aero... en aquella ocasión sí que pensé que no debiera encontrarme allí sola. Y en aquella horrible Ciudad; su cuerpo caminaba a mi lado; pero podía sentir como su mente luchaba contra los monstruos en una caverna llena de huesos, como si fuera un guerrero de épocas pasadas.

—Quizá lo soy; quizás éste es mi problema. ¿Pero no creyó que podía causarle ningún daño?

—Desde luego que no. —Ella levantó la barbilla. —Pero fue algo aterrador... igual que contemplar cómo crece una extraña planta y no saber qué veneno puede inyectarnos.

—Y aún no sabíamos... Nada, me he librado del poder del viejo mundo. Pero tampoco puedo pertenecer al suyo, ni a ningún otro supercerebro. Yo sólo soy yo. Y debo seguir solo mi camino.

La voz de ella era un susurro detrás de las estrellas: —No es necesario que estés solo.

Era como si una de las estrellas hubiera estallado en espléndida luz. De repente, Pahad desechó la última de las cosas que Ruara representaba: el ciego e insaciable deseo y pasión que sofocaba la humana maravilla; abandonaba no sólo el instinto animal, sino su amargo temor de volver a caer en sus garras. Aquí tenía humana compañía y amistad. Comprendió, como la Primavera sigue al Invierno, que Nada nunca intentó hacerle caer en la llamada del instintivo goce; ni tampoco le ofrecía ahora correr detrás de su carro triunfador esperando una limosna de Amor.

Era necesario que expresase sus sentimientos con claridad. Se encontró fuera de la cama, frente a ella, su fascinante cuerpo al alcance de su mano. La luz de las estrellas hacía relucir su torso desnudo con el que había luchado contra las tormentas y los hombres, su estrecha cintura sujeta por el pijama. También las estrellas brillaban en el rostro de Nada, juvenil como Elisi sería algún día, y lleno de ilusión. Pero aquél no era el momento de estrecharla en sus brazos con el instinto reflejo de un Libre. Pahad dijo, gravemente:

—¡Pero tú no puedes abandonar a la Liga!

—Podemos llegar a mi compromiso. ¡Tú nunca serás nuestro enemigo!

—No —dijo Pahad. Luego continué: —Tengo una deuda con la Liga, Nada. Voy a pronunciar ese discurso que Jarel me ha pedido. Luego... sabré cuánto me queda por pagar, y qué es lo que debo hacer.

—De acuerdo —dijo ella—, cosecharemos ese trigo cuando esté maduro.

La risa, el eterno destello del placer, no de la droga embrutecedora, brillaba en sus labios. Se apartó de él, dirigiéndose a la puerta, confundiendo con las sombras excepto por sus blancos pies cubiertos por doradas sandalias y el borde de su cobrizo sarong. El la siguió, arrastrado por un infinito deseo; pero nada de lo que pudiera ocurrir en aquella habitación sería más que agua salobre para su sed, y dejó que ella se apartase. La mano en la puerta, ello susurró, jubilante:

—¿Ya no queda ni una gota del Libre en tus venas, verdad? Buenas noches.

Había desaparecido dejando detrás suyo una estela de maravilla y amor como el perfume de las flores.

Mientras él volvía a la cama, se sintió contento de que ella y él, juntos, pudieran mirar al futuro con tal maravillosa expectación. Era algo más vital de lo que ningún Libre pudiera concebir, tan vital como el ilimitado mañana.

Capítulo 26

EL DÍA DEL JUICIO

Jarel ya había ocupado su puesto delante del pequeño anfiteatro debajo de una enorme pantalla televisora que se inclinaba hacia sus oyentes con su plateada superficie todavía opaca. A la derecha de Jarel se alzaba un recto y esbelto cilindro de cristal, cruzado cerca de su punta por seis brillantes líneas de luz roja hacia la que ahora ascendía una flecha esmeralda. Jarel echó hacia atrás su negra capa y se irguió en su acostumbrado traje escarlata, la insignia de plata centelleando en su pecho, ágil, su barba cuadrada como la de una pantera, un semidiós Olímpico. Se mantuvo un instante en grave silencio, dando énfasis a aquel espectáculo en el que el Destino le había asignado el puesto de maestro de ceremonias: el gigantesco filo de la navaja que dividiría el camino que se extendía frente a la raza Humana y aún más allá. Jarel cerró un contacto.

En aquel mismo instante, comprendió Pahad, la desnuda imagen de la Realidad apareció en infinitas pantallas de pan-sensor: miles en Toangahela, millones en el millón de Asambleas de las Ciudades Libres y en las Torres de los Tuantoi. En todas partes el sagrado Ciclo diario, inalterable por cien generaciones, quedaba roto para que la Raza pudiera buscar una ilusión de energía y desafío en su mente común. En aquellos millones de pantallas centelleaba ahora la curva de la cúpula azotada por las ráfagas de nieve en el exterior, aparecían los jefes de los Rebeldes; la impasible pantalla dentro de las pantallas, Jarel.

Y Jarel empezó a hablar, sus palabras como hojas de acero que pudieran dividir la ameboide mente de las Asambleas en sus componentes humanos e infrahumanos.

Cuando la flecha esmeralda tocase cada una de las líneas rojas en el cilindro de cristal que estaba a su lado —dijo Jarel— provocaría la detonación de una masa fisionable, un inmenso estallido que lanzaría una montaña de hielo y rocas hacia el espacio exterior e impulsaría al Globo a una torsión irrevocable, ahora no en siglos, sino en décadas. Seis explosiones sucesivas, porque la liberación de aquella inmensa energía acumulada en una sola detonación produciría extensos terremotos y sacudiría los mares. En claras palabras destinadas a mentes nutridas con antiguas e imbéciles ficciones, presentó la decisión Rebelde. Sin piedad, les previno de la próxima disolución del casquete polar que inundaría las costas y las llanuras, mientras el muerto Continente emergía de su inmemorial pasado para recibir las raíces de una nueva vida. Severamente les advirtió de la necesidad de una absoluta obediencia a todos aquellos que no quisieran perecer en el cataclismo que la locura de sus propios dirigentes había provocado. Sombríamente proclamó que sólo aquellos que pudieran adaptarse a la nueva Tierra podrían perdurar en sus hijos hacia el futuro...

Por encima de su cabeza, la gran pantalla se arremolinó con un movimiento fantasmal que quedó congelado en la imagen de una desolada llanura azotada por la nieve, el pozo más profundo de un infierno helado... Hasta las semiinteligentes criaturas en el millón de Asambleas comprendieron que aquello era el pivote de la Tierra...

La flecha casi tocaba la primera línea roja. La Comunidad Mundial y la Liga latieron al unísono, esperando... si la titánica empresa fracasara, si la flecha cruzara la línea en silencio... ¡la Liga perdería todo su prestigio!

Pahad pudo oír cómo la sangre zumbaba en sus sienas...

En la pantalla, reflejada en otro millón de pantallas, el cataclismo ocurrió demasiado aprisa para poder ser comprendido. Toda la llanura se encendió en una montaña invertida de incandescencia, una cegadora visión que los hizo retroceder ante su reflejada potencia. Sólo la mente pudo después reconstruir la imagen de una masa quebrada, como una Ciudad arrancada de sus raíces y lanzada, a una velocidad superior a la del escape gravitacional, hacia el vacío espacial; su masa asteroidal se hacía visible por la comparación con un edificio abandonado de los Patrulleros, girando lentamente en el espacio, deshaciéndose y estallando en una diminuta llama entre la enorme conflagración. Ningún sonido, porque no existían micrófonos capaces de transmitir la casi sólida detonación. Y, con la instantánea visión, la imagen se arrugó y desapareció cuando las cámaras automáticas se fundieron. En la cúpula, el Tuantoi-tan de Toangahela esperó, sin atreverse a respirar...

Debajo de sus pies, la montaña se sacudió como si una ola de hierro fundido la hubiera levantado... el tiempo pareció detenerse... y un huracán de sonido se abatió sobre ellos, haciendo vibrar la cúpula por un instante. Afuera, la tempestad pareció detenerse, sobrecogida. Pahad, por fin, respiró profundamente.

La primera línea roja había desaparecido y la flecha esmeralda continuaba su implacable camino hacia la segunda. La opaca pantalla aumentaba el angustioso suspenso del intervalo.

Las dos líneas de color se tocaron. La segunda línea roja desapareció. Los intolerables segundos pasaron impasibles hasta que la onda explosiva hizo temblar de nuevo la cúpula. El impacto del sonido hizo temblar los reflejos sobre la superficie de la cúpula...

A la tercera explosión, la mente de Pahad, buscando algo que pudiera hacer real aquel fantástico cataclismo, observó que la tormenta de nieve parecía abatirse. La nieve ya no se arremolinaba en el exterior como una hueste de diablos sobre sus propios diablos, giraba ahora lentamente, vacilaba, y parecía desaparecer...

Después de la cuarta explosión comprendió lo que ocurría. Aunque los cráteres producidos por la explosión no eran más que poros en el rostro de la Tierra, sus masas se habían vaporizado como protuberancias de la fotosfera polar y una vertiginosa corriente ascendente detenía y absorbía a la tormenta. A derecha e izquierda de la cúpula, a través de los ya escasos copos de nieve, aparecía un enorme

anfiteatro de ignotas montañas, siluetadas en la obscuridad, extendiéndose hacia el Polo.

La quinta explosión fue visible a simple vista, como un relámpago tormentoso entre las sombras; la onda sonora llegó ronca, indomable. Los altos cúmulos corrían hacia el Polo a tal velocidad que las estrellas parecían retroceder entre ellos por un efecto óptico. Y a la helada luz de aquellas estrellas, Pahad contempló lo que ningún ojo humano había visto, y todos los ojos de la Tierra lo veían con él ahora: la desnuda meseta central de la Antártida, una curva planetaria de blancura muerta que se extendía hasta el horizonte.

Una reprimida exclamación que recorrió el auditorio hizo que su mente volviera a la realidad. En el más lejano horizonte, y sin embargo muy cerca, como una erupción solar sobre la Tierra, la última explosión se alzó hacia el desnudo cielo. Aunque estaba a cientos de kilómetros de distancia, el negro trozo arrancado de la piel de la Tierra quedó visible siluetado contra un relámpago de luz que hirió el fondo de su retina. La llama se curvó y se apagó en la distancia, dejando sólo prismáticos colores que bailaban delante de las pupilas. Pero la mente también captó una instantánea visión de doradas rocas y llanura desvaneciéndose bajo el breve resplandor, e hileras de rostros como arcángeles... El rostro de Nada.

Entre la llama y el trueno que corría hacia ellos, su mente también se encendió en una súbita inspiración: Vio el espíritu del hombre y el lugar que le estaba destinado; no como una llamita en la balanza del tiempo y el espacio, un ciego tantear en busca de una migaja de sintético dulce, un decimal más; sino una perspectiva de Universos, cada uno más poderoso y más eterno que el polvo sideral de una Galaxia.

Y mas cercanos, vio a los hombres de la Liga plantar sus pies sobre el reclamado Continente que habían forjado, rodear las rocas con vida virgen, cubrir las colinas con bosques de futuras leyendas, trazar su camino a través de los legendarios reinos por nacer, levantar los castillos de su desafío y aspiración al borde de los claros lagos.

Y por fin, frente a él, vio: En un mundo semejante, él Pahad Konor, el lobo solitario, que ni aun Toangahela podía retener, partiría en busca de remotas aventuras y singulares combates. En un mundo semejante podía comprender el amor, no como una vergonzosa prisión, sino como una nave unida a todos los vientos y todos los mares, que podía llevarle hasta el borde del mundo. Pronto llegaría el instante en que podría tener a Nada, la verdadera Nada, entre sus brazos.

Y los hijos de su amor entrarían con orgullo en un mundo nuevo, con la delicada maravilla de Elisi, la ilimitada aventura de Jarel, la sencilla virilidad de Benuha, la cálida poesía de Holvor, el arriesgado valor de Avor, que había muerto cara al enemigo, la compañía de un pueblo marino más congenial que en los antiguos mitos, y sobre todo la femenina inteligencia de Nada, que era un ser humano antes de ser mujer, y también con —¿no era justo decirlo?— su propio impulso en busca de la verdad, que podía pasar por encima de las ruinas de sus torpezas y seguir adelante.

El último mazazo del Destino golpeando el inmenso gong de la cúpula, hizo que se pusiera en pie.

El vívido y animoso gesto de Jarel, le indicó el micrófono.

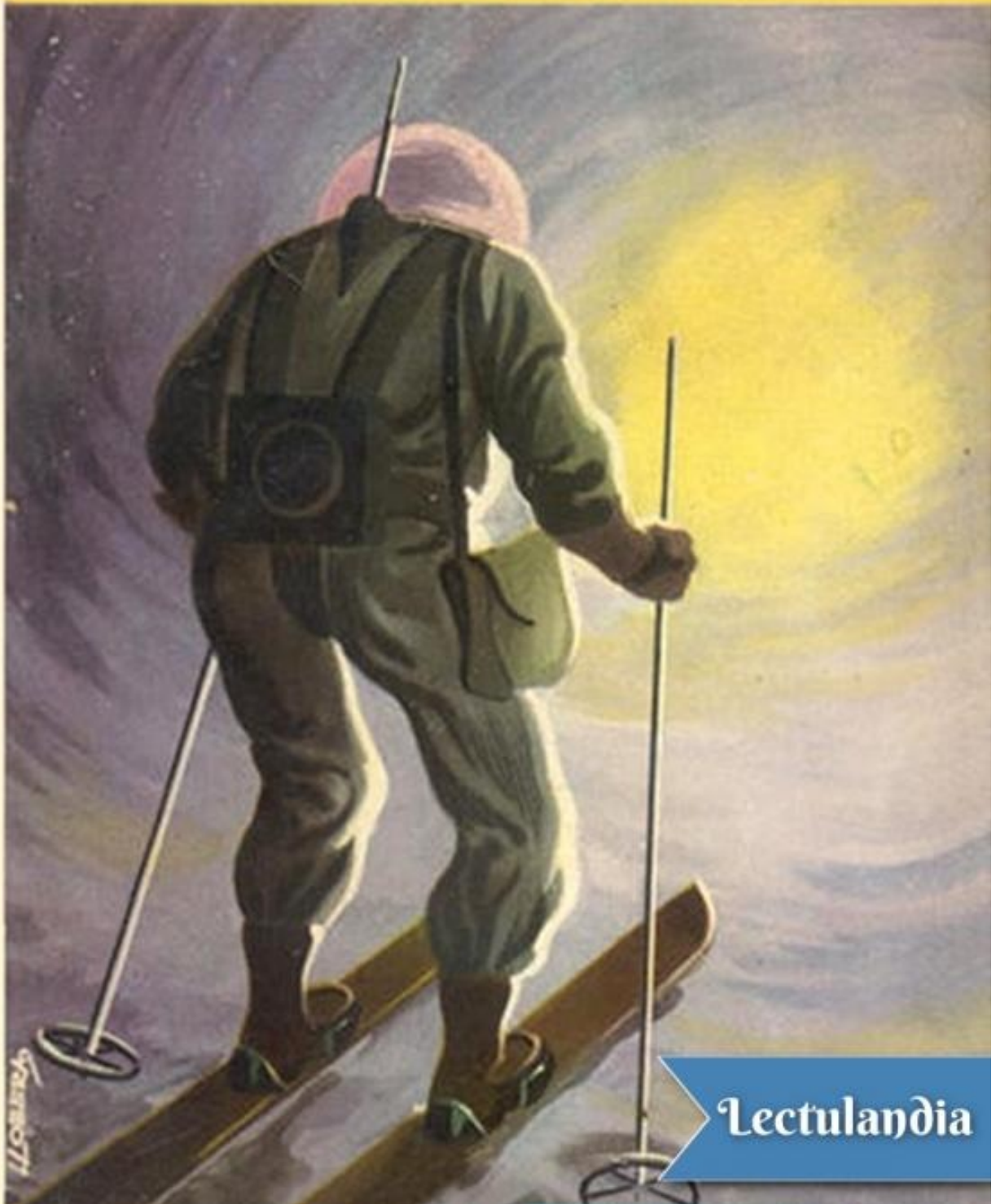
Ahora, *ahora* reclamaría aquel futuro que era devuelto al Hombre, llamando a todos aquellos que habían perdurado como su padre, semillas secas esperando la lluvia. Ahora, a rescatar a los verdaderos humanos de aquel paraíso del enjambre, del eterno, perfecto y mísero Presente para llevarlos al ilimitado Futuro.

FIN



H. Chandler Elliot

EL RESCATE DEL PARAISO



Lectulandia

